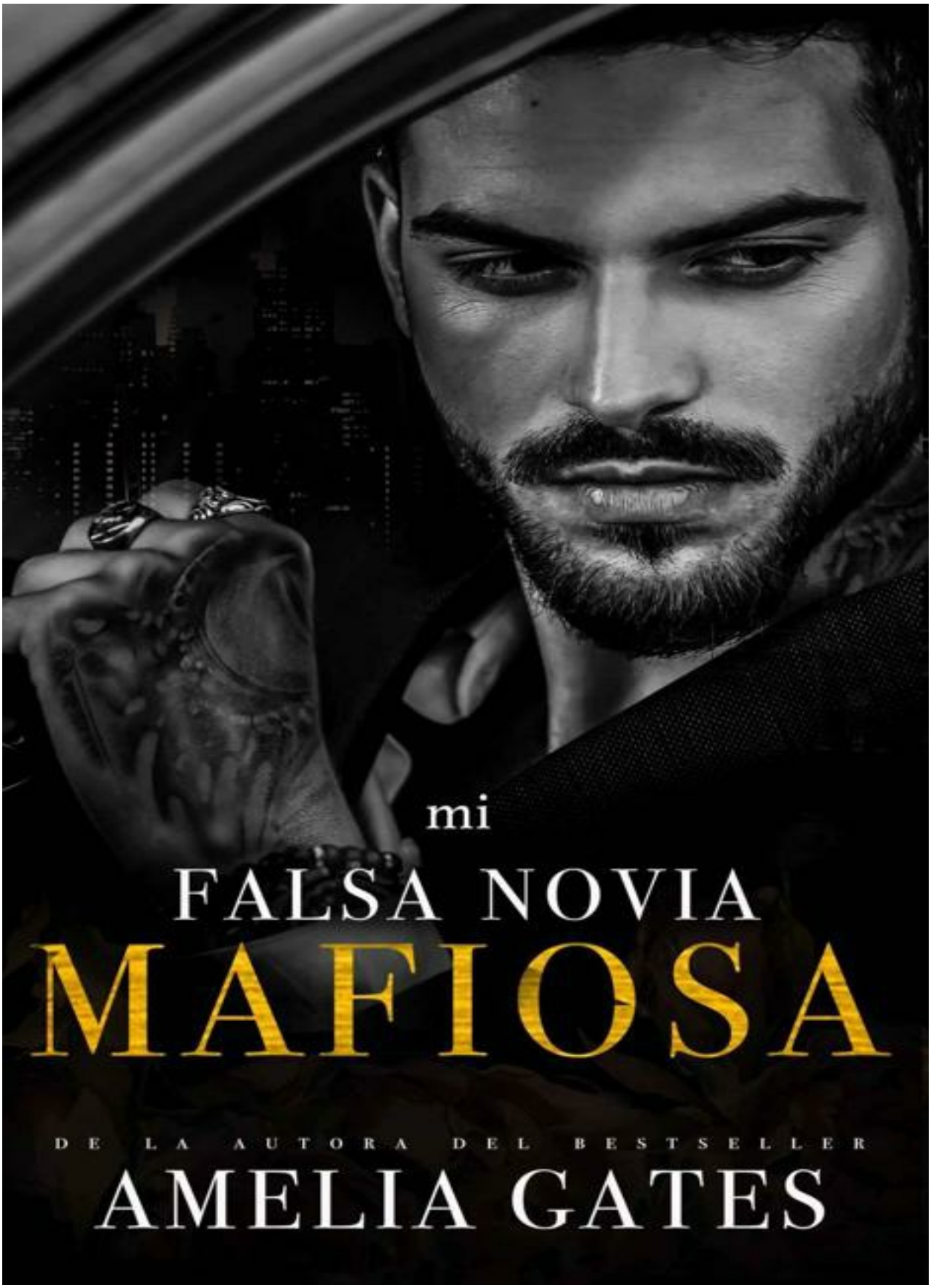


mi

FALSA NOVIA MAFIOSA

DE LA AUTORA DEL BESTSELLER

AMELIA GATES


mi
FALSA NOVIA
MAFIOSA
DE LA AUTORA DEL BESTSELLER
AMELIA GATES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Manten el contacto

CAPÍTULO UNO

Mérida

La cara que me devuelve el espejo me resulta familiar, pero es lo bastante diferente como para hacerme reflexionar. Es increíble lo que un tinte morado y cortarte el pelo tú misma en el baño pueden lograr. El corte es irregular, con los bordes dentados en una aproximación cutre a un corte pixie, pero no es de extrañar si tenemos en cuenta que las únicas herramientas que tenía eran las tijeras de embalaje que robé de la recepción del motel. Además, no importa lo pordiosera que parezca, siempre que no sea tan malo como para llamar la atención. Cualquier cosa menos eso. Aun así, el pelo morado probablemente llamaría la atención en cualquier otra ciudad que no fuera esta, a Portland se la conoce por ser artística y alternativa, así que mi look encaja a la perfección.

El aro de la nariz es falso, pero el tatuaje que tengo ahora en la parte interior del antebrazo no lo es. Probablemente tenga que comprar más de esa crema para bebés, porque empieza a picarme.

Entrecierro los ojos en el espejo, con la cara un poco borrosa, hasta que me pongo el toque final, mis nuevas gafas. La pesada montura cuadrada se asienta de tal forma que casi cambian la forma de mi cara, que pasa de ser ovalada a tener forma de corazón. Ayudarán a ocultar mi identidad a la mayoría de los programas de reconocimiento facial.

Vuelvo a mirarme en el espejo. He cambiado lo bastante como para engañar a cualquiera. Maldita sea, creo que podría pasar por delante de mi propio padre y no me reconocería. Aun así, la sola idea de volver a verlo me produce un escalofrío. Han pasado meses, pero no puedo evitar mirarme las espaldas todos los días como si acabara de huir.

El corazón empieza a latirme como un tatuaje en el pecho. Las manos se me vuelven resbaladizas por el sudor y me agarro a la encimera del lavabo caundo mis piernas empiezan a tambalearse.

Esto es miedo. Es el miedo con el que vivo cada hora de cada día.

Pensaba, esperaba, que a estas alturas las cosas habrían mejorado, que lo tendría más controlado, pero hasta ahora, ese deseo no se ha hecho realidad.

A veces creo ver a uno de los hombres que trabajan para mi padre o, peor aún, lo veo a él mismo. Esa sensación de sentirte observada siempre me lleva directamente a la calle o al centro comercial más cercano y concurrido que pueda encontrar. He aprendido a hacerme invisible, a trazar rutas para evitar las cámaras policiales a las que mi familia podría acceder con solo chasquear los dedos. Sé cómo detectar si me siguen, algo que Luis me había enseñado como si fuese un juego cuando era pequeña. Ahora ya no es un juego, es una cuestión de vida o muerte.

No me suelto de la encimera hasta que puedo respirar hondo sin ahogarme.

—Ponte las pilas, Mer— —dice la chica del espejo entre dientes—Tienes que irte.

Cierto. Tengo que cambiar de motel. Es una de mis muchas reglas, las que me han mantenido con vida hasta ahora. Sólo me quedo en el mismo lugar una noche. Es mucho más difícil darle a un blanco en movimiento. Estando quieta, así es como recibes un balazo.

Mi mirada se desvía hacia la bolsa que hay sobre la cama deshecha y el dinero que contiene. Una pistola, es lo siguiente en mi lista. Una que no se pueda rastrear. Aún no estoy preparada para correr ese riesgo. Es difícil hacerse con una sin dejar ningún tipo de rastro, sobre todo cuando las familias de las que huyes tienen el monopolio de las armas de fuego ilegales en la Costa Oeste. Y eso suponiendo que mi padre no sea el único que me busca. Los Russo deben estar cabreados por haber perdido su premio. ¿Le importará que su prometida se haya largado antes del bodorrio o sólo se sentirá humillado por cómo se verá la situación desde fuera?

Suena la alarma de mi nuevo teléfono desechable de mierda. Tengo que irme.

Sólo me quedo el tiempo suficiente para limpiar el lavabo, la encimera y todo lo que no me llevo conmigo. Ya he limpiado el resto de la pequeña habitación del motel con tantos productos químicos que puede que mi nariz nunca se recupere. Algunos dirán que mi fetichismo por la lejía es paranoia, yo lo llamo una parte necesaria de seguir viva. Cuando tu padre tiene a policías y jueces en el bolsillo, dejar ADN por ahí para que cualquiera se lo encuentre no es la más brillante de las ideas.

Echo un último vistazo a la habitación y me meto el móvil en el bolsillo de los vaqueros junto a mi colección de carnés falsos. Si tengo que deshacerme de mi petate para huir, son lo único que importa de verdad. Los carnés también son reemplazables, pero será un dolor de cabeza volver a hacerlos todos de cero, sobre todo cuando uso uno nuevo para cada estado, a veces incluso para cada ciudad. Si alguien intenta seguir mis movimientos, tener que preocuparse de una nueva identidad cada pocos días lo hace mucho más difícil. Y necesito toda ventaja posible.

Utilizo la manga de mi camisa para abrir la puerta del motel y salgo bajo la lluvia ligera, que inmediatamente se convierte en un monzón. Viviendo en Los Ángeles, no he visto llover tanto, así que vacilo un momento antes de salir a la calle, preguntándome si mis zapatillas de segunda mano aguantarán en este tiempo.

Ese es mi error. No debería haber hecho una pausa. No debería haber estado mirando al

suelo, a mis pies. Debería haber mirado a mi alrededor, como me han enseñado. Entonces le habría visto. Entonces podría haber tenido tiempo de correr antes de que el acero afilado se encontrara en mi cuello.

—Grita y te lo clavo.

Esa voz. La he oído en mi cabeza todos los días desde que hui. Pero ahora está aquí con un sonido envolvente e infame. Me gustaría decir que es la primera vez que tiene a punta de cuchillo, pero sería mentira.

¿Cómo diablos me ha encontrado? He sido muy cuidadosa. Siento que las lágrimas se me escapan de los ojos y se derraman por mis mejillas, porque por muy mal que hayan ido las cosas antes, si dejo que me lleve a casa ahora, después de lo que he hecho, el antes parecerán unas vacaciones de primavera en Miami. No quiero ni imaginarme cuál será su castigo.

—Papi, por favor.

Mi voz es débil, en parte por el miedo y en parte porque su brazo me aplasta el esófago, apretándome contra él y no puedo alejarme lo suficiente para darle una patada. Sabe que lucharía como una gata para escapar. Después de todo, fue él quien me enseñó.

—Tenemos mucho de qué hablar, mija. Pero, primero, es hora de ir a casa.

No, no. No puedo volver. Si lo hago, nunca podré volver a irme. En el mejor de los casos, seré prisionera en mi propia casa, o en la del hombre con que el que me han prometido para el resto de mi vida. No sé qué opción es peor. En el peor de los casos, el resto de mi vida será un tiempo muy limitado.

Lucho contra el fuerte agarre de mi padre, lanzando el codo hacia atrás como él me enseñó, apuntando al centro de su pecho, al plexo solar, para dejarle sin aliento. Se anticipa al movimiento, pero no lo bastante como para evitar recibir parte del golpe. Lo que no espera es que me convierta en un peso muerto, que caiga de sus brazos mientras él lucha por respirar, que mi pequeño tamaño me favorezca de una forma que rara vez sucede en una pelea. Oigo su gruñido llamándome puta detrás de mí, pero entonces me levanto y huyo de él lo más rápido que puedo.

La lluvia me golpea la cara y el cuerpo, empapándome la ropa, cuyo peso intenta arrastrarme. Aun así, no aflojo el ritmo. No puedo.

Ni siquiera miro por dónde voy, sino que me dirijo hacia las luces más brillantes que puedo distinguir a través de la lluvia torrencial. Es más difícil secuestrar a alguien en una calle llena de gente, pero entre la lluvia y que ya es de noche, la multitud que esperaba encontrar ha disminuido considerablemente.

Oigo pasos golpeando contra los charcos de agua detrás de mí. Mierda. Está más cerca de lo que pensaba. Un hombre de su edad no debería poder moverse tan rápido como él, pero a papi siempre le gustó mantenerse en forma. La gente a menudo lo confundía con un hombre diez años menor. O tal vez haya traído refuerzos con él. Tal vez no sea el único que me sigue.

El miedo desencadena una descarga de adrenalina y me abro paso entre la gente tengo

delante con renovado vigor, esquivando paraguas y zigzagueando entre los fiesteros nocturnos sin musitar siquiera una disculpa. Necesito toda la energía que pueda reunir.

Vuelvo a oír ese ruido de pasos que siguen los míos. Me arriesgo a mirar por encima del hombro, pero la lluvia es demasiado torrencial. No distingo a nadie detrás de mí. Puede que el clima me lo esté poniendo difícil, pero también es lo único que tengo a mi favor. Les debe resultar difícil perseguirme cuando apenas pueden ver más de medio metro por delante.

Mis ojos reparan en un callejón a la derecha. Debería haber una escalera de incendios o algo así. Tal vez un contenedor de basura donde pueda esconderme. No soy quisquillosa. Me sentaría felizmente en medio de basura podrida a cambio de mi libertad.

Con el mayor sigilo posible, me deslizo por el callejón, pegándome a la oscura pared de ladrillo que se siente viscosa bajo mis dedos.

Mantengo la vista en la boca de la calle, entrecerrando los ojos contra la lluvia para asegurarme de que no me han seguido.

Doy un paso más, escudriñando la zona con la mano detrás de mí como un ciego palpando lo que le rodea. No puedo apartar la vista de donde he venido. No puedo dejar que se me eche encima otra vez. Ya cometí ese error una vez, no pienso repetirlo.

Me agacho detrás de un contenedor que huele a meados y a comida china vieja y cuento un minuto, luego otro, y luego uno más. Solo entonces suelto el aliento que he estado conteniendo.

Aun así, no soy tan ingenua como para pensar que estoy a salvo. Sólo será cuestión de tiempo hasta que se dé cuenta de que me ha perdido de vista y vuelva.

Echo un rápido vistazo hacia arriba, veo una escalera de incendios y, si no me aterrorizara hacer ruido, podría gritar de alivio mientras contemplo mi billete para salir de aquí.

Todo lo que tengo que hacer es subir a la azotea y encontrar un lugar seguro donde esconderme hasta mañana. Entonces podré planear mi próximo movimiento, decidir cuál es la mejor manera de salir de la ciudad sin llamar la atención.

Hay demasiadas cámaras en las estaciones de autobús y tren. Tal vez hacer autostop sea mi mejor opción hasta que pueda poner distancia entre mi padre y yo, y quienquiera que haya traído con él.

Avanzo hacia la escalera, casi mareada por la liberación de la tensión que se ha apoderado de mí desde que salí de la habitación del motel.

Mi respiro dura poco. Algo se mueve en la oscuridad. Una figura sale de las sombras como sacada de una película de terror y no puedo moverme.

Tengo los pies pegados al suelo como si los hubieran pegado con pegamento. Ni siquiera puedo abrir la boca para gritar. Mi cuerpo ha dejado de responderme y el pánico me deja mareada.

Al menos si me desmayo, no tendré que experimentar lo que viene después.

¿Por qué no puedo moverme? ¡Maldita sea!

Unas manos se cierran sobre mi garganta y aprietan.

Conozco esas manos.

Conozco esa cara.

Es la primera vez en semanas que me encuentro cara a cara con él y está exactamente igual. Incluso lleva la misma camisa, la de color verde fango que hace juego con sus ojos, unos ojos que intento evitar cada vez que me miro al espejo. No quiero nada suyo.

¿Cómo llegó al callejón antes que yo? No puede haber pasado por delante de mí sin que me diera cuenta. Y, si lo hizo, ¿cómo pudo saber que me detendría aquí?

¿Por qué no puedo correr? ¿Por qué no puedo moverme?

No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido.

—¡Déjame en paz! *¿No puedes dejarme en paz de una puta vez? —Escupo las palabras, pero él se limita a agarrarme del cuello, levantándome unos centímetros más del suelo y empujando mi espalda contra la pared hasta que los ladrillos raspan mi piel a través de la fina camisa que llevo puesta.*

Mi padre siempre ha sido fuerte, pero esto ya es otro nivel. Mis pies cuelgan del suelo y mis piernas patalean desesperadamente para encontrar algún tipo de apoyo mientras mi suministro de aire se corta lentamente.

Araño el brazo que me sostiene. Le hago sangre, pero él ni se inmuta. Ni siquiera parece sentirlo. Es como luchar contra el maldito Terminator. Me observa con una leve diversión, como un león que observa a un ratón que intenta dominarlo.

Se me escapa la energía y me resulta imposible respirar. Los pulmones me arden, gritan, y por mi mente cruza la idea de que debería rendirme y dejar que suceda lo inevitable.

Al mismo tiempo, la presión alrededor de mi cuello desaparece bruscamente y me desplomo hacia el suelo, las rodillas me golpean contra el hormigón y me arrancan un grito.

La pared a mi espalda es lo único que me mantiene remotamente erguida. Automáticamente, mis manos se dirigen a mi cuello, tocando la carne magullada.

Toso mientras el aire vuelve a mi cuerpo, una dolorosa bocanada de cada vez. Mientras tanto, mi padre me mira, inexpresivo. No se mueve, ni para ayudarme a levantarme ni para darme una patada mientras estoy en el suelo.

Sé que no debo desafiarlo, pero si mis últimos momentos están contados, supongo que puedo irme por la puerta grande. Ya no soy la niña débil que él siempre vio en mí. No volveré a ser ella, aunque eso signifique enfurecerlo aún más de lo que ya está, vale la pena. Probablemente.

—¿Así que vas a asesinar a tu propia hija en un callejón apestoso? ¿Ese es el plan? —Sueno como si hubiera estado fumando un paquete al día desde que nací y cada palabra me abrasa el fondo de la garganta.

Su mano derecha, donde aún lleva el anillo de casado, se extiende hacia mí y me alejo tan rápido que la parte posterior de mi cabeza golpea la pared de ladrillos con la fuerza suficiente para que mis dientes choquen entre sí. No me abofetea como yo esperaba, como ha hecho otras veces. En lugar de eso, hace algo mucho más inquietante. Me pasa el dedo índice por la mejilla

con suavidad, sonriendo. En ese momento parece la imagen de un padre cariñoso. Yo sé que no es así. La única persona a la que ha amado es a sí mismo y quizá a mi madre, en otro tiempo.

—No te voy a matar, mija. —Su sonrisa se ensancha y creo que puede ser la más feliz que le he visto nunca—Pero después de cómo me has faltado al respeto a mí y a nuestra familia, desearás que lo hubiera hecho.



ME SIENTO EN LA CAMA, con la pistola con la que duermo bajo la almohada ya en la mano, apuntando a la oscuridad, con la respiración agitada dentro del pecho como si acabara de correr una maratón.

No se escucha ningún ruido en la habitación, excepto mi pulso martilleando en mis oídos.

Tardo unos segundos en borrar los últimos restos de sueño de mis ojos y recordar dónde estoy: en mi piso, en un pueblo en medio de la nada, a más de mil kilómetros de donde me crié.

Tampoco estoy ya en Portland, hace más de un año que no paso por allí. Estoy sola.

Sólo entonces, cuando por fin puedo respirar un poco sin hiperventilar, bajo el arma, pero no la suelto. Aún no estoy preparada para eso.

Mi reflejo en el espejo muestra a una mujer asustada que más bien parece una niña. Tiene los ojos muy abiertos y el pelo largo hasta la barbilla, ahora teñido de azul y despeinado alrededor de la cara. Parece una extraña.

Me froto los ojos con la mano libre, como si así pudiera presionar para que la pesadilla desaparezca de mi memoria.

¡Mierda!

Hace semanas que no sueño con *él*. Ha pasado tanto tiempo que esperaba que eso significara que nunca volvería a hacerlo. Pero no debería haberme hecho ilusiones.

Hay cosas que, por más que corras, siempre te alcanzan. Pensé que estaba a salvo aquí. Ha sido un error. Ya debería saber que ningún lugar es realmente inmune a la toxicidad de mi padre. Podría encontrarme aquí como podría encontrarme en cualquier otro lugar. No soy tan estúpida como para pensar que nunca sucederá. Sólo estoy retrasando lo inevitable. El sueño es un recordatorio de eso. Y cuando llegue ese momento, tengo que estar lista, preparada para hacer lo que sea necesario porque nunca podré dejar que él -ni nadie- me lleve de vuelta *allí*. Él lo llamaba hogar, pero la casa en la que yo había crecido no me evocaba ningún sentimiento de calidez. Es un lugar de dolor, control y cautiverio.

No vuelvo a dormirme. Sé por experiencia que sería una tarea infructuosa. Así que me quedo ahí sentada, con la pistola en la mano, observando cómo los colores del amanecer se extienden lentamente por el techo, ahuyentando la oscuridad.

Sólo al amanecer vuelvo a colocar la pistola bajo de la almohada, donde debe estar. Salgo de la cama y abro el cuaderno que hay sobre la cómoda, añadiendo otra marca a las 494 que ya hay.

Día 495: ¿qué me tienes preparado?

CAPÍTULO
DOS

Mérida

Café.

Ya voy por la décima taza, pero ni de lejos es suficiente. Dos noches teniendo el mismo sueño y una tercera con demasiado miedo a dormirme por si el patrón continúa.

Aparte del cansancio, siento el cuerpo rígido como una tabla, como si tuviera 102 años en lugar de 22. Resulta que, sentarse en un suelo de madera, de cara a la puerta y con un arma en la mano, mientras se está en alerta máxima desde el anochecer hasta el amanecer, no es lo mejor para una noche de descanso.

Vuelvo a colocar mi taza de café demasiado flojo bajo la encimera y me pongo a doblar servilletas de papel. Es un trabajo ajetreado, pero suele ayudarme a acallar la mente. Doblar, arrugar, planchar y a por la siguiente. Es una rutina tan básica y familiar que podría hacerla con los ojos cerrados.

La cafetería es igual de común e intercambiable con tantos otros lugares en los que he trabajado en los últimos 16 meses. En todo caso, esta es aún más remota. A decir verdad, esa fue una de las cosas que me atrajo de esta pequeña ciudad, lo bastante cerca de la frontera canadiense como para salir pitando en caso de necesidad, pero tan escondida que no recibe muchos turistas que estén de paso.

La clientela es más bien una mezcla de lugareños a los que les gusta inmiscuirse en sus propios asuntos, granjeros a los que no les interesan las charlas triviales y algún que otro camionero que se ha equivocado de camino y se ha saltado la salida a la autopista.

Crecí en una de las ciudades más bulliciosas del mundo, pero nunca pensé que acabaría en un pueblo tan desconocido que los únicos que saben de él lo encuentran por casualidad. Pero hay muchas cosas de mi vida que nunca habría podido predecir. Por ejemplo, si estás prometida pero el acuerdo nunca se cancela oficialmente, ¿sigues siendo la prometida de alguien?

—¿Molly?

Una voz interrumpe mi introspección, pero mis manos siguen doblando como un disco rayado.

—¿Molly?

Ah, cierto. Esa soy yo. Al menos lo he sido durante el último mes y medio.

—¿Mmm? — Levanto la cabeza y miro la cara sonriente de Dee, la mujer que da nombre al restaurante.

La arruga alrededor de sus ojos me hace pensar que lleva un rato intentando llamar mi atención.

—¿Todo bien, cariño? —Ladea la cabeza rubia como la ceniza, como si quisiera verme mejor. Solo me lleva unos quince años, pero también es quince veces más maternal que yo, lo que la hace parecer mayor, supongo.

—Sí, lo siento. Sólo soñaba despierta, que sé que no es para lo que me pagas. —Le hago un gesto de disculpa con la cabeza y observo la cafetería para ver qué me he perdido.

—La mesa 6 necesita más café —dice Dee, justo cuando cojo la cafetera.

—Marchando—Me apresuro hacia la mesa donde está George, un hombre mayor que viene casi todos los días a desayunar.

Intento no aprenderme los nombres de la gente; así es más fácil pasar página. Pero George es un hombre con unos modales del viejo mundo que insistió en presentarse en mi primer turno y es tan simpático que es imposible no entablar conversación con él.

—Perdón por la espera. —Sonrío, es la mueca ensayada que me pongo para trabajar, la que me hace ganar propinas porque nadie le deja dólares en la mesa a una camarera con cara de mala leche.

—No hay problema. —Rechaza mis disculpas—Sé que estás ocupada.

Está siendo amable. Echo un vistazo a la cafetería, que está casi vacía, ya que se ha acabado el ajetreo del desayuno. Estará tranquilo hasta el mediodía, cuando llegue la muchedumbre a comer. Y utilizo el calificativo «muchedumbre» con algo más que un toque de ironía.

Estoy a punto de comprobar las pocas mesas que quedan cuando la voz grave de George me detiene.

—¿Cómo estás esta mañana, Molly? Pareces un poco cansada.

La sinceridad de su voz resulta conmovedora, y tengo que reprimir el impulso de decirle que no soy alguien por quien merezca la pena preocuparse. En lugar de eso, busco mi sonrisa de camarera experimentada y le miro directamente a la cara curtida.

—¿Así le hablas a tu camarera favorita? —Sacudo la cabeza—Ahora vas a hacer que me sienta mal por las ojeras —me burlo de él, guiñándole un ojo. No podría importarme menos que las ojeras me hagan parecer como si me hubieran dado un puñetazo en la cara, pero es fácil bromear para desviar el tema.

La sonrisa de George se hace más grande. Disfruta con este tira y nuestro. Tengo la sensación de que esa es parte de la razón por la que viene todos los días: por la compañía. La idea me

encoje el corazón. Me pregunto por qué está solo, por qué su mujer o su familia nunca vienen con él, antes de recordarme a mí misma que no es algo de lo que deba preocuparme. Pronto me habré ido y no volveré a ver a George.

—Estás tan guapa como siempre, Molly. —Sus ojos azules centellean y pienso, no por primera vez, que debió de ser un auténtico encanto en sus tiempos—Ahora bien, ¿cuándo vas a dejar de hacer sufrir a mi sobrino y dejar que te invite a una cita?

La seriedad de su expresión me hace soltar una carcajada. Este tío de verdad que no se rinde, no importa cuántas veces tengamos esta misma conversación.

—George, tu sobrino ni siquiera me conoce, ¿y no me dijiste que vive en la ciudad? —Un lugar al que no tengo planes de ir. Hay demasiadas cámaras, demasiadas posibilidades de que me vean, de que me reconozca gente que sabe que Molly no es mi verdadero nombre. Además, creo que ni siquiera sabría qué hacer en una cita, ya que nunca he tenido una.

George emite un sonido despectivo con la garganta.

—Vendrá de visita pronto y sé que eres exactamente su tipo. Además, es un buen partido, Molly. Tiene un buen trabajo y casa propia. —Enumera los atributos de su sobrino como un consumado casamentero—No es tan guapo como yo, pero no hace daño a la vista.

Niego con la cabeza y mi sonrisa se vuelve un poco más sincera.

—¿Cómo podría salir con tu sobrino, cuando es su tío quien tiene mi corazón? —Me llevo la mano al pecho, con expresión soñadora, que se infunda de ánimos cuando George se sonroja y suelta una carcajada.

—Eres una buena chica, Molly.

Cuadro mi expresión antes de revelar nada. Si realmente supiera con quién está hablando, no diría eso. No me querría cerca de él. Nadie en su sano juicio lo haría.

—Te dejo aquí la cuenta. —Le doy un golpecito en el papelito que hay sobre la mesa—Paga cuando quieras. Que tengas un buen día. —Le dedico una última sonrisa, antes de dirigirme a recoger las mesas que han quedado libres durante mi charla con George.

Me levanto demasiado rápido tras llenar el lavavajillas industrial y me mareo. Necesito un poco de aire fresco para despertarme antes de que se me caigan la mitad de los platos de la cafetería.

—Manny, voy a tomarme un descanso, ¿has visto a Dee? —pregunto.

—En el baño. —Manny no levanta la vista de la sartén que está limpiando de espaldas a mí. No lo hará hasta que quede reluciente, es un tío meticuloso—Ya vigilo yo el frente.

No es la persona más habladora, pero intento estudiar su respuesta para ver qué es lo que no está diciendo. ¿Es su rápido acuerdo una especie de prueba? ¿Del tipo que tendría que pasar durante mi vida anterior?

Dudo.

—La cosa está tranquila, ya puedo encargarme yo—La voz de Manny es un gruñido grave que le hace parecer un oso malhumorado. Trata de ocultar su acento, pero ahí está, bajo el ligero

acento canadiense que tienen muchos lugareños por estar tan cerca de la frontera.

Asiento con la cabeza, decidiendo que esto no es un examen sorpresa, sino una interacción genuina. Es patético que haya tardado tanto en darme cuenta de la diferencia, pero no se pueden deshacer veintiún años de adoctrinamiento en un año.

Además, sólo necesito unos minutos fuera. Siento que ya voy a rastras y todavía tengo que terminar otro turno. No pierdo tiempo en desabrocharme el delantal que llevo atado a la cadera, en parte porque voy a volver en nada y en parte porque mis propinas, las que sean, están dentro del bolsillo con cremallera. No es que crea que alguien me las vaya a robar, pero la paranoia me ha servido de mucho en el pasado, así que, si algo no está roto...

El pasillo que conduce a la puerta trasera es el mismo donde se encuentran los aseos, y al pasar junto al de mujeres oigo el sonido de unas arcadas procedentes del interior. No es la primera vez que oigo a Dee vomitar, vomitar con fuerza. Tengo la corazonada de que es la razón por la que ella y Manny me contrataron en primer lugar; no es como si la cafetería estuviera tan frecuentada como para necesitar a dos personas al frente de la barra todo el tiempo. Dee está enferma. ¿Cómo de enferma? No lo sé. No es que ninguno de los dos lo haya dicho ni yo haya preguntado. No es asunto mío.

Mis pasos se detienen ante la puerta.

No me importa. No debería importarme. No me pagan para que me importe. No es asunto mío. Este lugar es sólo un alto en el camino, me recuerdo.

Y, sin embargo, levanto la mano para llamar a la brillante puerta rosa.

—¿Estás bien ahí dentro, Dee? —la llamo.

—¿Molly? —Mi nombre falso sale más como un graznido—Estoy bien, cariño. —Cariño. Así es como llama a todo el mundo. Dee es el tipo de persona que tiene una sonrisa para todos y una palabra amable. Es la dulzura de la sal que es Manny. No se merece lo que sea que le esté pasando. Pero, supongo que la mayoría no se lo merecen.

—¿Necesitas algo? —pregunto, mordiéndome el labio inferior.

No debería involucrarme. Es mi jefa, eso es todo. No somos amigas. No tengo amigos, ya no. Y por una buena razón. Es una de las reglas con las que he vivido desde que hui. Es una de las reglas que me han mantenido viva y fuera del radar de mi padre. Ahora no es el momento de cambiar las cosas. Y, sin embargo, aquí estoy, sin meterme en mis asuntos, como debería.

—Eres un encanto, Molly, pero estoy bien. Enseguida salgo. Debe ser la hora de tu descanso, de todos modos. Ve y descansa un poco.

—De acuerdo... Si me necesitas, estaré fuera.

Cuando empujo la puerta trasera para abrirla, el calor seco de agosto me golpea como una ola. Se prevé que los termómetros superen los 32 grados por cuarto día consecutivo. Levanto la cara hacia el sol. Parece que puedes sacar a una chica de California, pero no puedes sacar a California de una chica.

Hay una vieja maquinaria en la parte trasera del restaurante. A Manny le gusta trastear con

ella cuando tiene un descanso en la cocina o los domingos, el único día que cierra el restaurante.

Viven en la casa de al lado y no dejan de ofrecerme alquilar su habitación libre por menos de lo que pago por mi minúscula habitación en la pensión que queda un poco más cerca del pueblo. Sigo negándome e ignorando las miradas curiosas que me dirigen cada vez.

Puedo oír sus preguntas sin que las formulen. Llevo suficiente tiempo esquivando las mismas como para reconocerlas con los ojos y los oídos cerrados. Aun así, nunca me han preguntado directamente. Quizá porque saben que sus preguntas me harían salir por patas y necesitan ayuda.

Son buena gente, los Carter. Son una de las razones por las que me he quedado tanto tiempo en esta ciudad. Eso y el hecho de que están encantados de pagarme en efectivo, sin nada de preguntas y todavía no me han presionado para que les dé un número de la seguridad social. Podría darles uno de los falsos que he creado, pero siempre existe el riesgo de que lo comprueben y se den cuenta de que no es legítimo. Ya me había pasado antes, en uno de los primeros trabajos que encontré de camarera en un bar de mala muerte barra club de striptease de Reno. Dado el personal mal pagado y los negocios turbios que se llevaban a cabo a plena vista, era el lugar más improbable para que el papeleo correcto estuviera a la orden del día.

Por eso me sorprendió que el sudoroso director me dijera que estaba dispuesto a pasar por alto mis documentos falsificados si le hacía un favor especial; el tipo de favor que implica arrodillarse ante él.

No era la primera vez que me hacían ese tipo de proposiciones. Tenía veintiún años, por amor de Dios. Sin embargo, sí *era* la primera vez que no tenía la protección de mi apellido, la seguridad de saber que alguien se ocuparía mí. Antes, me habría bastado con contarle lo sucedido a uno de los guardaespaldas que me seguían a todas partes para castigar al hombre en cuestión. Su cuerpo podrían haberlo encontrado o no. Eso habría dependido de lo calientes que estuvieran las cosas en ese momento con el FBI.

El sudoroso encargado podría haber llamado a la policía, razoné. Pero apostaba a que no querría traerlos a un lugar donde se traficaba con todo tipo de drogas más o menos al aire libre y con mucha regularidad. Así que, le dije que si mi boca se acercaba a su polla sería sólo para morderle el pito. Luego me largué del club y, en última instancia, de la ciudad.

Desde entonces, he ido rotando cada dos semanas, sin quedarme mucho más tiempo en ningún sitio. Hasta ahora. Aquí, me estoy acercando a la marca de dos meses. Es demasiado tiempo, lo sé, pero es la primera vez en más de un año que me siento cerca de sentirme segura. Y he estado moviéndome de un lugar a otro durante mucho tiempo. He cubierto mi rastro una y otra vez.

¿Quién sabe si mi padre sigue buscándome?

No son más que ilusiones por mi parte. Él consideraría mi desaparición y el compromiso estratégico del que hui como una pérdida, y no es el tipo de hombre al que le guste perder.

Me froto las sienes, tratando de contrarrestar el dolor de cabeza que se me está formando detrás de los ojos. El cansancio es un desencadenante de las migrañas. Una debilidad para la que

no tengo tiempo ahora. Además, no llevo encima nada más fuerte que un ibuprofeno. No había necesitado nada más fuerte desde que llegué aquí. Me había acostumbrado.

La pesadilla que no deja de repetirse en mi mente es otro recordatorio de que me he acomodado demasiado. Es un aviso de que debería pensar en seguir adelante en lugar de quedarme aquí. Que este lugar parezca mi hogar no significa que lo sea.

Me subo a un neumático gigante y echo un vistazo para asegurarme de que estoy sola antes de contar mis propinas. No son buenas, pero tampoco es que espere ganar mucho dinero en un agujero en medio de la carretera a ninguna parte. Aun así, me basta para vivir. A penas. Y sólo porque como gratis en la cafetería.

Todos los trabajos cutres en los que sólo cobro en efectivo no me van a hacer rica, pero significan que no he tocado nada de la *plata*, del dinero que había guardado. Sigo sin atreverme a usarlo, no cuando sé de dónde viene y que cuesta mucho más de lo que vale. Pero me consuela saber que está ahí si lo necesito, si todo lo demás falla.

Un sonido me hace levantar la cabeza y escudriñar el terreno vacío que tengo delante. Vuelvo a meter rápidamente las propinas en el delantal, obligando a mi respiración a ralentizarse para poder oír mejor si hay alguien ahí fuera.

—¿Quién anda ahí? —Mi voz suena con fuerza en la tranquilidad del final de la mañana.

Cuento los segundos en mi cabeza hasta llegar a un minuto, sin que nada rompa el silencio, aparte del piar de los pájaros. Y entonces vuelve a oírse un ruido que viene de detrás del tractor oxidado que Manny está utilizando para Dios sabe qué cosas.

Una persona inteligente saldría de aquí pitando, así que, por supuesto, yo voy directamente a la fuente, lo más silenciosamente que puedo, agradecida de poder llevar ahora zapatillas de deporte en lugar de tener que forzar a mis pies a ir en tacones para mantener las apariencias.

Hay otra razón por la que no me quito el delantal cuando salgo. Mi mano se dirige al bolsillo donde guardo mi Brawler, lista para golpear la clavija del pulgar y sacar la navaja en un instante.

—¿Quién está ahí? —La voz me sale más estable ahora. Sostener un arma ayuda, especialmente cuando mides 1,65 y eres tan delgada que la mayoría de la gente no apostaría por ti en una pelea contra un adolescente. No todos los colombianos son como la tía de *Modern Family*, que conste en acta.

El pulso me late con fuerza en los oídos mientras la sensación fantasmal de unas manos enroscadas alrededor de mi cuello, exprimiéndome la vida, me devuelven al sueño, al hombre del que he intentado escapar desde que tenía edad suficiente para comprender lo que era. Puede que sea la única familia que me queda, pero sigue siendo un monstruo. No me paro a pensar en lo que eso me convierte a mí.

Dios. ¿Por qué no pudo ser él quien murió y no mi madre? Las cosas habrían sido muy diferentes, ella nunca me habría prometido con un asesino en un puto matrimonio concertado.

—Sal ahora y no te haré daño —anuncio como si me creyera «The Rock» o algo así.

Se oye otro forcejeo detrás del tractor y, respirando hondo y ajustando la empuñadura del

Brawler, salgo al frente, dispuesta a hacer lo que haga falta.

—¿Me tomas el pelo? —Exhalo por la nariz, sintiendo que la tensión abandona mis hombros al encontrarme cara a cara con el temible individuo que está armando todo el jaleo—. Dios mío, Mer, te estás volviendo loca.

Sacudo la cabeza, vuelvo a meter la navaja en el delantal y tiendo la mano hacia el gatito de ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa pequeño? ¿Buscas comida? —arrullo al escuálido gato pelirrojo. Él o puede que ella se ha quedado congelado, como si yo fuera un T-rex y no pudiera verlo si no se mueve—. No pasa nada, no voy a hacerte daño —murmuro, intentando mantener la voz baja mientras doy otro pequeño paso hacia el animal.

Pero el gato es muy asustadizo. Me echa una última mirada antes de girar la cola y salir corriendo tan rápido como le permiten sus cuatro patitas. En segundos, se pierde entre la hierba seca, camuflado con su color leonado.

—No te fías mucho de la gente, ¿eh? —Murmuro, mirándole—Ya somos dos.

—¿Con quién hablas, cariño? —Me doy la vuelta y veo a Dee con la cadera apoyada en la puerta trasera y protegiéndose la vista del sol mientras me mira.

Vaya con estar en alerta máxima. ¡Me ha distraído un maldito gato!

—Con un gato —Señalo hacia los árboles en la distancia hacia los que el felino ha salido corriendo—Creo que estaba buscando comida.

—Oh, es sólo Sobras. —Dee sonríe con pesar.

—¿Es tuyo? —Miro a mi jefa con el ceño fruncido.

—No, no es de nadie. Es salvaje, te sacaría los ojos si intentaras acariciarla. No lo has hecho, ¿verdad?

La aprensión en su voz me hace alegrarme de no haberme acercado cuando tuve la oportunidad. Sacudo la cabeza y Dee se relaja visiblemente.

—Bien. Le dejó a Manny unos rasguños por todo el brazo la primera vez que la encontró aquí. Con todo el alboroto que montó, cualquiera diría que era un tigre en vez de una gata. —Pone los ojos en blanco, pero su tono es indulgente cuando habla de su marido. La relación de Manny y Dee es la más estable que he visto, fuera de las películas.

Me pregunto qué se debe sentir, que te importe alguien de esa forma, tener a alguien que te mira como Manny mira a su mujer.

Dee continúa.

—Aunque no es demasiado orgullosa para pasarse de vez en cuando a buscar las sobras que le dejo.

—Ah —Asiento comprensiva—De ahí lo de Sobras.

Le queda bien a la gatita: delgada, pero peleona.

—¿Crees que está bien ahí fuera sola? —Hago un gesto hacia el exterior—Es bastante pequeña y delgada.

Frunzo el ceño y miro la alta hierba, forzando la vista para vislumbrarla. Estoy segura de que las estúpidas lentillas de colores que llevo puestas desde que hui me están empeorando la vista.

—Estará bien. Es fuerte. Y de momento no quiere tener nada que ver con la gente. —La voz de Dee es suave, pero tiene fuerza—No puedes obligar a una gata salvaje a confiar en ti. Tiene que decidir por sí misma si vale la pena el riesgo o no.

Sus palabras me tocan la fibra sensible y me vuelvo hacia ella. Algo me dice que ya no está hablando sólo del gatito callejero...

—¿Necesitas algo, Dee? —pregunto, ignorando la puerta a una conversación que ha dejado abierta para que la atraviese.

Un destello de decepción se dibuja en su rostro y, no por primera vez, me siento mal por haberla defraudado. Puede que quiera que me abra a ella, pero en realidad debería darme las gracias por guardarme mis secretos. Cuanto menos sepa de mí, más segura estará.

—Hay una entrega en la que me vendría bien tu ayuda. Pero sin prisas —añade apresuradamente.

—Enseguida voy. —Le dedico una sonrisa cansada y ella asiente, desapareciendo de nuevo dentro de la cafetería.

Me quedo fuera un par de minutos más, mirando la hierba, buscando a Sobras. Cuando no vuelve a aparecer, me digo a mí misma que no me importa y me dirijo hacia la puerta, pero mi mano se congela en el picaporte.

El cosquilleo en la base del cuero cabelludo me hace girar la cabeza. No hay nadie, estoy sola. Entonces, ¿por qué mi instinto me dice que hay ojos puestos sobre mí? Pero, ¿puedo fiarme de mi instinto ahora mismo? ¿O solo estoy cansada y nerviosa por mi pesadilla recurrente?

¿Qué es lo que dice la gente? No es paranoia si de verdad van a por ti.

Niego con la cabeza. Si sigo así mucho más tiempo, me convertiré en una de esas personas que llevan gorros de papel de aluminio y acumulan comida enlatada.

—Tienes que controlarte, Mer. Estás bien —me tranquilizo. Y lo estaré, lo sé. Solo necesito dormir un poco y mañana todo me parecerá mejor y más manejable.

CAPÍTULO
TRES

Mérida

La paciencia no es una de mis muchas virtudes. A decir verdad, mis virtudes no son muchas, para empezar, pero definitivamente no estoy hecha para esperar, en especial cuando he dormido unas cuatro horas en total en la última semana.

Sé que parezco una muerta viviente, pero ni siquiera tengo fuerzas para preocuparme. Tengo que volver a retocarme el tinte azul desde antes de llegar a Montana. Se me ven las raíces y no queda bien. Tendré tiempo para todo eso, si consigo llegar al final del turno de hoy y luego tengo todo el día libre.

Tal vez sea más fácil dormir a la luz del día, sin que las sombras en las esquinas de mi habitación me hagan creer que hay ojos observándome.

Deberíamos haber cerrado hace diez minutos, pero Dee no cree en meter prisa a los clientes, así que, el camionero que queda por aquí, degustando su trozo de tarta de cereza como si quisiera que le durara toda la noche, me está poniendo de los nervios.

No ayuda que haya estado mirándome de forma lasciva y haciendo comentarios groseros desde que entró. No es que no esté acostumbrada a que los hombres piensen que pueden decirme cualquier cosa que se les pase por la cabeza, por muy inapropiada que sea, pero hay un aire de inquietud en torno a este grandullón que no me gusta. También parece que lleva un rato durmiendo con la ropa puesta o que ha estado rellenándose el café con cualquier bebida que lleve en una petaca en el bolsillo. Ni siquiera es muy sutil. Los tíos como él son impredecibles y eso es suficiente para ponerme nerviosa.

Esbozo mi sonrisa de camarera porque necesito las propinas.

—¿Puedo traerte algo más antes de que cerremos? —pregunto, limpiando la barra.

Traducción: Es hora de irse, tronco.

No capta la indirecta.

El camionero apoya aún más los codos sobre la barra, acercando su cara a la mía.

—¿Qué haces después del trabajo, cariño? —Su amplia sonrisa y la forma en que sus ojos desorbitados se fijan en mis tetas, vergonzosamente pequeñas, me hacen vomitarme un poco en la boca. Está borracho a las cinco de la tarde en un restaurante donde sólo sirven Coca-Cola.

Este tío es por lo menos 20 años mayor que yo y, aunque no pareciera que no se ha duchado desde que Obama era presidente y en su lugar ha pasado todo ese tiempo libre comiendo tartas de cereza, hay menos de cero posibilidades de que me interese pasar más tiempo del que me pagan con él. Pero la mala educación no da propina, así que sigo sonriendo hasta que me duelen las mejillas.

—Si quieres que te recomiende algo, hay un bar cerca de aquí que se llama The Tap Room. —Hago un gesto hacia la puerta, como si eso pudiera animarle a dirigirse hacia allí.

—Suena divertido, podríamos ir juntos. —Se quita unas migas de la barba que le caen sobre la camisa manchada que lleva.

—Gracias, pero no puedo. —Me pongo a doblar servilletas, cualquier cosa para mantener mis manos ocupadas y evitar tener que mirar a este tío.

—Claro que puedes. Una cosita bonita como tú, apuesto a que te gusta desmelenarte—Sigue hablándome al pecho y yo sigo encogiéndome con sus palabras—Esta noche me quedo en la ciudad —añade, como si con eso fuera a cerrar el trato.

—Gracias, pero no. No se nos permite salir con los clientes, de todos modos. —Miento como una bellaca—¿Has terminado con eso? —Hago un gesto con la cabeza hacia su, por fin, plato vacío.

—Claro. —Entorna los ojos hacia mí y, antes de que tenga tiempo de agarrarlo, coge el tenedor y lo deja caer al suelo a su lado—Uy. —Se encoge de hombros, con una amplia sonrisa, como si acabara de contar un chiste digno de un número cómico.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Dee y Manny en la cocina, limpiando para poder largarse en cuanto nuestro último cliente decida marcharse.

Aprieto los dientes y rodeo la barra. El tenedor está en el suelo, a medio metro del taburete del camionero. Podría agacharse fácilmente y cogerlo. Es lo que cualquier persona normal, al menos, cualquiera que no sea un gilipollas supremo, haría. En lugar de eso, se limita a mirarme, expectante.

Piensa en la propina —me repito el mantra cuando me agacho para coger los cubiertos. Mientras lo hago, el camionero se baja de su taburete e invade mi espacio, imponiéndose por encima de mí.

—¿Cuánto? —pregunta, con su cuerpo demasiado cerca del mío. Cuando intento dar un paso atrás, me agarra el codo.

—¿Cuánto por qué? —Me muevo para quitármelo de encima—¿La cuenta? Ahora te la traigo.

—No, nena. ¿Cuánto por ti?

No puede hablar en serio. Pero por la mirada intencionada en su cara, lo es. Es letal. Sus ojos

me recorren lentamente desde el pecho hasta las piernas desnudas y me maldigo por llevar hoy pantalones cortos, pero hace treinta grados y el día de la colada no es hasta mañana.

—No estoy en venta, gilipollas. —Vuelvo a tirar de mi brazo, pero él sólo lo sujeta con más fuerza. Me dejará un moratón.

Sus ojos se entrecierran y se inclina para que su cara quede a un palmo de la mía.

—¿Crees que eres mejor que yo o algo así?

Huelo en su aliento el alcohol que ha estado echando a escondidas en su café y me dan arcadas.

—Estás borracho. Lárgate—Mantengo la voz baja y miro hacia la ventanilla, donde ya no veo a Dee ni a Manny. Probablemente estén sacando la basura y dejándome a solas con el hombre menos sexy del mundo.

No quiero causar un alboroto. Si consigo que este tipo se vaya sin montar una escena será el mejor resultado para todos.

El camionero se ríe en mi cara.

—¿Qué vas a hacer, Molly? —Su mano se mueve hacia mi placa de identificación antes de moverse ligeramente hacia el sur y manosearme una teta.

Por un momento, estoy demasiado sorprendida como para hacer nada y él lo toma como permiso para abalanzarse sobre mí y pegar su boca a la mía. Sus manos están por todas partes y su lengua es como una babosa que intenta invadir mi boca. El asco despeja la neblina de mi cerebro y el instinto se apodera de mí.

Le golpeo el tobillo con el pie tan fuerte como puedo, haciéndole doblar la pierna. Cuando cae, mi rodilla le golpea la ingle, haciéndole aullar como un zorro herido.

Algo bueno de criarse rodeada de hombres letales es que protegerse se convierte en algo natural. Entre los guardaespaldas de mi padre y él mismo, he aprendido a defenderme en una pelea. Aun así, mi tamaño significa que escapar es a menudo la mejor defensa.

Ya me estoy dirigiendo al otro lado de la barra, pero el camionero no se queda tirado como debería. Es muchísimo más grande que yo y, cuando se pone en pie lentamente, con una mirada asesina en los ojos, mi alarma interna alcanza niveles extremos.

Se abalanza sobre mí, moviéndose más rápido de lo que esperaría para un hombre de su tamaño y, cuando me agarra de la camisa y tira de mí hacia él, sé que estoy jodida. Así que hago lo único que puedo: gritar.

El cabrón me abofetea y el dolor me estalla a lo largo de mi mejilla. Eso me dejará otro moratón. No es la primera vez que me golpean en la cara, pero ha pasado tanto tiempo que había olvidado cómo puede dejarte sin aliento y empañarte los ojos de lágrimas.

Pensé que la violencia no me encontraría en este lugar, pero resulta que me persigue allá donde voy.

—Te crees todo un hombretón por hacerle daño a las mujeres, ¿eh?. —Le escupo, propinándole un codazo con la esperanza de dar con su cara—¡Suéltame, joder!

—A la nena le gusta duro, eh. —Su mano va a mi entrepierna, apretándome ahí como si estuviera ordeñando una maldita vaca y veo rojo. Nadie puede tocarme como si fuera mi dueño. No lo permitiré. Nunca más.

Se rompe el último hilo que sujetaba mi control y busco en el bolsillo del delantal el frío acero que sé que encontraré allí. La memoria muscular se apodera de mí y accionado el gatillo, la hoja se abre mientras la extraigo, abriéndole un tajo en el antebrazo. Me suelta de inmediato y aprovecho el momento para huir de su alcance.

—¡Puta zorra loca! —Se acuna el brazo ensangrentado mientras se acerca a mí de nuevo.

Esta vez no retrocedo. Sostengo la navaja por delante de mí, lista para hacer lo que sea necesario.

Observo su expresión mientras sus ojos se desvían detrás de mí y rezo como la devota católica que a mi *abuela le hubiera gustado que* fuera, para que Manny y Dee hayan vuelto. El chasquido de un arma al ser amartillada me hace tirarme automáticamente al suelo por puro instinto. Tardo un segundo en calcular que no es el camionero el que ha sacado una pistola.

—La señorita de ha dicho que te fueras. ¿O eres sordo además de tonto de remate?

Parpadeo mirando a Manny desde el suelo que aún tengo que fregar. Tiene una escopeta apuntando al Sr. «no acepto un no por respuesta». La sujeta con naturalidad, como si fuera una extensión de su brazo.

—No vas a dispararme. —Aunque la sonrisa del camionero es incierta, consecuencias de tener una escopeta a corta distancia. La sangre gotea al suelo desde su brazo herido y la veo caer justo delante de mí.

Manny no vacila.

—¿Estás lo bastante seguro como para volver a hacer una tontería y averiguarlo? —No aparta los ojos del otro hombre.

Me levanto del suelo para ponerme de pie, esperando a ver qué va a pasar a continuación. ¿Dispararía realmente Manny si este imbécil hace algo estúpido?

—He llamado al sheriff —dice Dee desde detrás de Manny, sonando un poco nerviosa— Viene en camino. No querrás estar aquí cuando llegue —le amenaza—Molly es una buena amiga suya y no le gusta que los ingratos se metan con sus amigos.

Mantengo una expresión tranquila, a pesar de no tener ni idea de lo que está hablando Dee. Ni siquiera conozco al sheriff, de hecho, esa es mi intención. Aun así, es suficiente para que el camionero considere sus opciones y elija la que tenga menos probabilidades de acabar con él en la cárcel.

—Que os jodan a todos —dice mientras se dirige a la salida—La comida sabe a mierda, de todos modos. Y tú eres una puta calientabraguetas, pequeña zorra.

Me señala con el dedo índice para que no tenga dudas de a quien se dirige antes de salir dando un portazo.

—Gilipollas. —Sacudo la cabeza y se me caen los hombros mientras la adrenalina abandona

mi cuerpo.

—Ya puedes guardar eso. —Miro a Manny, que señala con la cabeza la navaja de aspecto malvado que aún estoy agarrando con fuerza.

La vergüenza me acalora y luego me enfría mientras retraigo la hoja y la deslizo de nuevo en el bolsillo de mi delantal, rápidamente, como si la velocidad fuera a borrarla de alguna manera de su memoria y de la de Dee. Es imposible que no lo hayan visto. ¿Cómo demonios se supone que voy a explicarles lo de llevar un arma mortal a su negocio? Soy la definición de una señal de peligro.

¿Puedo convencerles de que es para pelar naranjas? No, porque no nacieron ayer.

Me he descubierto. He cruzado una línea y no sé qué hacer ahora que estoy al otro lado de ella.

Puede que Dee esté dispuesta a pasar por alto lo que acaba de ocurrir, pero por la expresión de la cara de Manny, él no está tan dispuesto a fingir que no tiene nada preocupante la forma en que reaccioné. Y ahora viene la policía.

De puta madre. Realmente necesito largarme de aquí antes de que lleguen.

—Debería irme —le digo a nadie en particular y me dispongo a hacerlo, pero Dee me pone la mano en el hombro. Es un apretón reconfortante, pero aun así me estremezco, no estoy acostumbrada al contacto físico, sobre todo si es delicado.

Además, esa sensación de propiedad del camionero sobre mi cuerpo me tiene aún más nerviosa de lo normal, lo cual ya es mucho decir.

Dios, ¿cuándo fue la última vez que dejé que alguien me tocara?

Dee mueve la mano, veo una expresión triste en sus ojos cuando registra mi reacción y quiero decirle que no necesita sentir lástima por mí, que estoy bien. Superbién.

—Debería irme —vuelvo a murmurar.

—Siéntate, cariño. Debes de estar muy alterada. —Dee me hace señas para que me siente en uno de los taburetes, no en el que se había sentado el cerdo ese.

Me desplomo sobre él sin rechistar. Estoy muy cansada. Entre las dos últimas noches que he pasado despierta, intentando evitar la pesadilla, el nerviosismo que siento, como si me estuvieran vigilando, y el bajón de la pelea, estoy agotada.

Pero no tengo tiempo para estar cansada.

—Tengo que irme antes de que llegue el sheriff —digo, mirándome las manos y notando por primera vez la sangre en mis dedos. Entre las manos manchadas y las pruebas de ADN en la hoja de mi cuchillo, ni siquiera tengo una negación plausible. Una persona normal probablemente se horrorizaría, pero, ¿alguna vez he sido normal?

La ceja erguida de Dee ante mi anuncio indica que lo que he dicho suena tan sospechoso en voz alta como en mi cabeza.

—Irv no va a venir —dice finalmente.

—¿No? —Levanto la cabeza para mirarla a los ojos y noto su amabilidad.

Dee niega con la cabeza.

—No queremos molestarle cuando podemos arreglárnoslas solos. —Me vuelve a dar una palmadita en el hombro y esta vez consigo controlar la mueca—¿No es cierto, Manny?.

—Claro que sí —responde Manny sin pausa.

—Mmm... vale. —Miro entre los dos, tratando de entender qué es lo que me estoy perdiendo. ¿Acaban de verme sacarle una navaja a un tío y *no* llaman a la policía?

—Estás demasiado delgada —pronuncia Dee como si los diez minutos de caos que preceden a este momento ni siquiera hubieran ocurrido—¿Comes algo cuando no estás aquí?— —dice con desaprobación mientras me mira, como me imagino que lo haría una tía.

La respuesta corta es no, pero eso es porque odio cocinar y además mi habitación en la pensión sólo cuenta con un microondas y una mini-nevera, así que no es como si estuviera preparada para cocinar comidas de tres platos. Por no decir que las sobras de la cena suponen casi toda mi pirámide alimenticia. No es que Dee esté planeando quedarse a esperar para escuchar mi respuesta.

Inclina la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no vienes a cenar a nuestra casa mañana?

Está redactado como una pregunta, pero suena más como una orden.

Es domingo, es el único día que el restaurante cierra, lo que significa que tengo exactamente cero planes que involucren a otras personas. Ni familia, ni amigos, ni novio. Mi vida nunca me había parecido tan patética como ahora, cuando no se me ocurre ni una sola excusa que pueda parecerles plausible.

—Eres muy amable, Dee, pero no quisiera imponer...

—¡No digas tonterías! —Me aprieta el hombro, sus ojos brillan con dulzura—Nos encantaría tener a una persona joven en casa, ¿verdad, Manny?. —Mira por encima del hombro a su marido, que sigue mirándome con algo que no es del todo suspicacia, pero que no está muy lejos.

—Claro. —No parece muy entusiasmado con la idea. No le culpo. No es que tenga mucho que me encomiende como una ciudadana honrada, sentada aquí en su barra con literalmente sangre en las manos.

Dee no se da cuenta de la mirada escrutadora de Manny o no le importa, porque baja la voz y se inclina hacia mí con aire conspiratorio.

—Y significa que tendré más que las contestaciones monosílabas de Manny a mis preguntas.

Me da un codazo y sonríe más que antes. Parece que es contagiosa; sin darme cuenta, yo también sonrío. Y no necesito mirarme en un espejo para saber que no es una de mis sonrisas de camarera, es auténtica. Es una sonrisa que no he ejercitado en mucho tiempo. Me sorprende un tanto que mis músculos faciales aún recuerden cómo hacerlo.

—Me tomaré eso como un sí —Dee hace un pequeño gesto con el puño como si acabara de ganar algo, su emoción la hace aún más adorable—Déjame coger tu cheque de la semana y puedes irte a casa.

—Todavía tengo que limpiar. —Señalo el suelo ahora salpicado de gotas de sangre. Siempre paso la fregona antes de irme. Al menos, la encimera ya está reluciente.

—Me ocuparé yo de ello esta noche. —Dee me da unas palmaditas en la mano como una madre, aunque sólo puede tener unos quince años más que yo"—. Te has llevado un buen susto, pequeña. Tienes que irte a casa y descansar. No quiero oír ni una sola palabra más. Ahora, déjame ir a por tu sueldo para que puedas largarte—Tras eso, se marcha en dirección a la oficina.

Para ser una mujer enfermiza, Dee puede ser sorprendentemente firme cuando quiere.

Me froto la cabeza mientras otro dolor de cabeza comienza a tomar forma. Odio no hacer bien un trabajo y marcharme con él sin hacer, pero mentiría si dijera que la idea de meterme en cama y no preocuparme del mundo hasta mañana no me atrae cada vez más.

No te acerques a nadie.

No hagas amigos.

No hagas nada que haga que la gente te recuerde.

Esas son todas las reglas que estaría rompiendo si sigo adelante con esta cena. Son reglas que me impuse por buenas razones. Entonces, ¿por qué estoy pensando en tirarlas por la ventana esta vez?

—Menuda le has dado a ese saco de mierda —refunfuña Manny, haciendo que me sobresalte. Casi había olvidado que seguía aquí, de lo callado que estaba—Bonita navaja.

Murmuro algo sobre haber asistido a clases de defensa personal, como si eso explicara el hecho de enfrentarme a un hombre que me dobla en peso y llevar un arma letal en el delantal como una especie de Julia Child letal.

Al menos, criarme en casa de mi padre había tenido algo de positivo. Podía defenderme en una pelea, aunque nunca se esperó de mí que lo hiciera. Enseñarme a incapacitar a alguien era más bien una medida de seguridad, por si ocurría lo peor. Un secuestro. Un rescate. Todo eso era normal cuando se trataba de la gente con la que trataba mi padre. Quería asegurarse de que al menos pudiera armar jaleo si alguna vez me secuestraban, y eso era más por su bien que porque le preocupara mi seguridad. Al ser su única hija, era valiosa, al menos simbólicamente, para los demás, si no para él. Ahí es donde entraban los guardaespaldas que vigilaban cada uno de mis pasos. La verdad es que eran tanto espías para él como perros guardianes para mí. Informaban a mi padre de que hacía exactamente lo que se esperaba de mí en todo momento, sin poner nunca un pie fuera de lugar. Sólo de pensar en lo que era vivir así me dan ganas de arrancarme la piel a arañazos.

—Ajá. Claro. —La voz de Manny me saca del pasado.

No se traga mi estúpida explicación de porqué llevo encima una navaja malvadamente afilada con la que podría matar fácilmente a alguien. Así que, este es el momento en que me va a decir que me vaya. O, por lo menos, se cuestionará quién diablos le está dando empleo, y esas son preguntas que no puedo responder. No, mejor pasar a la ofensiva.

—Eres bastante rápido con eso—Hago un gesto con la cabeza hacia la escopeta que, de

cerca, parece tan vieja como yo—Ni siquiera sabía que guardabas un arma ahí detrás.

Traducción: no soy la única que guarda secretos.

Manny asiente con una pequeña sonrisa torciéndole los labios, reconociendo lo implícito.

Ahora mismo, no encuentro nada por lo que sonreír. Esto de hablar en clave me recuerda demasiado a las conversaciones que tenía con mi padre. Eran más como partidas verbales de ajedrez que cualquier tipo de comunicación real. Pero ahora no es el momento de pensar en él. Si lo hago, no podré pensar con claridad.

—Hace siglos que quiere invitarte, ¿sabes? Dee. —Se apoya en el lado opuesto de la barra, en una postura tan relajada como si estuviéramos hablando del tiempo.

Los últimos diez minutos han sido lo máximo que le he oído hablar y no sé cómo reconciliarme con este hombre tan parlanchín de repente.

—¿En serio? —Parece poco probable. ¿Quién piensa que una chica rara, hermética y callada es material de primera para una cena?

—Ajá. —Asiente él, serio—Cuando Dee ve a alguien que necesita ayuda, quiere echar una mano.

Así que soy un caso de caridad. Impresionante. Pienso en la gata callejera, Sobras. ¿Es así como Dee me ve también, como un animal necesitado y salvaje?

—No necesito ayuda. —Puedo cuidar de mí misma muy bien.

Manny resopla.

—Claro, porque una chica como tú, inteligente, educada, que se crio con algo de pasta, no está fuera de lugar en un sitio como éste, en medio de absolutamente ninguna parte.

Había pensado que este hijo de puta era observador, pero no me había dado cuenta de que era un maldito adivino. ¿Cómo diablos sabe que me crie con dinero? No es como si hubiera traído conmigo los rasgos de esa vida. La mayor parte de mi guardarropa actual proviene de la buena voluntad. Pero aún no ha terminado de hablar.

—Siempre es gente a la que le va bien quienes sólo quieren cobrar en efectivo, usar un nombre falso y resguardarse las espaldas cuando vuelve a casa por la noche.

—¿Me estás *siguiendo,* joder? —Me alejo de Manny, el tío al que había tachado de poco amenazador, pero que al parecer guarda una escopeta en la cocina. ¿Tan mal lo había juzgado? No sería la primera vez—¿Trabajas para él? ¿Qué te dijo que te daría si me llevabas de vuelta?.

La expresión divertida de Manny se convierte en un ceño fruncido cuando retrocedo. Extiende las palmas de las manos en la señal universal de alto al fuego.

—Date un respiro. Dee me pidió que me asegurara de que llegabas bien a casa un par de veces cuando salías tarde de aquí. Se preocupa por ti—Se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo, cuando la verdad es que no tengo ni idea de cuándo fue la última vez que alguien se preocupó lo suficiente como para velar por mí. En mi vida anterior, siempre había alguien vigilando, pero se trataba de control, no de preocupación. Me pregunto cómo habría sido si mi madre se hubiera preocupado por mí .

Céntrate, Mérida. Ahora no es el momento de ponerse sentimental por algo de lo que nunca sabrás la respuesta.

¿Podría haber sido Manny la razón por la que sentía que alguien me observaba? ¿Fue por él que tuve esa sensación punzante en la nuca? ¿Me había estado preocupando por nada todo este tiempo?

Es demasiado para digerir, así que busco lo más fácil en lo que concentrarme.

—¿Por qué dices que mi nombre es falso?

—¿Molly? Por favor—Vuelve a resoplar—Tienes tanta cara de Molly como yo de Sven.

Resoplo una carcajada ante la idea de ver a este hombre de piel aceitunada y ojos oscuros confundido con un nativo de Escandinavia, antes de darme cuenta de que acaba de hablar en español y yo he respondido como si le hubiera entendido.

Es un acento que reconozco de las telenovelas mexicanas que veía mi *abuela*.

—¿Eres mejicano? —pregunto sin poder contenerme. No he hablado español en voz alta con nadie desde que me fui de casa. Hay algo emotivo que brota de mi interior al utilizar una lengua que forma parte de mí tanto como mis brazos y mis piernas, después de tanto tiempo sin ella.

Asiente con la cabeza.

Alguien más que se encuentra muy lejos de casa, entonces.

—Manuel. —Me deja saber, extendiendo la mano como si nos presentaramos por primera vez. Tal vez sea así.

Tiemblo, sin dar mi verdadero nombre. Aún no estoy preparada para eso, quizá nunca lo esté.

—¿*Cómo sabías que*...? —Hago un gesto de impotencia porque ni siquiera sé cómo englobarlo todo, ni siquiera hasta qué punto Manuel ha adivinado que no soy quien finjo ser.

—Es fácil reconocer a alguien que está huyendo —responde, como si fuera así de sencillo.

Me quedo en silencio mientras algo parecido al entendimiento pasa entre nosotros. No sé qué decir al respecto. Manny parece entender que necesito procesar toda esta conversación porque me da un tiempo antes de formular su siguiente pregunta.

—¿Quieres decirme quién es «él», para quien pensabas que trabajaba? ¿Y por qué quiere que vuelvas? —El tono de Manny es dudoso, como si ya supiera mi respuesta antes de que yo se la dé.

Sacudo la cabeza y él asiente, sin sorprenderse.

Puede que Manny, Manuel, sea más amigo que enemigo, pero eso no significa que tenga que compartir con él todo lo más profundo y oscuro de mí. Es tanto por su seguridad como por la mía mantenerlo en la ignorancia sobre mi pasado. Nada bueno saldría de ello. Y no es como si el saberlo fuera a conseguir algo más que asustarle. No es un problema que él pueda resolver.

—Nos vemos para la cena del domingo entonces, *Molly*. —Subraya mi nombre falso, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer que sea tan imbécil como para haberme inventado algo tan inverosímil. Y luego se marcha, desapareciendo de nuevo en la cocina.

Dejo caer la cabeza entre las manos. ¿Qué demonios acaba de pasar?

—Qué bien, sigues aquí. —Dee aparece en ese momento y tengo la clara impresión de que me han tendido una emboscada entre los dos.

Bien jugado, Carters. Bien jugado.

—Aquí tienes—Me entrega un sobre que parece más gordo de lo normal para los ingresos de una semana.

No me muevo para cogerlo todavía.

—¿A qué viene este extra? —La miro con el ceño fruncido.

Parpadea y la sorpresa se le refleja en las facciones. No esperaba que me diera cuenta hasta que llegara a casa.

—Has sido de tanta ayuda por aquí, que quería darte las gracias. —Agita las manos, un poco nerviosa.

—Eres muy amable, Dee. —Sonrío cansada—Pero no tienes por qué hacerlo —digo, aunque mi parte racional me dice que me calle de una vez y coja el dinero.

Abro el sobre y cuento metódicamente mi salario semanal, empujando hacia ella los pocos billetes que ha incluido de más. No es que el restaurante vaya tan bien como para que me dé más de lo que me debe. Sólo cojo aquello por lo que he trabajado, esa es otra de mis reglas.

—Estoy bien, de verdad —le aseguro.

Parece que va a discutir, pero la seriedad de mi expresión debe de indicarle que no insista, porque se limita a asentir.

—¿Seguro que puedes tú con...? —Hago un gesto hacia la sangre del suelo. Son sólo unas gotas, pero destacan sobre el suelo blanco.

Dee agita la mano como diciendo que no es nada.

—No sería la primera vez que limpio sangre de este suelo —dice entre risas y yo la miro largamente. ¿Qué diablos significa *eso*?—. Vete ahora, antes de que oscurezca. No me gusta que deambules por estas calles tan tarde.

Estoy a punto de decirle otra vez que estoy bien, pero le sonrío, agradeciendo que le importe tanto como para preocuparse por mí. Absorbo la sensación para poder recordar cómo es cuando me haya ido.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta mientras recojo mis cosas de detrás de la barra. Me pregunto si habrá leído en mi cara mi inclinación a huir.

—Aquí estaré —confirmo.

Es sólo una cena, razono. No tiene por qué significar nada. Soy lo bastante mayor como para mantener cierta distancia emocional con los Carter . Hago caso omiso de la molesta voz en mi cabeza que me recuerda que esta no es una vida que yo pueda tener; una que implique cenas de domingo y gente que quiere ayudarme. Pero, ¿qué tiene de malo fingir que podría ser así, aunque solo fuera por una noche?

CAPÍTULO
CUATRO

Mérida

4 años antes

—No. —La palabra sale de mis labios antes de que tenga tiempo de sopesarla.

—¿Qué significa ese «no»? Esto no es un debate, Mérida. He dicho que te casarás con Angelo Russo y punto. —Mi padre golpea la mesa con el puño como si fuera un mazo, pero lo único que oigo es el ruido sordo del pánico subiendo por dentro de mí.

Esto no puede ser real. Esto no puede estar pasando.

—¿No tengo ni voz ni voto en esto? —Me pongo de pie, porque no puedo quedarme quieta en la silla cuando mi vida se está desintegrando a mi alrededor como si la hubieran construido con papel de periódico mojado—¿Cómo pudiste prometerme mi mano a alguien como él?

Me doy cuenta del error de mi tono de voz en cuanto veo que la expresión de mi padre se ensombrece.

—¿Así es como me hablas ahora? ¿Cómo le hablas a tu padre? —La ira apenas disimulada en su voz sube de tono.

—Lo siento, padre —me disculpo, agachando la cabeza y evitando el contacto visual.

Sé cómo interpretar mi parte, cómo ser la hija obediente que no causa problemas. Cuando soy esa versión de mí misma, es menos probable que él pierda los estribos; es menos probable que las cosas se pongan violentas. No es una estrategia a prueba de todo, pero es cuanto tengo.

—Podría haber esperado para decírtelo —señala—Serás mayor de edad el año que viene y podría haber esperado hasta entonces, pero he preferido compartir esta información contigo ahora. —Hace que suene como si me estuviera haciendo un gran favor en lugar de arruinar todas mis esperanzas cara el futuro.

Sentado detrás de su enorme escritorio, con su impecable traje de tres piezas, tiene toda la

pinta de ser el hombre que es: Miguel García, jefe del cártel de los García, un hombre dispuesto a hacer lo que sea necesario para cimentar su autoridad.

Trago saliva con fuerza, intentando aliviar el ardor de mi garganta, señal de que las lágrimas no tardarán en aparecer, pero no puedo llorar delante de él. Sólo conseguiría que se enfadara más. No le gusta tener que ser testigo de ningún tipo de emoción, para él todas son un signo de debilidad. Y si hay algo que mi padre odia por encima de todo, es la debilidad. Así que empujo la sensación de desesperanza hacia debajo de mi cuerpo, hasta que puedo volver a hablar.

—Gracias, padre. —Mi boca ni siquiera se tuerce ante mis palabras de gratitud—¿Cuándo va a ser? —¿Cuándo va a ser el peor momento de mi vida?

—Cumplirás 18 en unos meses. Angelo tendrá 23, será hora de que se case. —Se encoge de hombros, sin más.

¿Y yo qué? ¿Qué pasa con todas las cosas que había planeado? ¿Qué pasa con lo que quiero? Esas son las preguntas que quiero gritar, pero no soy lo suficientemente valiente. Y sé que mi padre es más que capaz de mantenerme encerrada en esta casa hasta mi cumpleaños como castigo si dejo que esos pensamientos salgan de mi boca. ¿Es mejor que me entregue a Angelo y no a Sebastián, el primogénito de los Russo, como inevitablemente habría sido de no ser por aquella noche en que todo había cambiado? ¿Es mejor el diablo conocido?

—Padre, no lo entiendo. —Mantengo la voz baja y calmada, juntando las manos delante de mí, la viva imagen de una hija recatada—Odias a los Russo.

—El odio es para la gente que no es capaz de ver más allá —Agita una mano desdeñosamente—No es algo personal, Mérida. Son sólo negocios—Vuelve a encogerse de hombros.

¿Cómo no va a ser personal si estamos hablando de la persona con la que se supone que voy a estar casada el resto de mi vida?

—Cuando tú y Angelo se casen, nuestras familias ya no serán enemigas. Seremos aliados. Es la mejor manera de acabar con esta guerra que ninguno de los dos está ganando. Ya no tendremos que lidiar con que los Russo nos dificulten los negocios, y viceversa. Es una solución bastante elegante, en verdad, me sorprende que no se me ocurriera antes.

Tal vez porque estaría casando a una niña, pienso para mis adentros. ¿Y qué quiere decir con «solución»? Como si mi futuro fuera un simple subproducto de un problema que hay que resolver.

—Angelo es un buen partido. Las mujeres dicen que es guapo. Ya lo verás cuando lo conozcas. Serás feliz. —No es tanto una pregunta como una afirmación. No admite discusión.

Sé cómo es Angelo, ya de adolescente era guapo y, por las fotos ocasionales que he visto de él en fiestas, su aspecto no ha hecho más que mejorar. Me parece injusto que se vuelva aún más guapo cuando su interior no está a la altura del exterior que muestra al mundo.

Flexiono las manos, frustrada conmigo misma y con el hombre que ahora no era más que un

extraño para mí. Angelo ya no era ese niño que había sido lo más parecido que había tenido a un mejor amigo, ya no. Hacía mucho tiempo que no era esa persona, no desde que se inició en el negocio familiar. Esa misma noche había perdido a mi primo, y yo era la única que sabía que había sido Angelo quien había cometido el asesinato.

¿Mi padre sabe algo de nuestra historia?, me pregunto. ¿Sabe que Angelo y yo ya nos conocemos? ¿Es otra prueba para ver si soy leal y estoy tan bajo su control como espera? Por otra parte, si mi padre supiera que Angelo y yo fuimos amigos cuando éramos niños, no habría dejado que siguiera siendo así. Le habría puesto fin hace años, cuando habría infligido el máximo daño. Ese era su modus operandi. Era su forma de ejercer su poder, no sólo sobre mí, sino sobre toda la gente sobre la que busca ejercer su dominio. Era la razón por la que ya no tenía mascotas, había aprendido que sólo las utilizaría como moneda de cambio.

No tengo mucho tiempo para hacer los cálculos en mi cabeza. Así que me guío por mi instinto y la creencia de que me habrían llamado a esta sala para hablar de Angelo hace mucho tiempo si mi padre hubiera sabido de nuestra amistad.

—Tal vez sea feliz —digo, consciente de que ya me encuentro en la cuerda floja. Claro que es el único terreno por el que estoy acostumbrada a caminar con mi padre—Pero es... tendré que adaptarme —continúo, haciendo un agujero en la alfombra del suelo.

—Adaptarte. . —Mi padre se echa hacia atrás en la silla, con un aspecto despreocupado a pesar del traje de tres piezas que nunca le falta. Tiene una figura impresionante, incluso es guapo. Pero todo lo que puedo ver es la astucia de sus ojos, la forma en que te mide con la mirada, analizando cada uno de tus defectos para luego poder explotarlos.

—A ver a los Russo como familia en vez de odiarlos —explico—Va a costar acostumbrarse. Las cosas han sido así durante mucho tiempo. —Desde que tengo memoria.

Nos habíamos mudado desde Colombia cuando yo aún era una niña y había crecido con las historias de los baños de sangre que se habían producido entre nuestros hombres y los soldados de los Russo. Llevábamos más de una década compitiendo por el control de la costa oeste.

—No seas ingenua, hija —se burla mi padre con una media sonrisa en la cara—No voy a regalarle mi única hija a Angelo por una tregua de mierda. Vas a ser mis ojos y mis oídos, parte de su círculo íntimo. Angelo será subjefe muy pronto, sólo estará un escalón por debajo de su padre. Y estarás perfectamente situada para decirme todo lo que necesito saber sobre sus planes.

La forma en que funciona la mente de mi padre es a la vez impresionante y espantosa. No es la primera vez que me sorprende lo mucho que podría conseguir si utilizara su cerebro para el bien en lugar de para las actividades ilegales con las que se ha ganado la vida. Pero eso no es un cambio de profesión que vaya a ocurrir jamás.

—Quieres que sea tu espía. Por eso aceptaste este matrimonio —digo en voz alta, ahora que las piezas empiezan a encajarme.

Asiente, demasiado pagado de sí mismo.

—Es muy sencillo. Nadie pensará semejante cosa de ti. Nadie sospecharía que tú, una mujer, eres otra cosa que lo que aparentas ser: una esposa buena y leal.

—¿Y si me pillan? ¿Y si no se tragan mi actuación?. —Siempre he sabido que para mi padre sólo era valiosa en términos de lo que podía hacer por él, así que conozco la respuesta, pero una parte retorcida de mí sólo quiere oírle admitir la verdad en voz alta.

Apenas parpadea.

—Entonces te usarán para llegar hasta mí, lo que es inaceptable. Así que, tienes que asegurarte de que eso no ocurra.

Traducción: me harán daño, y mi padre no podrá hacer nada al respecto porque estaré bajo la tutela de Angelo, como su esposa. Incluso sabiendo eso, está dispuesto a enviarme a la boca del lobo. Cualquier vestigio de amor que aún pudiera tener por mi padre se marchita y muere en ese mismo momento. Cualquier creencia errónea de que le debía algo sólo por el privilegio de mantenerme con vida durante los últimos 17 años queda archivada. Ha dejado muy claro una y otra vez cuáles son sus prioridades, y no soy yo. Su devoción siempre residirá primero en el cártel que fundó. Tal vez, antes de morir, mi madre podría haberse dado a la fuga. Pero ahora no son más que especulaciones para las que nunca tendré respuesta. De todas formas, no importa, no cuando tengo que lidiar con mi realidad actual, una en la que ella no está aquí.

El único ruido en la habitación es el del tic-tac del antiguo reloj de pared de mi padre. Es un coleccionista, un conocedor de las cosas que aumentan su estatus. Como hija única, me ve como una de esas cosas. Y, ahora, por primera vez, estoy en una posición de poder. Me necesita para que su plan de acabar con los Russo de una vez por todas funcione. Puedo usar eso a mi favor.

Las palabras de mi padre dan vueltas en mi cabeza. «Nadie sospecharía que tú, una mujer, eres otra cosa que lo que aparentas ser».

Su misoginia va a jugar a mi favor, por una vez. Me pregunto qué diría si se diera cuenta de que fue él quien me metió la idea de huir. O, más exactamente, de cómo ganar el tiempo que necesito para reunir los recursos necesarios para huir. Ahora sólo tengo que armarme de valor para llevarlo a cabo.

—Es peligroso lo que me pides que haga —empiezo, con un tono frío y tranquilo, muy distinto de la ansiedad que me invade—Y voy a hacerlo, sin quejarme, pero tengo una condición.

Levanta una ceja oscura sobre unos ojos tan parecidos a los míos. Odio que compartamos rasgos, pero no hay nada que pueda hacer al respecto salvo recurrir a la cirugía plástica, y él no es la única persona que veo cuando me miro en el espejo. Es el único lugar donde sigo viendo a mi madre: su nariz, sus labios, su barbilla. No cambiaría eso por nada, no cuando ya ni siquiera queda una fotografía suya.

—¿Crees que estás en posición de negociar conmigo? —Su tono es engañosamente suave.

—Quiero terminar la universidad antes de casarme. Como sabes, Stanford ya me ha aceptado de forma anticipada—No es que a mi padre le haya impresionado lo más mínimo. Pero me he dejado la piel para ir ahí y no estoy dispuesta a renunciar a eso cuando es lo primero que

realmente he elegido para mí.

—¿Para qué necesitas ir a la universidad? ¿Crees que Angelo Russo te permitirá trabajar? —Lo dice como si la sola idea fuera desagradable.

Hay muchas diferencias entre el cártel de los García y la familia criminal de los Russo, pero algo que ambos tienen en común es la forma en que tratan a sus mujeres. Somos parte accesorio, parte ama de llaves venidas a más. Nuestro trabajo consiste en estar guapas, que la casa funcione como un reloj y tener unos cuantos hijos, idealmente varones, mientras hacemos la vista gorda a la procedencia del dinero del que vivimos.

Mi padre nunca puso ningún interés real en que yo recibiera unos estudios más allá de lo necesario para presumir en las cenas. Al fin y al cabo, a nadie le importaría que una lámpara supiera algo sobre la teoría de la relatividad de Einstein, ¿verdad?

—No voy a la universidad para conseguir trabajo —digo con sorna, como si fuera una idea de lo más absurda—Voy a hacer contactos, a conocer gente que podría serme útil a largo plazo. ¿Sabes quién va a Stanford? Hijos de senadores, actores, jueces del tribunal supremo, ¡futuros presidentes!. —Respiro para calmar la voz, sueno demasiado emocionada. Miguel García no responde a súplicas emocionales. Sólo le importan los hechos. Es uno de los rasgos que hacen de él un buen hombre de negocios y un mal padre—. Establecer contactos personales con ese tipo de personas sería muy beneficioso para nuestra familia, y podemos venderles a los Russo que también sería bueno para la suya.

—Ya tenemos a muchos senadores y personas influyentes en el bolsillo. —No es un «no» rotundo, lo que me anima a no rendirme.

—Es verdad —me muestro de acuerdo—Pero muchos de ellos son... mayores, ¿verdad? —Espero a que asienta, aunque de mala gana—Hablamos de la próxima generación de peces gordos. Hablamos de llegar a gente a la que nunca tendríamos acceso de otro modo. Como has dicho, nadie me miraría y pensaría que soy otra cosa más que lo que parezco.

Me señalo a mí misma, todavía vestida con el uniforme de la escuela católica y la falda hasta la rodilla que me hace parecer que apenas he llegado a la pubertad.

Mi padre se toma un tiempo y contengo la respiración mientras piensa en lo que le he dicho.

—Recuérdame en qué quieres matricularte.

—Informática.

Veo los engranajes de su cerebro ponerse a girar mientras medita sobre el tema, calculando si es una respuesta aceptable o no. Concédeme esta única cosa, ruego a quien quiera escucharme. Concédeme esta única cosa y nunca volveré a pedir nada más, te lo prometo.

—Informaré a los Russo de que la boda se celebrará cuando hayas terminado la carrera —pronuncia, bajando la vista a la tableta que tiene delante—Cuando tengas tus listas de clase, discutiremos las estrategias.

La conmoción tarda un momento en abandonar en mi cuerpo lo suficiente como para que sea capaz de formar frases coherentes.

—¿Así que me dejas matricularme en Stanford? —Trato de mantener mi voz lo más apagada posible. Estoy interpretando la actuación de mi vida.

—No me hagas repetirlo, Mérida. —Sigue concentrado en su tableta, hojeando cualquier información que solicite su tiempo.

—Gracias, padre. — Agacho la cabeza a modo de reverencia, aunque él no me mira—No te decepcionaré.

—Asegúrate de que no—Da un golpecito en la pantalla que tiene delante—Ya puedes irte, seguro que tienes deberes que hacer.

Casi salgo corriendo de la habitación, asustada de darle una idea de lo mucho que deseo esto. Si tuviera idea de lo mucho que necesito estos tres años, o de que no tengo intención de seguir adelante con esta farsa de matrimonio, no vería la luz del día hasta que me vendiera a los Russo.

—Mérida—Su voz me hace detenerme con la mano en la puerta—Estás comprometida con alguien. Te comportarás como corresponde a tu estatus. ¿Me entiendes?

Nada de novios, entendido. No es como si eso estuviera en lo alto de mi lista de cosas que hacer, justo debajo de «aprender a falsificar documentos y cómo hackear cuentas bancarias sin que mi padre se entere antes y me encierre».

—Entiendo, padre. —Más que entendido. Aunque no tengo intención de casarme con Angelo, un hombre que no es más que otra versión de mi padre, lo último que tengo en mente es salir con nadie. Durante los próximos 3 años, me centraré en prepararme para escapar del alcance de mi padre, de una vez por todas.

Emite un ruidito de satisfacción y salgo corriendo de la habitación. Cierro la puerta suavemente tras de mí, mi padre no soporta los portazos, y me permito una pequeña sonrisa. Algún día seré libre. Y, ahora que sé que es una posibilidad, haré lo que sea para conseguirlo.

CAPÍTULO
CINCO

Mérida

Desde aquella pesadilla, he estado al límite. De eso va todo esto, mi propia ansiedad haciéndome creer que estoy escuchando o viendo cosas.

Miro hacia la casa que acabo de abandonar. El cálido resplandor de su interior me anima a volver con Dee y Manuel, a confiarles todos los secretos que he estado guardando. Son buenas personas, lo sé. A pesar de sus miradas escrutadoras, no me obligaron a hablar de nada más de lo que ya les había contado. Dee fue la que se encargo de que fluyese la conversación en su mayor parte, charlando alegremente sobre el pastel de carne como si fuéramos viejos amigos.

Pasar la velada con ellos fue lo más parecido a una comida familiar que recuerdo. Los García no son precisamente conocidos por las cenas de los domingos, más bien por el contrabando y la distribución de los domingos.

Y, precisamente por eso, tengo que seguir alejándome, me recuerdo, abriendo la verja que da a la calle. Dee y Manuel no merecen verse arrastrados a la órbita de Miguel García y su hija. Y no sólo eso: a pesar de la habilidad de Manuel con la escopeta, no están en absoluto preparados para el peligro que correrían por el mero hecho de ser mis amigos. No sería la primera vez que mi padre hace daño a otros por mis errores, como forma de castigarme. Ni siquiera lo dudaría.

El mero hecho de que esté pensando en confiarles a Dee y Manny quién soy realmente, de quién huyo, es la señal que he estado esperando para decirme que siga adelante. Esta noche.

No tardaré mucho en recoger mis cosas. Dejaré al casero el resto del alquiler de la semana y cogeré el último autobús para salir de la ciudad. No importa adónde ir, ya averiguaré adónde me dirijo cuando haya tomado distancia de esta sensación premonitoria de que algo está a punto de ocurrir y no es nada bueno.

Por mucho que odie abandonar a Dee y Manny sin aviso, sólo intentarán convencerme de que me quede si les doy la oportunidad. Y tengo miedo de que tal vez les permita convencerme, aunque sólo sea porque estoy muy cansada de comenzar de cero una y otra vez. Todo el mundo

tiene su límite, pero no pensé que yo llegaría al mío tan rápido.

—*Venga*, Mer. —Me doy una sacudida verbal.—Basta ya de esta mierda de «pobre de mí». Es hora de que te pongas las pilas.

Cuando me preparaba para irme de California, para dejar atrás la casa de mi padre y esa vida, supe que no podría asentarme en ningún sitio. Sabía que mientras mi padre o yo viviéramos, tendría que estar en movimiento. Pero una cosa es ser consciente de un hecho en abstracto y otra vivirlo cada día. Aun así, es mucho mejor que la vida que habría tenido si me hubiera quedado. Entre mi padre y mi «marido» Angelo, habría estado atrapada. Dos hombres con más en común de lo que ninguno de los dos querría admitir y yo atrapada en medio; un ratón atrapado entre una trampa y un gato.

La ansiedad por marcharme empieza a aumentar, así que hago una lista mental de todo lo que tengo que meter en la bolsa de viaje cuando vuelva a mi habitación. Me ayuda a concentrarme en lo mundano.

Me recuerdo a mí misma que no debo olvidar los carnés falsos que he escondido en la cisterna del retrete. Bajo ningún concepto puedo dejarlos atrás. Aunque en cada uno de los carnés de conducir falsos parezco diferente, a un policía con media neurona no le costaría mucho averiguar que todas son la misma persona. Este tipo de descubrimiento no tardaría mucho en llegar a oídos de mi padre. Después de todo, tiene bastantes miembros de las fuerzas del orden en el bolsillo. Y eso lo llevaría directo a este pueblo y a Dee y Manny.

Dios mío. Debería haberme ido de aquí hace semanas.

Escucho pasos detrás de mí. Me arriesgo a mirar por encima del hombro y veo a una pareja que camina de la mano a una buena distancia.

—Madre mía, contrólate. —Sacudo la cabeza, me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y acelero el paso.

Estoy a una manzana de la pensión cuando vuelvo a oír pasos detrás de mí. Probablemente se dirigen al único bar de la ciudad, situado en la planta baja del edificio donde he estado viviendo. Es un bar de mala muerte, pero es lo más parecido a la vida nocturna que tenemos.

Tenemos. No hay ningún «tenemos». Esta no es mi ciudad. Este no es mi sitio. Y no voy a volver, no por un buen tiempo, al menos.

Los pasos se acercan detrás de mí y me hago a un lado para dejar pasar antes de que me atropellen. Parece que alguien tiene prisa por emborracharse.

—¿Qué...?

Es todo lo que consigo decir antes de que me dejen sin aliento, me tapen la boca y me arrastren al callejón que hay detrás de mi edificio. Intento gritar, pero la palma de la mano que me aprieta contra los labios solo me permite emitir un gemido agudo.

Lucho contra el fuerte brazo que me tiene inmovilizada contra la pared a mis espaldas. Un cuerpo grande me aprieta, demasiado cerca para permitirme mover las piernas y darle una patada. Es muy parecido a la pesadilla recurrente en la que aparece mi padre. Tengo una

sensación de déjà vu que hace que me suba la bilis al fondo de la garganta.

—Silencio, Mérida.

Me quedo inmóvil al oír mi nombre, mi verdadero nombre. Es la primera vez que se lo oigo decir a alguien que no sea yo desde que me fui. Cualquier posibilidad de que esto sea sólo un ataque al azar se va por la ventana.

Quien me tapa la boca con la mano sabe exactamente quién soy. Lo único que me alivia un poco mientras la adrenalina me recorre el cuerpo es saber que el hombre que tengo delante no es mi padre.

En la oscuridad no puedo distinguir sus rasgos, pero no me hace falta, puedo decir que es más ancho y más alto y que su voz es diferente, sin una pizca del acento colombiano que mi padre jamás ha conseguido quitarse de encima desde que se mudó a Estados Unidos.

Eso no significa que este tío no trabaje para mi queridísimo padre, pero eso es una preocupación secundaria. Todo en lo que debería concentrarme es en alejarme. Puedo preocuparme por la identidad de este hombre cuando no esté atrapada entre él y un edificio. Así que, hago lo único que puedo en este momento. Le muerdo la palma con fuerza y saboreo su sangre.

—¡*Hija* de puta!

Baja la mano, sacudiéndola, y yo aprovecho para llenar mis pulmones de aire suficiente como para gritar. Pero gritar atraerá a la gente, quizá incluso a la policía, y no puedo permitir que las fuerzas del orden me interroguen, no si quiero permanecer escondida. El momento de indecisión me vuelve a poner en la misma situación que antes, pero esta vez me ha metido entre los dientes una tela, quizá un pañuelo, y me sujeta con más fuerza. No hay ni un centímetro que separe nuestros cuerpos.

—Menos mal que estoy al día con las putas vacunas del tétanos —resopla, como si hubiera algo de gracioso en esta situación que yo ignoro.

Grito algunas maldiciones colombianas bastante ingeniosas, pero sólo salen como un galimatías a través de la tela mientras me retuerzo contra él, como si eso fuera a bastar para quitármelo de encima. El tío me saca por lo menos treinta kilos de ventaja. Pero hay una cosa que sirve para derribar a un hombre, por muy pesado que sea.

El hombre misterioso acerca su cabeza hacia mi oído.

—Si me das un rodillazo en las pelotas como estás pensando, no seré tan suave contigo como hasta ahora.

La amenaza la profiere sin veneno. Su tono es uniforme y tranquilo, lo que la hace más eficaz. Nunca fueron los hombres dramáticos que empleaba mi padre, los que gritaban y posaban, los que más miedo me daban, sino los que hacían su trabajo metódicamente y sin fanfarrias. Este tipo me recuerda a ellos, lo cual no es nada bueno.

—No quiero hacerte daño —dice, es justo lo que diría alguien que está planeando hacer exactamente eso.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —hablo contra de la tela con la que me ha amordazado la boca, así que sale más bien como un molesto zumbido.

Parpadeo al ver al desconocido que tengo delante. La oscuridad sólo se ve interrumpida por el parpadeo de una farola. No sería capaz de describir su rostro con exactitud ni para un retratista de la policía. Lo único que distingo es una mandíbula afilada y lo que supongo que es pelo oscuro.

—Si te lo saca, ¿prometes no gritar? —pregunta, echando una rápida mirada a mi boca.

No sé qué contestarle, así que le pongo la expresión más tranquilizadora que puedo. Suspira pesadamente e inclina la cabeza hacia el cielo como si estuviera pidiendo paciencia a un poder superior. El gesto me irrita.

—No quería tener que hacer esto, pero no me lo estás poniendo precisamente fácil —me sermonea. Antes de que tenga tiempo de decirle exactamente lo poco que me importa, siento un pinchazo agudo en la parte más carnosa del muslo.

—¿Qué...? —Siento que los ojos se me abren de par en par.

Siento una sensación de quemazón en la pierna, seguida rápidamente por que la cabeza me empiece a dar vueltas. Una migraña no, ahora no, por favor.

Me tiende lo que parece un inyector de epinefrina. No sé si su cara es de disculpa o si me lo estoy imaginando, porque la cabeza me da vueltas. La somnolencia hace que los párpados me pesen de repente y las piernas se me doblan como si no pudieran sostener mi peso.

—Muy bien.. —Me agarra las piernas por debajo y me levanta en plan bombero—No debería haberte golpeado tan fuerte, pero había olvidado lo pequeña que eres. —Lo dice acusadoramente, como si fuera culpa mía.

Forcejeo todo lo que puedo con él, pero mi cuerpo no obedece mis instrucciones básicas. Me siento como si me hubieran envuelto en una manta. Veo borroso, como si estuviera bajo el agua.

¿Qué me ha hecho?

Me doy cuenta de que, en lugar de adentrarse más en el callejón, me lleva hasta un camión aparcado justo en la desembocadura de la calle. La puerta trasera ya está abierta y me deposita dentro con el mismo cuidado que si fuera un saco de patatas.

—Es sólo un sedante diluido —me explica mi misterioso atacante, como si estuviéramos manteniendo una conversación completamente cotidiana—No es, o no debería ser, suficiente para dormirte. Sólo hará que te comportes un poco mejor.

Que me comporte mejor. El calificativo me pone los dientes de punta y me da fuerzas para forcejear contra la cuerda que me rodea las muñecas. Espera, ¿cuándo me ha atado? Al menos me ha quitado el pañuelo de la boca, así que algo es algo.

—No tienes que ponérmelo tan difícil, ¿sabes, Mérida? —suspira.

Pobrecito, ¿te lo estoy poniendo más difícil para que me secuestres? Pero qué pena más grande.

—Me has *drogado* — señalo yo, las palabras tardan más de lo debido en salir. Siento como si

el sedante ralentizara todo mi cuerpo.

Tiene el descaro de poner los ojos en blanco.

—Te di un *antihistamínico,* lo mismo que tomarías para una puta picadura de abeja. ¿Cómo coño iba a saber que tienes la tolerancia de un niño de 5 años teniendo en cuenta que creciste rodeada de traficantes?.

Me muevo para patear las piernas, pero también están atadas uniendo mis tobillos y muñecas por delante de mí. Madre mía, ¿tan fuera de mí estoy? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me arrastró a ese callejón?

¿Por qué nadie ha acudido a ayudarme? ¿No hay algo mínimamente sospechoso en que un hombre lleve a cuestas a una mujer adulta?

—Las ventajas de un pueblo pequeño —dice como si acabara de leerme la mente—A esta hora de la noche todo el mundo está en casa o en el bar, no hay muchos testigos alrededor y quienquiera que esté, probablemente sólo piense que soy un chico llevando a su novia borrachina a casa.

—¿Quién coño eres? —La voz me sale como un graznido, tengo la garganta seca como el infierno.

—Mérida, me hieres. —Hace un mohín—¿Ni siquiera reconoces a tu propio prometido?.

¿Prometido?

Toda la sangre de mi cuerpo desciende hasta mis pies y siento que me voy a desmayar. La combinación de esa palabra con el sedante es potente.

—¿Angelo? —susurro su nombre, como si decirlo en voz baja pudiera hacerlo menos cierto.

—El que viste y calza—Extiende los brazos a los lados y retrocede para que pueda verle mejor.

La forma del chico que recuerdo ha cambiado y, sin embargo, sigue siendo él. Veo los ojos marrones y las largas pestañas que la mayoría de las mujeres tendrían suerte de tener. Ahora le favorecía la nariz, que era entrañablemente demasiado grande para su cara. El único defecto de su atractivo rostro, lo que le hacía parecer accesible, ha desaparecido. Ahora es casi demasiado guapo.

Ha ganado músculo, su cuerpo ya no es el del *gamer* de diecisiete años con el que había pasado horas jugando en línea. En resumen, Angelo se ha convertido exactamente en aquello para lo que lo habían entrenado; el brazo fuerte de su familia, el encargado de mantener a raya a sus *capos*, la encarnación de los deseos de su padre, el heredero del sangriento trono de los Russo.

—Si te quedas mirando más tiempo, *Bella*, podría empezar a pensar que te gusta lo que ves—El imbécil tiene el descaro de sonar divertido, otra vez, como si algo de esto fuera gracioso.

—No te hagas ilusiones. Sólo intento averiguar si conseguiré darte si empiezo a vomitar —le digo, con una voz dulce como la sacarina—Deberías haber tenido más cuidado con lo que me dabas. Error de novato.

Su sonrisa irónica decae y parece que no es un completo idiota, porque cierra la puerta con bastante brusquedad, caminando alrededor del capó hacia el lado del conductor.

¿Cómo demonios pude dejar que esto pasara? ¿Cómo me encontró siquiera?

Estúpida. Estúpida. Estúpida. Si no estuviera atada, me estaría abofeteando en la cara.

—Muy bien, salgamos de este pueblo de mierda. No sé cómo has aguantado aquí tanto tiempo sin volverte loca.

Sacude la cabeza, como si fuera yo la desquiciada, y acelera calle abajo.

Parpadeo una vez, dos veces, y el tiempo que transcurre entre uno y otro se alarga. Ahora sí que no es el momento de dormirse. Pero no puedo hacer nada. El cansancio ha invadido cada célula de mi cuerpo.

Lo último que oigo antes de cerrar los ojos por última vez es el rumor de la voz de Angelo.

—Duerme un poco, Mérida. Estás a salvo conmigo.

Tal cosa no existe, pienso para mis adentros.

Abro la boca para decirle que no debería hacer promesas que no tiene ninguna esperanza de cumplir, pero pierdo el control de los últimos vestigios de mi conciencia y me duermo.

CAPÍTULO
SEIS

Angelo

Años antes

Como miembro más joven de la Familia, mi contribución a la empresa ha consistido sobre todo en acompañar a los soldados más veteranos en sus «trabajos». En las últimas semanas, he pasado a desempeñar un papel más activo.

Me observo los nudillos de la mano derecha, todavía un poco rojos por la visita de ayer al dueño del restaurante que no había pagado su último préstamo a los Russo. Se me revolvió el estómago cuando Seb me dijo «asegúrate de que no vuelva a fallar», pero lo hice. Hice lo que se esperaba de mí y mi padre se sintió orgulloso.

Aún me faltan muchos años para tener la responsabilidad que tiene mi hermano. Seb pronto será subjefe y, aunque solo me lleva cuatro años, se comporta con la confianza de un hombre mucho mayor.

Jugábamos juntos de pequeños, pero en los últimos años, desde que Seb se hizo hombre, nos hemos distanciado más. Yo sigo en el instituto y él es capo, dirige su propio regimiento de soldados.

Flexiono la mano y noto cómo se estira la piel rota. No es la primera vez que hago daño a alguien y seguro que no será la última. Así son las cosas en mi mundo.

Formar parte de la familia mafiosa más poderosa de la costa oeste tiene un coste. Pero siempre vale la pena. Mi padre me lo repetía una y otra vez. Siempre le he creído, porque le he visto salir victorioso. Excepto cuando nuestras fuerzas se enfrentan al cártel de García.

Son los únicos de los que tenemos que preocuparnos por si nos roban los cargamentos de armas o se meten con los acuerdos que tenemos con nuestros socios. No hay nada de cariño entre él y el jefe de sus negocios, pero no me incluyen en las conversaciones que mantienen. Eso

está muy por encima de mis posibilidades, sobre todo porque no seré un miembro oficial hasta que cumpla 18 años.

Cuando eso ocurra, seré un hombre hecho y derecho, y entonces empezará el verdadero trabajo. Si quiero seguir los pasos de mi hermano cuando asuma más responsabilidades en el negocio familiar y mi padre empiece a tener un papel más consultivo, entonces tendré que dar un paso adelante. Pero, por ahora, quiero olvidarme de la sensación de la nariz del dueño del restaurante hundiéndose cuando mi puño se encontró con su cara. Quiero ahogar con otra cosa el sonido húmedo que hizo al inhalar a través de una nariz rota y ensangrentada. Algunas personas recurren a los libros o a la música cuando necesitan desestresarse, lo mío son los juegos. Al conectarme, sonrío al ver el nombre de usuario que esperaba que estuviera en línea. Mermaid_CA y yo hemos estado hablando de cómo superar el nivel que tanto se nos ha resistiendo en los últimos días.

Mermaid_CA se había convertido rápidamente en mi compañera de juegos en línea, una vez que vi lo buena jugadora que era. Además, nuestros estilos se complementaban. Yo soy más de ir a por todas y a ella le gusta pensar más estratégicamente. Hemos arrasado en la competición. Literalmente. Nunca hemos hablado fuera del chat, pero estoy seguro de que es una chica por la forma en que escribe. Creo que tenemos más o menos la misma edad y una parte de mí se pregunta si nos hemos cruzado por la calle sin saberlo, o si vamos al mismo colegio. Sé que es inteligente, divertida y que es buenísima con la consola. Eso debería bastar, razono. Pero por alguna razón, no lo es. Quiero saber más, y por eso estoy a punto de hacer algo gravemente estúpido.

AngelofDeath95: Deberíamos conocernos. En el mundo real.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, observando la pantalla mientras veo que empieza a teclear y luego se detiene y vuelve a empezar.

Mermaid_CA: ¿Deberíamos?

No es un «no», pero tampoco un «sí» rotundo.

AngelofDeath95: ¿Por qué no? Los dos estamos en Los Ángeles.

Es sólo una suposición, pero por su nombre de usuario me imaginaba que vivía en California y algunos comentarios que ha hecho la han delatado como una chica de ciudad. Lleva tanto tiempo callada que me pregunto si no me habré equivocado o si se habrá desconectado.

AngelofDeath95: ¿Sigues ahí?

Mermaid_CA: Eres muy listo para haber tardado una semana en darte cuenta de que necesitabas una mochila de energía extra para llegar al nivel 10.

—Golpe bajo, Mer. —Sacudo la cabeza, riéndome mientras tecleo.

AngelofDeath95: Soy bastante inteligente, por eso creo que es buena idea que quedemos.

Mermaid_CA: Y humilde también. (emoji de ojos en blanco). Mi padre es muy estricto. No le va a molar que salga con un tío cualquiera que he conocido en internet.

AngelofDeath95: Pues no se lo digas.

Mermaid_CA: Podrías ser un tío de 50 años troleando por internet en busca de chicas que llevarte al sótano de tu madre.

Sonrío, pero también tengo la extraña sensación de querer protegerla de ese tipo de mierda. Es una sensación extraña. No soy de los que se ponen en plan protector, al menos no con nadie de fuera de nuestra familia y nuestra organización. Recibiría una bala de parte de mis padres o de Seb. Una chica de internet no debería ser ni siquiera un punto en el radar. Pero mi sirenita tiene algo de diferente.

AngelofDeath95: Me alegro de que seas lo suficientemente desconfiada como para no caer en algo así, Ariel. Pero yo no soy así. Pensé que el 95 de mi nombre era un buen indicio de que

tengo 17 años y no 50.

Mermaid_CA: Eso es lo que diría un bicho raro cincuentón que vive en un sótano ☺.

Resoplo una carcajada, contento de que no hable en serio. Aunque solo hemos hablado por internet, he sido más abierto con ella que con cualquiera de las personas «reales» de mi vida. Si hubiera estado pensando en la posibilidad de que yo fuera un pervertido todo este tiempo, sería bastante deprimente.

AngelofDeath95: Bien traído. ¿Qué tal si quedamos en algún sitio concurrido, para que, aunque yo sea tu peor escenario, estés rodeada de gente y te sientas segura?

Vuelve a quedarse callada y, no por primera vez, intento imaginar su aspecto. En mi mente ha pasado de rubia a pelirroja, a morena y viceversa. Pero todas sus versiones son preciosas. Lógicamente, sé que podría pesar cien kilos y parecer que vive debajo de un puente. Pero en mi imaginación, mi cabeza no va por ahí. Además, ni siquiera creo que me importe. Ya sé que hay algo más en ella que su aspecto. Primero es mi amiga, por encima de todo, aunque no sea la relación más convencional, al construirse desde detrás de una pantalla.

Mermaid_CA: Así que tienes 17 años.

AngelofDeath95: La última vez que lo comprobé, eso es lo que significa haber nacido en 1995, Ariel.

Mermaid_CA: Es la segunda vez que me llamas así. No es mi nombre si eso es lo que estás intentado pescar.

AngelofDeath95: Te seguía la corriente con el tema de las sirenas. Ya me dirás tu verdadero nombre cuando nos veamos.

Espero mirando la pantalla. No hay más que silencio. ¿He insistido demasiado? Tal vez su padre sea de verdad un tío duro y ella piense que no merece la pena arriesgarse. Sé lo que se siente. Mi padre es de lo más serio que hay. Pero me deja hacer más o menos lo que quiero, siempre que no haga nada «estúpido». El problema es que su definición de «estúpido» cambia a menudo. Pero estoy acostumbrado a estar en el lado equivocado de lo que piensa. Antes me asustaba que me convocara en su taller. Sabía que me iría con marcas que nadie podría ver, pero que sentiría durante una semana. Ahora, normalmente es Seb quien impone sus castigos y mi hermano no se anda con rodeos cuando se trata de mí.

Mermaid_CA: Beverly Center, planta 6 en la entrada de Bloomingdales.

Rebajo la emoción ante la idea de verla, de que esto de verdad esté pasando.

AngelofDeath95: ¿Cuándo?

Mermaid_CA: Mañana a las 5. ¿Cómo te reconoceré? ¿Tendrás un clavel rojo o algo así?

Sonrío mientras mis dedos vuelan por el teclado.

AngelofDeath95: El rojo no es mi color, la verdad.

Mis ojos recorren mi dormitorio en busca de una idea y se fijan en la estantería donde están mis trofeos de natación y baloncesto.

AngelofDeath95: Llevaré una gorra de los Lakers.

Mermaid_CA: De acuerdo, nos vemos, entonces.

AngelofDeath95: Espera. ¿Cómo sabré que eres tú?

Pero ya se ha desconectado.

Me recuesto en la silla y sonrío para mis adentros. Mañana a esta hora sabré quién es esta chica. Por fin.

La emoción me hace golpear el suelo con los pies. No recuerdo la última vez que estuve tan emocionado por algo, y menos por una chica, una chica de la que no sé casi nada. Pero sé lo suficiente. Sé que me siento más unido a ella que a la mayoría de mis amigos en la vida real.

El anonimato de conocer sólo los nombres en pantalla de los demás y no tener ninguna de las cargas que mi apellido trae consigo en cada interacción implica que he sido más honesto con ella cuando he tenido un día de mierda o cuando mi padre ha hecho algo especialmente jodido, que con cualquier otra persona. Obviamente, no me explayo en detalles. No soy idiota, a pesar de lo que diga mi padre. Pero, incluso ocultando los pormenores de mi vida, me siento cerca de ella.

—¡Angelo, tu padre está en casa! ¡Vieni! —La voz musical de mi madre interrumpe mis pensamientos. Menos mal, miro el móvil, he quedado pronto con Taylor. Se está volviendo demasiado pegajosa, como si pensara que vamos a salir juntos y no solo a follar, así que probablemente esta noche sea la última vez que la vea. A ver, Taylor es una buena chica, pero no tengo el tiempo ni las ganas de tener una novia. Lo de amigos con derecho a roce es lo que mejor funciona: sin expectativas, sin nadie que quiera acercarse a mí sólo para averiguar si los rumores sobre mi familia son ciertos. Es más fácil en todos los sentidos. La dejaré con tacto, no soy un gilipollas.

Saco las llaves de la mesa y sólo me detengo a cerrar el candado de mi habitación antes de subir las escaleras de dos en dos. Ojalá pudiera vivir en la casa de huéspedes como Seb, pero como es el mayor tiene todas las ventajas. Me sorprende que el candado de mi puerta haya durado una semana. Espero que lo hayan cortado para cuando llegue a casa. No hay privacidad en esta casa. Aparentemente, «las familias no deberían tener secretos». Sé que eso es mentira. Hay muchas cosas que mi padre, y ahora Seb, me ocultan. Dicen que es por mi bien, pero es una mierda que me traten como a un niño todo el tiempo.

Mi madre me espera al pie de la escalera. Va perfectamente arreglada, como siempre, con un maquillaje discreto y un vestido azul que realza su piel aceitunada. Tiene unos cuarenta años, pero parece casi una década más joven.

—¡Mamá! No sé cómo lo haces, pero cada día estás más guapa. Che bellisima. —La beso en cada mejilla, disfrutando de cómo se sonroja y me retoca el cuello de la camiseta.

—Serás tontito, basta. —Sacude la cabeza, sonriendo—Un día encantarás a los pájaros de

los árboles con esa lengua de plata que tienes.

Su acento italiano es fuerte y todavía prefiere hablar en su lengua materna cuando puede, ya que sólo dejó la madre patria cuando se casó con mi padre a los 20 años.

Me encojo de hombros.

—No es culpa mía que yo tenga todos los genes encantadores y Seb se haya quedado con el ceño fruncido que hace huir a las mujeres.

Mi madre me da una ligera palmada en el hombro.

—No hables así de tu hermano. Pronto encontrará una chica con la que casarse.

—Pobre mujer. Es probable que muera de aburrimiento antes del día de la boda—Sólo bromeo a medias.

Mi hermano será un buen líder para nuestra familia, pero desde que empezó a progresar en el escalafón, es como si le hubieran chupado toda la personalidad.

Mi madre me lanza una mirada de advertencia.

—Tendrás que aprender a controlar esa boca de listillo tuya cuando se trata de Sebastian—Cuando se convierta en subjefe, quiere decir. Si alguien, incluso yo, le falta al respeto, tendrá que hacer algo al respecto. Y no sería capaz de contener sus golpes.

Deseoso de dejar atrás el tema del hijo pródigo de los Russo, señalo la cocina con la cabeza hacia , esperando que mi padre esté ahí, en su lugar feliz, y no al taller, lo que sería señal de un muy mal día.

—¿Cómo está?

—Un poco cansado —dice mi madre, con una sonrisa cada vez más tensa.

Observo su mirada y me preparo para lo que me espera en la cocina. Nunca ha dicho nada malo de mi padre -no se toleraría-, pero no hace falta. Incluso cuando Seb y yo éramos pequeños, entendíamos sus palabras codificadas y sus miradas de advertencia. Sabíamos cuándo debíamos callarnos y cuándo era seguro correr hacia nuestro padre y darle un abrazo.

Habernos criado en esta casa nos ha enseñado a interpretar el lenguaje corporal y los tonos de voz y a adaptar nuestro comportamiento en consecuencia. La mayoría de las veces funciona.

—Iré a saludarlo —le digo, dándole un apretón en el codo cuando intenta enderezarme la camiseta de nuevo.

—Podrías cambiarte primero... —sugiere, esperanzada.

Ella -y mi padre- preferirían que llevara un traje como el resto de los hombres que entran y salen de nuestra casa. Pero sé que eso es lo que me espera muy pronto y si voy a pasarme el resto de mi vida yendo incómodo de cojones, estoy más que encantado de posponer ese puto momento hasta que sea absolutamente necesario.

Menea la cabeza, pero no hay rencor detrás del gesto. Mi madre es el alma más buena que he conocido. Creo que nunca la he oído levantar la voz. En resumen, es el polo opuesto a mi padre. Quizá por eso han seguido casados tanto tiempo, por eso y porque el divorcio es peor que la muerte en familias como la nuestra.

Recorro el vestíbulo de mármol, paso por el salón y el comedor hasta llegar a la cocina industrial. Mi padre está junto a un plato de lonchas de carne y queso que le ha preparado mi madre. Tenemos cocinero, pero como mi padre es tan tradicional, insiste en que sea su mujer quien le prepare la comida cuando no tenemos invitados. Solía pensar que era porque le daba paranoia que sus enemigos le envenenaran, una amenaza de la que yo era consciente desde que tenía edad suficiente para aprender cuáles eran los mejores venenos que no dejaban rastro. Tenía unos diez años. Ahora que Sebastian ha crecido y aspira a un puesto más alto, creo que es tanto una declaración de poder que cualquier otra cosa. Es su forma de recordarle a mi madre -y a todos los que presencian su rutina- quién es el cabeza de familia de la casa.

Uno pensaría que un padre no se sentiría amenazado por el hecho de que su hijo crezca y se haga cargo del negocio familiar, como siempre ha sido su intención, pero Roberto Russo es un hombre celoso. Por mucho que me moleste que me excluyan de las conversaciones importantes, no me cambiaría por nada del mundo con Seb. Enfrentarme a diario a mi padre no es algo que me apetezca. Como segundo hijo -mucho menos importante-, he conseguido minimizar mis interacciones con el viejo y yo feliz de que la cosa siga así.

Aun así, hay veces en que es imposible evitarlo.

—Papá —me anuncio, agachando la cabeza como se espera de mí.

La única otra persona en la habitación es Mario, el guardaespaldas más antiguo de mi padre. Ni siquiera pestañea al verme, solo se mantiene firme junto al frigorífico como si estuviera resguardando el puñetero dispensador de hielo. El tío es como una máquina, su única misión es proteger a mi padre a toda costa. Si intentara hacerle daño al viejo, ni siquiera vería venir a Mario.

Mi padre ni me mira, y eso me da la oportunidad de observarle. A diferencia de mi madre, aparenta sus 52 años y unos cuantos más. No ayuda que sea diabético y se niegue a cambiar su dieta para adaptarse a su enfermedad, por lo que apenas duerme y pasa la mayor parte del día incómodo y tan encantador como un oso con la pata metida en una trampa.

Se ha quitado la chaqueta, se ha remangado la camisa blanca y lleva la corbata un poco suelta. Este es Roberto fuera de servicio, la versión que muy poca gente llega a ver.

—Pasas demasiado tiempo en tu habitación con ese puto ordenador. Si quieres ser capo algún día, vas a tener que trabajar mucho más. ¿Capisci?

Así que prescindimos de las sutilezas y vamos directamente al grano. Muy bien.

—Capito. —Asiento con la cabeza, sin molestarme con una excusa; sé que la tolerancia de mi padre a las excusas es tan alta como a las gilipolleces“—. Entiendo, padre.

Nos quedamos en silencio, el único sonido que se escucha es el de mi padre masticando. Sé que no debo empezar a hablar.

—¡Esos putos cabrones de los García! —Golpea su copa de vino tinto contra la encimera con tanta fuerza que me sorprende que no la rompa.

¿Ha empezado mi madre a almacenar recipientes para beber a prueba de balas porque está

harta de tener que limpiar cristales rotos del suelo cada vez que mi padre se enfada?

—Creen que no tienen que rendir cuentas a nadie, ni siquiera a nosotros, pero llevamos en Los Ángeles más tiempo que ellos, esta es nuestra ciudad. ¿Entiendes lo que digo?

—Pues claro. —Me muestro de acuerdo, rápidamente. No es la primera vez que dice algo parecido. De hecho, cuando se trata de los García, estoy seguro de que podría escribir el monólogo de mi padre palabra por palabra.

Emite un sonido de aprobación, señal de que le he dado lo que quería: alguien con quien despotricar y que le sirva de espejo. Sus ojos se dirigen a mis manos, donde sigo sujetando las llaves con tanta fuerza que noto cómo se me clavan en la piel.

—¿Adónde vas?

—Fuera. —Me encojo de hombros.

—Fuera—. Dice la palabra como si le provocase mal sabor de boca—¿Con esa tal Tyler otra vez?

—Con Taylor, seh. Quiero decir, sí. —Roberto Russo no aprueba las contracciones ni la jerga, no en su casa.

Me rasco la nuca, preguntándome adónde se dirige esto. Nunca se ha interesado tanto por mi vida social. Creo que lo ve como restarle atención a en lo que debería centrarme, la familia.

Había sido mi madre quien insistió en que tuviera una educación «normal», lo máximo que ir al instituto de más estirados del Estado pudiera considerarse normal. Fue ella quien me animó a participar en actividades extraescolares.

Todo el tiempo que pasé en la piscina o en la cancha de baloncesto se debió a que ella le dijo a mi padre que era necesario que yo viviera esas experiencias antes de que mis responsabilidades fueran demasiado grandes para poder dedicarles tiempo.

Aún no sé cómo le convenció y, para ser sincero, probablemente no quiera saberlo. Lo único en lo que me concentro es en que ese tiempo limitado pasa cada día más rápido.

Una vez cumpla 18, se acaba todo. Entraré en la Familia propiamente dicha, primero como soldado. Tendré que abrirme camino hasta convertirme en capo y, a partir de ahí, bueno, eso dependerá de mi padre o -lo más probable- de Seb.

Vuelve a beber otro trago de vino.

—No es esposa para ti —anuncia—Sus padres son escoria, viven en ese piso de mierda en el Eastside.

Parpadeo y me trago las ganas de preguntarle a qué dónde demonios viene esto y cuánto tiempo lleva vigilándola. Nadie desafía a mi padre, ni siquiera Seb, y eso que él es el siguiente en la línea de sucesión.

—No vamos en serio. Tenemos una relación… informal —explico, manteniendo una postura casual.

—Mmmm. —Es un sonido evasivo, ni de aprobación ni tampoco de censura—Pero no la dejes embarazada. Sería un desastre que no quiero tener que limpiar.

Me lanza una mirada de advertencia y yo reprimo la sensación de inquietud que me produce imaginar lo que supondría limpiar esa situación concreta.

—No pasa nada, papá. Tengo cuidado —le aseguro. Lo último que quiero es un niño y Taylor tiene planes de dedicarse a la actuación o algo así. Un bebé no es exactamente lo más propicio para ese plan.

—Hmmm. —Otra vez ese sonido. Lo tomo como el final de la conversación y lanzo las llaves del coche al aire, atrapándolas con facilidad.

—Bueno, será mejor que me vaya yendo. Ciao, padre.

Ya me estoy dirgiendo a la puerta trasera cuando la voz de mi padre me detiene.

—Tres meses. —No tardo nada en darme cuenta de lo que quiere decir. No es la primera vez que me presenta una cuenta atrás. Cierro los ojos y respiro hondo antes de volverme hacia él.

—Faltan tres meses para mi cumpleaños, no lo he olvidado, padre. —No es como si toda mi vida se hubiera estado construyendo entorno al día en que me convierta en un hombre de la mafia o algo así.

—Tienes que estar preparado—La mirada que me dirige está cargada de un significado que no puedo descifrar.

—Lo estaré. —Espero que mi voz suene más segura de lo que me siento. Tendré que hacer todo lo que se me pida, sin cuestionarlo. Así es como demuestras tu lealtad a la Familia.

—Deberías pasar algún tiempo con tu hermano en el campo de tiro mañana —pronuncia. Es una orden, no una sugerencia.

No tiene sentido discutir ni señalar que ya soy mejor tirador que Seb. Mi padre no quiere oírlo. Todo lo que quiere saber es que sus órdenes se cumplen. Así que, obedezco.

—Si, padre.

Mi padre me mira durante unos segundos más, como si intentara descubrir los secretos más profundos de mi alma. Es una mirada que he visto capaz de reducir a hombres adultos a pusilánimes sudorosos.

Me mantengo firme y le devuelvo la mirada. Al cabo de un rato, esboza una pequeña sonrisa y me hace un gesto de aprobación, indicándome que me dirija a la puerta.

—Eres un buen chico, Angelo.

Evidentemente, he superado la prueba arbitraria que me ha impuesto. Así que, salgo lo más rápido que puedo sin echarme a correr. Por experiencia, sé que hay que terminar una conversación con mi padre con un buen sabor de boca y sin darle tiempo a que cambie de opinión y te exija algo más.

No respiro hondo hasta que he cruzado las puertas principales de la propiedad con mi Ducati. Las conversaciones con mi padre suelen tener ese efecto, como si hubiera estado esperando a que saltase la liebre todo el tiempo. Acelero el motor por la calle, más deprisa de lo que debería, pero necesito quemar un poco de adrenalina.

Tenía claro que tenía que romper con Taylor antes de la esclarecedora charla con mi padre,

pero oír que sabe más de ella de lo que pensaba, que ha investigado a sus padres, joder, me lo ha dejado claro como el cristal.

Taylor tiene que desaparecer de mi visa antes de que le pase algo malo. Puede parecer una exageración, pero no sería la primera vez que mi padre manda eliminar a alguien que considera una distracción para sus hijos. No estoy seguro de que Seb haya superado lo que pasó con Olivia. Puede que nadie lo haya dicho abiertamente, pero todos sabemos que su desaparición tuvo todo que ver con que mi padre decidiera que no era la mujer adecuada para su primogénito.

¿Y qué hay de No Ariel? Esta es una señal de que debo alejarme de ella también. Racionalmente, lo sé. No debería acudir al encuentro de mañana. Debería decirle que ha surgido algo, inventarme una excusa. Pero la idea de no conocerla en persona, de perderme a la persona que se ha convertido en más amiga mía que nadie, me produce una sensación de pesadez en el pecho.

Es sólo un pequeño encuentro, eso es todo, razono. Puede que ni siquiera volvamos a vernos después de mañana. ¿Qué daño puede hacer?

CAPÍTULO
SIETE

Mérida

Me cuesta un esfuerzo inhumano abrir los párpados y no veo más que oscuridad. Siento la lengua como papel de lija en la boca y, cuando intento estirar las extremidades, encuentro resistencia.

¿Qué...?

—¡Por fin! Pensé que dormirías todo el viaje. —La voz profunda hace que mis recuerdos vuelvan a su sitio.

La jeringuilla. El secuestro. El puto Angelo.

Trato de golpear el respaldo de su asiento con las piernas, pero me tiene prácticamente maniatada, así que no puedo hacer mucho más que revolcarme de espaldas como una foca que estásufriendo un ataque.

—Sólo vas a hacerte daño si sigues así —suspira, como si le hablara a un niño.

—¡*Malparido!* —grito, ya totalmente despierta. No hay nada como un peligro claro y presente para quitarse las telarañas del sueño de encima.

—No sé lo que significa eso, pero supongo que no es «me alegro de volver a verte, Angelo» —murmura en voz baja.

—¡*Bastardo!* —Repito la palabra en italiano, y sus ojos entrecerrados en el retrovisor me indican que esta vez lo ha entendido.

—Tranquila, *tesoro*. Cabrearme no es buena idea. —La amenaza está implícita en su tono, pero estoy demasiado enfadada para que me importe.

—Y secuestrarme en la calle tampoco es que sea una genialidad —replico—Cualquiera podría haberte visto, *cabrón*.

Silencio. Nada. La única señal de que me ha oído es el tic tac de un músculo en su mejilla. Al menos sé que le ha afectado mi pequeña rabieta. Algo es algo.

—De verdad que no es un plan estelar, Angelito. —Ahí va el tic de nuevo. Uhh, no le gusta el recuerdo de ese apodo en absoluto. Tomo nota—Cuando no vuelva a casa, mis amigos y mi

novio se preocuparán y llamarán a la policía.

Puedo que esté soltando trola tras trola, pero Angelo no lo sabe.

—Eso es lo último que quieres, ¿verdad? Que la policía venga a por ti. Supongo que tendrían muchas preguntas para alguien con un apellido como el tuyo.

Sigo el arqueo de su ceja en el espejo, pero su atención se centra en la carretera.

—¿Amigos? Venga ya, Mérida. Los dos sabemos que no tienes ninguno, al menos ya no. Si te refieres a esa agradable pareja con la que acabas de cenar, creo que ambos sabemos que si tuvieran alguna idea de quién eres realmente, de dónde vienes realmente, te entregarían a la policía más rápido de lo que puedes decir «pueblo de mierda».

Siento un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de golf. No se equivoca. Esos son exactamente el tipo de pensamientos que yo misma tenía antes de que me raptara en plena calle.

—¿Y de qué novio estás hablando? —Se da unos golpecitos con el dedo índice en los labios, como si intentara recordar un detalle que ha olvidado—¿Sería el imaginario con el que vives en esa mierda que llamas piso y tu triste camita para uno? ¿Qué piensa *él* de ese espantoso edredón rosa? Debo decir que no te veía como una chica femenina, pero siempre se aprende algo nuevo.

Abro y cierro la boca varias veces, seguramente con cara de pez. Había colocado cerrojos adicionales -sí, en plural- para compensar la pésima excusa de cerradura de seguridad que había cuando me mudé. Aparentemente, no eran rival para las habilidades de Angelo para allanar moradas. Bien por él.

—Has estado dentro de mi casa.

La idea de que estuviese allí, en el espacio que considero un santuario, hace que, irracionalmente, sientas las emociones a flor de piel. ¿Cómo demonios no me había dado cuenta de que alguien había estado dentro de mi habitación? Vuelvo a pensar en hace unas noches, cuando me desperté de la pesadilla y apunté con mi arma hacia la oscuridad. ¿Había estado allí entonces? ¿Había estado allí mientras yo dormía y no me había dado cuenta?

Se me saltan las lágrimas antes de poder tragármelas. No es el momento ni el lugar para perder los nervios. Y el puto Angelo Russo es la última persona ante la que querría mostrarme vulnerable, y eso era cierto incluso *antes* de que me secuestrara.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome? —La voz me sale apagada. Mejor eso que mostrar hasta qué punto me ha desorientado.

Se encoge de hombros. El muy cabronazo se ha encogido de hombros de verdad

—Bastante.

—¿Por qué esperar hasta ahora entonces? Podrías haberme atrapado en cualquier momento.

Puede herir mi orgullo admitirlo, pero es la verdad. Ha demostrado que era irrisoriamente fácil aislarme y largarse en medio de la noche.

Angelo se remueve un poco en el asiento del conductor. ¿Podría estar incómodo con mis preguntas? No, porque eso implicaría que le importan una mierda mis sentimientos y está claro que no es así. De serlo, no estaríamos en esta situación.

—Había planeado hablar contigo primero. —No, no hay arrepentimiento en su tono, es aburrimiento, como si me estuviera haciendo el enorme favor de explicarse ante mí—Pero se me hizo necesario acelerar un poco las cosas.

Había olvidado eso de Angelo, la forma en que a menudo hablaba como si viniera de otra época, como si tuviera mucho más que cinco años más que yo. Decía que se debía a su padre y a su exigencia de una gramática correcta y frases completas.

—¿Vas a explicarme qué significa eso, o vamos a jugar a las adivinanzas? —Me pregunto si realmente puede salirte vapor por las orejas—¿Y en qué universo paralelo pensaste que querría hablar contigo?

El coche acelera cuando Angelo le pisa un poco más de la cuenta y yo me agarroto lo mejor que puedo para no rodar por el asiento.

—Antes eramos amigos, Mérida, ¿recuerdas? *Te gustaba* hablar conmigo, bastante si no recuerdo mal.

—Eso fue hace mucho tiempo —resoplo—, antes de saber la clase de persona que eras en realidad, las cosas que estabas dispuesto a hacer para convertirte en un hombre hecho y derecho. —No pronuncio la palabra, pero queda entre nosotros.

Asesino.

No, no quiero pensar en Diego ahora. He conseguido mantener el recuerdo de mi primo en la pequeña caja de Pandora en mi cerebro adónde van a parar todas las cosas malas, y ahí es donde tiene que quedarse.

Pero la culpa de no haber contado a nadie lo que pasó aquella noche me corroe, incluso después de todos estos años. Aun así, sabía que, si le hubiera contado a mi padre lo que sabía, habría significado una muerte segura para Angelo antes de que hubiera llegado al final de su adolescencia. Y no habría traído de vuelta a Diego. Entonces, ¿de qué habría servido?

Todo el mundo pensó que Sebastián y Diego se habían matado aquella noche. Esa era la historia que ambas familias habían mantenido: una vida por otra. Había una sensación de justicia en ello que significaba que no eran necesarias más represalias por ninguna de las partes. Lo que yo sabía habría cambiado todo eso y no tenía intención de ser la causa de que se derramara más sangre, no después de haber perdido lo más parecido que había tenido nunca a un hermano. Y mi supuesto mejor amigo había sido el que apretó el gatillo.

El sonido de cuero chirriando me saca de ese oscuro recuerdo e imagino a Angelo apretando el volante un poco más fuerte. Supongo que a la gente no le gusta que le recuerden lo horribles seres humanos que son. No me extraña.

—Deberías volver a dormirte. Estás hecha una mierda —dice bruscamente.

—Qué raro, la mayoría de la gente está estupenda después que la acosen, aten y la metan en un coche con un delincuente —digo con sorna. Y luego, porque no puedo soportar en estar en la ignorancia, preguntó—: ¿De cuánto es la recompensa entonces? ¿Cuánto te da mi padre por llevarme a casa?.

¿Cuánto has decidido que vale mi vida?

Exhala un suspiro.

—*Santo cazzo Madre di Cristo*, haces muchas preguntas.

—*¡Dios mío*, deberías haber pensado en eso antes de secuestrarme! —grito.

—¿Secuestrarte? —se burla—Ya no eres una niña, Mérida, por mucho que te comportes como tal. Pero aguanta, ese estirón debe de estar al caer.

Le miro por el retrovisor. Solía burlarse de mí por lo bajita que era cuando éramos amigos. No ayudaba que él llegara al metro ochenta cuando yo sólo tenía doce años.

—¿En serio te acabas de burlar de mi altura? ¿Ahora? ¿Mientras me tienes atada en el asiento trasero? —Como si lo apropiado de su broma fuera el mayor problema ahora mismo.

Los hombros de Angelo se hunden, como si soltara un suspiro silencioso.

—¿Sigue siendo un tema delicado? Tomo nota.

Es difícil de decir cuando todo lo que puedo ver de su cara son sus ojos, pero ¿está sonriendo? Si no estuviera ya cabreadísima, sería suficiente para llevarme al límite.

—¿Estás bien ahí atrás? —Angelo se gira lo suficiente para poder verme por el rabillo del ojo mientras mantiene la atención en la carretera—Tu silencio es más preocupante que tu incesante cháchara. ¿Te has atragantado con tu propia indignación?.

En serio, odio a este tío. Más que eso, lo desprecio. Desearía que nunca hubiera nacido.

Miro resueltamente por la ventanilla, pero está todo tan oscuro y en medio de la nada que las farolas no son una prioridad. No tengo ni idea de dónde estamos. Los campos por los que pasamos se parecen a todos los demás campos que he visto.

—¿Adónde vamos? —pregunto al fin, esperando a medias una respuesta.

—A algún lugar seguro —gruñe Angelo.

—Qué específico —digo bruscamente.

—¿Esperabas que te dibujara un puto mapa? —replica.

—No esperaba *nada* de ti —casi escupo—Aprendí que era la mejor manera de eludir la inevitable decepción.

Más bien de evitar el desconsuelo, pero moriría antes de admitirlo en voz alta. Demostraría que Angelo significó algo para mí alguna vez.

—No deberías hablar de cosas que no entiendes. —De nuevo hay agresividad en su tono. En cierto modo, me es bienvenida, un recordatorio de que no se parece en nada al amigo que solía tener.

—Di lo que te ayude a conciliar el sueño por la noche.

Nos sumimos en un silencio que parece más punzante que las pullas que nos hemos estado lanzando. Rezaría para que le ocurriera algo terrible a Angelo y así poder salvarme. Pero ya he gastado toda mi buena voluntad con el de arriba, cuando hice aquel trato con mi padre en su estudio hace años. Prometí no pedir nada más, así que me quedé sin deseos.

Como he estado dormida, ni siquiera sé cuánto tiempo llevamos en la carretera ni a qué

distancia estamos de donde me capturó. Pero, a juzgar por mi falta de sueño, supongo que llevo inconsciente unas cuantas horas. No puede tener pensado llevarnos hasta Los Ángeles, ¿verdad? Normalmente descartaría esa posibilidad por considerarla demasiado descabellada, pero a Angelo siempre le ha gustado el factor sorpresa, algo de lo que yo nunca he sido fan.

Algunos me llamarían obsesa del control, pero no es eso. Es más bien que, cuando has tenido tan poco poder de decisión en tu vida durante tanto tiempo, te aferras a cualquier cosa que puedas hacer para sentirte dueña de tu propio destino, por pequeño que sea.

Estoy a punto de volver a preguntar cuánto falta para que lleguemos a nuestro destino cuando el vehículo gira bruscamente a la derecha y el terreno cambia de un asfalto liso a algo mucho más irregular. Voy dando tumbos en el asiento trasero como una tolva espacial y mi cabeza se asoma por el lateral de la puerta.

—Vaya, me alegro de ver que nos has aprendido a conducir mejor —le gruño, sin ningún efecto.

Lo único que hace es parar y apagar el motor.

—Ya puedes dejar de lloriquear. Hemos llegado. —Con eso, sale de la camioneta.

Entrecierro los ojos a través de la ventana y apenas distingo una estructura de madera que parece haber vivido tiempos mejores.

—Impresionante —murmuro en voz baja.

La puerta contra la que estoy apoyada se abre tan rápido que sólo me salva de caerme la mano de Angelo sobre mi espalda. Intento alejarme de su contacto, pero, atada como estoy, no llego muy lejos.

—Vamos, *principessa.*

Se agacha, me pasa los brazos por debajo de las piernas y me saca con la misma elegancia con la que moverías un saco de grano. Me lleva en brazos como si fuera la novia y me lleva al otro lado del umbral.

Me retuerzo para zafarme de sus brazos, pero es un esfuerzo a medias. Sé que en el mejor de los casos me soltará y caeré al suelo. No me apetece mucho lidiar con una costilla rota además de lo que sea que Angelo tenga preparado para mí.

—Relájate, no querrás que te deje caer. —Le miro con el ceño fruncido, cabreada porque está haciendo otra vez lo de leerme la mente.

Se limita a enarcar una ceja y me niego a fijarme en cómo la barba incipiente de su mandíbula me recuerda que ya no es el chico que conocí. Ahora es definitivamente un hombre.

Angelo me aprieta más contra su pecho mientras sube los escalones, que gimen bajo nuestro peso combinado. Espero que no vayamos a abrir una brecha en el suelo.

Mientras me carga en brazos, no noto su dureza contra mis curvas. No recuerdo lo que sentía cuando me abrazaba cuando éramos amigos y me consolaba después de alguna interacción jodida con mi padre. Entonces, había querido que fuera mucho más que mi amigo. Pero los cinco años que nos separaban me habían parecido una diferencia enorme cuando era más joven. Nos

encontrábamos en dos etapas completamente diferentes de nuestras vidas.

Por primera vez me fijo en la venda que lleva en la mano, la misma que yo le mordí, y me choco los cinco mentalmente antes de recordar que no me ha servido de nada.

Angelo me atrae hacia él, empujando la puerta con el pie. No disfruto del calor de su cuerpo contra el mío ni de la sensación de su mano grande enroscada en mi brazo. Dios, ¿hace tanto tiempo que no me tocan que cualquier contacto me pone cachonda?

Si tuviera las manos libres, intentaría hacerme entrar en razón de un bofetón. Angelo es la última persona que debería tener este efecto en mí.

—Respira, Mérida. —Me da una suave sacudida—Yo no muerdo, a diferencia de ti.

La sedosidad de su voz me hace levantar la cabeza para mirarle y me dedica un guiño diabólico que estoy segura de que a la mayoría de las mujeres les parecería excitante. Pero es probable que no secuestre a la mayoría de las mujeres.

—Guárdatelo para alguien a quien le importe, Angelo. —Inyecto tanto aburrimiento en mi tono como me es posible.

—Sigues siendo la misma sabelotodo. —Sacude la cabeza y, si no fuese más lista que eso, pensaría que hay algo de cariño en su tono. Pero sé que no es así. A Angelo no le importa nadie más que él mismo. Es una lección que aprendí hace mucho tiempo.

—Ya hemos llegado —anuncia mientras acciona un interruptor de la luz y yo estiro la cabeza para mirar a mi alrededor lo más posible.

Todo lo que veo es una habitación polvorienta con todos los muebles cubiertos de sábanas que parecen tener la misma edad que yo. Esto parece la central de los ácaros del polvo.

—¿Y esto sería...? Bueno, aparte de la clase de lugar al que traerías a alguien para matarlo y deshacerte de su cuerpo. —Estoy bromeando al menos un 50%. Probablemente.

Angelo detiene su avance y siento que su cuerpo se pone rígido contra el mío de repente. Siento sus ojos clavados en mí, pero no quiero mirarlos. Algo en la energía que irradia me hace sentir que es demasiado peligrosa como para mirarle.

—No estaba mintiendo antes, Mérida. No voy a hacerte daño. Es lo *último* que te haría—Hay una intensidad en su tono, que pone en marcha demasiados sentimientos que se apresuran a recorrerme.

—Ya puedes bajarme. —Señalo con la cabeza lo que imagino que es un sofá en un rincón de la habitación, ansiosa de repente por poner distancia entre nosotros. Estar en sus brazos tiene algo de demasiado íntimo. Se está metiendo en mi cabeza.

Solo duda un segundo antes de obedecer, cruza el espacio a largas zancadas y me deposita, con sorprendente suavidad, en el mullido sofá. El polvo se levanta cuando me acomoda y arrugo la nariz. Menos mal que no tengo asma o este sitio sería una trampa mortal.

—¿Vas a desatarme? —Le hago señas con las manos atadas—¿O te pone atar a mujeres?

La mirada oscura que me dirige probablemente haría callar a la mayoría de la gente. Pero la mayoría de la gente no ha crecido con Miguel García, jefe del cártel de los García, como padre.

Haría falta algo más que una expresión de molestia para que me portara bien con mi secuestrador.

—¿Tienes que decir todo lo que te pasa por la mente? —pregunta Angelo, que suena agotado.

Me encojo de hombros, encorvándome más en el incómodo sofá, intentando proyectar una imagen de calma.

—¿Qué puedo decir? Estar secuestrada saca a la parlanchina que llevo dentro.

Mira al cielo en busca de paciencia y retira una de las bridas con un movimiento de muñeca, separando por fin mis muñecas y mis tobillos. No es exactamente lo que tenía en mente, pero es lo mejor que voy a conseguir por el momento, supongo.

Levanto los brazos por encima de la cabeza y me estiro, aliviando los músculos doloridos de los hombros y la espalda. Cuando vuelvo a acomodarme en mi asiento, me doy cuenta de que Angelo sigue mirándome y me siento expuesta, como si estuviera sentada en ropa interior y no completamente vestida.

De repente, cruza la habitación y empieza a juguetear con algo en la otra esquina. Por primera vez, tengo la oportunidad de estudiar a Angelo a la luz. Unos vaqueros oscuros se amoldan a sus gruesos muslos, una camiseta negra Henley deja ver su pecho cincelado y sus bíceps. Su piel aceitunada está más pálida de lo que recordaba, como si no hubiera pasado mucho tiempo al sol últimamente. Sus ojos oscuros y almendrados son los mismos que recordaba, aunque hay una dureza en ellos que no había cuando nos conocimos. Su pelo castaño oscuro, que normalmente está perfectamente peinado, está un tanto revuelto y es el único indicio de la pelea que tuvimos en el callejón antes de acabar en este horroroso cortijo propio de una peli de terror. El chico del que me había enamorado se ha convertido en un hombre y me cabrea que sea aún más guapo de lo que recordaba. Por Dios, debo de estar sufriendo el síndrome de Estocolmo para pensar eso.

—¿Tienes sed? —pregunta, sacándome de mis malditos pensamientos.

—Un poco. —Mucho, en realidad, me arde la garganta como si llevara horas gritando.

Sonríe, como si supiera que le estoy restando importancia o, Dios no lo quiera, se hubiera dado cuenta de que lo estaba mirando.

—No vayas a ninguna parte —me advierte con una media sonrisa antes de desaparecer.

Miro las bridas alrededor de mis tobillos. Así que ahora es humorista. Impresionante.

Vuelve en unos segundos con dos botellitas de agua. Me da la que no tiene tapón. La aprieto entre las manos y la miro con el ceño fruncido.

Cuando levanto la vista, me mira con expresión divertida.

—Es sólo agua, Mérida. Si quisiera matarte, no habría arrastrado tu culo insoportable hasta aquí.

Hijo de puta.

—Perdóname si no me siento muy confiada con el tío que ya me drogó una vez.

Se lo piensa antes de asentir.

—Supongo que es lo justo.

Sin pedir permiso, me quita la botella de las manos y bebe un trago largo, moviendo la garganta mientras engulle un buen tercio del agua, antes de devolvérmela.

—¿Satisfecha? —Su ceja levantada es un desafío, preguntándome si le tengo miedo.

—Ni por asomo —refunfuño—Pero supongo que no es la primera vez que no satisfaces a una mujer, *Angelito*.

Espero que me mande callar, quizá incluso que me dé un revés en la cara. Así es como respondería cualquiera de los hombres de mi padre a alguien que cuestiona su hombría. Pero se limita a negar con la cabeza, como si fuera un niño travieso.

—Pues supondrías mal, Mérida. —Su voz ha bajado una octava, suena profunda y ronca—Y es la segunda vez que sacas el tema del sexo. Me alegra saber que todavía fantaseas conmigo.

La mirada que me lanza es, sin duda, una que le garantiza que las mujeres de las que suele rodearse se bajarían las bragas.

¿Todavía? ¿Qué quiere decir con «todavía»? ¿Sabe que me encapriché de él cuando era una adolescente tonta e impresionable? ¿O sólo está lanzando una acusación al aire y esperando a ver dónde cae?

—La única fantasía que tengo contigo, Angelo, implica que te mueras, como tu hermano— Las palabras salen de mi boca antes de que medirlas, y realmente debería haberlo hecho.

El sonido de la botella de plástico al aplastarse en su mano es el único ruido en la habitación y sé que he ido demasiado lejos.

—No menciones a mi hermano. Nunca. —Su voz es engañosamente tranquila, pero hace que el corazón me lata más rápido—Dejaré que te salgas con la tuya en muchas cosas, Mérida. Pero con eso no. Nunca con eso.

No es una pregunta, pero asiento de todos modos. Accedería a muchas cosas con tal de deshacerme de la frialdad de su mirada y de la culpa que siento por haber mencionado a su hermano. Sabía que estaban unidos, él mismo me lo había dicho cuando aún éramos amigos. Sacar a colación la muerte de Sebastian ha sido un golpe bajo y no debería haberme rebajado a su nivel.

Necesitada de hacer algo, bebo un sorbo de agua, negándome a pensar en la intimidad de mis labios tocando la misma superficie que los de Angelo. En cierto modo, me alivia la garganta reseca.

Pero es incómodo sujetar la botella con las muñecas atadas. Tengo que mantener una posición de «por favor, señor, ¿me da un poco más?» al estilo Oliver, con los brazos extendidos delante de mí.

—¿En serio vas a dejarme así?

Señalo con la cabeza la brida que me ata a las muñecas. No está tan apretada como para rasgarme la piel, pero es más que suficiente para mantenerme en mi sitio.

—Estamos en medio de la nada, así que no sé adónde crees que voy a huit. Y, además, ambos sabemos que podrías derribarme si intento hacer nada, así que, ¿qué es exactamente lo que te preocupa?

Angelo se apoya en lo que probablemente era la mesa del comedor, con las piernas cruzadas por los tobillos, como si estuviera en una sesión fotográfica para GQ. Me miro los vaqueros raídos y las zapatillas viejas, odiándome por preocuparme por mi aspecto delante de él.

—No eres alguien a quien subestimar. Eso es lo que hizo tu padre y yo no voy a cometer el mismo error —dice Angelo en voz baja, consiguiendo que vuelva a centrar mi atención en él.

Es una afirmación perspicaz, que no debería complacerme tanto como lo hace.

—Tu padre te ha estado buscando desde que te fuiste. —Me mira y le hago un gesto para que continúe, porque no es ninguna novedad—Por todo lo que he averiguado, ha sido una tarea bastante infructuosa. Estuvo a punto de encontrarte un par de veces -o eso creía-, pero parece que le dejaste un rastro de migas de pan que le llevó precisamente en la dirección equivocada. Impresionante.

—Se hace lo que se puede. —le Le enseño los dientes.

—Créeme, tu padre no está muy contento contigo. —Y qué corto se queda.

—¿Por qué sigues llamándole así? —Me muevo en el sofá más incómodo del mundo. ¿De qué lo han rellenado? ¿Ladrillos?—. Tu padre —Imito la voz profunda y grave de Angelo.

—Eso es lo que es. —Se encoge de hombros.

—No es algo que me guste que me recuerden —refunfuño en voz baja—Puedes decir su nombre, ¿sabes?. No es el puto Voldemort.

Angelo mueve los labios como si intentara contener una sonrisa. Recuerdo cuando intentaba sacarle sonrisas como si fueran premios. Entonces éramos personas diferentes.

Se golpea los labios con el dedo índice.

—¿Qué dice el refrán? Di el nombre del diablo y aparecerá.

Resoplo, porque soy toda una dama.

—Miguel García no es el diablo, aunque le gustaría que la gente pensara que lo es. Es más bien un primo tercero.

Angelo deja escapar un sonido que podría confundirse con una carcajada si proviniera de alguien que posee la capacidad de experimentar alegría.

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos? —pregunta bruscamente.

Qué charlita tan bien hilada.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Dijiste que debíamos ser amigos, porque éramos los únicos que podíamos entender la mierda con la que teníamos que lidiar viniendo de la clase de familias a las que pertenecíamos—Angelo habla como si lo recitara de memoria.

Cruzo los brazos.

—Estoy bastante segura de que no dije 'mierda'. Tenía doce años.

Se pellizca el puente de su afilada nariz, cierra los ojos y veo que mueve los labios. ¿Está contando hasta diez?

—Estoy parafraseando —matiza, ahora con los ojos abiertos de nuevo—Pero creo que el sentimiento sigue siendo el mismo.

Recuerdo aquella reunión en el Beverly Center. Estaba tan emocionada por conocerle. Durante las semanas que habíamos jugado juntos, me había enamorado de AngelofDeath95.

Desde que empezamos a chatear por internet había quedado claro que era un chico, y dada la forma en que me hacía reír y lo bien que formábamos equipo en las aventuras cibernéticas, mi imaginación se había desbordado.

Sabía que era mayor que yo, pero teníamos una conexión tan profunda que pensé que dejaría de lado la diferencia de edad, se enamoraría perdidamente de mí y acabaríamos viviendo felices para siempre. Así funcionaba mi cerebro de 12 años. La realidad había sido algo diferente. Estaba claro que le había decepcionado conocer a la preadolescente con aparato que se había encontrado. Pero había sido muy dulce, tratándome como a una hermana pequeña desde el principio. Odiaba que me viera así, pero me alegraba estar a su lado, dentro de su órbita. Así que me conformé con ser su amiga.

—Fuimos unos estúpidos al seguir viéndonos—Sacudo la cabeza ante la idiotez de nuestros «yo» más jóvenes.

En cuanto vi a Angelo, supe quién era, quién era su familia. Había visto su fotografía en el estudio de mi padre junto a otros miembros clave de la familia Russo. Y, como la enigmática y misteriosa niña de 12 años que era, había soltado mi apellido casi tan pronto como intercambiamos nuestros nombres reales.

Nuestras familias llevaban en guerra más de una década. Imaginar que podríamos acabar siendo algo más que enemigos el uno del otro era sólo el sueño de una niña.

—Si alguien se hubiera enterado... —Pensar en ello todavía me causaba un malestar profundo.

—Pero no se enteraron —señala Angelo, con todo tipo de superioridad.

¿Siempre había sido así y yo lo había ignorado por mi enamoramiento juvenil? ¿O su comportamiento de imbécil se ha desarrollado con el tiempo?

—En fin, como iba diciendo —continúa, tomando asiento en una silla desvencijada, que no tiene pinta de aguantar su peso—Somos las únicas otras personas que realmente podrían entender lo que es crecer como lo hicimos. Así que, somos los únicos a los que podemos pedir ayuda. —Se inclina hacia delante y ahora tiene toda mi atención.

¿Ayuda?

—No necesito tu ayuda, gracias. Me las he apañado muy bien sola —le digo, ignorando la mirada que dirige a la brida que tengo en los tobillos.

Tampoco hay que sacarle la punta a todo.

—Claro que sí. Por eso me ha sido imposible encontrarte. —El sarcasmo de su tono me hace

querer lanzarle algo a esa estúpida cara de guapo engreído que tiene.

—Aunque te llevó un tiempo, ¿no? —Le dedico una sonrisa de comemierda—Apuesto a que hiere ese ego tuyo del tamaño de la luna.

Abre la boca y luego parece pensárselo mejor y la vuelve a cerrar, como si se hubiera autocensurado. ¿A qué viene eso? ¿Y por qué me importa?

—Has hecho un buen trabajo cubriendo tus huellas, Mer —admite, usando mi apodo por primera vez. Me recuerda a cuando éramos niños y me llamaba así todo el tiempo. Creía que significaba que se preocupaba por mí. Resultó que estaba equivocada. Angelo no tiene un hueso capaz preocuparse por nadie en su cuerpo. O, si lo tenía, murió la misma noche que su hermano y mi primo.

—Pero, ¿y si ya no tuvieras que preocuparte por eso? —pregunta, devolviendo mi atención al presente y sacándome de mi cerebro de adolescente—¿Y si no tuvieras que huir ni estar siempre mirandote las espaldas nunca más?.

—¿De qué estás hablando? —Le miro con el ceño fruncido—¿Te golpeaste la cabeza cuando fuiste a por el agua? ¿Cuántos dedos tengo levantados?

La mirada que me dirige podría describirse siendo generosa como plana.

—No tengo una conmoción cerebral, Mérida. ¿Puedes ponerte seria por 5 puñeteros minutos? —me gruñe.

—¡Está bien! Vale, vale. No te pongas así. —Pongo los ojos en blanco y veo cómo se tira del pelo con frustración. Su aspecto despeinado no debería hacerlo aún más atractivo. Spoiler: sí lo hace—Continúa.

—Lo que te voy a contar es fuerte. No hay vuelta de hoja. Pero lo he pensado bien y estoy seguro de que se puede hacer. Sólo necesito que me dejes terminar de hablar antes de interrumpir. —Me mira para ver si estoy de acuerdo.

Me molesta que se me acuse de «interrumpir», pero lo permitiré porque, a pesar de cómo he acabado aquí, siento una gran curiosidad. Y la forma en que juguetea con el vendaje de su mano me hace pensar que lo que sea que vaya a contar lo tiene nervioso.

—El escenario es todo tuyo—Hago un gesto con las manos atadas—Básicamente, estoy obligada a hacerte de público.

—De acuerdo, entonces—Angelo respira hondo y me mira con esos ojos oscuros suyos—Quiero que me ayudes a acabar con los García *y* los Russo. Quiero arrasar con nuestras putas familias.

CAPÍTULO
OCHO

Angelo

La observo mientras procesa mis palabras. No sé qué esperaba, pero no esta quietud. Está sentada como una estatua, con la espalda erguida.

La única señal de que me ha oído es la blancura de sus nudillos al apretar las manos entre las rodillas. Sus grandes ojos detrás de las gafas permanecen fijos en un punto justo por encima de mi hombro, mirándome a mí pero sin verme. No me detengo a analizar por qué quiero que me mire.

—Lo siento. —Sacude la cabeza—, me ha parecido que acababas de decir que querías acabar tanto con el cártel como con los *mafiosos* más poderosos de la costa oeste. Pero no puede ser eso lo que has dicho porque sería una locura.

—Ya no quiero ser ua Russo. —digo en voz alta por primera vez y no es puro alivio, también hay un sentimiento de culpa detrás.

Llevo toda la vida siguiendo el lema de *la famiglia prima di tutto*, «la familia es lo primero». Incluso lo tengo tatuado en la espalda, igual que mi hermano. Es un hábito difícil de abandonar, incluso cuando estás seguro de que los miembros de tu familia te matarían sin pensárselo dos veces si fuera lo mejor para ellos.

La respiración agitada de Mérida a través de sus bonitos labios rosados me dice que eso no era en absoluto lo que esperaba que dijera. Cree que lo sabe todo de mí, que me tiene calado, pero hay muchas cosas que le he ocultado, incluso cuando éramos críos. Así era más seguro para ella.

Los ojos de Mérida se cruzan con los míos y veo la confusión que se arremolina en sus verdes profundidades. Su belleza me distrae y no puedo permitirme distraerme, así que, decido ignorarla. Me engaño a mí mismo diciéndome que es así de fácil.

—Hay una oportunidad para que nuestras dos familias paguen por lo que han hecho, por toda la muerte y la puta destrucción que dejan a su paso. Tengo un contacto en el FBI que lleva

mucho tiempo intentando armar un caso contra Los Russo, pero le falta información clave para avanzar, información que yo puedo darle. Lo mismo ocurre con el cártel de los García. Tu padre. —Me lanza una mirada y me corrijo—. Miguel García, el Caimán Negro, tiene a muchos policías y jueces en el bolsillo, pero no a todos. Hay muchas personas honestas que quieren acabar con él y sacar a la luz la corrupción en todos los niveles de las fuerzas del orden. Ahí es donde entras tú. Puedes acceder a toda la información que el FBI necesita para acabar con el cártel.

Su expresión podría describirse más bien como dubitativa.

—Quiero escapar de esta vida, Mérida. Y creo que tú también. Sabes que no importa lo lejos que huyas, nunca te vas a librar de ella, no hasta que el cártel se haya ido para siempre o crean que estás muerta.

Sus ojos revolotean, se dirigen a los míos y vuelven a apartarse. Pero me basta con ver la verdad en ellos. Sabe que tengo razón, aunque odie reconocerlo.

—¿Para qué me necesitas realmente? Eres un tío listo; seguro que puedes convencer a alguien que trabaja para Miguel de que te consiga la información que necesitas sobre el cártel por el precio justo. Todo el mundo tiene un precio.

No señalo que prometió guardar silencio hasta que se lo contara todo, no soy tan gilipollas. Normalmente. Además, me impresiona lo rápido que se ha dado cuenta de que hay algo más en el papel que va a desempeñar en esta empresa. Por otra parte, no se ha mantenido un paso por delante de su padre durante tanto tiempo sin ser astuta.

—Mi lealtad ha sido cuestionada —le digo—No abiertamente, mi padre nunca sería tan obvio; no quiere que se cuestione la jerarquía. Pero hay algunas órdenes que no he obedecido... tareas que no he completado, cosas que le han dejado... disgustado. —O cabreado de cojones.

No pretendo decir más que eso, Mérida es lo suficientemente lista como para leer entre líneas. Por cómo arruga la nariz, está claro que ya lo ha hecho.

Puede que le guste fingir que no tiene nada que ver con el negocio del cártel de García, pero eso no significa que lo ignore o que los Russo no empleen tácticas muy similares. La extorsión, las amenazas, la violencia y la muerte forman parte de nuestras actividades cotidianas.

Según mi padre, que sigue al frente de la familia Russo, cuando me dice que salte, debo preguntarle a qué altura quiere que llegue en el aire.

No se le escapa que en los últimos tiempos no he sido tan deferente como él cree que le corresponde. Y le cabrea que haya sido capaz de resolver situaciones de los negocios sin recurrir a dar patadas a la gente o acabar con su vida.

Cuando era niño, habría demostrado su descontento dándome una paliza sangrienta, pero ahora soy mucho más alto que él. Ahora que soy el siguiente en la línea de sucesión al trono, no puede ordenarles que me den una lección sin provocar especulaciones sobre la estabilidad de la Familia.

—Para que esto funcione, necesito volver a ganarme la confianza de mi padre. Necesito que

vuelva a verme como un activo y no como un lastre—Como le había pasado a Seb hacia el final.

El rostro de mi hermano llena mi campo de visión como una especie de fantasma incorpóreo. Ojalá pudiera recordarlo de otro modo, sin la mitad de la cabeza reventada, pero así está, congelado en mi memoria, igual que aquella última noche.

Respiro hondo para recomponerme antes de soltarle la siguiente parte a Mérida. Tengo la sensación de que sé cómo va a recibirla, tan bien como un gancho de izquierda en la sien.

—Traerte de vuelta, como mi mujer, demostrará a mi padre que me tomo en serio el legado de nuestra familia, que estoy dispuesto a hacer lo que me pida, incluso casarme con la hija de nuestro enemigo por un bien mayor. Y demostrará a *tu* padre que has comprendido el error de tus decisiones y que quieres volver al redil.

Mérida no dice nada, pero emite un ruidito estrangulado al oír la palabra «mujer». Supongo que es mejor que reírse en mi cara.

—Tu padre te ha estado buscando desde que te fuiste. Y que yo te traiga a casa, de buena gana, nos hará a los dos caerle en gracia, al menos a corto plazo y eso es todo lo que necesitamos. No estamos hablando de una operación que llevará años, cuanto antes podamos reunir lo necesario para un juicio sólido, antes podremos largarnos.

—¿Y cómo lo hacemos? Sabes tan bien como yo que de familias como la nuestra no se sale así como así. Aunque haya un juicio, tienen gente que vendrá a por nosotros. Y no voy a pasar el resto de mi vida en un programa de protección de testigos, una vida que se verá truncada por quienquiera dentro las fuerzas del orden a quien nuestras familias paguen para que nos mate—Se toma un respiro y aprovecho el hueco en su diatriba para exponer la parte final de mi plan.

—No vamos a entrar en el programa de protección de testigos —le aseguro. Mérida tiene razón, no duraríamos lo suficiente como para testificar; es risiblemente fácil acceder a gente bajo protección federal cuando tienes el tipo de conexiones que tienen Los García y Los Russo—Y nuestras familias no van a venir a por nosotros. No hay necesidad de que lo hagan si creen que ya estamos muertos.

Veo cómo los ojos de Mérida se vuelven caricaturescamente grandes tras sus gafas.

Me inclino hacia delante, intentando infundir a mi voz toda la confianza que puedo

—Fingimos nuestras muertes antes incluso de que el FBI entre en escena y haga sus detenciones. Con un poco de suerte, nuestra familia pensará que el FBI es responsable de lo que nos ha pasado y el FBI pensará que nuestras familias son las que apretaron el gatillo. No importará. Por lo que a ellos respecta, estaremos muertos y nos habremos ido, dejándonos libres para vivir nuestras vidas sin tener que estar pendientes de quienquiera que venga a por nosotros.

Puede sonar dramático, pero llevo mucho tiempo pensando en esto. Es la única manera de ser libres y salir impunes de todo esto. Sin asesinos que nos persigan, sin policías que nos chantajeen o intenten convertirnos en testigos contra nuestras familias.

—¿Y tu madre? —pregunta, aparentemente sin venir a cuento—Creía que estabais muy unidos. ¿Vas a dejar que vaya a la cárcel pensando que estás muerto?

—No ha sido ella misma desde... desde Sebastian. No la acusarían de nada. —Y la mitad del tiempo piensa que soy mi hermano, así que, tampoco es que mi muerte cambiara mucho las cosas para ella.

Eso es todo lo que Mérida necesita saber, no necesita toda la horrible historia de cómo intentó provocarse una sobredosis de analgésicos y somníferos una y otra vez después de la muerte de mi hermano, cómo ahora va por la vida en una nube de valium y tranquimazim y cualquier otra cosa que su psiquiatra -contratado por mi padre- decida que necesita para funcionar.

—Lo siento. —La voz de Mérida es grave, sincera. Pero no necesito su compasión.

—No es culpa tuya. —Si es de alguien, es mía—Es lo que hay.

Mérida asiente y se humedece los labios, su lengua rosada emerge de su boca y me hace olvidar momentáneamente todas las razones por las que esta mujer es intocable.

—¿Qué te hace pensar que esto va a funcionar? —Su tono me dice que no está en absoluto de acuerdo. Pero no es nada inesperado y siempre se me ha dado bien persuadir.

—Porque los dos somos listos y sabemos jugar con nuestros padres mejor que nadie. Somos los *únicos* que pueden acabar con ellos.

Levanta una ceja oscura.

—¿Qué te hace pensar que me importa que Miguel García se enfrente a algún tipo de justicia? Quizá lo único que me importa es estar fuera de todo esto.

La despreocupación de Mérida convencería a cualquiera que no la conociera y, aunque hayan pasado años desde que éramos amigos, sé la clase de persona que es y estoy seguro de que no ha cambiado con el tiempo.

—Si eso fuera cierto, si no tuvieras la idea de hacerle pagar en algún momento, entonces ya habrías utilizado el dinero que desviaste de sus cuentas. Guardarlo te da un as en la manga. Puedes mostrar a la policía el rastro del dinero sucio.

Ella se pone rígida.

—¿Cómo sabes que no lo he usado? ¿Y cómo descubriste que lo había robado?

Me encojo de hombros.

—Tengo fuentes dentro del cártel, igual que tu padre tiene topos en nuestra organización. —No intenta negarlo—Y me imagino que, si usaras esa clase de dinero, no estarías viviendo en un cuchitril que hace las veces de nido de ratas.

Mérida pone los ojos en blanco.

—No es para *tanto*.

—Claro que no —digo, escéptico—Mira, sé que te preocupa lo que pueda salir mal si hacemos esto, pero si hay siquiera un indicio de que este plan se está torciendo, te sacaré antes de que pueda pasarte nada. Te lo prometo. Te meteré dentro de un avión con destino a donde quieras, e incluso te daré los fondos que necesitas para vivir una vida cómoda lejos de aquí. —Es lo menos que puedo hacer por Mérida si está dispuesta a seguir con esto—No estarás en peor

situación que ahora. Pero podrías ganar mucho si aceptas ayudarme.

Sabía que sería difícil de vender. No es exactamente el tipo de plan que la mayoría de la gente mataría por seguir, ya que podrían morir en el proceso. Pero Mérida no es como «la mayoría de la gente». Nunca lo ha sido. Aun así, puedo decir que necesita más de un empujón para convencerla.

—Es una situación en la que ambos ganamos. Yo consigo lo que quiero y tú consigues lo que quieres. Nuestras familias se van a pique por toda la mierda que han hecho y nosotros desaparecemos. Una vez que piensen que estás muerta, puedes ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Serás libre, Mer.

CAPÍTULO
NUEVE

Mérida

Esto tiene que ser algún tipo de broma rara. Es la única explicación que tiene un mínimo de sentido.

He escuchado todo lo que ha dicho, pero no puedo contener mi incredulidad. He entendido todas las palabras que han salido de su boca, es sólo el orden lo que me tiene perpleja.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Has dejado la medicación o algo?

Desearía no tener los pies atados para poder levantarme y pasearme, cualquier cosa para deshacerme de parte de esta energía nerviosa que me recorre el cuerpo.

—Joder, voy muy en serio, Mérida. La única manera de que esto funcione es con nosotros dos. —No hay ni rastro de humor en su cara.

Mi cerebro intenta calcular todo lo que ha dicho sabiendo que no se trata de una broma elaborada. No sé cuánto tiempo permanezco en silencio, pero evidentemente es el suficiente para que Angelo se inquiete.

Da golpecitos con el pie mientras sus ojos se clavan en mi frente, como si intentara leerme la maldita mente. Pero parece que esta vez no lo consigue.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —pregunta.

Abro la boca y la cierro varias veces, buscando las palabras adecuadas para responder a esa pregunta. Hay demasiadas opciones.

—¿Aparte de pensar que has perdido la puñetera cabeza, quieres decir?

—Sí. Aparte de eso. —Las palabras me salen entre dientes apretados.

—Creo que necesito ir al baño.

Parpadea, como si le hubiera sorprendido.

—Con todo lo que acabo de decir, *¿eso* es lo que tienes en mente?

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres que le haga, tío? Cuando se tienen ganas, se tienen ganas.

Frunce el ceño mientras me mira fijamente y tengo la clara impresión de que está sopesando todas las posibilidades en su cabeza.

Señalo hacia mis pies.

—A menos que quieras que vaya a la pata coja, voy a necesitar que me los desates.

—Si se te ocurre darme una patada en la cara... —me advierte, haciéndome guardarme esa idea. No es que no sea tentador cuando su cabeza queda tan cerca de mi rodilla, pero probablemente no le incapacite el tiempo suficiente para poder escapar. Lo único que haré será cabrearlo. Y no mucha gente sobrevive a ver a un Angelo cabreado.

—Te doy mi palabra. —Levanto la mano como imagino que haría una girl scout.

Angelo me lanza una mirada larga antes de sacudir la cabeza y suspirar profundamente.

—¿Por qué siento que me voy a arrepentir de esto?

Camina hacia mí y se pone en cuclillas delante de mí. Y, por alguna impía razón, tenerlo en esa posición, tan cerca de *mí*, hace que la sangre me suba a la cara.

—Voy a suponer que es una pregunta retórica, ¿o de verdad quieres que te conteste?.

Intento disimular con esta muestra de descaro mi sonrojo, pero la sonrisa de su cara me hace saber que no me ha salido muy bien el plan.

—¿Alguna vez estás, bueno, callada? ¿Tranquilita? —pregunta, con sus ojos oscuros recorriendo mi cara de un modo que me resulta más familiar de lo apropiado, teniendo en cuenta la dinámica en juego.

—Cuando estaba callada en el coche, querías que hablara. —Me encojo de hombros—Suena como si no supieras *lo que* quieres, Angelo.

Mi voz ha bajado y se ha vuelto un poco trabajosa, por voluntad propia. Mierda, ¿estoy ligando con Angelo, mi ex prometido y actual secuestrador? Culpo al estrés de la situación y la estúpida cara guapa de Angelo y a las feromonas turbo que contiene en su cuerpo musculoso.

—Créeme, Mérida, saber lo que quiero no es el problema cuando se trata de ti.

Se inclina hacia mí, nuestras caras quedan muy cerca. No me muevo. Apenas respiro, mientras siento que mis entrañas se incendian por la forma en que me mira.

Una de sus manos se dirige a mi muslo para estabilizarse, y siento el calor de su tacto a través del fino material de mis vaqueros baratos.

Levanto ligeramente la barbilla para que nuestros labios queden alineados. Veo cómo sus ojos bajan hasta mi boca. Es como si una cuerda nos uniera. Mi cuerpo se echa hacia delante y se me cierran los ojos. Y entonces se oye un crujido agudo y la presión alrededor de mis tobillos desaparece, al igual que la mano en mi muslo. Abro los ojos y veo que Angelo ya está al otro lado de la habitación, de espaldas a mí.

Mi vergüenza ahuyenta cualquier otro sentimiento. No puedo creer que haya hecho el ridículo. Realmente *quería* que me besara. He dejado que se metiera en mi cabeza y eso se acaba ya mismo. Soy mejor que esto. Ya no soy una adolescente idiota. Sé exactamente qué clase de hombre es Angelo. Y sé que es la *última* persona a la que querría que tocasen mis labios. Ha sido

un momento de debilidad, nada más. Ha sido una noche larga después de todo. Juró por mi vida que no volverá a suceder.

Contenta con mis palabras de ánimo, me pongo en pie, me sacudo las piernas para recuperar la sensibilidad y doy un par de patadas al aire para ahuyentar los pinchazos. Me doy cuenta de que Angelo se da la vuelta y, cuando estoy convencida de que puedo mirarle sin sonrojarme como una colegiala, levanto la vista.

—¿Vas a quitarme estas también? —Le ofrezco mis manos—Puedo que sea flexible, pero no soy un maldita contorsionista.

Algo pasa por su rostro ante mi comentario, pero aparece y desaparece demasiado rápido para que pueda identificarlo. Ahora que ambos estamos de pie, la discrepancia en nuestras alturas queda aún más marcada.

Angelo es medio metro más alto que yo y es más ancho de lo que recordaba cuando éramos críos.

Sin hacer ningún comentario, me mira las manos atadas un momento y pasa su cuchillo de aspecto malvado por las ataduras de plástico.

Espera. Reconozco ese cuchillo.

—Espera un segundo, ¿eso es *mío*?

—El que fue a Sevilla perdió su silla. —Se encoge de hombros.

—¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? —Le miro con incredulidad.

Suspira. Es algo que hace mucho conmigo, o quizá con todo el mundo. Ya no sé nada de él.

—Te lo devolveré cuando confíe en que no vas a intentar apuñalarme con él —cede.

—Nunca, entonces —murmuro.

Veo de reojo a Angelo negando con la cabeza, antes de que me haga un gesto para que me acerque.

—El baño está al final del pasillo a la izquierda.

Le acompaño por el oscuro pasillo de este cuchitril de granja, esperando a medias que aparezca un tío con una motosierra y nos haga pedazos a los dos.

Se posa una mano en mi hombro me hace saltar en el are, sólo para encontrarme a Angelo mirándome extrañado. Me señala la puerta con la cabeza.

—Estaré esperando fuera.

Bien por él.

—Haz lo que te salga de los cojones, *Angelito.* —Me encojo de hombros como si no me importara.

Odia que le llame así, lo que lo hace aún más divertido.

No necesito mucho tiempo, sólo unos minutos para encontrar un arma, saltar por la ventana y largarme de aquí. Puede que estemos aislados en mitad de la nada, pero está oscuro y puedo encontrar algún sitio donde esconderme hasta que haya luz suficiente para situarme y averiguar dónde demonios estoy.

—La ventana de ahí dentro es demasiado pequeña incluso para que quepas tú, Pulgarcita. —Sonaría como un término cariñoso si no dijera el nombre como si fuera una enfermedad—Si intentas salir, te perseguiré. Como tan agudamente has señalado, estamos en medio de la puta nada, así que no llegarás lejos.

Se levanta la camisa lo suficiente para que pueda ver un mechón de pelo oscuro sobre unos abdominales de acero. Pero lo que me muestra no es su impresionante físico, sino la pistola que lleva a la cintura.

Entendido.

—Dijiste que no me harías daño —le recuerdo, maldiciéndome ya por creer a un mentiroso nato.

—Y no lo haré. —Se baja la camisa para cubrir la pistola—, mientras no hagas ninguna estupidez.

Debería haber sabido que habría una advertencia. Incluso ahora, cuando sé que no debo confiar en Angelo, sigo pensando que es la persona que solía conocer y no un hombre que ha crecido para ser como su padre y muy parecido al mío. Furioso, despiadado, letal. Eso es lo que es ahora.

—Recibir un disparo no está en lo alto de mi lista de cosas que hacer hoy. —Espero que el sarcasmo encubra el verdadero «ay, joder» que pasa por mi cabeza. Hay muchas situaciones de las que podría intentar salir a base de luchar, pero con una bala de por medio, esta no es una de ellas.

—No tardes mucho o entraré a por ti —me advierte, con voz grave.

No me cabe duda de que cumplirá su amenaza si lo considera necesario y saber que yo no podría hacer nada al respecto me cabrea.

Odio sentirme impotente. Es algo en lo que he trabajado estos últimos 499 días para dejar atrás. En unas pocas horas, Angelo ha hecho saltar todo eso por los aires.

No le doy la satisfacción de contestar y hacerle saber que me está afectando. En lugar de eso, entro en el cuarto de baño, como si no me importara nada, y le cierro la puerta en las narices.

CAPÍTULO
DIEZ

Angelo

Toda la maldita estructura parece temblar por la fuerza de su portazo. La granja está en las últimas, sería toda una suerte que el maldito tejado se viniera abajo.

Me apoyo en la pared opuesta al baño, con un oído atento a escuchar el sonido de cristal rompiéndose.

El hecho de que le haya advertido que no intente marcharse no significa que no vaya a probar suerte de todos modos. No parece muy dispuesta a hacer nada de lo que le digo.

Cuando éramos críos y jugábamos juntos, Mérida no se rendía fácilmente y no creo que eso haya cambiado con los años, a diferencia de la metamorfosis física de Mérida. La primera vez que nos vimos, en cuanto me di cuenta de lo joven que era, dejé a un lado todos los pensamientos románticos hacia ella y se convirtió en la hermana pequeña que nunca tuve. Al menos durante unos meses, hasta que me dijo que no quería volver a verme.

El recuerdo de la última conversación que mantuvimos antes de esta noche aún me revuelve el estómago. Cuando me enteré de que estábamos prometidos a través de nuestros padres, pensé en acercarme a ella para saber qué pensaba de todo aquello. Pero no lo hice, en parte por cobardía -no quería oír cuánto me seguía odiando- y en parte porque quería protegerla del hombre en que me estaba convirtiendo.

Una vez que Seb murió, el Angelo que ella conocía fue sustituido por otro, alguien más duro que pudiera sobrevivir en la nueva realidad de ser el hijo que heredaría el control del imperio Russo.

No me merecía una mujer como Mérida, una mujer que, en aquel momento, era poco más que una niña. Cuando recibimos la noticia de que había huido, sentí muchas cosas. Me había sentido extrañamente orgulloso de ella por ser tan valiente, por hacer lo que yo nunca tuve el valor de hacer, estaba preocupado por su seguridad, porque sabía que su padre nunca dejaría de buscarla, y decepcionado por no poder volver a verla, por no tener una oportunidad, que no

merecía, de conocerla de nuevo.

Ahora es toda una mujer. Las fotos que había visto de ella no le hacen justicia, ni de lejos. Y el tirón que siento hacia ella es algo que no había previsto.

No sé qué esperaba, pero algo parecido a los sentimientos cálidos que sentía hacia ella cuando éramos niños, nada como esto. Si otra persona me hubiera mordido como ella había hecho, la habría puesto bajo tierra. Pero, con Mérida, ver esa fiereza en ella era bastante sexy.

Me golpeo la nuca contra la pared. ¿En qué mierda me he metido?

Aún estamos a tiempo de darlo por terminado y dejar que vuelva a su vida en Backwater Montana. Nadie sabe que la he encontrado o que la he estado buscando. Y nadie sabe la verdadera razón por la que he estado ausente durante los últimos días.

Podría cancelar todo esto antes de que empiece. Podría ser la jugada más segura para todos. Pero, ¿más segura por cuánto tiempo? Es sólo cuestión de tiempo que alguien que no sea mi investigador privado la encuentre.

Mérida es buena volviéndose invisible, desde luego, pero sus habilidades no bastarían para mantenerse fuera del radar del cártel, no para siempre. La única manera de hacerlo es seguir el plan que había ideado, con el que había estado dejándome los cuernos durante meses.

Oigo el sonido del agua corriendo momentos antes de que salga del baño, metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros ajustados. Había sido menuda de niña y no había crecido mucho al llegar a la pubertad, pero las curvas eran nuevas, al igual que el aire de sensualidad que la rodeaba, algo de lo que ni siquiera parecía ser consciente.

Sus ojos, que a veces son verdes, a veces avellana, a veces marrones según la luz o el entorno, son los mismos que recordaba, aunque estén parcialmente ocultos tras unas gafas. Me alegro de que por fin se haya decidido a deshacerse de las lentillas de colores que lleva intermitentemente desde que huyó. Sus ojos son demasiado bonitos para taparlos. Claro que estar guapa no sería su principal preocupación cuando huía de la banda colombiana más peligrosa del país.

—¿Ves algo que te guste? —Mérida levanta una ceja oscura, su voz es lo suficientemente cortante como para sacarme de mi descarada inspección de su cara.

Genial, así que ahora piensa que soy un pervertido por mirarla.

—Bonitas gafas —me burlo, para desviar la atención de la forma en que he sido demasiado obvio al mirarla—¿Vas de Clark Kent?

Mueve la cabeza, haciendo volar su pelo azul. Me recuerda al nombre de su avatar; ahora parece una sirena de verdad.

—No, imbécil, soy miope. ¿En serio? ¿Estás intentando ser un gilipollas a posta o te sale de forma natural?.

—Es un detalle que creas que tengo que intentarlo —respondo, despeinándola como solía hacer antes.

Me da un codazo en el costado, jugando a pelearse como antes, hasta que recuerda que las

cosas ya no son así entre nosotros y se pone rígida a mi lado. No debería haberla tocado, pero es fácil volver a las andadas con ella, demasiado fácil.

Se sube las gafas por la nariz y me mira como avergonzada. Y yo pensando que soy el único que tiene el monopolio de sentir vergüenza en nuestra relación. Por supuesto, sé que es miope, lo era cuando éramos niños, pero su padre había insistido en que llevara lentillas porque, en su opinión, las gafas la hacían parecer «débil».

La forma de mierda en que había tratado a su hija era una de las muchas cosas que odiaba de Miguel García. Lo desprecio casi tanto como a mi propio padre.

Me restriego la mano por la cara, el cansancio de los últimos días -o quizá años- me invade. Pero no tengo tiempo para que el cansancio se apodere de mí, nos quedan kilómetros por recorrer antes de poder dormir.

—Mira, necesito saber si te apuntas o no.

Mérida cruza los brazos sobre el pecho y me supone un esfuerzo hercúleo no dejar caer mi mirada hacia su pecho. Esa es una razón para volver a atarle las manos.

—¿Y si digo que necesito más tiempo para decidirme?.

Sacudo la cabeza.

—Entonces quedas fuera del plan. Te dejaré en algún sitio, te daré dinero más que suficiente para cubrir lo que te hayas dejado en Bumblenosequé, Montana, y podrás volver a huir. Es un trato de ahora o nunca. No te lo volveré a pedir.

—¿Qué dramático —Pone los ojos en blanco, una acción que no debería resultar atractiva, pero cuando se trata de Mérida, parece que casi todo lo es.

Aun así, si cree que esto es algún tipo de juego, tiene que despertar de una maldita vez, y pronto.

Doy un paso hacia ella para que vea lo en serio que voy. Me elevo sobre ella. Afortunadamente, no se echa atrás, aunque no hay mucho espacio entre la pared y yo.

—Esto es una cuestión de vida o muerte, *principessa*. No hay nada más dramático que eso. Así que o estás dentro o estás fuera. Pero si estás dentro, tienes que estarlo hasta el final. Este no es el tipo de cosas que puedes dejar a medias.

Sus ojos brillan de un verde intenso.

—Yo no hago nada a medias, *Angelito*.

Ese puto apodo. Lo odiaba cuando ella solía burlarse de mí cuando éramos niños y sigo odiándolo con fuerzas ahora.

Echa los hombros hacia atrás, sin ganar ni un centímetro más de altura, pero, aun así se las arregla para mirarme por encima del hombro, como si fuera una puñetera reina.

—Y si intentas intimidarme, vas a tener que esforzarte mucho más. No sobreviví 21 años en casa de Miguel García dejándome asustar fácilmente por alguien que juega a ser un gángster.

Maldita sea, me gusta su fogosidad, incluso cuando la usa para quemarme así.

—Yo no juego, *tesoro*.

Mi mano roza la piel sedosa de su mandíbula. Espero que se aparte, pero permanece inmóvil. Se lame los labios y yo me concentro en ellos, deseando lamérselos yo también.

Dejo caer la cabeza hasta que mi boca roza el borde de su oreja. El olor a lavanda me envuelve, y me pregunto si es el aroma de su champú lo que resulta tan seductor o algo propio *de ella*.

—Pero quizá sea divertido jugar *contigo*.

Oigo su respiración acelerada y su pecho se agita mientras gira ligeramente la cabeza para que nuestros labios estén casi a la par. Tiene los ojos vidriosos y parece estar invitándome a continuar. Si no retrocedo ahora, antes de que el cerebro en mis pantalones se apodere por completo de mí, voy a hacer algo estúpido de cojones, como besarla antes de que hayamos establecido unas reglas básicas. Y eso lo fastidiaría todo.

Así que hago lo más sensato y me alejo para darle espacio. La decepción se dibuja en su rostro, antes de volver a poner la expresión anodina que ha perfeccionado para los momentos en que no quiere que nadie sepa lo que pasa por su preciosa cabeza. Sin embargo, no puede ocultar el rubor de sus mejillas, y eso me dice que no le soy tan indiferente como intenta aparentar. Es la segunda vez que casi nos besamos esta noche. Lo bueno es que no será difícil vender a nuestras familias la atracción que sentimos el uno por el otro.

—Entonces, ¿qué va a ser? ¿Ya te has cansado de huir? —Me recuesto contra la pared, moviendo las caderas para evitar que mi erección se haga notar.

Mérida se muerde el labio inferior, un hábito del que no estoy seguro de que sea consciente.

—Digamos que me planteo la idea de ayudarte. —Me mira como para decirme lo remota que es esa hipótesis—. No me voy a casar contigo, Ángelo. De ninguna puta manera. No me importa cuánto intentes convencerme de que es la única manera.

Ah, me doy cuenta de que he omitido lo que probablemente sea un punto clave en mi explicación.

—*En realidad,* no nos casaríamos, Mérida. Sólo necesitamos que nuestras familias crean que lo estamos. Los documentos judiciales ya están falsificados y sólo necesitan tu firma. Podemos inventarnos una historia de que estamos tan enamorados que no queríamos esperar a un bodorrio en familia.

Vuelve a hacer ese ruido de burla ante la idea de que estemos enamorados. No se equivoca. Cualquiera que nos viera ahora, en esta especie de enfrentamiento, no pensaría que nuestros sentimientos hacia el otro son algo más que fríos como el hielo.

—No será real, Mérida. No te preocupes, en realidad no estarás atada a mí de ninguna manera. —No analizo por qué eso me hace estremecer—La gente que necesita creérselo, lo hará, porque les interesa. Es mucho más fácil persuadir a la gente cuando tiene algo en juego. Y yo puedo ser *muy* persuasivo.

Ese rubor suyo vuelve a brotar y maldita sea si no la hace parecer aún más atractiva, como si necesitara ayuda en ese aspecto.

—Muchas cosas tienen que salir bien para que este plan funcione. *Demasiadas* cosas.

Sacude la cabeza, un mechón de pelo azul eléctrico se le pega a la mejilla y me pican los dedos por pasárselo por detrás de la oreja. Pero aún me duele la palma del mordisco que me dio antes y no estoy convencido de que no quiera repetir.

—Y te digo que podemos conseguirlo —le aseguro, sonando confiado. Tenemos que conseguirlo.

Emite un sonido de incredulidad desde el fondo de su garganta. Tengo que tranquilizarla antes de que piense demasiado en todas las posibilidades de que las cosas se vayan a la mierda hasta quedar irreconocibles.

—Sé que te gusta pensar las cosas con lógica —empiezo.

Mérida no revela mucho con sus expresiones -parece que su padre le enseñó bien-, pero la forma en que sus fosas nasales se ensanchan ligeramente me dice que está sorprendida de que aún recuerde ese detalle sobre ella.

Le sorprendería lo mucho que recuerdo de la época en que éramos amigos, antes de que todo se fuera a la puta. Si pudiera volver atrás, ¿cambiaría las cosas? Hice lo que pensé que era lo mejor en ese momento, pero ¿había otra manera? ¿Habría importado si le hubiera contado toda la historia?

—Hola. —Una pequeña mano se agita delante de mi cara—Tierra a Angelo. ¿Sigues conmigo? —Mérida me mira inquisitivamente con unos ojos que ven demasiado.

—Sólo me preguntaba qué es lo que necesitas oír para convencerte. —Es mentira, pero como suele ocurrir cuando se trata de nosotros, es más segura que la verdad.

—Lo que necesito es algo que tú no puedes darme, Ángelo. Es una garantía de que no iré directa a la muerte o *peor*, como un cordero al matadero.

Sacudo la cabeza, haciendo un movimiento cortante con la mano, porque por encima de mi cadáver permitiría que le hicieran daño.

—No dejaré que eso pase...

—Eso dices, pero pensémoslo detenidamente. ¿Qué pasa si te matan a ti *primero*, Angelo? ¿Y entonces, qué? ¿Quién va a impedir que mi padre me encierre en esa maldita casa o algo peor? —Me lanza las preguntas como granadas.

La idea de que le ocurra algo malo me hace apretar las manos con tanta fuerza que pierdo la sensibilidad. Respiro hondo, porque ella no necesita ni merece mi ira, lo único que necesita es un argumento convincente.

—Tienes miedo de volver a estar enjaulada, y no te culpo. Conozco demasiado bien la sensación de estar atrapado.

Es una sensación con la que he convivido desde que tenía edad suficiente para entender de dónde venía nuestro dinero, la sangre que había en cada maldito dólar de nuestra cuenta bancaria.

—Pero déjame preguntarte algo. —La miro fijamente, haciéndole la misma pregunta que me

he hecho a mí mismo—. ¿Sería eso tan diferente a cómo estamos viviendo ahora? Tú huyendo de un sitio a otro, sin quedarte lo suficiente para tener una vida o incluso hacer amigos y yo...

—¿Tú qué? —Me presiona cuando hago una pausa.

Me pregunto si se da cuenta de que ha dado un paso hacia mí, si siente la atracción entre nosotros tan fuerte como yo.

Podría mentir fácilmente, lo llevo haciendo desde que tengo uso de razón. Pero no lo hago. Si realmente está dispuesta a hacer esto conmigo, entonces se merece al menos esta verdad de mi parte.

—Hace mucho tiempo que no me siento vivo, Mer. Tengo 27 años y siento que sigo esperando a que empiece mi vida.

Sus ojos se mueven sobre mi cara, como si me estuviera leyendo y lo que encuentra en ella hace que su expresión se suavice. No sonríe.

No sé qué tendría que hacer para volver a merecer una de sus sonrisas auténticas, no de las que regala cuando está de camarera, sino la de verdad, la que sólo unos pocos llegan a ver. Aun así, no es la mirada de asco que ha estado canalizando desde aquella noche en que cumplí 18 años, la noche en que Seb y su primo murieron y la vida que yo conocía cambió para siempre.

—De acuerdo. Lo haré.

CAPÍTULO

ONCE

Mérida

¿Acabo de aceptar lo que es más que probable que sea una misión suicida? ¿En voz alta?

Culpo a la forma en que estar cerca de Angelo parece drenar mi cerebro. Incluso la forma en que dice mi nombre me hace temblar.

¿Qué demonios es eso? Sea lo que sea, tiene que parar. Mientras no piense en mi atracción hacia él, puedo hacerlo. Para que este plan absurdo funcione, hay que centrarse en engañar al cártel de los García y a los Russo, no en suspirar por la mandíbula de Angelo. Eso no nos mantendrá con vida.

—Lo harás —repite como si realmente no creyera que he aceptado. Ya somos dos—¿Estás segura?

Segura de que me falta un tornillo.

—Cuestionarme no es la mejor manera de empezar esta sociedad, Angelo. He dicho que lo haré, así que lo haré.

Esa es una de las pocas cosas positivas que aprendí en casa de mi padre. Cuando haces un trato, no te echas atrás, pase lo que pase. ¿Y la posibilidad de que el plan de Angelo funcione? Tal vez valga la pena el riesgo, si significa que puedo vivir el resto de mi vida sin tener miedo.

He tenido miedo toda mi puta vida, ¿qué *se sentiría al* no tener que cargar con eso nunca más?

Es algo que nunca me había dado la oportunidad de imaginar. Quizás, ahora, pueda.

Me mira de arriba abajo y siento un rastro de calor cuando sus ojos vagan por mi cuerpo.

—Ese pelo tiene que irse —dice finalmente.

No acaba de decir eso.

Mi preadolescente interior lleva toda la noche recordándome el flechazo que tuve con este hombre, pero la realidad de su arrogancia es como una ducha fría.

—¿Perdón?

Alzo la cadera y apoyo la mano en ella. Es el gesto femenino universal de «¿me estás tomando el pelo?» y la mayoría de los hombres saben que significa que hay retirarse mientras aún se está a tiempo. Aparentemente, Angelo no es la mayoría de los hombres.

—Nadie en mi familia se creería que estaría con una mujer con este aspecto.

Hace un gesto que abarca desde la parte superior de mi cabeza hasta los dedos en mis maltrechas zapatillas. Lo mejor de todo es que son mis zapatillas *más bonitas*. Las compré de segunda mano, pero siguen siendo Converse. Y sólo tienen un agujero en la puntera que apenas se ve.

Cruzo las manos sobre el pecho, antes de darme cuenta de que probablemente parezca que estoy a la defensiva y vuelvo a ponerlas a los costados. La curvatura del labio de Angelo y la diversión de sus ojos indican que no le ha pasado desapercibido mi aleteo.

Inyecto todo el acero que puedo en mi voz para compensarlo.

—¿Y qué es exactamente lo que tiene de malo mi aspecto?

El fuego que le escupo por los ojos bastaría para que la mayoría de los hombres se dieran marcha atrás. O Angelo no tiene sentido de la autopreservación, o realmente le importan una mierda mis sentimientos... probablemente sean ambas cosas.

—Esto —Vuelve a agitar una mano hacia mí—, no está en consonancia con la Familia Russo.

Oh guau, de verdad ha dicho esas palabras en voz alta.

—¿Cuál es el problema? ¿No es lo suficiente de zorrón para ti? Sé cómo os gusta pasar el tiempo *en los prostíbulos que regentáis*.

Vale, puede que mencionar las conocidas redes de prostitución de la mafia de Los Ángeles no sea la mejor forma de empezar nuestra alianza, pero si cree que soy el tipo de mujer que no se defiende, será mejor que aprenda rápido que no es así.

—Tienes el pelo azul —dice como si eso explicara la forma en que me mira como si fuera una especie de criatura extraterrestre.

—¡Buen trabajo, Angelo! —Aplaudo despacio—Ahora que ya sabes los colores primarios, podemos pasar a aprender los días de la semana.

—¡*Porca puttana*! —Se agarra el pelo grueso y me pregunto si podré frustrarle lo suficiente como para arrancárselo—¿Necesitas algo de comer? ¿Estás en esos días del mes? O...

—No haces más que hundirte aún más, Angelo.

—¿O es que estás de este mal humor todo el tiempo? —interrumpe mi interrupción.

—Qué encantador —digo—¿Y crees que la gente creería que estoy con alguien que se parece a ti?

Levanto una ceja ante su atuendo, pero no estoy segura de a quién creo engañar. Es exactamente el tipo de hombre al que cualquier mujer hetero se lanzaría. Y la sonrisa que me dedica el imbécil engreído me indica que es plenamente consciente del efecto que causa en el sexo opuesto y, estoy segura, en no pocos del mismo sexo.

Los vaqueros oscuros que cuelgan de sus delgadas caderas y lleva un jersey fino que parece tan suave que quiero frotar la mano por él, es cachemir sin duda.

Por lo poco que sé de la familia Russo, lo suyo es el lujo, y parece que Angelo no ha caído muy lejos del árbol.

—Si, *tesoro*, no creo que a nadie le cueste creérselo.

Será niñato, estúpido y egoísta. Odio a este tío, de verdad.

—¡Deja de llamarme así! —Soy consciente de que probablemente sueno como una adolescente caprichosa. Angelo tiene un don para sacar lo mejor de mí.

Nos miramos fijamente. Menos mal que aún no me ha devuelto el cuchillo, probablemente ya le habría apuñalado con él.

—Esto no va a funcionar. —Levanto las manos—No podemos pasar más de 5 minutos juntos sin querer matarnos.

Observo cómo Angelo respira hondo y luego otra vez, repitiendo el proceso hasta que sus hombros bajan un centímetro. Me hace un gesto tranquilizador como si intentara domar a un tigre.

—Tomémonos un momento y hablemos. —Su voz es suave y la seriedad en su rostro es convincente. Probablemente sea una actuación, pero sigue siendo eficaz. Suelto parte de la rabia a la que me he estado aferrando.

—¿Seguro que sabes hablar sin insultarme? —Está bien, tal vez quede un poco de ira.

Levanta una ceja.

—Creo que das lo mejor de ti en el departamento de los insultos, Mérida—Buen punto—Y mi intención no era ofenderte.

—¿Decirme que no estoy a tu altura no te parece grosero? —No debería importarme, lo sé. No debería importarme lo que Angelo piense de mi aspecto, y sin embargo...

Sus profundos ojos castaños se vuelven comprensivos.

—No hablaba de mí. Hablaba de mi Familia, la de la F mayúscula.

—Así que es tu organización para la que no sirvo—Podría dejar que el hombre se explicara, pero cuanto más dice más munición tiene para hacerme daño, algo que aparentemente es risiblemente fácil de conseguir para Angelo.

—Mi familia, nuestro *negocio* es de lo más jodido que hay y tú vales diez veces más que cada uno de esos cabrones. —Mi corazón tartamudea un poco ante esas palabras—Lo único que intentaba decir es que tienen ideas muy concretas sobre la tradición y el tipo de mujer con la que debería relacionarme, ideas que no comparto. —Levanta las manos como si pensara que estoy a punto de volver a arremeter contra él—Eres una mujer preciosa, Mérida. Creo que lo sabes sin necesidad de que yo lo diga. Pero los Russo y *la famiglia* en general tienen unas expectativas y si vamos a vender esta historia de fuga, tenemos que hacérselo fácil de tragar. Será más sencillo sin el pelo azul y con ropa de diseño. Eso es todo lo que quería decir.

—Oh. —Ahora me siento más que tonta por haber reaccionado tan violentamente—¿Por qué

no dijiste eso en primer lugar?

—No me diste oportunidad. —Se encoge de hombros—Quizá estás predispuesta a pensar que todo lo que digo es algún tipo de crítica.

—Tal vez —acepto, a regañadientes—Entonces puedes poner ropa nueva y tinte para el pelo en la lista de quehaceres para mañana.

Hay una pequeña parte de mí que está deseando volver a mi color de pelo natural. Hace tanto tiempo que no veo a esa chica en el espejo. Un bostezo expansivo me pilla por sorpresa y me estiro, haciendo que la camisa se me suba hasta el ombligo, dejando al descubierto el piercing que llevo ahí.

Cuando vuelvo a bajar los brazos, capto los ojos de Angelo en la piedra preciosa de mi estómago y mi ego recibe un pequeño impulso. Quizá estaba siendo sincero cuando dijo que no compartía el gusto de su familia por lo tradicional.

—Estás cansada —lo dice como un robot que analiza el comportamiento humano.

—¿Qué puedo decir? Ha sido un día ajetreado. ¿Puedes indicarme dónde hay una cama y ya hablaremos del resto por la mañana? — Si no es ya por la mañana. Sin el móvil, no tengo ni idea de qué hora es—Puedes quedarte en el sofá si aún te preocupa que salga corriendo, así puedes abalanzarte sobre mí al salir.

Angelo alza una ceja al oír mis palabras y yo me inquieto al darme cuenta de doble sentido de lo que acabo de decir.

¿Por qué?

¿Por qué siempre tengo que decir lo primero que se me pasa por la cabeza con este hombre?

CAPÍTULO
DOCE

Angelo

—Agradezco la oferta. —No voy a negar que estoy disfrutando de lo tímida que se siente. La mujer es una masa andante de contradicciones. Fuego y hielo, suave y afilada. Algo me dice que un hombre podría pasarse toda la vida sin llegar a entenderla del todo—Pero no nos vamos a quedar aquí.

Mérida tuerce el labio antes de volver a bostezar ampliamente. Esa maldita camisa suya deja entrever otra tentadora franja de piel bronceada y el guiño de un piercing rosa en el vientre me hace la boca agua.

—Lástima, me estaba gustando mucho el toque de película de terror que tiene. ¿Qué es este sitio de todos modos?

Regreso a la habitación en el presente y definitivamente no me estoy comiendo con los ojos a mi nueva socia.

—Es un lugar seguro, donde sé que no habrá micrófonos y donde nadie de tu familia o de la mía pueda rastrearnos. Hay un bloqueador en todo el perímetro, así que no hay señal telefónica, ni radar, ni nada—No es que importe, ya que tiré su teléfono desechable por la ventanilla de la camioneta kilómetros atrás. Nunca se es demasiado cuidadoso.

Es más información de la que necesita, pero es una señal de confianza, una que está claro que no ha echado en falta, ya que asiente pensativa.

—Muy bien. Tendrás que decirme qué sistema utilizas. Probablemente pueda mejorarlo.

No hay ni rastro de bravuconería, se limita a exponer los hechos y es un cambio refrescante con respecto a los imbéciles con los que tengo que lidiar a diario.

Sabía que se había especializado en informática, pero no me había dado cuenta de lo buena que era hasta que tuve que localizarla. Sin duda, podría enseñarles un par de cosas a algunos de nuestros técnicos, aunque yo no se lo admitiría, al menos de momento.

—Puede que lo haga.

—Entonces... ¿dónde vamos a dormir? —Me mira expectante, una expresión que no le había visto dirigirme desde que era niña, antes de que yo estropeara las cosas.

Me debato entre mantenerla en la ignorancia; es mi modus operandi. Soy el único que puede tener una panorámica completa. Así, las cosas son más controlables.

—Compartir es bueno, Angelo —dice rotundamente, leyendo la situación demasiado bien.

No hay nada malo en concederle esta victoria, razono. Hay muchas otras cosas en las que no participará.

—Hay un motel. Ya me he registrado. Es seguro. Y es el único lugar entre aquí y Los Ángeles donde estoy seguro que no nos pueden rastrear.

—Suena como un sueño. Ve delante, entonces. —Me hace un gesto para que vaya delante de ella—Cuanto antes lleguemos, antes podré dormir. ¿Qué hora es? Alguien destrozó mi móvil, así que no puedo comprobarlo.

No me molesto en mirar el reloj. No necesito saber exactamente lo poco que voy a dormir.

—Es tarde o temprano, según se mire. Y puedes dormir por el camino. El motel está en Idaho.

Espero a que esta información llegue y sus ojos se cierren. Me a recuerda los momentos en los que estuve a punto de besarla y de fastidiar aún más la situación. No puedo permitir que vuelva a ocurrir. Somos socios. Eso es todo.

—Por supuesto que está en Idaho —lo dice como si no esperara menos“—. Vámonos, entonces, parece que todavía te queda mucho por conducir, *amigo*.

Me da una palmadita en el hombro, como haría con un amigo, antes de retirar la mano, con los ojos muy abiertos, recordando que me odia.

No debería molestarme.

—¿No vas a ofrecerte a que nos turnemos?

—¿Me dejarías si lo hiciera?

—Ni de coña —resoplo.

No confío en que no nos estrellemos contra un árbol. Puede que haya aceptado mi plan, pero hasta que no volvamos a Los Ángeles, no quiero correr riesgos.

Alza un hombro.

—Entonces, ¿por qué malgastar aliento?

Se da la vuelta y sale de la casa como si estuviera en una pasarela, dejándome que la siga a grandes pasos, dando una patada a la lata que hay junto a la puerta.

—Puede que quieras darte prisa y subir a la camioneta, *principessa* —le digo cuando se entretiene en el escalón delantero—Está a punto de hacer mucho calor.

—¿Qué...? —Se detiene al ver la cerilla encendida en mi mano. Y la mujer tiene el descaro de volver a poner en blanco esos malditos ojos verdes—Como he dicho: qué dramático. Ya sabes lo que dicen de los hombres a los que les gustan las explosiones.

Muerdo el anzuelo, aunque sé que me voy a arrepentir.

—No, ¿qué dicen, Mer?

—Que están compensando la falta de explosiones en el dormitorio, no sé si lo pillas —susurra con teatrismo, hablando desde detrás de la mano, pareciendo demasiado pagada de sí misma.

Esta maldita mujer me va a matar.

No me molesto en responder, salvo para arrojar la cerilla al porche, donde se ha extendido la gasolina. Se enciende con un silbido, quemando las tablas de madera podrida incluso más rápido de lo que había previsto. En un par de horas no quedará nada de este lugar ni señal alguna de que hemos estado aquí.

Se sienta en el asiento del copiloto, con la atención puesta en el fuego. Está inusualmente callada mientras avanzo por la carretera, impaciente por acumular kilómetros antes del amanecer.

Entrecierro los ojos en la oscuridad, maniobrando la camioneta sobre este camino de tierra de porquería. Por estos lares, sin propiedades que colinden en kilómetros, los bomberos tardarán mucho en llegar. Cuando lo hagan, el edificio no será más que un montón de cenizas.

Mérida se muerde el labio inferior, un tic nervioso que recuerdo de cuando éramos niños.

No debería preguntar, pero lo hago, porque aparentemente soy un idiota de remate, al menos cuando se trata de ella.

—¿Qué?

Mérida se queda tanto tiempo en silencio que supongo que ha decidido ignorarme, por mí bien.

—No había nadie dentro, ¿verdad? —Su pregunta me hace mirarla de reojo—¿Los dueños de la casa? ¿No seguían ahí?

Ah, así que eso es lo que la hace removerse incómoda en su asiento; la idea de que está sentada junto a un asesino a sangre fría.

Saber las bajezas que piensa de mí no debería avergonzarme. A pesar de todas las experiencias similares que pudimos haber tenido mientras crecíamos, Mérida estuvo protegida del trabajo del cártel, nunca tuvo que ensuciarse las manos. Yo no tuve ese lujo, sobre todo después de la muerte de Seb.

—No había nadie dentro —digo, manteniendo la vista en la carretera—La propiedad es mía. —No de los Russo—Está fuera de los libros, no tiene nada que ver con nadie más.

Echaré de menos ese lugar de mierda, pero quemarlo hasta los cimientos era la única forma de eliminar eficazmente todo rastro de nuestro ADN en un corto espacio de tiempo. No iba a dejarlo por ahí para que lo identificara la policía o, peor aún, alguien de una de nuestras familias o de ambas. Además, no es el único lugar que tengo que mi padre no conoce.

—Ah, vale. —Deja escapar un suspiro audible.

—Puede que te sorprenda oírlo, pero no voy por ahí matando a inocentes indiscriminadamente —refunfuño, cabreado de que piense tan poco de mí.

—Yo no, quiero decir, yo no... —se interrumpe.

—Deja las mentiras para nuestras familias —le aconsejo, sonando más amargo de lo que pretendo—Para que esto funcione, tengo que poder confiar en ti y viceversa, así que, a partir de ahora, seremos sinceros el uno con el otro. ¿De acuerdo?

Mérida espera un momento antes de responder.

—De acuerdo con lo de la honestidad, pero no voy a confiar en ti porque tú lo digas. Mi confianza es algo que lleva tiempo ganarse.

—Ajá, ¿y encuánta gente confías, Mérida? —Hago la pregunta de la que estoy seguro que ya sé la respuesta. Somos más parecidos de lo que ella querría admitir.

—Había dos —responde, con la cara vuelta hacia la ventana—Los dos están muertos.

Su primo. El hombre que maté, algo que ella nunca me perdonará. Sé lo unidos que estaban, cómo ella sentía que él era la única persona de su familia que la quería cerca después de la muerte de su madre.

Siempre será alguien intachable en su mente, una víctima inocente. Podría cambiar eso si le contara todo sobre esa noche. ¿Pero de qué serviría? Él seguiría muerto. Seb seguiría muerto. No, mejor dejarla con el recuerdo que tiene de su primo, aunque eso haga que me odie por lo que le hice.

—Es una forma solitaria de vivir, *principessa* —digo en voz baja.

—Gajes del oficio—Oigo la falsedad detrás de su bravuconería, el ansia de algo más. Es un anhelo con el que estoy familiarizado—¿Y qué? ¿Tú no te sientes solo, Angelo?

Podría decirle la verdad, seguir mi propio consejo de ser sincero el uno con el otro, pero eso complicaría las cosas. Es más fácil responder de la manera que encaja con la imagen que ella tiene de mí.

—Hace mucho que no paso una noche solo, *tesoro*. —Hago una pausa, establezco contacto visual y sonrío como un gilipollas—A veces mi cama está demasiado llena, incluso para mí.

—*¡Cochino!* Eres un cerdo. —Arruga la nariz adorablemente, aunque estoy seguro de que quiere parecer asqueada en vez de mona.

—Soy un hombre, Mérida.

Se encoge de hombros.

—Según mi experiencia, la mayoría son intercambiables.

—Ah, así que odias a los hombres—Chasqueo los dedos—Eso explica muchas cosas.

—Lo sé, lo sé, si intento cualquier cosa, me disparas. CAPTÉ el mensaje la primera vez, Fredo.

—¿Fredo?

—Ya sabes, el moreno de la familia Corleone. —Sus ojos de cervatillo son grandes e inocentes—Pensé que tú de entre todas las personas, apreciarías una buena referencia al Padrino.

—Tómate esto como tu primera lección para ser parte de La *Famiglia* Russo; nunca, jamás menciones esas películas —le advierto. No las aprecia ningún miembro de la mafia.

—¿En serio? Son clásicos —Parece verdaderamente disgustada.

—También lo es *Scarface,* pero dudo que tu padre quiera que le comparen con ninguno de los personajes.

—Eran cubanos, gilipollas, no *colombianos* —señala, como si yo no supiera la puta diferencia.

Acepto el golpe porque estoy demasiado cansado para este tira y afloja con ella.

—Duérmete, Mérida.

—El hecho de que seas mi marido de mentira no significa que puedas decirme lo que tengo que hacer —refunfuña petulante, poniéndose en una posición más cómoda y arqueando las piernas en el asiento que casi se traga su pequeño cuerpo.

—Hay una diferencia entre decirte lo que tienes que hacer y velar por tus intereses. Como marido falso que se preocupa, diría que eso entra dentro de mis atribuciones. Las sombras bajo tus ojos me dicen que no has dormido nada últimamente. —Lo cual puede ser en parte culpa mía si se había sentido observada—Y tenemos un largo viaje por delante y necesito que estés a tope para cuando entremos en el nido de víboras que es la casa Russo.

Por un momento reflexiono sobre cómo sería no pensar así del entorno en el que creciste. Pero esa no es mi vida, así que ¿para qué preguntármelo?

—Lo que trato de decir, Mer, es que aproveches al máximo este resquicio de paz, porque va a ser algo difícil de conseguir una vez que volvamos a Los Ángeles. No estoy tratando de controlarte, o de hacer que hagas algo que no quieres. Sólo cuido de ti, eso es todo. Es algo que voy a hacer mucho más en las próximas semanas —Quizá incluso meses—, así que, será mejor que te acostumbres.

Espero su inevitable respuesta, probablemente mandándome a la mierda o llamándome algo poco halagador en español. Pero la mujer a mi lado no me contesta de forma concisa, ni pone los ojos en blanco de forma tan exagerada que se pueda *oír*.

Cuando puedo apartar la vista de la carretera el tiempo suficiente para dedicarle algo más que una mirada superficial, me doy cuenta de que no está mirando por la ventanilla ni me ignorándome como yo pensaba.

Tiene la cabeza apoyada contra la ventanilla, respira con calma y tiene los ojos cerrados. Tiene la cara más apacible por el sueño, lo que la hace parecer más joven, más vulnerable, y ese instinto protector que solía inspirarme cuando éramos niños regresa con fuerza. Es normal, razono. Seremos compañeros durante todo el tiempo que tarde este plan en llegar a buen puerto. *Debemos cubrirnos* las espaldas mutuamente. Eso es todo lo que siento, me digo. Pero cuando se estremece y yo dirijo la calefacción hacia ella, me pregunto a quién estoy intentando convencer exactamente.

CAPÍTULO
TRECE

Angelo

No es la primera vez que me pregunto si éste es realmente el mejor plan.

Mérida confía en mí tanto como yo en ella, es decir, sería más probable que le diera la espalda a un pozo de serpientes al estilo *Indiana Jones* que a ella. Se supone que somos pareja. ¿Cómo demonios vamos a venderlo si no podemos estar a menos de tres metros el uno del otro sin intercambiar insultos?

Cuando la despierto tras llegar al motel de Idaho, parpadea somnolienta y luego me mira con el ceño fruncido.

—Mierda, esperaba que lo de anoche hubiera sido un sueño, pero aquí estamos, Fredo. —Me las apaño para no entablar conversación y la conduzco a la habitación del motel. Me mira mientras busco dispositivos de escucha por todas partes; en mi trabajo nunca se es demasiado cuidadoso.

—No has mirado si hay monstruos debajo de la cama —señala, con rostro inescrutable.

—No me hace falta, soy el único monstruo del edificio —digo inexpresivo—¿Vas a entrar o qué? —No puedo evitar mirar a la cama con nostalgia. Sé que, si pudiera dormir un par de horas, me sentiría más humano. Pero no hay tiempo para eso, voy a tener que conformarme con una ducha.

—¿Por qué? ¿Hay una máquina de café dentro? —Mira dubitativa alrededor del alojamiento básico.

—Me supongo que no eres una persona madrugadora. —Es bueno saberlo, aunque anoche tampoco parecía que fuera muy noctámbula, pero eso podría tener algo que ver con lo de haber sido secuestrada en la calle, supongo.

—Evito madrugar todo lo que puedo —refunfuña, sin dejar de parecer atractiva mientras entra en la habitación y se sienta en la cama. Verla ahí no es bueno para mi cordura, así que decido poner a prueba nuestra incipiente relación. ¿Puedo confiar en ella?

—¿Qué tal esto? Hay una máquina al final del pasillo, si prometes no salir corriendo, iré a traerte lo que sea a lo que llamen café en este lugar.

Su expresión se ilumina al instante y el efecto que tiene en mi estado de ánimo es desconcertante.

—Vas a tener que empezar a confiar en mí en algún momento, Angelo —dice razonablemente—No voy a huir, y menos cuando me vas a traer cafeína.

—De acuerdo —Asiento sin mirarla a ella ni a la cama—Hay ropa para que te cambies en el armario—Entre otras cosas, pero me iré ocupando de los problemas de uno en uno.

Se ríe y vuelvo a centrar mi atención en ella.

—Parece que estabas bastante seguro de que diría que sí.

—Tenía esperanzas, *principessa*.

—Esperanzas—Sus ojos se desenfocan, mirando una mancha justo sobre mi hombro, probablemente una cuestionable en el papel pintado de este basurero—Eso me gusta.

Y a mí me gusta demasiado verla en esa cama. Así que fuerzo a mis pies a moverse hacia la puerta.

—¿Cómo lo tomas? ¿El café?

—Negro... podrás reconocerlo, es del mismo color que tu alma—Sus ojos brillan pícaramente, quitando el aguijón de sus palabras.

Joder. La Mérida juguetona es peor que la Mérida malhumorada, mucho peor. La habitación me parece de repente demasiado pequeña para los dos.

—Volveré pronto. —Casi le digo que no vaya a ninguna parte, pero recuerdo su chorrada de «no me des órdenes» del trayecto, así que me contengo y salgo, cerrando la puerta suavemente tras de mí.

Inmediatamente me pongo en alerta, escudriñando el aparcamiento casi vacío y el pasillo exterior vacío. Es una de las razones por las que había elegido este lugar: es tranquilo, es el tipo de tranquilidad que odio en Los Ángeles, pero aquí implica cierta seguridad.

Su sistema de CCTV no se ha conectado nunca, así que las cámaras son de adorno. No exigen identificación para registrarse y les importa una mierda cuánto tiempo te quedes, siempre que pagues en efectivo y no hagas ruido. Es el último lugar donde mi padre o cualquiera de los *capos* pensaría encontrarme, por eso es perfecto, a pesar de que las habitaciones parecen un cuadro de Jackson Pollock bajo una luz negra.

La máquina de bebidas está al final del pasillo, así que no pierdo de vista la puerta de nuestra habitación mientras introduzco las monedas y el código para nuestros cafés: solo para Mérida y con espuma para mí.

Sonrío al recordar su chiste de «negro como tu alma». Anoche lo habría dicho como si fuera en serio, pero esta mañana hay algo diferente en ella, una ligera suavización de su pétrea apariencia.

Me pregunto si habrá llegado a la misma conclusión que yo; que estamos en una situación de

mierda y que la única manera de sacar lo mejor de ella es intentar llevarnos bien.

Dicho esto, todo este plan me había parecido mucho más sencillo antes de volver a contactar con Mérida, antes de descubrir a la mujer en la que se había convertido. No recuerdo que la chica que había sido mi amiga tuviera una lengua tan rápida. Mi mente se pregunta qué más puede hacer con ella.

No. No. Joder, no.

Me niego a pensar así de Mérida. Puede que sea hermosa, pero también es la mujer más difícil que he conocido.

Además, está el pequeño problema de que me odia. Lo único que tengo a mi favor es que desprecia más a su padre. Sé bien lo que se siente.

Cuando vuelvo a una habitación vacía, mi ritmo cardíaco se acelera. Cómo demonios ha podido irse sin que yo la viera?

—¡Joder! —Aplasto el vaso de café de papel en la mano, el líquido hirviendo me quema, pero apenas lo siento.

Estoy a medio paso de salir a buscarla cuando me llega su voz amortiguada.

—¿Por qué gritas?

Hago una pausa y por fin percibo el sonido del agua que sale del baño. Mierda, estoy perdiendo la concentración.

¿Cómo no lo noté el entrar? Ser consciente de lo que te rodea es una de las primeras habilidades clave que aprendí. Me ha salvado la vida en numerosas ocasiones, pero esta mañana voy por la vida como si estuviera en un maldito sueño.

Podría culpar a la falta de sueño que he tenido en las últimas 48 horas, o podría culpar a Mérida. Sí, eso suena mejor, vamos a culparla a ella.

—Nada —grito a través de la puerta cerrada—He derramado mi café—Porque por supuesto fue mi café el que he aplastado, no el de Mérida. Incluso eso me cabrea, a pesar de que lo de perder la chaveta no tiene nada que ver con ella.

Murmura algo sobre que soy un dramático y me alejo del baño, decidido a no pensar en ella bajo la ducha, con el agua goteando sobre su suave piel.

El sonido del agua corriendo suele ser relajante. ¿No es lo que la gente escucha en esas aplicaciones de mediación? Hoy parece cualquier cosa menos eso y no sé si tiene más que ver con la persona que está en la ducha o con la realidad de lo que estamos a punto de hacer.

Me paso las manos por la cara, como si eso fuera a borrar el profundo cansancio que siento. Puede que conducir toda la noche y la mayor parte del día de hoy sin más descanso que para repostar y mear no haya sido la forma ideal de llegar hasta aquí, pero no puedo alejarme más de Los Ángeles. Ya he estado fuera demasiado tiempo si los mensajes que llegan a mis móviles de prepago de parte de mi *capo de* mayor confianza, y la persona más cercana que tengo a un amigo, son algo a tener en cuenta.

Ezio: Está preguntando por ti.

Ezio: Sólo puedo cubrirte durante un tiempo.

Ezio. Cazzo, ¡contesta al maldito teléfono!

Es el único que tiene este número, mis otros móviles siguen en Los Ángeles. No podía correr el riesgo de que me siguieran hasta Mérida, sobre todo si no aceptaba volver conmigo.

Le envió un mensaje, diciéndole a Ezio que volveré hoy cuando se apaga la ducha. De algún modo, he vuelto a acercarme a la puerta del baño, como si me hubieran empujado hacia allí.

Me alejo antes de que Mérida salga y me acuse de ser un pervertido. Me siento en la cama antes de cambiar de idea y ponerme en pie, mirando de nuevo por la ventana.

Sé que no nos han seguido. He sido demasiado cuidadoso como para cometer tal error de novato. Atención al detalle, comprobar y volver a comprobar y tener un plan para cualquier eventualidad. Son habilidades que me han mantenido vivo desde que pasé a formar parte del negocio familiar.

—Sabes que es *más* sospechoso para cualquiera que te esté viendo que estés merodeando y espiando por las ventanas que si estuvieras tranquilo, ¿verdad? —Su voz está cerca, demasiado para no haberla oído abrir la puerta y caminar hacia mí.

Respiro antes de contestar. No tengo intención de hacerle saber que me ha sorprendido. No hay mucha gente que me sorprenda y me cabrea que ella lo haya conseguido. Es porque estás agotado, me digo.

—Perdóname si no sigo tu consejo sobre la mejor manera de permanecer fuera del radar. Refréscame la memoria, ¿no te pillaron hace poco? —Me doy la vuelta e inmediatamente deseo no haberlo hecho.

Mérida está de pie frente a mí, con el pelo hasta la barbilla oscuro y sin rastro de mechones azules, empapada y con una toalla fina atada alrededor del pecho que le llega hasta la parte superior de los muslos. Mis ojos se fijan en el moratón redondo que tiene en la pierna izquierda por la jeringuilla que le pinché.

—Los ojos aquí arriba, Angelo—Chasquea los dedos delante de mi cara y yo levanto la cabeza como si me hubieran pillado curioseando.

Tiene la cara rosada por la ducha y la piel dorada y brillante, lo que hace que sus ojos verdes sean aún más sorprendentes. Me doy cuenta de que tiene una marca roja en la mejilla, algo que había tapado con maquillaje la noche anterior, pero que ahora resalta con crudeza.

—¿Qué te ha pasado aquí? —Mi dedo recorre el exterior de la marca, sin detenerme a pensar siquiera en tocarla.

No oculta la mueca de dolor lo bastante rápido y no estoy seguro de si es el dolor o yo lo que la ha hecho encogerse.

—No es nada, un tío en la cafetería decidió que yo estaba en el menú. —Lo ignora como si

no fuera nada, pero veo que no ha superado la cosa tanto como finge haberlo echó.

—Te pegó.

—Apenas fue un golpe. La cosa se acabó tan rápido como empezó —Se encoge de hombros, haciendo que la toalla se deslice por su pecho y me recuerdo a mí mismo que se supone que no debo mirar más allá de su cuello.

—No debería haber hecho eso. —Porque ahora voy a tener que matarlo. Si yo hubiera ido a por ella antes, esto no habría pasado. Es mi culpa que esté herida—¿Estás bien?

—Estoy bien, Angelo. He pasado peores por cosas peores —dice con sencillez, pero sus palabras me dan ganas de echar fuego por la boca.

Las crisis, mejor de una en una.

—¿Por qué no te has puesto ropa?

—Mi ropa está asquerosa y supongo que no quieres que ese vestido de diseño se arrugue. Además, según mis cálculos, tenemos otras ocho o diez horas de viaje antes de llegar al viejo Golden State, así que... —Hace un gesto hacia su toalla, como si necesitara recordarme que es lo único que la cubre.

—No vamos en coche. Llegaremos en un par de horas.

Observo cómo su rostro cambia de lo que estoy descubriendo que es su característica expresión inexpresiva -cuando no quiere que nadie sepa lo que está pensando- a una mirada con la que estoy más que familiarizado.

—Tienes miedo.

Se le enciende la mirada, el fuego que había visto en ellos la noche anterior regresa.

—No soy idiota, así que, sí, tengo miedo. Cualquier persona cuerda lo tendría. El hecho de que tú no lo tengas me hace preocuparme aún más de estar con alguien que sufre una deficiencia mental.

La boquita de esta mujer. No recuerdo la última vez que alguien me habló con tan poca consideración. Ser el subjefe conlleva la lealtad inquebrantable de los *capos* que responden ante mí y mi reputación implica que la gente sabe que no debe tratarme con faltas de respeto.

—Nadie me habla así, *tesoro*. Y menos mi mujer —le advierto, dando un paso hacia delante, apiñando su cuerpo mucho más pequeño.

—Supongo que nadie me informó al respecto. —Se sacude el pelo de la cara y saltan gotas de agua. Una le cae en el hombro y veo cómo le resbala por la clavícula hasta el pecho hasta desaparecer bajo el nudo de la toalla—Y yo no soy tu mujer. Esto no es el siglo XVIII. Ya hemos hablado de que no te pegues maratones de *Outlander*, ¿no?.

Ladea la cabeza y me lanza una mirada a lo «pobre de ti», que probablemente haría que las pelotas de un hombre más cobarde se arrugasen y muriesen.

Nunca he sido de los que se retiran.

—¡Basta! —Golpeo con el puño la pared de al lado, sin sentir el impacto cuando el yeso se agrieta bajo mis nudillos.

He estado tan tenso desde que la atrapé que me siento bien desahogándome, sobre todo después de oír lo del gilipollas que le puso las manos encima. Si estuviera solo, le daría unos cuantos puñetazos decentes más a la pared para desahogarme.

Los ojos de Mérida se abren de par en par y hace todo lo posible por disimular el pequeño respingo que da ante mi arrebato, pero lo he visto. No se muestra tan impávida ante mí como pretende. Así que, como me han enseñado, como he hecho cientos de veces, me aprovecho de su miedo. Recorto la distancia que nos separa y me elevo sobre su baja estatura. No tengo reparos en usar mi tamaño para intimidarla. Es el tipo de *cazzo y* gilipollas que soy. Y me parece justo desconcertarla cuando ella ha hecho lo mismo conmigo.

—Ya basta —Mantengo la voz baja, inclinándome para que mis ojos se encuentren con los suyos—Me importa una mierda ofender tu puta sensibilidad de feminista. —Su mandíbula se tensa, pero no dice nada, lo que cuento como progreso—Así son las cosas en mi mundo, en el mundo en el *que te criaste*, por mucho que intentes fingir que estás por encima de todo. —Levanto la mano cuando intenta interrumpirme y, por algún milagro, se calla la boca—A los ojos de nuestras familias, *me* perteneces. Puede que no esté de acuerdo, pero la verdad es que no importa una mierda. Si esto va a funcionar, vas a tener que dejar de lado tus tonterías y jugar en serio al puto juego. Si no puedes dejar tu puto orgullo en un segundo plano, los dos estamos muertos. —Echa la cabeza hacia atrás como si la hubiera abofeteado. Un hombre mejor se detendría aquí, la consolaría, le aseguraría que todo va a ir bien. Yo no soy ese hombre—Así que, ¿qué va a ser? ¿Eres capaz de sacarte la cabeza del culo o no?

Se le sonroja la cara, supongo que de la ira, y sus labios de capullo de rosa se fruncen. Eso no debería hacerla más atractiva, pero hay algo inconfundiblemente seductor en una mujer dispuesta y capaz de mantenerse firme, por frustrante que sea.

—Sólo cuando estemos delante de otras personas. —Sus palabras salen entre dientes apretados—Si crees que voy a jugar el papel de tu mujercita cuando estemos solos, espera sentado.

Una parte de mí esperaba que esto se convirtiera en una pelea. Su rápida aquiescencia resulta desconcertante, aunque haya dejado claro sus límites.

—Y otra cosa —añade, sus ojos verdes se entrecierran en mi dirección. Allá vamos—Si quieres que esto funcione, vas a tener que mejorar en lo de ser una monada.

Una monada es como se describe a un cachorro o a un bebé babeante, no a alguien como yo.

—No te preocupes, *principessa*, cuando estemos en público, seré tan encantador que hasta tú te creerás que es real.

—Ya, yo no depositaría muchas esperanzas en eso —murmura.

—¿Y qué coño es eso? —Mis ojos se dirigen a su brazo, viendo el diseño que hasta ahora había estado cubierto por su chaqueta.

—Esto es lo que se conoce como un tatuaje, Angelo. —Adopta un tono de maestra de escuela que no debería hacer que mi polla se tensara, pero en esas estamos, joder—Algunas personas

también se refieren a ello como un «tatu» más coloquialmente.

Le lanzo mi mejor mirada fulminante, pero apenas parpadea.

—Un triángulo, un círculo, una cruz y un cuadrado. —Murmuro, mis dedos trazan las formas en su antebrazo, observando cómo su piel se pone de gallina bajo mi tacto—¿Tienes un tatuaje de la Playstation?

Se encoge de hombros, retira el brazo y lo sacude como si se le hubiera quedado dormido.

—Una vez *gamer*, siempre *gamer*.

Esta mujer. Un tatuaje y un piercing en el ombligo, es como si estuviera hecha para volverme loco.

—Está guay. —Asiento con la cabeza, como si le importara una mierda mi opinión—Aunque tendrás que cubrirlo. — Sus increíbles ojos se entrecierran—Las mujeres Russo no llevan tatuajes—Levanto las manos en un gesto de «no mates al mensajero».

—Bueno, pues esta sí. —Me bate las pestañas y me tiende la mano derecha—Mérida María Russo, encantada de conocerte—.

Podría discutir con ella por esto, pero no vale la pena. Ya hay suficientes cosas en las que vamos a discutir, puedo dejar pasar esta.

Juega a largo plazo, hermanito. Seb había estado hablando de nuestro padre, pero su sabiduría también servía para esta bala perdida.

—Da igual, si lo quieres, hay maquillaje en el cajón del baño—Ella levanta una ceja. Pero no voy a entrar en cómo llegó a eso ahí. No necesita saber que las mujeres de los burdeles que tanto desaprueba pueden ser de gran ayuda cuando necesitas maquillaje de emergencia—Debería ser suficiente por ahora. Y podemos pedir cualquier otra cosa que necesites cuando lleguemos a casa.

—Casa —dice la palabra como si fuera un concepto extraño—Estamos hablando de *tu* casa.

—Es privada y segura —le aseguro, incapaz de leer lo que sea que esté pensando—También hay lentillas en el baño, coinciden con tu último informe del oculista.

Mérida me mira sin pestañear.

—¿Desde cuándo sabes dónde estaba, Angelo? ¿Y acaso quiero saber cómo conseguiste mi información? —No hay ira en su voz, sólo curiosidad.

—Desde hace tiempo bastante y no, probablemente no —le digo, distraído por el zumbido de mi teléfono. El nombre de Ezio aparece en el identificador de llamadas—Tengo que contestar.

No quiero parecer despectivo, pero no tengo tiempo, paciencia ni práctica para suavizarle las cosas. Así que, me doy la vuelta y hago mi trabajo, convenciendo a Ezio de que no se asuste de que esté fuera de la red más tiempo del previsto.

—¿De verdad ha aceptado? —Su incredulidad es testimonio de la fe que tenía en que nada de esto funcionara.

—¿De verdad tenías tan poca fe en mí? —Abro el armario y saco el traje negro de Tom Ford que había dejado para ella como preparativos para hoy.

—Pensé que sería más lista y no se tragaría tus gilipolleces. —Se ríe.

—Tú te las tragaste —señalo.

—No tenía muchas más opciones, jefe —dice en voz baja, sin rastro de humor.

—Dijiste que querías sacar a tus hijos de esta vida, Ez —le recuerdo—Esta es la única manera.

Ezio es la única persona además de Mérida en quien he confiado este plan -o al menos la mayor parte de él- y eso sólo porque sé lo mucho que su familia significa para él. Haría cualquier cosa por ellos, incluso si eso significa traicionar a la *famiglia* a la que se incorporó hace casi 15 años, el mismo año en que mi hermano se convirtió en un hombre de la mafia hecho y derecho.

Después de que su joven esposa muriera asesinada por una bala perdida que iba dirigida a él, había apostado mi vida a que estaría dispuesto a aceptar la oferta del FBI de protección de testigos a cambio de testificar. No me había equivocado.

—¿Cómo está Giulia? —pregunto por mi seudosobrina favorita. La leucemia y el largo tratamiento al que se había sometido para recuperarse hacían que pasara la mayor parte del tiempo en cama o en silla de ruedas, pero seguía siendo la persona más positiva que he conocido.

—Está bien—La voz de Ezio se anima al hablar de su hija más pequeña de las tres—No hacía que mandaras ese montacargas para la piscina.

Me encojo de hombros aunque él no puede verme

—A la niña le encanta el agua. —No era justo que se viera obligada a sentarse a mirar cómo sus hermanos jugaban en la piscina familiar. Y no es que no pudiera permitírmelo. No era para tanto—¿Está todo listo para nuestra llegada? —pregunto, volviendo a lo que nos ocupa.

—Lo estará ahora que has cogido el puto teléfono —refunfuña Ezio, sonando más como mi madre que como el hombre letal que es.

—Bien. Quiero que hagas otro barrido de mi casa antes de que lleguemos—Me rasco la barbilla, pensando, asegurándome de que he tachado todo de la lista. Y maldita sea, tengo que afeitarme.

—Ya he hecho el barrido, jefe. Dos veces. Todo limpio.

—Bien, pues ahora hazlo otra vez —le ordeno.

Ezio logra contener un suspiro.

—Entendido, jefe.

—Reúnete con nosotros en el helipuerto junto con Stefano y tráeme un teléfono nuevo, voy a tirar este.

—Lo que necesites, jefe. ¿Quieres que le diga a tu padre que te espere?

Mi padre. Incluso pensar en él me hace rechinar los dientes. Cada vez me cuesta más estar cerca de él y fingir que no deseo que esté muerto.

Sólo un poco más, me digo. Sólo un poco más y todo habrá terminado.

—No, prefiero sorprenderle—A lo mejor tengo suerte y se sorprende tanto que le hace un favor al mundo y le da un infarto.

Ezio no hace más comentario que un silbido, pero el mensaje queda claro; mejor yo que él. Mi padre es aún más maniático del control que yo, y odiará no contar con toda la información, que le den noticias a ciegas igual que a los demás.

—Deshazte del teléfono, Ez y destruye la SIM —ladro por costumbre antes de despedirme.

—Ni que fuera primer día. —Capto el gruñido de Ezio, como el cabrón intratable que es, antes de terminar la llamada y pisotear el móvil con el talón, destrozándolo.

—¿Mala cobertura? —La voz de Mérida me hace girarme y cuando lo hago casi me trago mi propia lengua.

El vestido negro parece hecho a su medida, y agradezco en silencio al investigador privado lo meticuloso que ha sido en su informe. Lleva un maquillaje mínimo, pero lo que sea que se haya hecho ha logrado que sus ojos verdes se vean aún más llamativos. También se ha tapado la marca de la mejilla, de la que no parece haber quedado ni rastro. Pero yo sé que está ahí y ese conocimiento me acerca peligrosamente a volver a golpear algo.

Cuando no digo nada, Mérida cambia su peso de un pue a otro

—¿Cumplo tus expectativas?

Parpadeo para salir de mi estupor. Joder, es como si nunca hubiera visto a una mujer guapa. Contrólate, Russo.

Paso a una evaluación más clínica, del tipo que daría a mis *capos* o soldados porque eso es lo que Mérida es ahora. No es una enemiga, está claro que no es una amante, es un miembro de mi equipo y eso es todo.

Con esa ropa tan cara y el pelo brillante y suelto enmarcándole la cara, parece exactamente el tipo de chica que mi madre esperaría que trajera a casa para conocer a la familia.

—Servirá—Asiento con la cabeza y cierro la boca antes de decir nada más. La rodeo para recoger el resto de mis cosas y perderla de vista.

—Vaya, si no le bajas un par de marchas a los piropos podría desmayarme de tanta dulzura —murmura detrás de mí.

—Si buscas halagos, me has confundido con otro —le respondo refunfuñando, sonando como un gilipollas.

—¿Te refieres a alguien con la habilidad de interactuar como otro humano? Entendido. —Chasquea los dedos—. No volveré a cometer tal error.

Madre mía, joder, esta mujer es más ácida que un limón.

—Tardaré diez minutos —le digo, cerrando la puerta del baño entre nosotros, deseando que fuera mucho más fácil bloquearla de mi cerebro.

Cumplo mi promesa, me ducho, me afeito y me visto antes de que pasen los diez minutos. Cuando salgo de la intimidad del cuarto de baño, Mérida se encuentra de pie junto a la ventana, la luz del sol hace que su pelo parezca un halo, y tiene su taza de café en la mano.

—No deberías estar junto a la ventana—Mi voz es más gruñido de lo que pretendía, pero es la peor posición para ella, cualquiera podría dispararle desde ah.

—He vivido oculta durante 21 años —dice dulcemente—No voy a renunciar al sol.

Sus palabras me golpean como una bola de demolición.

—Deberíamos irnos, ¿no? —Por fin se gira para mirarme y noto el aprecio en sus ojos. Es un efecto que estoy acostumbrado a tener en las mujeres, lo que probablemente me hace parecer un gilipollas, pero es la verdad. Aun así, ver a Mérida responder a mí de esa manera me hace sentir como si midiera tres metros.

—Sí, sólo una última cosa. —Me meto la mano en el bolsillo y saco los objetos que he escondido—Toma.

Mérida mira mi palma abierta como si sostuviera una serpiente viva.

—¿Son lo que creo que son?

—Si crees que son un anillo de compromiso y una alianza, entonces sí. —Le enseño la sencilla alianza de oro que me he puesto en la otra mano—Es lo que llevan los casados.

—Soy consciente de lo que son —refunfuña, alargando la mano. No sé si duda porque no puede evitar tocarme cuando coge los anillos o por su significado.

La veo deslizarlos en su dedo anular sin analizar por qué siento una sensación de acierto al verlos ahí.

—Guau. —Sus ojos se abren de par en par cuando la esmeralda y los diamantes captan la luz —Son preciosos.

Me encojo de hombros como si no tuviera importancia, como si su aprobación no me aportara un extraño subidón de ego.

—Supongo que tampoco quiero saber cómo has conseguido mi talla de anillo.

—Correcto—La respuesta sólo le hará saber cuánto tiempo llevo vigilándola y algo me dice que no apreciará que me preocupe por ella. Su vena independiente lo tomaría como una especie de crítica hacia ella.

—Deberíamos irnos. —El tiempo vuela—Yo iré primero y te haré una señal para que me sigas. —Saco la pistola de mi pistolera, compruebo que haya una bala en la recámara y noto cómo los ojos de Mérida se detienen en ella—¿Qué?

—Nunca me han gustado mucho las armas—Se encoge de hombros.

—A mí tampoco, pero si alguien me dispara, prefiero poder devolverle el tiro.

Ella asiente lentamente, antes de mirar alrededor de la habitación.

—No vas a quemar este sitio cuando nos vayamos, ¿verdad? —pregunta un poco apenada.

—Eso es llamar demasiado la atención, incluso para mí —respondo, animado por la pequeña sonrisa que evocan mis palabras. Ya he pagado a un contacto para que limpie esta habitación y elimine cualquier rastro de nosotros.

Llegamos a la camioneta sin incidentes y Mérida está tranquila durante la mayor parte del viaje. El trayecto hasta el aeródromo solo debería durar una hora, pero cambio de dirección varias veces para despistar a posibles espías.

—Eres más paranoico que yo —dice Mérida tras un largo rato de silencio, dándose cuenta de

lo que he estado haciendo.

Es aguda, sobre todo para una mujer que nunca ha formado parte del cártel. Por todo lo que sé de ella, la habían mantenido apartada del negocio: el machismo está a la orden del día en los círculos en los que nos criamos.

Entonces, ¿de dónde salen sus habilidades? Si fuera otra persona, podría hacerle la pregunta. Pero no hace falta; no es que necesitemos conocernos más allá de lo necesario para engañar a nuestras familias. Cuanto más alejada pueda mantenerla, mejor. Al fin y al cabo, ya no somos amigos, como me ha recordado en repetidas ocasiones. Averiguar más sobre ella es un paso en la dirección equivocada y no tengo ningún interés en volver atrás.

—No es paranoia si te persiguen de verdad —bromeo a medias. El refrán se me escapa de la lengua y tardo un momento en darme cuenta de que Mérida me mira por primera vez desde que subimos al vehículo—¿Qué?

—Nada —frunce el ceño, como si algo no cuadrara en su cerebro, y rompe el contacto visual, girando rápidamente la cabeza para volver a mirar por la ventana.

El aeródromo aparece a la vista. Es pequeño, con sólo un par de hangares. No hay ningún nombre colgado en la entrada. La gente que lo conoce no necesita una señal que le diga que está en el lugar correcto.

—¿Qué es esto? —pregunta Mérida con el ceño fruncido mientras señala a través del parabrisas.

Me debato entre mentirle; siempre es mi primer instinto, seguro que un psiquiatra se lo pasaría en grande con eso. Pero, ¿qué sentido tendría? No es que vaya a denunciarnos a la policía, al menos no antes de tiempo.

—Es uno de nuestros centros de transporte —admito.

—Cuando dices 'nuestros' te refieres a los Russo —aclara lentamente, esperando mi asentimiento, antes de volver a mirar por la ventana—Por favor, dime que no 'transportas' —emplea las comillas al aire— gente aquí. No puedo quedarme de brazos cruzados si está ocurriendo tráfico de personas delante de mí.

Su voz se vuelve más agitada y el rubor vuelve a sus mejillas mientras habla. En los círculos normales, la integridad es algo por lo que hay que luchar, en nuestro mundo solo conseguirá que te maten, probablemente los que se supone que están de tu parte.

—Aquí sólo hay pilotos, seguridad y soldados que se ocupan de la carga y descarga del dinero —le aseguro.

Sus hombros caen y se relaja visiblemente. Su lenguaje corporal la delata; eso es algo que vamos a tener que arreglar si queremos vivir lo suficiente para llevar a cabo nuestro plan.

—Entonces, ¿son drogas?— —pregunta, con una pizca de juicio en su tono. Claramente se está conteniendo, lo cual supongo que debo agradecer. Mérida no suele ser muy dada a moderar sus emociones cuando está conmigo.

—Dinero en efectivo —corrijo—El aeródromo es lo suficientemente pequeño como para no

llamar demasiado la atención, pero lo suficientemente grande como para formar parte de la cadena de transporte del dinero que la Familia necesita blanquear en todo el país.

—Supongo que no es tan malo como podría —murmura para sí misma.

—Vas a tener que aparcar a un lado toda esa mierda tuya de superioridad moral. Sólo porque no se espere de ti que te involucres en los detalles de nuestra organización no significa que puedas menospreciarla. —Me irrita que actúe como si no viniera exactamente del mismo entorno que yo, que su padre no haya cometido los mismos o crímenes peores que nosotros—Puedes intentar fingir que no te beneficiaste del dinero que trajo el cártel por todos los medios, pero sólo te estarías mintiendo a ti misma.

—Me beneficié, tienes razón —dice en voz baja—Y es algo con lo que tengo que vivir cada día—Debería alegrarme que admita que tengo razón, pero la tristeza de su voz no me parece algo digno de celebración.

Suspiro, volviendo a los aspectos prácticos de lo que está a punto de suceder.

—Tan pronto como salgamos de este coche, empieza el juego. Los chicos de aquí son leales, pero siguen rindiendo cuentas a mi padre. Si nos ven actuar como algo distinto a una pareja, no tienen por qué guardárselo. Y algunos de ellos cotillean más que *las nonnas* italianas —le advierto—Va a tener que parecer que estamos juntos de verdad, que estamos acostumbrados a tocarnos, que *queremos* hacerlo.

—Eso ya lo has dicho—. El «no jodas» está implícito en su tono.

—Soy consciente. Pero quiero asegurarme de que realmente me has *escuchado*. Quizá deberíamos, no sé, ¿practicar? —Me estremezco por lo clínico que suena—Esta es la última vez que vamos a estar sin ojos sobre nosotros hasta que lleguemos a mi casa.

Los dedos de Mérida se retuercen sobre su regazo, el único signo externo de su agitación.

—No te va a pasar nada —le aseguro, y mi mano se mueve automáticamente para cubrir las suyas, más pequeñas.

Noto que todo su cuerpo se pone tenso y lo tomo como una señal para dejar de tocarla. Mi intención había sido consolarla, nada más, pero su postura rígida ha dejado claro que no es bienvenida.

Nos quedamos en silencio, la incomodidad hace que el aire en el coche se sienta espeso mientras busco donde aparcar.

—No deberías hacer promesas que no puedes cumplir, Ángelo —dice en voz baja y sin su mordacidad habitual. Sus ojos parecen no tener fin cuando se cruzan con los míos y todo lo que quiero es cambiar la tristeza que hay en ellos por el fuego al que me he acostumbrado—Pero vas bien encaminado con lo que has dicho. Tenemos que acostumbrarnos el uno al otro. —Sus manos vuelven a retorcerse en su regazo.

—No hay nada por lo que estar nerviosa. Son sólo negocios—Cuando me mira, no sé si estoy intentando tranquilizarla a ella o a mí mismo.

Suelta una carcajada, negando con la cabeza.

—. No te preocupes, Angelo. Haré todo lo posible por no enamorarme de ti.

Esta mujer esgrime el sarcasmo como un arma. Debería cabrearme, pero sus payasadas me divierten más de lo que me irritan. Probablemente sea un buen presagio, ya que vamos a pasar las próximas semanas muy cerca el uno del otro. Ayudará si no quiero gritarle al menos la mitad del tiempo y la otra mitad...

—Entonces, ¿nos besamos o algo? —Hace una mueca, con voz espesa por la impaciencia— ¿Podemos acabar de una vez con ello?

Mérida es la antítesis de todas las mujeres con las que he estado. Ellas se desvivían por mi atención, por cualquier tipo de intimidad física -que era el único tipo de intimidad que iban a obtener de mí-, pero Mérida lo trata como una visita al dentista; una tarea desagradable pero necesaria.

—En esto sí que no vamos contrarreloj, *tesoro*. Podemos tomarnos nuestro tiempo —le aseguro. Mi mano vuelve a cubrir la suya y las alianzas de nuestros dedos se alinean. Esta vez consigue no apartarse de mí, lo cual es una mejoría. Con la mano libre, le desabrocho el cinturón de seguridad mientras ella me mira con recelo—Vas a tener que acercarte un poco más —le explico.

Su respiración se entrecorta cuando me inclino hacia delante, coloco el cinturón de seguridad en su sitio y me sitúo encima de ella.

—Respira, Mérida —la animo, mientras mis ojos se deslizan desde los suyos hasta sus labios carnosos. Mi mano encuentra el camino hasta su mandíbula y me muevo despacio porque parece estar a un segundo de asustarse—¿Está bien así? —le pregunto, esperando a que asienta aturdida antes de permitir que mi pulgar acaricie su piel suave.

—Ahora voy a besarte. —Mantengo una voz calmada, tranquila y la atención completamente centrada en ella. No recuerdo la última vez que fui tan cuidadoso con una mujer, pero Mérida ya ha demostrado que es diferente de otras mujeres.

—De acuerdo. —Le tiembla el pulso en la base de la garganta y se inclina hacia mí, aparentemente sin darse cuenta de lo que hace.

Su vista se fija en mí cuando mis labios tocan los suyos y hay algo que hace que lo sienta mucho más íntimo que un simple beso. Se produce cierto momento de rigidez y veo que abre mucho los ojos antes de que su boca se ablande contra la mía y se abra a mí.

Sabe de puta madre y los ruiditos que hace sin darse cuenta son tan excitantes que me dan ganas de tragármelos. Su lengua se mueve contra la mía, primero con tiento y luego con más confianza, y tengo que contenerme para no empujar su cuerpo contra el mío, aunque es lo único que se me ocurre hacer. Sigue siendo una participante pasiva en este beso, sigue rehuyendo de la intimidad que vamos a necesitar para que la cosa parezca natural dentro de unas horas. Lo que ocurre a continuación es puramente por una cuestión de práctica, razono, eso es todo.

—Puede tocarme, *principessa*. —Y de verdad quiero que lo hagas, añado en silencio, porque no creo que esté preparada para oírlo, al menos no todavía.

Su mano se enreda en mi pelo y la otra se le une, al principio vacilante.

—Haz todo lo que quieras, Mérida —la animo, pronunciando las palabras contra su cuello mientras la respiro. Su aroma es embriagador y no me canso de él, de ella.

Es como si mis palabras hicieran clic en su cerebro y dejara de contenerse. Me tira del pelo y me levanta la cabeza para que mi boca vuelva a encontrarse con la suya. Y esta vez se deja llevar. Estoy dolorosamente duro y voy a tener que calmarme antes de que pueda pilotar el maldito helicóptero.

Así que, voy más despacio, no porque quiera -de hecho, es lo último que quiero-, sino porque si no paramos ahora hay un peligro muy real de que lleve las cosas demasiado lejos. El plan consiste en fingir intimidad, no en tenerla de verdad.

Mérida emite un pequeño sonido de protesta cuando por fin -con desgana- dejo de besarla y me acomodo de nuevo en mi asiento, poniendo algo de distancia entre nosotros. Tiene los labios rosados e hinchados, los ojos un poco aturdidos y me dan ganas de golpearme el pecho por haber sido yo quien le ha dado ese aspecto.

—Creo que resultará convincente—Intento acomodarme los pantalones sin llamar demasiado la atención sobre la erección.

—Mmmm, sí, convincente. —Su voz es ronca y se remueve en su asiento, evitando mirarme a los ojos. Aprieta las rodillas, haciéndome pensar en estar entre sus largas piernas, lo que no ayuda en absoluto a mi problema de erección.

—Puede que esto no sea tan difícil como pensaba —resopla Mérida con una risa, reacomodando su cabello tal y como estba antes de que le pasara mis dedos—Besas bastante bien, Angelo.

Lo mismo digo, *tesoro*. Lo mismo digo. Podría besarte todo el maldito día.

Pero no lo digo. En vez de eso, le contesto como un completo imbécil.

—Nunca he tenido ninguna queja—En cuanto las palabras salen de mi boca y el rostro de Mérida decae, desearía haber dicho otra cosa, *cualquier* otra cosa. Pero es más seguro así, manteniéndola a distancia. Pero no me detengo a pensar si es por su bien o por el mío.

—Claro. Bueno, supongo que no deberíamos hacer esperar al piloto.

—Mérida —la detengo mientras su mano se dirige a la puerta. Se vuelve para mirarme y veo que ha vuelto a levantar sus defensas. Durante unos breves minutos había tenido la sensación de que había conseguido crear algunas grietas, pero ahora las ha vuelto a apuntalar. Cualquier inclinación que pudiera haber tenido a ser más abierto con ella se esfuma y me recuerdo a mí mismo por qué estamos aquí, sentados en mi camioneta, en mitad de un aeródromo—Quería avisarte antes de que salgamos, para que no te sorprendas. Yo soy el piloto.

La expresión de Mérida no cambia.

—¿Podrías repetirlo? Me ha parecido que decías que vas a ser tú quien pilote el helicóptero.

Y ahí está, el susto -y la aprensión- que intentaba evitar que presenciaran mis hombres sobre el terreno.

—Tengo la licencia de piloto y todas las horas necesarias. Vuelo siempre que puedo. Como estamos casados, es algo que deberías saber de mí —señalo.

Se mordisquea el labio inferior y -ahora que sé a qué sabe- es aún más difícil evitar distraerse con ese simple gesto.

—¿Supongo que no hay forma de convencerte de traer a un piloto de helicóptero de verdad?.

Menos mal que tengo un ego bastante sólido, de lo contrario, esta mujer lo haría trizas en un santiamén.

—Soy un piloto de *verdad, principessa.* Y no, no me vas a convencer de que no vuele, lo he hecho cientos de veces.

—¿Y cuántas veces te has estrellado? —Juguetea con los anillos en su dedo, haciéndolos girar distraídamente. Es un buen movimiento, lo de atraer la atención sobre ellos, recordar a todo el mundo exactamente quiénes somos el uno para el otro, al menos en público.

—Nunca. —Ese aterrizaje tembloroso en el Valley no contaba, ¡esa tormenta había salido de la nada!

—¡Bueno, siempre hay una primera vez para todo! —refunfuña Mérida para sus adentros. Al menos esta conversación ha sido productiva en un sentido, aunque no haya curado de su alarma por volar conmigo, ha acabado con mi erección.

La cojo de la mano, queriendo, necesitando, calmarla antes de que salgamos del coche. No empiezo a hablar hasta que ella me mira.

—Como dije antes, Mérida, te mantendré a salvo. En cuanto salgamos de este coche, tú y yo sólo podemos confiar el uno en el otro.

Asiente una vez y es como si su columna vertebral se enderezara al incorporarse.

—Confiaré en que me cubras las espaldas y tú confiarás en que yo te cubra las tuyas. Somos socios—Me tiende la mano para que se la estreche. Parece demasiado formal, teniendo en cuenta que ahora conozco los ruidos que hace cuando se pone cachonda, pero es una forma más apropiada de sellar nuestra asociación que yo follándomela hasta que no pueda sentarse derecha.

—Socios —hago eco de sus palabras, estrechándole la mano y, en el fondo de mi mente, me pregunto si va a ser tan difícil a partir de ahora no besarla todo el puñetero tiempo.

CAPÍTULO
CATORCE

Mérida

—No deberíamos estar haciendo esto. —Las palabras salen de mi boca, pero son para mí misma, no para él.

—Tienes razón, deberíamos parar. —Me muerde el lóbulo de la oreja, un punto que no me había dado cuenta de que era sensible hasta ahora, y el calor se despliega en mi bajo vientre.

—No. —Mi protesta es más bien un gemido mientras me besa el cuello—No pares.

Deseo esto. Lo deseo tanto que siento que voy a explotar antes de que me haya tocado.

Se aparta lo suficiente para mirarme. Sigue llenando mi campo de visión y el hombre es todo un espectáculo para la vista, con su pelo oscuro despeinado y sus ojos intensos, es sexy como el pecado. Y estoy segura de que él lo sabe.

—Dime lo que quieres. —Hay un tono mandón en su voz que normalmente me haría morderle, pero así, con él abrazándome, me dan ganas de lamerle todo el cuerpo.

—Te quiero a ti —murmuro, sintiendo cómo se inflaman mis mejillas al ser tan franca sobre mis deseos.

—¿Quieres que yo te haga qué? —pregunta con una sonrisa lenta que lo hace aún más irresistible.

Muevo las caderas, intentando aliviar las palpitaciones entre las piernas. Como si percibiera mi necesidad, su mano desciende por mi cuerpo, rozando el oleaje de mis pechos, mi cintura y posándose en mi cadera. No deja de besarme, de devorarme, y nunca había deseado tanto ser consumida. Me inclino hacia sus caricias, necesitándolo, deseando que su mano descienda aún más.

—Por favor.

—¿Por favor qué, *tesoro*? —Angelo habla contra mi boca antes de morderme el labio inferior, enviando otra oleada de calor entre mis piernas.

Ya estoy tan mojada que podría correrme sólo con que me bese, pero quiero más, mucho

más.

—Por favor, fóllame.

Mis palabras son como una chispa y, en un instante, sus manos me aprietan las caderas y me levanta por encima de la consola central de su camioneta, como si no pesara nada y me acomoda sobre su regazo. Lo miro, con sus ojos oscuros entrecerrados por el deseo, y me siento como una diosa del sexo al ser capaz de excitarlo tanto. Ni siquiera me importa que haya gente fuera del coche que pueda vernos, me siento demasiado bien como para parar.

Con una mano, tira de mi cabeza hacia abajo para que nuestros labios se encuentren y nuestras lenguas se enreden. Llevo las palmas de las manos a sus hombros, sintiendo la fuerza enroscada bajo ellas. Huele tan bien, a especias, a humo, a hombre, que no puedo saciarme de él. Me retuerzo en su regazo, girando las caderas y sintiendo su dureza debajo de mí. Me recorre con los dedos los muslos por donde se me ha subido el vestido y me toca las bragas. Me retuerzo contra su mano, necesitando más fricción.

—Angelo, tócame.

Su sonrisa es lobuna.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —En unos instantes, ha apartado mis bragas a un lado y su mano se encuentra donde más la necesito.

Me muerdo el labio, intentando contener un gemido al sentirle acariciar mis pliegues, pero me resulta imposible. El sonido sale de mí, imposible de controlar.

—Déjalo salir, *tesoro*. —El pulgar de Ángelo encuentra el nudo de terminaciones nerviosas entre mis muslos y lo rodea, haciéndome gritar—Eso es, *Mérida*, quiero oírte.

—Qué bueno—Estoy jadeando ahora, como una especie de animal enloquecido por el sexo, con los ojos cerrados y entregándome sólo a *sentir*.

—Mírame. —La mano libre de Angelo se mueve hacia mi cara y mis ojos se abren como respuesta—Quiero ver tu cara cuando te corras.

Mi instinto es esconder la cara, avergonzarme de lo descontrolada que me siento, pero hay una intensidad en el rostro de Angelo que no me permite apartar la mirada. Sus ojos están entrecerrados, oscurecidos por el deseo, y hay un rubor en sus mejillas que estoy segura que se refleja en las mías. Está tan metido en esto, en nosotros, como yo.

—Estás muy mojada, *principessa*. Me estás empapando los dedos —gruñe.

Nunca pensé que me gustarían los comentarios obscennos, pero resulta que, con la voz ronca de Angelo y sus dedos hábiles, es una combinación ganadora. Estoy tan caliente que siento que podría combustionar aquí mismo.

Me susurra todo lo que quiere hacerme mientras me acaricia entre los muslos, encontrando el punto que me hace gemir.

—¿Y tú? —Apenas lo he tocado, y puedo sentir lo duro que está contra mis muslos.

—Esto no se trata de mí, *principessa*. Deja que me ocupe de ti. — No puedo hacer nada más que obedecer, mi orgasmo está a punto de llegar.

—Estoy cerca. —Me precipito hacia el borde a toda velocidad.

—Mírame, Mérida.

Me aprieta el muslo con una mano mientras me masturba con la otra y, cuando nuestras miradas se cruzan, siento que esto es algo más que sexo. La forma en que me mira, lo que siento, es casi abrumador, lo consume todo.

—Despierta. —Su boca se mueve, pero las palabras no tienen sentido. Estoy despierta, joder, estoy tan despierta que todas mis terminaciones nerviosas se iluminan como el Rockerfeller Center en Navidad—. Es hora de despertar, Mérida. —La voz de Angelo suena como si viniera de muy lejos, no del hombre sobre el que estoy despatarrada. Su mano se dirige a mi hombro y me sacude, haciendo desaparecer todo el cuadro.

Mis ojos se abren de golpe y descubro que ya no estamos en Kansas. El coche de Angelo se ha visto sustituido por el interior del helicóptero.

—¿Qué...? —Mi cerebro lucha por ponerse al día.

Parpadeo, las lentillas con las que he dormido me irritan los ojos. Ha sido un sueño. No ha sido real. Me alivia saberlo, pero también me preocupa. Acabo de tener un puñetero sueño *erótico* con Angelo. Aún puedo sentirlo entre mis muslos y la sensación de estar a punto de alcanzar el orgasmo me tiene descolocada. Con el clítoris no se bromea.

—Aterrizaremos en un minuto —dice Ángelo con la misma voz ronca que en mi cabeza, y siento que se me calientan los oídos mientras me pego a la ventanilla para no tener que mirarle, como si pudiera leer en mi cara lo que estuve soñando.

No analizo por qué me siento tan segura cerca de Angelo como para quedarme dormida a la mínima.

—Gracias por despertarme. Conocer a tus padres con la baba corriéndome por la barbilla no formaba parte de mi estrategia para conquistarlos —balbuceo, limpiándome subrepticiamente los labios con el dorso de la mano. Deja de hablar, Mer.

—Te perdiste la mayor parte del vuelo.

No lo había planeado, pero en lo que a mí respecta, ha sido un buen resultado, aparte de la persistente sensación de pesadez entre mis muslos. No estoy segura de haber superado la sorpresa de que Angelo sepa pilotar un helicóptero y, a mi entender, lo haga con confianza.

—Me alegra ver que no nos has estrellado contra suelo en mitad una bola de fuego. —Es lo más cerca que estaré de felicitarle por sus habilidades de vuelo en esta vida.

—Eso pasó sólo una vez, Mérida.

—¿Qué? —Giro la cabeza para ver su cara sonriente—Divertidísimo. Muy gracioso. —Pongo los ojos en blanco—¿Podemos dejar el resto del show de comedia para cuando estemos en tierra firme, por favor?

—Tus deseos son órdenes, *principessa*. —Su voz grave me recuerda al sueño. Esto resultaría mucho más fácil si no fuera tan sexy en la vida real. Muy bien, piensa en cosas poco sexis, Mer. De acuerdo. ¿Qué te parece el hecho de que estamos a punto de encontrarnos cara a cara con los

padres de Angelo y vamos a tener que ser convincentes como marido y mujer desde el principio? No hay un calentamiento, no hay oportunidad de repetirlo. Tenemos que hacerlo bien a la primera, de lo contrario... Ni siquiera vale la pena pensarlo.

—¿Has dicho que ya casi hemos llegado? —pregunto, intentando mirar hacia delante y no hacia el suelo.

—En realidad, ya estamos aquí —Juguetea con algo en el salpicadero, ¿así es como se llama en un helicóptero?, y mueve lo que parece un freno de mano, haciéndonos descender. El descenso es suave, pero me hace agarrarme a los reposabrazos.

—¿Dónde es aquí?

—Allí. —Angelo señala hacia abajo y yo sigo su dirección, entrecerrando los ojos, viendo un par de enormes edificios rodeados de tierra y una H en el suelo.

—¿Vamos a aterrizar en el césped de tus padres?

—En el helipuerto, pero sí —lo dice como si fuera algo completamente normal. Quizá lo sea para él. Los helicópteros no son algo con lo que yo me haya criado, mi padre tenía miedo a volar, no es que lo admitiera. Fue mi *abuela* quien me confió el secreto. Una vez le había tomado el pelo a mi padre. Nunca había vuelto a cometer ese error. Me toco la cicatriz de la quemadura en la parte inferior de la muñeca. Ahora es tan tenue que apenas se nota, pero sé que está ahí.

Nos dirigimos hacia la pista de aterrizaje y regulo la respiración, tratando de reducir algunos de los nervios que revolotean en mi estómago, no sólo por el vuelo, sino también en previsión de todo lo que está por venir. Hoy iba a ver a mi padre en algún momento, después de 500 días de ausencia. La teoría había parecido menos aterradora cuando estábamos a cientos de kilómetros, en un estado diferente. Ahora, cuando lo teórico está a punto de ponerse a prueba, de repente me cuesta tomar una bocanada de aire completa.

Ya estamos lo bastante cerca como para ver a dos figuras de pie junto a la pista de aterrizaje, son hombres, creo, ambos con trajes negros, la firma de los Russo.

—Ezio y Stefano —me informa Angelo, mientras planea sobre el centro del diseño de la H en el suelo, posándonos tan ligeramente que apenas lo noto—Ezio es mi *capo de* mayor confianza y Stefano será tu guardaespaldas.

Estoy a punto de decirle que no necesito guardaespaldas, pero sería una discusión inútil. Ambos sabemos cómo funcionan las cosas en este mundo. Alguien del estatus de Angelo no tendría a su esposa paseándose por la ciudad sin compañía. Todavía me cuesta creer que haya vuelto a la vida de la que hui. Pero es demasiado tarde para cuestionarme si tomé la decisión correcta. Ese barco zarpó antes de que subiéramos al helicóptero. Le di a Angelo mi palabra de que seguiría adelante y, a diferencia de él, una promesa significa algo para mí.

Pulsa un botón y las aspas sobre nosotros empiezan a ralentizarse.

Me quito los auriculares, me sacudo el pelo y me aliso el vestido, esperando seguir presentable después del vuelo... y de la siesta.

La mano grande de Angelo cubre las mías pequeñas que tengo sobre el regazo y se inclina

hacia mí. A cualquiera de fuera le parecería que está siendo cariñoso con su nueva esposa, pero yo sé que lo está haciendo porque desde este ángulo no se pueden leer sus labios. *Capo de* máxima confianza, y una mierda.

—¿Estás lista?

La calidez en sus ojos me hace querer confiar en él con muchas ansias. Pero así es cómo acabas decepcionándote, lo sé demasiado bien.

Le miro directamente, infundiendo confianza a mis palabras.

—Nací preparada.

Angelo se echa un poco hacia atrás y levanta una ceja, mirándome. Sí, eso ha sonado tan patético a mis oídos como a los suyos.

—¿De verdad acabas de decir eso? —Parece que intenta ahogar una risita. Qué borde.

Levanto un hombro medio encogiéndome de hombros.

—Me pareció apropiado. No te metas conmigo.

—Creo que eres la única persona que podría hacerme reír en esta situación. —Angelo niega con la cabeza, pero hay algo en su tono que suena casi a admiración.

—¿Eso era una risa? Creía que te habías tragado una bola de pelo —le contesto con indiferencia, como si hacerle reír no fuera como un regalo.

Suspira profundamente y me lanza una mirada de advertencia.

—Ya sé, me comportaré lo mejor que pueda —le prometo, con las manos en alto—Sólo necesitaba desahogarme con ese último comentario—Sacudo los brazos como si fuera a batear—De acuerdo, estoy bien.

Al menos todo lo bien que voy a estar. ¿Recordaré cómo integrarme en este mundo? ¿O verán los padres de Angelo y todos los demás de su organización a través de mí, a la persona que no tiene ningún interés en formar parte de su familia ni de su negocio ni de *nada* que tenga que ver con ellos?

No dejo que Angelo vea mi ansiedad. No tiene sentido compartir ese tipo de pensamientos con él. No sólo no puede hacer nada por lo que siento, sino que le pondría nervioso, si es que es capaz de ser algo más que un tío tranquilo que tiene el control. Somos socios en esto y nadie quiere tener que lidiar con un socio que no puede evitar que se le vaya la olla.

—Estás mejor que bien, Mérida—Me aprieta la mano antes de soltarla rápidamente—Prepárate.

Sale de la máquina infernal, coge su traje de chaqueta de donde la había escondido y cuando me abre la puerta parece exactamente lo que es: el jefe, o al menos el subjefe.

Ni siquiera ha saludado a los otros hombres que siguen esperándonos pacientemente al borde del helipuerto. Angelo me tiende la mano y, al tocarnos, una fisión de electricidad recorre mi brazo. Por el infinitesimal ensanchamiento de los melancólicos ojos de Angelo, me pregunto si él también lo siente.

Cuando me da la vuelta a la mano y me besa la muñeca, no tengo que fingir el escalofrío que

siento ante él, ante su cercanía. Al menos esta parte de nuestra relación será fácil de simular.

Mis piernas sólo se tambalean un poco cuando vuelvo a pisar tierra firme y Angelo me sostiene, rodeándome la cintura con un brazo como si fuera lo más natural del mundo, porque lo es. Al fin y al cabo, estamos casados.

—Mérida, te presento a mi buen amigo y colega Ezio —Angelo hace un gesto hacia el hombre mayor que supongo rondaría los treinta años, guapo y alto con una expresión seria en el rostro—Ezio, esta es mi mujer.

—*Piacere di conoscerti* —Ezio hace una leve reverencia cuando me dispongo a estrecharle la mano, antes de recordar que no le está permitido tocarme, a menos que me esté salvando de una muerte segura. Angelo me había informado antes de esa norma y me cabrea haberme equivocado.

—Encantada de conocerte. —Asiento con la cabeza, esperando que Ezio no se haya dado cuenta de mi paso en falso. Por la mirada de desaprobación que me dirige con el ceño fruncido, no voy a tener mucha suerte en ese aspecto.

—Y Stefano se encargará de tu protección personal—Angelo hace un gesto hacia el hombre más joven, que parece tener más o menos mi edad.

—A su servicio, Signora Russo. —Stefano me dedica una reverencia también, pero hay cierta mirada de picardía en su expresión cuando se endereza—Y si te cansas del alto, moreno y aburrido de aquí... _Señala con el pulgar a Angelo y, al mismo tiempo, saca una rosa roja de la nada y me la ofrece. Ezio le pega un puñetazo en la nuca, como se hace con un hermano pequeño molesto.

—Termina esa frase, *testa di cazzo*, y estarás recogiendo los dientes del suelo. —El tono de Angelo es suave cuando se dirige a mi nuevo guardaespaldas, pero no puedo dejar de notar cómo su mano sobre mí se tensa.

—Vaya, tenías más sentido del humor antes de casarte. —Stefano se frota la nuca y mira a Ezio con el ceño fruncido.

No puedo evitar sonreír y Stefano capta mi reacción y me guiña un ojo. Ah, así que le gusta presionar los botones de Angelo.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, Stefano.

Angelo se pellizca teatralmente el puente de la nariz.

—¿Por qué siento que eso no es algo bueno?

Me limito a sonreírle. Ezio mira entre los dos como si intentara medir algo. ¿Sospecha algo?

—Tus padres te esperan en la terraza, jefe. —Ezio le da a Angelo algo que se mete en el bolsillo—Y el otro asunto ya está solucionado.

Tengo muchas ganas de preguntarle a Angelo qué demonios significa eso, pero consigo contener mis preguntas. Tendrán que esperar a que estemos solos.

—Os veré a los dos después. No os vayáis lejos —les ordena Angelo con la facilidad de quien está acostumbrado a mandar. Desafortunadamente para mí, me resulta sexy como el

infierno.

—¿Todo bien? —pregunta Angelo en cuanto los hombres se han fundido como ninjas trajeados.

—No creo que le caiga muy bien a Ezio —le digo en voz baja.

—A Ezio no le cae bien nadie —Angelo inclina la cabeza para susurrarme contra el pelo. Sus labios me rozan la oreja, haciéndome jadear, y Angelo me aprieta la cintura, estrechándome aún más contra él—Prepárate —murmura, y mi cabeza se aparta de él y se dirige hacia las dos personas que están en la terraza de la mansión Russo.

La mujer que reconozco como la madre de Angelo es la primera en llamar mi atención. No veo ningún signo de una mujer que «no sea ella misma», como la había descrito Angelo. Es tan impresionante que es difícil mirar a otro sitio que no sea a ella.

Sofia Russo es la viva imagen de la elegancia, su cabello oscuro con mechas grises no hace sino darle un aspecto más distinguido. Parece una estrella de cine. El vestido burdeos, que, sin duda, ha sido confeccionado para ella, resalta los tonos rojos de su pelo. De repente, le estoy muy agradecida a Angelo por insistir en que me deshaga de mis vaqueros raídos y mis zapatillas.

Su padre, por su parte, aunque es un hombre mayor y atractivo, no tiene nada de la calidez que irradia su esposa. Lleva unos pantalones chinos y camisa, y parece más un corredor de bolsa fuera de servicio que el jefe de la familia mafiosa más poderosa de la costa oeste, puede que incluso de todo el país.

He oído todos los rumores sobre este hombre; se convirtió en el jefe de la mafia por ser más listo, astuto y violento que cualquiera de los otros candidatos. Tiene tanta sangre en las manos como mi propio padre, un hecho que a ninguno de los dos les entusiasma. Ambos están acostumbrados a ser los perros más grandes del patio.

—*Padre.* —La rigidez del cuerpo de Angelo se corresponde con su tono. Si quiere que su padre piense que es un hijo cariñoso y no uno que trama su muerte inminente, tendrá que hacerlo mejor.

Dicho esto, su padre no parece darse cuenta, o tal vez simplemente no le importa.

—Angelo. —Arturo Russo no hace ningún movimiento hacia su hijo y apenas mira en mi dirección, mientras que los ojos de la madre de Angelo se posan entre su hijo y yo, sin duda observando cómo nuestros costados están pegados y su mano se posa con propiedad en mi cadera, como si le perteneciera.

—Madre. —Cuando Angelo se dirige a su madre, hay una suavidad en su voz que no había oído antes y su evidente afecto por ella me toca la fibra sensible.

¿Sonaría yo así al hablar con mi madre si ésta aún viviera?

—Me alegro de verte, *vita mia*. —Se retuerce un poco las manos y me pregunto si se está absteniendo de extender la mano para tocar a su hijo.

No hay abrazo entre padres e hijo. Aunque no sé por qué esperaba uno, mi padre no me abraza desde que tenía edad para atarme los cordones de los zapatos.

—¿Quién es? —Arturo me señala con la mano que sostiene un vaso de algo más fuerte que el zumo de manzana. La mueca de su boca me dice sin ambages que soy una invitada no deseada.

—Sí, Angelo, ¿a quién has traído de visita? —*Dios bendita* madre de Angelo, que interviene para suavizar las asperezas de su marido como si fuera algo natural. Probablemente lo es, ella es el azúcar de su amargura.

Estoy a punto de contestar yo misma, pero Angelo vuelve a hacer su truco de darme un apretón, presumiblemente para decirme que él se encarga. Por lo visto, nos comunicamos exclusivamente mediante el tacto. Eso debería molestarme más de lo que lo hace.

—Me gustaría presentaros a ambos a mi esposa, Mérida Russo, antes *García*. —Planto una sonrisa en mi cara que espero que parezca más genuina de lo que a mí me parece.

—Encantada de conoceros a los dos. *Piacere*. —Sonrío ampliamente, esperando que sea suficiente para cubrir cualquier error de pronunciación que haya podido cometer.

Durante un largo momento, nadie dice nada, pero hay una clara sensación de que se avecina una tormenta.

—¡Bueno, esto es maravilloso! —La madre de Ángelo aplaude—Maravillosa noticia, ¿verdad, Arturo? Nuestro hijo, ¡casado y con una novia tan guapa! —Podría besarla por intentar romper la tensión de la habitación.

Arturo parece que está masticando clavos.

—¿Cuándo ocurrió esto? Creía que la niña García había abandonado la familia. —No se ha dirigido a mí, pero mi columna se endereza ante sus palabras.

—La niña García tiene nombre y es mi mujer, así que se le tendrá el respeto que se merece. —La voz de Angelo no admite ningún tipo de discusión. No necesito que me defienda, pero me hace sentir bien—Mérida *Russo* — enfatiza el vínculo familiar, —y yo volvimos a ponernos en contacto hace poco. —Me mira y hay ternura en su expresión que amenaza con derretirme por dentro—. En cuanto la volví a ver, supe que no podía dejarla marchar.

Angelo es lo suficientemente encantador como para engañarme, sus padres no tienen ninguna oportunidad.

—Bueno, pero qué encantador. —Siento la atención de Angelo sobre mí y me aseguro de mirar con adoración a Angelo—¿No es encantador, *Caro*? —Se vuelve hacia su marido, pero si está esperando una reacción positiva me parece que ya puede esperar sentada. Al menos, si yo no intervengo.

—Sé que todo esto debe de ser un poco chocante —empiezo y, por primera vez, Arturo me mira fijamente. Agradezco el calor del cuerpo de Angelo contra el mío, porque la frialdad de los ojos de su padre es suficiente para congelar el Pacífico—A nosotros también nos lo pareció. —Levanto la mirada hacia Ángelo, su sólida presencia me tranquiliza mientras repaso la historia que habíamos acordado—Pero tú y mi padre visteis algo que nosotros no vimos. Ambos tuvisteis la previsión de saber que haríamos buena pareja cuando organizasteis nuestro compromiso.

—Un compromiso del que renegaste —interrumpe Arturo.

—En realidad, eso no es cierto —le suelta Ángelo a su padre, y yo me inclino ligeramente hacia él para indicarle que baje un poco la voz—Mérida se puso en contacto conmigo antes de salir de viaje y me dijo que necesitaba más tiempo. Sabía que cuando estuviera lista, se pondría en contacto conmigo. Y así fue.

Dios, la forma en que me mira haría pensar a cualquiera que realmente está tan enamorado de mí como finge estarlo. Pensaba que era un buen actor, pero resulta que Angelo es digno de Hollywood. Aun así, no estoy convencida de que Arturo se lo crea.

—Cuando desapareció, no nos mencionaste eso.

Reprimo mi irritación porque hablen de mí como si no estuviera presente.

—Ya te dije que no me interesaba comprometerme con nadie más —replica Angelo, encogiéndose de hombros.

—Eso no es lo mismo... —Los ojos de Arturo brillan con fastidio.

—Pero al final todo ha salido bien. —Sofía Russo interrumpe a su marido y, por la cara de asombro que pone, me da la impresión de que no es algo habitual—Os habéis encontrado el uno al otro. —Parece tan feliz que la culpa por haberle mentido burbujea en mi pecho.

—Así es y me siento muy afortunada. —Sonrío a Angelo y veo cómo sus ojos se abren por un momento antes de ablandarse.

—Yo soy el afortunado, *principessa*. —Sonríe, besándome la punta de la nariz.

Me he dado cuenta de que el apodo que me ha puesto ya no me irrita, sobre todo cuando me mira así cuando me lo dice.

—¿Y tu padre lo sabe? —La voz ronca de Arturo interrumpe mi ensoñación sobre su hijo. Es una buena sacudida para volver a la realidad. Se supone que sólo estoy fingiendo estar enamorada de Angelo.

—Por supuesto. —Sonrío ampliamente. Mentir es una habilidad y aprendí de los mejores—Angelo le pidió su bendición antes de darme el anillo de su *nonna*. —Muevo el dedo para que el anillo de esmeraldas y diamantes -la joya más increíble que he visto nunca- brille bajo el sol del mediodía.

—Oh, Angelo. —Su madre se pone la mano sobre el corazón y noto que sus ojos se han puesto llorosos.

Por favor, no llores. Por favor, no llores. Después de todo lo que esta mujer ha pasado, perdiendo a su hijo, no quiero ser la causa de sus lágrimas, aunque sean lágrimas de felicidad.

—No dije que sí de inmediato, por supuesto. —Intento suavizar el tono—Tuve que hacerle currárselo un poco. —Le doy un codazo juguetón y me recompensa con su suave sonrisa, que me recuerda al chico que tanto me gustaba cuando era niña.

Cuidado, Mérida, no olvides que ya no es esa persona. La parte racional de mi cerebro no deja de sonar como la maldita entrometida que es, pero cada vez me cuesta más verlo como ese cabrón unidimensional que me había pintado tras la muerte de Diego, sobre todo cuando no deja de mostrándome facetas diferentes cada vez que estamos juntos. Sentirme atraída por Angelo no

estaba en mis planes, pero no puedo fingir que no está sucediendo poco a poco y a la vez de golpe.

CAPÍTULO
QUINCE

Angelo

Observo a Mérida camelarse a mis padres con asombro. Es una buena actriz. Es como si entrara en la habitación y pasara de la mujer difícil y testaruda que no soporta verme a transformarse en la imagen de lo que mi familia esperaría que fuera mi prometida: dócil, dulce, guapa y enamorada de mí.

Los tiene comiendo de la palma de su mano... bueno, a mi madre al menos, mi padre es más difícil de leer, pero ni siquiera él parece inmune a su encanto. No había visto a mi madre tan absorbida por el presente desde antes de la muerte de Seb. Debe de estar teniendo un buen día, se ha tomado sus medicinas. Pero estoy seguro de que la presencia de Mérida tiene algo que ver. Mi madre siempre quiso que Sebastian y yo encontráramos a alguien con quien compartir nuestras vidas y, a sus ojos, Mérida es la consumación de ese deseo.

Hablando de deseo, las miradas de adoración que me lanza Mérida serían lo bastante convincentes hasta para mí, si no supiera que sólo es capaz de estar en mi presencia sin intentar darme una patada en los huevos por el bien de su futura libertad.

Me aprieta la mano y abre ligeramente los ojos cuando veo que me he perdido el último minuto de conversación.

—Por supuesto, será un honor que nos organices una fiesta de boda. —Sonríe cariñosamente a mi madre y algo se me retuerce en el pecho al verlas juntas, a las dos únicas mujeres que me han importado de verdad. Entonces, sus palabras se materializan. ¿Una fiesta? Por el amor de Dios.

—Pero no es necesario, *madre*, seguro que tienes otras cosas que hacer. —Y un millón de otras cosas *que yo* preferiría estar haciendo.

—No hay nada más importante que celebrar la boda de mi hijo. —El tono de mi madre es admonitorio. Y parece tan condenadamente feliz ante la idea que sé que no puedo negarme.

Miro a Mérida con el rabillo del ojo y ella me hace un pequeño gesto con la cabeza.

—Muy bien, entonces —concedo y mi madre aplaude como una niña. Es lo más feliz que la he visto en mucho tiempo, casi lo suficiente para atenuar la desaprobación que emana de mi padre.

—Ahora que hemos aclarado esto, podemos pasar a asuntos más serios. —Mi padre golpea la mesa con la mano como si pidiera otra carta al croupier de blackjack—Angelo, hay algunas cosas que tenemos que discutir.

—Estoy seguro de que cualquier cosa puede esperar hasta más tarde, *padre*. Ezio me ha mantenido al corriente —le aseguro, notando cómo entrecierra los ojos.

Realmente no le gusta que haya estado en contacto con mi segundo al mando, pero no con mi propio padre. Bueno, menuda mierda ser tú, viejo.

—*Ezio* no está al tanto de todo, como bien sabes —casi escupe.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a retroceder, a ceder ante el otro.

—Llevamos despiertos desde muy temprano —dice Mérida.

—Claro, ebéis de estar cansados. —Mi madre se agarra a la indirecta que ha lanzado mi esposa falsa.

Noto el leve suspiro de alivio que emite Mérida.

—Estaría bien poder asearse un poco después de viajar. —Y descansar de esta primera prueba.

—¿Está abierta la casa de huéspedes? —pregunto.

Mi madre hace un ademán con la mano.

— Sabes que sí, siempre está ahí para cuando lo necesites, Angelo.

—*Grazie, madre*. —Si mi padre no estuviera aquí, besaría a mi madre en la mejilla , pero él no aprueba ninguna muestra de afecto, ni siquiera dentro de su propia familia. Es una de las muchas cosas que lo convierten en un capullo insoportable.

Me pongo en pie, arrastrando a Mérida conmigo.

—Hablaremos, Angelo. —Mi padre se las arregla para hacer que una conversación suene como una amenaza.

—*Sí, padre*—Inclino la cabeza hacia él, acomodando mis facciones en una aproximación de deferencia aunque me rechinen los dientes—Pero antes tengo que ocuparme de algunos asuntos, como visitar al señor García. —La mano de Mérida se afloja al oír el nombre de su padre, aunque sé que no le sorprende.

Algunas nubes de tempestad abandonan el semblante de mi padre mientras procesa esta información y la importancia de mantener a Miguel García de nuestro lado. Puede que sean enemigos, pero incluso la pretensión de unir a las dos familias es poderosa.

—Muy bien.

Proclama su aprobación como si me importara una mierda, antes de regresar a la casa sin echar una mirada atrás.

Mi madre se queda de pie, nerviosa.

—De verdad que está feliz de verte, de veros a los dos.

Nos abraza a Mérida y a mí con una sonrisa trémula antes de que mi padre grite su nombre desde el interior y ella corra tras él, sin duda dispuesta a pagar por la forma en que le había interrumpido antes.

Doy un paso hacia la casa, antes de obligarme a detenerme. La última vez que intenté interponerme entre ellos y su jodida relación, mi madre me había dicho -en términos inequívocos- que no me metiera.

—¿Angelo? —La mano de Mérida sigue en la mía y su peso tiene algo tranquilizador. Cuando me giro para mirarla, su expresión muestra una comprensión que no esperaba.

—Tu madre es encantadora —dice, sonriendo dulcemente y, aunque sé que probablemente es para los ojos de quien nos mire, se lo agradezco igualmente.

—Creo que se puede decir que el sentimiento es mutuo. —Le sonrío, señalando con la cabeza hacia la casa de huéspedes—¿Vamos?

Espero a que asienta con la cabeza antes de guiarla escaleras abajo y a través del jardín, que han diseñado para que cada hierba esté en su sitio hasta la saciedad, con las numerosas esculturas colocadas estratégicamente para sostener los aparatos de escucha en las fiestas que organizan mis padres para la creme de la creme de Los Ángeles, las mismas personas que, sin duda, estarán invitadas a la celebración de nuestra boda.

Como odio las putas fiestas.

Bordeamos la enorme fuente que hay en el centro del césped y bajamos los escalones de piedra hasta la casa de invitados, que es más grande que las propias viviendas de la mayoría de la gente.

—Es... eh, discreta —expone Mérida mientras mira el chalet de estuco que hay en el patio trasero de mis padres—¿Era tuya cuando vivías aquí?

Niego con la cabeza y le abro la puerta. No está cerrada, lo que indica que Ezio ya ha hecho un barrido.

—Antes era de mi hermano. Nunca llegué a redecorarla. —La casa de huéspedes contiene los últimos vestigios de Sebastian, es patético que todavía no me atreva a deshacerme de chorradas que probablemente ni siquiera eligió él.

Se muerde el labio inferior.

—Lo... lo siento, no quería...

—No pasa nada—Hago un gesto para despachar cualquier cosa que fuera a decir. No tengo intención de hablar de mi hermano, y menos *aquí*. Hoy ya ha sido bastante duro y sólo vamos por el ecuador del día.

Mérida abre esa boca suya de capullo de rosa, pero antes de que diga nada, levanto la mano para detenerla. No le hace gracia que la haga callar, pero al menos no expresa su disgusto.

—Voy a darme una ducha —le anuncio, más alto de lo necesario, y le hago señas para que me siga a través del dormitorio principal hasta el baño, de dimensiones insoportables, donde

enciendo la ducha a toda potencia.

Mérida se queda en la puerta, mirándome con una ceja erguida, pero entra y me permite cerrar la puerta tras ella.

—Las habitaciones ya han sido revisadas en busca de dispositivos espía, pero nunca se es demasiado precavido —le explico, observando cómo sus hombros se relajan un poco.

¿Pensó que intentaba hacerle una proposición indecente en el puto baño? ¿Es eso lo que la puso tan bajo sospecha?

—Ha sido una actuación digna de un Oscar lo que has hecho con mis padres —le digo, apoyándome en la encimera y cruzándome de brazos.

Asiente con la cabeza, como una reina que acepta lo que le corresponde.

—Interpretar un papel me es algo natural, así sobreviví con mi padre.

Lo dice sin emoción alguna, como si fuera un hecho y nada más. Siempre he sabido qué clase de hombre es Miguel García. De niño, mi padre me había contado suficientes historias sobre él y los crímenes que había perpetrado contra nosotros y nuestra familia. Sin embargo, escucharlo de ella lo convierte en más real de alguna manera.

—Hablando de eso, no deberíamos perder tiempo antes de ir a verle —anuncia—Ya sabrá que he vuelto a la ciudad, de eso no hay duda, y le molestará que haya acudido primero a tu familia. Tendremos que pensar cómo darle la vuelta a la tortilla.

—¿Estás segura de que estás preparada para eso? ¿Para verle? —le pregunto. Sé que es lo que acordamos, pero ver cómo se extingue la luz de los ojos al hablar de ello me hace estar más que dispuesto a cambiar de planes.

—No importa si lo estoy o no. —Se encoge de hombros—Va a tener que ocurrir.

Se vuelve hacia el espejo y comprueba su maquillaje. No la miro mientras se vuelve a aplicar el pintalabios que lleva en el bolso. Definitivamente, no estoy celoso de un puto pintalabios.

—¿Cómo quieres que nos enfrentemos a él?

—Como habíamos planeado, pero puede que tengamos que ponernos un poco creativos, si es necesario—Se amolda el pelo, más para deshacerse de la energía nerviosa que siento a su alrededor que porque le importe su aspecto.

—Acerca de eso, te arriesgaste diciéndole a mi padre que le había pedido su bendición. Es una mentira demasiado fácil de descubrir. —Y no era lo que habíamos ensayado. Pensaba que yo era el que prefería improvisar y Mérida la que seguía las reglas.

Mérida se encoge de hombros.

—No se tragaba nuestra historia, necesitaba hacerla más legítima y meter a Miguel en ella me pareció la jugada más inteligente. Tu padre no puede pedirle al mío que le confirme ese detalle sin que parezca que lo hemos dejado al margen, lo que daría la impresión de que no es tan omnisciente como le gustaría que la gente pensara. Y mi padre no querrá admitir que no sabía nada de nuestra boda secreta exactamente por la misma razón. Ambos son demasiado orgullosos y competitivos como para ceder un ápice. Eso juega a nuestro favor.

Por un momento me sorprendo de cómo funciona su mente, antes de recordarme que ella siempre ha sido la estratega. Lo era cuando éramos compañeros de juego y lo es ahora que somos compañeros en el mundo real. Mérida es una fuerza a tener en cuenta y me alegro mucho de tenerla de mi lado.

—Hagámoslo, entonces—Apago el agua ahogando nuestras voces—La ducha puede esperar. Acabemos con esto.

Así es como nos encontramos abriéndonos paso entre el tráfico hasta Bel Air, que conduce a la fortaleza que alberga el cuartel general del cártel de García. Stefano nos sirve de chófer y de refuerzo si es necesario.

—Es bonito. Discreto. —Mi broma tiene el efecto deseado de distraer a Mérida de sus propios nervios, aunque sólo sea durante unos segundos antes de que un hombre vestido de forma engañosamente informal con vaqueros y una camisa aparezca de la nada antes de que hayamos llegado a la puerta principal.

Habrá otros guardias de seguridad en la propiedad, al menos un par con armas apuntándonos directamente, o más probablemente a mí. No me molesto en buscarlos, sólo se dejaran ver si quieren. Además, no es la primera, ni será la última vez que seré un objetivo.

Pero cambio de posición para cubrir a Mérida todo lo posible. Agradezco la protección añadida que he conseguido convencerla de que se ponga con un mínimo de debate.

—Soy yo a quien obligaste a llevar un puñetero chaleco antibalas, ¿recuerdas? —murmura tras una sonrisa anodina—Debería estar protegiéndote yo a ti. Y, joder, me estoy muriendo de calor.

Se revuelve bajo la americana que se ha puesto para cubrir el fino material del chaleco antipuñaladas en el que yo había insistido.

—Concéntrate en lo que tienes que hacer. Yo te cubro las espaldas —le pongo la mano en la base de la columna. Es una caricia suave, pero suficiente para que sepa que puede apoyarse en mí y dar la impresión de ser un marido que no puede quitarle las manos de encima a su nueva esposa.

Antes de llegar a la puerta principal, nos detienen.

—*Señorita García.* —El hombre de complexión poderosa asiente respetuosamente a Mérida, ignorándome como si yo fuera un puto hombre invisible. Sería insultante si no fuera exactamente lo que esperaba. Estoy seguro de que soy el primer Russo que pone un pie aquí—Ha pasado mucho tiempo.

—Ahora es *señora* Russo, Javi. —Se inclina hacia mí—Y estoy segura de que conoces *al señor Angelo Russo*. —Pronuncia nuestros apellidos como si fuéramos de la realeza y tengo que reprimir una sonrisa ante la grandiosidad de su tono—Venimos a ver a mi padre.

No da ninguna explicación sobre su ausencia, encarnando a la perfección el papel de hija altiva.

—¿Te está esperando? —Javi me echa un vistazo, probablemente evaluando si llevo algo

debajo del traje.

Mérida pone los ojos en blanco, suspira y me mira como si este tío fuera el mayor idiota del planeta.

—Javi, ¿quieres ser tú quien le diga a mi padre que has echado a su hija y a su *marido*? —Agita su dedo enjoyado delante de su cara.

Javi se mueve incómodo en sus botas. Es divertidísimo ver cómo le pisa los huevos a un hombre que la dobla en tamaño, sobre todo cuando ese hombre no soy yo.

—Probablemente no le haría mucha gracia, ¿no crees? —Parpadea con sus ojos de cervatillo, consiguiendo parecer inocente y peligrosa al mismo tiempo. Es una habilidad impresionante.

—Tendré que cachearle antes de que entres. —Javi sigue dirigiéndose a Mérida.

—No lo harás porque no lleva un arma y -como ya he anunciado- es mi marido y, por tanto, yerno de Miguel García. —Deja la parte implícita en el aire. Es poco probable que cachear a un familiar vaya bien, aunque dicho familiar le resulte más familiar como enemigo—Déjanos pasar, Javi, no tenemos mucho tiempo y me estás robando un tiempo que podría estar pasando con mi padre.

El hombre corpulento sólo se detiene un momento -supuestamente para considerar todas las malas opciones que se le presentan- y se decide por el camino de menor resistencia, abriéndonos la puerta y apartándose del camino.

—¿Está en su estudio? —Mérida señala con la cabeza la parte trasera de la casa.

—Sí... *Señora* — añade Javi al cabo de un momento.

Caminamos juntos, de la mano, con Mérida a la cabeza. La residencia es impresionante, sin duda, pero yo estoy más concentrado en dar con las rutas de salida por si las cosas se tuercen.

—Parece que, después de todo, nos estaba esperando —murmura Mérida más para sí misma que para mí, y yo sigo su mirada hacia la puerta, que está entreabierta—Una puerta cerrada significaba que estaba ocupado; una puerta abierta es la mejor invitación que se puede recibir — explica en voz baja.

Siento el sudor en la palma de la mano de Mérida. Puedo sentir su pulso latiendo contra su muñeca.

—Tú puedes —le aseguro—. Yo te cubro las espaldas. Ya no puede hacerte daño. —No si quiere seguir respirando.

Mérida me sonríe suavemente, pero veo el momento en que ésta se vuelve un poco amarga.

—Ojalá fuera cierto.

Quiero detenerla, asegurarme de que entiende que no tiene poder sobre ella, que no se lo permitiré. Pero ya está llamando a la puerta del despacho, alzando la voz.

—¿Padre?

—Entra. —Es más un ladrido que una respuesta y veo a Mérida ponerse firme antes de entrar.

Miguel García, jefe del mayor cártel de este lado de México, está sentado detrás de un

escritorio tan grande que me hace preguntarme si no estará intentando compensar cosas más pequeñas.

Hace años que no le veo en persona, en parte porque no soporto a este cabrón, pero sobre todo porque los García y los Russo intentan evitarse a toda costa.

Su pelo sigue siendo oscuro, su traje de tres piezas es un medio para engañar a todos haciéndoles creer que es algo más que un animal.

He oído todas las historias sobre este hombre, que sin duda se han exagerado hasta convertirse en leyenda. Pero mi impresión permanente de él es la de un hombre frío, cruel y sanguinario al que nunca le importó nadie, ni siquiera su única hija. Mérida sólo era valiosa para él como una pieza de ajedrez que mover por el tablero. Pero cometió un error: pensó que era un peón, cuando siempre había sido la reina.

Mi instinto es interponerme entre ella y ese hombre que la jodió tanto que su único recurso fue huir para vivir como una prófuga, pero Mérida me ha dicho más de una vez que no necesita mi protección. Así que, me quedaré a su lado mientras ella se vale por sí misma.

—*¿Padre*? —repite cuando él no levanta la vista de lo que está leyendo.

Lentamente, para dejar claro que es él quien tiene el control y que deberíamos estar agradecidos por estar en su presencia, levanta la cabeza y centra toda su atención en su hija.

Esta capa de invisibilidad que llevo encima resultará realmente útil si resulta que funciona fuera de la propiedad de García.

—Mérida —pronuncia su nombre como si fuera una maldición—¿A qué debo el placer? —Ni siquiera se inmuta ante la censura de su voz—.

¿Qué tal el viaje? —le pregunta, lanzándole una mirada mordaz que le dice que más le vale seguirle la corriente a suhistoria para salvar las apariencias.

—Muy... educativo —dice, su voz es fuerte y segura y, joder, qué orgulloso estoy de ella—Pero estoy feliz de estar en casa.

No responde a eso, pero sus ojos se mueven hacia mí.

—Y has traído contigo a un Russo —lo dice como si mi nombre fuera algún tipo de ETS.

—*Padre*, Angelo ya es de la familia, ya lo sabes —el tono de Mérida tiene una ligereza, como si su padre hubiera contado un chiste y ella le riera las gracias—Estamos casados, tal y como tú y el signor Russo acordasteis hace años.

García golpea la mesa con el puño tan fuerte que ésta tiembla.

—No necesito que me recuerdes lo acordado, *idiota*. Mi palabra sigue significando algo, ¿puedes decir tú lo mismo?. —Su tono es cortante como un látigo y Mérida se estremece como si la hubiera golpeado, lo que me hace preguntarme cuántas veces habrá hecho exactamente eso.

De solo pensarlo, mis manos se cierran en puños. Juro por Dios que, si vuelve a hablarle así a Mérida, voy a usar su cara como saco de boxeo. Puede que sea el jefe del cártel de los García, pero ahora mismo no es más que el hombre que insulta a mi (falsa) esposa.

—Le hablarás a mi mujer con respeto, García, o haré que dejes de hablar del todo—No suelo

deleitarme con la violencia, pero creo que le cortaría la lengua a este cabrón con una sonrisa en la cara.

—Grandes palabras de Russo Junior. Recuérdame, *¿cómo* murió exactamente tu hermano mayor? —El gilipollas sonríe de verdad y he dado un paso hacia él antes de darme cuenta.

Mérida aparece a mi lado, poniéndome la mano en el brazo. No es lo bastante fuerte como para retenerme físicamente, pero la mirada de pánico que me dirige es suficiente para hacerme reflexionar.

Casi puedo oír su voz en mi cabeza. *Recuerda el plan. Juega el juego. No dejes que te provoque.* Eran las instrucciones que me había dado en el coche durante el trayecto hasta aquí. Sabía que tratar con su padre sería más difícil de lo que habían sido mis padres.

—Angelo, *amor*, ¿puedes dejarme un momento a solas con mi padre? —Su expresión se vuelve suplicante ante mi falta de movimiento. Dejarla a solas con este cabrón es lo último que quiero hacer—Por favor.

Esa maldita palabra. Cuando esta balaperdida pide algo tan sinceramente es casi imposible negarle nada.

—Estaré al otro lado de la puerta. —Mis palabras son un consuelo para Mérida y una advertencia para el pedazo de mierda que no vale ni la suciedad bajo la suela de su zapato.

Le echo una última mirada antes de dirigirme a la puerta y cerrarla tras de mí. Casi al instante, siento el frío cañón de una pistola en la nuca. Vaya mierda.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Mérida

Que Angelo se fuera era la jugada adecuada para que mi padre bajara al menos algo la guardia... pero el no tenerlo a mi lado me hace sentir de repente como si hubiera perdido un miembro. Culpo a la intensidad de las últimas menos de 24 horas que hemos pasado juntos, es la única explicación racional. Aun así, no aparto los ojos de la puerta hasta que la voz sin emoción de mi padre me obliga a mirarle de nuevo.

—Parece bastante apegado a ti.

—Bueno, eso espero, *es* mi marido. —Hago girar mis anillos de boda y compromiso en torno a mi dedo, asegurándome de que capten la luz.

—Eso has dicho—Su voz es uniforme, sin dar ninguna indicación de lo que está pensando.

—¿Por qué iba a mentir? ¿Por qué íbamos a mentir *los dos*? —Me impresiono a mí misma con la forma en que mi voz no tiembla, ni siquiera un poco.

—La gente miente por todo tipo de razones—Se echa hacia atrás en la silla y me lanza una mirada evaluativa. Hace casi dieciocho meses que no le veo, pero el tiempo no ha empañado la intensidad de estar en su presencia—¿Y tú, Mérida? ¿Por qué mentiste a tu padre?

Se me seca la boca. ¿Lo sabe? ¿Cómo puede saber que Angelo y yo estamos conspirando contra él? Cambia al español, sus ojos se desvían hacia la puerta cerrada detrás de mí, pensando en el hombre que hay más allá, sin duda.

—¿Por qué mentiste y *robaste* a tu padre?. —Su tono no ha cambiado, pero la ira en sus ojos - ojos que se parecen tanto a los míos - es innegable—Huiste y arrojaste el nombre de nuestra familia por el barro. Abandonaste tus responsabilidades, faltaste a tu palabra. Dame una razón por la que no deba echarte a la calle ahora mismo.

Ahora se encuentra de pie detrás de su escritorio. Con la ventana detrás, la luz que entra le hace parecer aún más grande de lo que es. Pero no es más que una ilusión óptica, me recuerdo. Es un truco pensado exactamente para este objetivo: hacer que el hombre se parezca más a un

dios.

Tengo que reprimir todos los instintos de mi cuerpo que me gritan que salga de esta habitación y vaya hasta Angelo. Tengo que hacer esto y tengo que hacerlo por mi cuenta si quiero ganarme aunque sea una pizca del respeto de mi padre.

Así que me pongo en pie y combato el fuego con fuego.

—¿Qué tal si te doy tres razones? —Las enumero con los dedos—Uno, te demostré mis habilidades cogiendo ese dinero y yendo un paso por delante de toda la gente que contrataste para encontrarme. Dos, ahora estoy casada con el único heredero del trono y la fortuna de los Russo y me encuentro bajo su protección. Tres, te soy más útil viva que muerta.

La tercera puede que no sea exactamente un hecho.

Mantengo la mirada de mi padre, manteniéndome firme y sin apartar la vista a pesar de lo extraño que me resulta no interpretar el papel de hija obediente y sumisa. Si esto va a funcionar, tiene que creer que soy capaz de hacer lo que le estoy exponiendo.

Normalmente, se aferra al punto que más juega a favor de su propio narcisismo.

—Todo esto, ¿lo hiciste para impresionarme?

¿Es un leve sentimiento de admiración lo que oigo en su voz? Es difícil de decir, teniendo en cuenta que no tengo con qué compararlo.

—Siempre quisiste un hijo que se hiciera cargo del cártel, ambos lo sabemos. —Me encojo de hombros como si el ser tratada como una ciudadana de segunda sólo por no tener pene fuera algo totalmente comprensible, sin rencores—Ni siquiera habrías contemplado la idea de que fuese capaz si no te hubiese demostrado que podía.

Durante mucho tiempo guarda silencio, y yo me obligo a permanecer callada, a esperarle.

—Esa carrera, la que te enseñó a robarme el dinero—A la mayoría de los padres no les impresionaría que su único hijo hubiera conseguido malversar su dinero delante de sus narices. Miguel García no es como la mayoría de los padres—¿Qué más aprendiste?

—Algo de hackeo... Cómo hacer alguna mejora del cortafuegos... —Intento calibrar si eso es lo que busca, pero no reacciona—Algo de contabilidad creativa usando cuentas en el extranjero... —Parpadea. Eso es, me doy cuenta—Quieres que blanquee dinero para ti.

Asiente, agitando el dedo hacia mí.

—Para nosotros, *mija*. Si quieres dirigir el cártel algún día, harás esto por nosotros.

Me permito un pequeño suspiro de alivio. Si se toma con humor algo así, es señal inequívoca de que ha aceptado mi historia.

—Tengo algunos asuntos que atender primero. Los Russo van a organizarnos una fiesta de boda.

—Eso he oído. —Su nariz se arruga con desagrado. Me pregunto quiénes son los espías que tiene en casa de su enemigo, si me lo contaría si se lo preguntara—Pero tus deberes para con tu padre son lo primero, sobre todo ahora que has hecho un viaje tan largo—Sonríe, con todo el aspecto del caimán negro que le sirve de apodo.

—Como tú digas, *padre*—Asiento con la cabeza.

Esta nueva dinámica con mi padre requiere una combinación de conformidad y valentía. Es una cuerda floja sobre la que tendré que aprender a dominar mientras la recorro.

Hace un ruido de aprobación antes de inclinar la cabeza y entrecerrar los ojos. Rodea el escritorio hasta que nos separan solo unos metros y desearía no haberle insistido a Angelo en que ambos entráramos desarmados a este nido de víboras.

—Ahora bien —Se cruje los nudillos—, ¿para qué *lo trajiste* aquí, *mija*? —*Mi hija.* No utiliza el término con cariño -no estoy segura de que conozca el significado de esa palabra-, sino más bien como un recordatorio de que le pertenezco. No es difícil determinar de quien habla.

—Es mi marido. —La palabra aún me resulta extraña en la boca, pero no inoportuna. Los anillos en mis dedos son un peso reconfortante.

—¿No puede protegerte de mí, *sabes?* —La voz de mi padre está cargada de advertencia—. Puede que sea un Russo, pero aquí aún le superan en número.

Las alarmas empiezan a sonar en mi cabeza, acompañando a los latidos que me avisan de una migraña inminente. No debería haber perdido de vista a Angelo.

Sé la clase de hombre que es mi padre, de lo que es capaz, pero no pensé que sería tan estúpido como para matar al subjefe de la mafia de los Russo en su propia casa, donde sería tan fácil atribuirle el asesinato a él.

El miedo se apodera de mi garganta. Por favor, que Angelo esté bien, por favor. Ni siquiera sé a quién rezo, ya me he quedado sin favores que pedir al más allá.

—¿Qué has hecho?

—Nada. Todavía.

Trago saliva con fuerza, tratando de contener el miedo.

—No sería inteligente hacerle daño, aquí no —le digo al Caimán Negro algo que él ya sabe.

Mi padre se encoge de hombros.

—Quizá no sea él quien me preocupa.

Me lanza una mirada intensa y recuerdo una situación similar que me ocurrió cuando aún estaba en la escuela primaria.

Mi padre me había regalado un cachorro por mi octavo cumpleaños. Siempre había querido tener un perro y lo quería muchísimo. Simba era mi mejor amigo, me seguía por toda la casa durante el día y dormía en mi cama por la noche.

Un día le contesté a mi padre y le dije algo que no le gustó. A día de hoy sigo sin saber qué fue lo que le ofendió, o quizá sólo buscaba una excusa. Aquella tarde, mientras Simba y yo jugábamos en el jardín, mi padre se unió a nosotros y, sin perder un segundo, sacó una pistola y disparó a mi perro en la cabeza.

—*Sea lo que sea lo que te importe, recuerda que puedo arrebatártelo cuando quiera.*

El «no te atrevas a meterte conmigo» quedaba implícito.

Se había dado la vuelta y se había marchado, dejándome allí, con la sangre salpicándome la

cara y la ropa y sollozando sin control.

Desde aquel día, intenté no acercarme a nadie. Mantuve las distancias con mis amigos del colegio hasta que no me quedó ninguno. Con el único que bajé la guardia fue con Diego y, finalmente, con Angelo.

—Eras mi hija antes de ser su mujer —pronuncia mi padre. Traducción: no olvides dónde residen tus lealtades más profundas o haré que lo recuerdes.

Inclino la cabeza en señal de acuerdo, con las palmas húmedas de sudor.

—Por supuesto, *padre*.

—Te acompaño fuera, *mija*.

Me hace un gesto hacia la puerta y, aunque cada célula de mi cuerpo me advierte de que no le dé la espalda a Miguel García, no tengo elección.

Me abre la puerta, me sigue fuera y no puedo evitar que mi cabeza se mueva de un lado a otro, buscando a Angelo.

Cuando no le veo esperando en la puerta como había prometido, siento que el corazón se me atasca en la garganta.

Mi padre camina a mi lado, dirigiéndonos hacia el vestíbulo, y no vuelvo a respirar hasta que oigo la voz de Angelo.

—Si no estás seguro de poder conservar tu arma, no apuntes a nadie con ella. Es una regla de oro que supongo que nunca te enseñaron.

Noto que el paso de mi padre vacila justo antes de doblar la esquina y veo a Angelo apoyado contra una columna, apuntando con una pistola a Javi, que está arrodillado en el suelo frente a él, luciendo lo que estoy seguro que mañana será un moratón impresionante en la mandíbula.

Al oír nuestros pasos, ambos miran hacia nosotros y el alivio en los ojos de Angelo al verme me produce una cálida sensación en el pecho.

—¿Estás bien? —Me examina de la cabeza a los pies y viceversa, confirmando que no estoy herida.

—Estoy bien.—Le dedico una sonrisa tranquilizadora y el surco de su ceño se suaviza.

—Menuda bienvenida le ofreces a tus invitados, García.

Angelo enarca una ceja mirando a su suegro, aparentemente despreocupado mientras se recuesta contra la pared. Siento la tensión en su cuerpo como si estuviera a mi lado, como si estuviéramos conectados de algún modo.

—Puedes dejar que se levanta ya, Russo. Ya has probado tu valía.

La decepción en la cara de mi padre me dice que quizá no vuelva a ver a Javi pronto. Intento conjurar algún tipo de compasión por él, pero no encuentro nada. Habría estado dispuesto a matar a Angelo o incluso a mí si mi padre le hubiera dado la orden. No estoy segura de que un hombre así merezca mi compasión.

Angelo hace una pausa lo bastante larga como para demostrar a mi padre que no sigue ciegamente sus instrucciones, antes de empuñar el arma y hacer un gesto a Javi para que se

ponga en pie. Lo hace a regañadientes, mirando fijamente a mi marido mientras evita mirar a mi padre. No es estúpido, sabe lo que le espera.

Javi le tiende la mano para que le entregue su pistola, pero Angelo se limita a poner los ojos en blanco y a meterse el arma en la cintura del traje antes de darle la espalda y acortar la distancia que nos separa. Angelo ignora la presencia de mi padre a mi lado, toda su atención está fija en mí. Me agarra por los codos, no con fuerza, pero sí con firmeza.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, sintiéndome abrumada de repente, no sólo por encontrarme cara a cara con mi padre, sino también por la forma en que mi corazón latió con fuerza cuando mi padre había amenazado con hacer daño a Angelo si no me mantenía dentro del redil. Empiezan a saltar chispas ante mis ojos, lo que indica que la migraña que he estado intentando evitar desde que entramos en territorio García está a punto de manifestarse.

—Es más fuerte de lo que crees, Russo. —Sonaría como un escaso elogio viniendo de cualquier otra persona, pero Miguel García no se anda con cumplidos.

Es conmoción suficiente para que me ponga las pilas.

—Espero que nos veamos en la fiesta de boda que nos organizan los padres de Angelo —repito la invitación.

Miguel levanta una ceja significativamente.

—Te veré antes, *mija*. Tenemos mucho con lo que ponernos al día.

Y querrá un informe de lo que he podido averiguar sobre los negocios de los Russo lo antes posible.

—Deberíamos irnos, *tesoro* —Angelo no me quita ojo, haciéndole el vacío a mi padre, lo que sólo servirá para cabrear al viejo—Tengo planes para nuestra primera noche en casa. —La seda en su tono de voz hace que me incline hacia él, su significado es evidente. El rubor sube a mis mejillas sin querer.

—Nos vemos, Russo. —Mi padre lo hace sonar como una amenaza.

Angelo apenas gira la cabeza para mirarlo, mostrándole cero respeto, con una expresión de aburrimiento en su rostro.

—García.

Me coge de la mano y me lleva a la puerta, sin mirar atrás. Es un juego de poder puro y duro, que demuestra lo poco que le intimidan las tácticas de mi padre.

Es peligroso de cojones, pero también lo suficientemente valiente como para impresionar. Y mentiría si dijera que ver a Angelo darle a mi padre lo suyo no es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

Dejo que la fuerte mano de Angelo me sostenga mientras empiezo a sucumbir a la migraña. Bajamos tranquilamente las escaleras como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, aunque lo único que deseo es salir de este lugar, una casa que para mí se parece más a una prisión que a un hogar.

—¿Se lo ha tragado? —La boca de Angelo va a parar contra mi oído, haciéndome estremecer.

—sí, al menos eso creo.

No decimos nada más hasta que estamos a salvo en el todoterreno Maserati y Stefano sale de la entrada. Creo que no respiro del todo hasta que salimos del recinto. Por desgracia, esa inhalación se combina con una sensación punzante trás los ojos.

—Joder—Me agarro las sienes.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? —La voz de Angelo es lo más parecido al pánico que puedo imaginar.

—Es un dolor de cabeza. —Hablo entre dientes, el sonido reverbera en mi cabeza hasta que me provoca náuseas.

—No parece un puto dolor de cabeza, Mérida. —Suena enfadado, ¿por qué está enfadado conmigo?

—¿Puedes dejar de gritar? —susurro, aunque siento como si me clavaran cuchillos en el cerebro.

—¿Qué necesitas, *tesoro*? —Los brazos de Angelo me rodean, pero lo que necesito es espacio. Espacio y mis medicinas. No dejo que nadie me vea así, en mi momento más vulnerable —Sólo necesito una cama, estaré bien en unas horas, cuando haya dormido y me haya tomado una montaña de ibuprofeno. Debería haber algo en mi bolso. —Hago un gesto hacia el suelo, donde lo había dejado.

Angelo suelta una retahíla de maldiciones ingeniosas y entonces tengo en la mano las conocidas pastillas. Me las tomo con un agua que Angelo ha sacado de algún sitio y cierro los ojos hasta que el martilleo de mi cabeza empieza a remitir hasta convertirse en un dolor sordo más llevadero.

Cuando abro los ojos, Angelo me mira con tanta preocupación que el corazón me da un vuelco. ¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó así por mí? ¿Quizás cuando mi madre estaba viva? Fue hace tanto tiempo que ni siquiera lo recuerdo.

—Habla conmigo —Me observa atentamente, como si pensara que voy a desmoronarme en cualquier momento.

—Es sólo un dolor de cabeza, me pasa a veces. —Intento sonreír, pero me duele y a Angelo no le pasa desapercibida mi mueca de dolor.

—¿Un dolor de cabeza? —dice las palabras como si no le resultaran familiares—Eso no parecía un puto dolor de cabeza, Mer. —Mantiene la voz suave, pero puedo oír la frustración igualmente.

—Es una migraña —explico—Normalmente puedo evitar que empeore tanto, pero con todo lo que ha pasado —señalo vagamente detrás de nosotros—, la cosa se me fue de las manos.

Angelo asiente pensativo, como si estuviera procesando lo que le digo.

—Ya casi estamos en casa.

Debía de llevar fuera de combate más tiempo del que pensaba si habíamos conseguido cruzar el tráfico de Los Ángeles a estas horas.

—Casa —repito— Mi *abuela* solía decir que el sentirte en casa era un sentimiento, no un lugar.

La expresión de Angelo no cambia. Probablemente se esté preguntando por qué estoy compartiendo anécdotas familiares. Así que, cierro la boca y me pregunto en silencio si sería capaz de reconocer el sentimiento de pertenencia a algún lugar. Después de todo, ¿cómo saber cómo es eso cuando nunca lo has tenido?

CAPÍTULO

DIECISIETE

Angelo

Los peores escenarios habían hecho su aparición en mi cabeza mientras Mérida estaba en el estudio con su padre y yo era escoltado por Javi, el semi-orco.

¿Y si su padre la quería a solas para poder castigarla sin tener que lidiar conmigo al mismo tiempo?

Cuando llegamos al coche y ella se dobló de dolor, sentí el tipo de pánico que sólo recuerdo haber experimentado una vez, la noche que sostuve en mis brazos el cuerpo desangrado de Seb.

—¿Seguro que estás bien para poder andar?. —le pregunto por décima vez.

—Sé que estás acostumbrado a que las mujeres caigan a tus pies, Angelito, pero no es eso lo que está pasando aquí. —Me lanza una mirada que probablemente pretende ser fulminante, pero la forma en que se tambalea un poco sobre sus pies le quita la mayor parte del impacto.

El hecho de que siga contando chistes y echándome la bronca es un alivio después de lo callada y pálida que se encontraba en el coche.

Me apresuro a subir las escaleras, abriéndole la puerta principal e indicándole a Stefano que ya me ocupo yo desde aquí. Conoce las reglas de todos modos, nunca ha puesto un pie en esta casa, no es que no pudiera si se lo propusiera. Nunca he visto a nadie forzar una cerradura más rápido que él.

En el momento en que la puerta se cierra y los cerrojos de seguridad se accionan detrás de nosotros, siento que parte de la tensión se desprende de mi cuerpo. Mi casa es el único lugar de esta puta ciudad que puedo controlar. El sistema de seguridad es el mejor del mercado, la revisan dos veces al día en busca de micrófonos y, aparte de mi ama de llaves, a la que pago una pequeña fortuna para que mantenga la boca cerrada, y Ezio, que tiene mucho, si no más, que perder que yo, nadie -ni siquiera mis padres- entra dentro. Decir que es extraño tener a alguien más aquí, y además una mujer, es quedarse corto.

—¿Aquí es donde vives? —Percibo la incredulidad en la voz de Mérida mientras mira a su

alrededor.

—Cuando no estoy viajando o persiguiendo ex prometidas. —Mantengo un tono neutro, aunque estoy desesperado por saber qué piensa de este sistio. Nunca me había importado; esta casa es mi espacio y de nadie más, pero, por alguna razón, la opinión de Mérida es muy importante.

—Es... es preciosa —murmura mientras mira hacia el mar zafiro y la franja de playa privada de Malibú en la parte trasera de la casa.

—Pareces sorprendida. ¿Te imaginabas que vivía en una cueva? —me burlo, guiándola suavemente hacia las escaleras.

—Más bien algo como la Batcueva. Tienes todo ese rollito rico, sombrío, misterioso y letal a tu favor.

Las palabras salen de su boca mientras gira la cabeza como si intentara asimilarlo todo y me pregunto si la medicación que ha tomado la ha relajado y quizá le ha hecho decir cosas que normalmente se guardaría para sí misma.

—Batman es un héroe que lucha contra el crimen, *principessa*. Ese no soy yo. —Más bien todo lo contrario.

—No creo que seas tan malo como te gusta aparentar.

Se encoge de hombros, el movimiento la hace inclinarse un poco sobre sus pies. La agarro por la cintura para que no se caiga por las escaleras. Su piel es increíblemente suave y resisto el impulso de acariciarle el brazo mientras la subo a medias hasta el segundo piso.

—Creo que es el mejor cumplido que me has hecho, *tesoro*. —Sólo bromeo a medias.

Mérida bosteza expansivamente, lanzándome una mirada tímida.

—Lo siento, los medicamentos me dan un poco de sueño.

—Mañana te haré la visita guiada —le aseguro, conduciéndola hasta la segunda puerta del pasillo—Esta es tu habitación.

Echa un vistazo al dormitorio de invitados, parpadeando. Las ventanas que van del suelo al techo dan a una terraza con vistas a la playa. El cielo parece fuego líquido cuando el sol empieza a ponerse y tiñe la piel de Mérida de un resplandor dorado que hace su belleza aún más poderosa.

—*Mi* habitación —repite finalmente.

—Si no te gusta, puedes usar una de las otras. Aunque esta tiene la mejor vista. —Maldita sea, pensé que esto sería una buena opción para ella, sé lo mucho que le gusta el mar. Pero tal vez no la conozco tan bien como me gustaría pensar.

—No, la habitación está genial, es perfecta en realidad. —Menea un poco la cabeza como si tuviera una conversación consigo misma—¿Dónde duermes tú?

—Estoy al final del pasillo. —Señalo, innecesariamente—Pero estaré abajo en mi despacho por unas horas.

Ella asiente, mirando a todas partes menos a mí.

—Bueno, lo hemos logrado, supongo. Un día menos.

—Estuviste genial hoy—Más que genial, increíble, en realidad.

El rubor de Mérida da algo de color a sus pálidas mejillas.

—Tú también—Se mira los pies descalzos—Nunca nadie me había defendido delante de mi padre. Gracias.

—Eso no es algo que tengas que agradecerme. Somos socios, ¿recuerdas? —Sólo pensar en la forma en que su padre la trataba me hace apretar los puños.

Sonríe cansada y yo lo tomo como una señal para darme prisa y dejarla descansar.

—Hay ropa en las cómodas y en el vestidor. —Hago un gesto con la cabeza hacia el vestidor.

—¿De dónde han salido? —Mira dubitativa en dirección al armario.

—Pues de tiendas —le digo impasible.

Pone los ojos en blanco antes de hacer una mueca de dolor y me entran unas ganas irrefrenables de meterla en la cama y obligarla a descansar.

—Asistentes personales —aclaro—Si no te gusta algo, se puede cambiar. Y también están las cosas de tu cuchitril en Montana. Avísame si falta algo y enviaré a alguien a por lo que necesites.

Sin mediar palabra, Mérida desaparece dentro del vestidor y al cabo de un minuto reaparece con un libro en la mano, mirándolo fijamente como si contuviera algún significado más profundo.

—¿Has traído todas mis cosas?

—No personalmente. Mandé que lo recogieran—Había pensado que tenía sentido, que podría haber algunas cosas que ella quería, pero ahora estoy pensando que tal vez fue lo incorrecto—Puedo hacer que lo retiren si lo prefieres.

—No, no. —Abraza el libro contra su pecho—Gracias. Ha sido muy amable de tu parte.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, están suaves, como cuando acaba de despertarse y ha olvidado por una fracción de segundo que no lo odia todo de mí.

Me encojo de hombros, incómodo.

.Amable no es algo que haya oído decir de mí. ¿Gilipollas? ¿Cabrón? ¿Que tengo un corazón frío? Eso ya me resulta más familiar.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —inquiero, preguntándome por qué intento alargar este tiempo con ella en lugar de seguir con el trabajo que debería estar haciendo.

—Estoy bien. Creo que me voy a dormir. —Respira hondo—Gracias de nuevo.

—¿Por qué?

Vuelve a mirarse los pies, extendiendo los dedos sobre la gruesa alfombra.

—Por cubrirme las espaldas hoy.

—Tú también me cubriste a mí la mía —señalo. Se ocupó de mis padres como una profesional y sabía exactamente cómo interpretar a su padre. Creo que no me había convencido de que pudiéramos hacer que este plan funcionara hasta que vi a Mérida en acción y ahora, es tentador creer que podemos hacer cualquier cosa, juntos—Hacemos un buen equipo.

Ella sonríe y la forma en que todo mi cuerpo reacciona me hace darme cuenta de lo

completamente jodido que estoy.

—Sí, así es.

Nos quedamos ahí, yo mirándola como un idiota, hasta que no se me ocurre ninguna razón legítima para alargar esto más.

—Bueno, buenas noches Mérida.

Salgo y no es hasta que empiezo a cerrar la puerta tras de mí que oigo su suave respuesta.

—Buenas noches Angelo.

Ni Angelito, ni ninguno de los apodos que ha decidido ponerme para cabrearme. Sino Angelo. No debería gustarme tanto cómo suena mi nombre saliendo de su boca. No debería estar imaginando cómo sonaría si lo gritara mientras me encuentro dentro de ella.

Tengo que apartar la mano del pomo de su puerta y bajar las escaleras hasta mi despacho, donde hay una montaña de cosas que tengo que mirar, asuntos que sólo puedo resolver yo. Y, sin embargo, no tengo ningún interés en ocuparme de ninguno de ellos. En lugar de eso, saco el móvil de mi caja fuerte, ese que nunca sale de casa y que sólo tiene programado un número, y me sirvo un whisky de la botella que hay en el cajón de abajo.

Enciendo el teléfono y me llega una avalancha de mensajes, todos de ese mismo número. El agente Walsh tiene que calmarse de una puta vez y dejarme hacer las cosas a mi ritmo. Abro la ventana de mensajes y respondo al más reciente.

Todo está bajo control.

La respuesta de Walsh es inmediata. ¿No tiene este tío una vida u otras mierdas en las que centrarse en vez de estar encima de mí?

Ya no. El plazo ha cambiado.

Por el amor de Dios. Eso sólo puede significar una cosa, porque estoy bastante seguro de que no va a decirme que tenemos *más* tiempo. Aporreo el teclado del teléfono.

¿Cuánto tiempo nos queda?

Me detengo al darme cuenta de que estoy tamborileando impaciente sobre el escritorio y me levanto para pasearme. No he hablado de la fecha límite con Mérida. Debería haberlo hecho, pero no quería que se sintiera aún más presionada de lo que sin duda ya se encuentra. No se lo dije con claridad, para que estuviera tranquila. Si hubiera sabido que sólo teníamos ocho semanas para cerrar el trato con el FBI, habría dicho que no desde el principio. Y esa no era una opción.

Tres semanas, como mucho.

¿Pero qué cojones?

¿Yo: la *DEA?*

Walsh responde afirmativamente y yo lanzo el puto móvil al otro lado de la habitación.

Sabía que estaban construyendo un caso contra los García, pero no tienen ni la mitad de la información que le he dado al FBI. Y si consiguen hacer mella en el negocio del cártel, lo único que conseguirán es ceder una parte de su poder a mi padre. Los Russo serán más fuertes que nunca y -después de pagar una multa y de que algunos don nadies de bajo nivel cumplan

condena- el cártel volverá a funcionar, plenamente operativo. No habrá salida ni para Mérida ni para mí.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —grito las palabras tan alto que doy gracias por la insonorización que he instalado en esta habitación. Lo último que necesito ahora es que Mérida entre furiosa preguntándose a qué viene todo este jaleo.

Tres semanas.

Tres putas semanas.

¿Cómo coño se supone que vamos a dar al FBI suficiente información para que en tres putas semanas tengan un caso sólido contra el cártel de García y la familia Russo?

Camino hasta desplomarme en la silla y me bebo un vaso casi entero de whisky de alta gama. Me quema, pero sirve para calmar mi cerebro hiperactivo.

Mi mente, como suele ocurrir, va a parar a Mérida. Quería enseñarle mi casa, la que sería nuestra casa durante el tiempo que durase nuestro juego de rol, darle tiempo para que se instalara, para que se adaptara y, tal vez, para hacerle un resumen del día.

No me esperaba la migraña de Mérida, ni lo protector que me sentía con ella, ni lo difícil que sería dejarla sola en aquella habitación cuando lo único que quería era quedarme. Y eso habría sido una idea terrible de cojones.

Cada parte racional de mi cerebro me dice que debo mantener las distancias con ella. Pero cada vez me cuesta más hacerle caso y esta es solo es la primera noche que pasamos en la misma casa.

El lado positivo es que sólo tengo que soportar tres semanas de esta tortura. La desventaja es que sólo tengo tres semanas para estar con ella y, en cuanto le diga el poco tiempo que tenemos para llevar a cabo nuestra misión y conseguir lo que queremos, se va a pasar el resto del tiempo que estemos juntos aborreciéndome. Y no podré culparla.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Mérida

Despertarme en casa de Angelo aquella primera mañana y marcar el día 500 en mi diario me pareció trascendental, aunque no sabría decir exactamente por qué.

Me sorprendió cómo cuidó de mí cuando me asaltó la migraña y lo considerado que se mostró cuando organizó el transporte de todas mis cosas hasta aquí.

Habría sido más fácil dejarlas atrás, pero él sabía que eran importantes para mí. No importaba lo cutres que fueran esas ropas y esas escasas posesiones, todas eran mías. Las había comprado con el dinero *que había ganado*, sin ayuda de nadie. Eran cosas que había elegido para mí, y tenerlas de vuelta me ofrecen una seguridad que no creía poder sentir en casa de un extraño.

Aquellos dos primeros días no establecimos en un ritmo sorprendentemente rápido. Él pasaba mucho tiempo en su despacho o fuera «ocupándose de asuntos». Yo intentaba no aburrirme y pasaba la mayor parte del tiempo sola en la enorme casa de Angelo o en la playa.

No puedo salir del recinto, al menos no sin Stefano, mi canguro, y, además, ¿adónde iría? No es que tenga amigos con los que pasar el rato en la playa privada de Angelo. Stefano es lo más parecido que tengo a uno y eso sólo porque le pagan por pasar tiempo conmigo. Lo único que impide que pierda la cabeza por completo es el portátil que Angelo me había dejado con la certeza de que estaba «limpio».

Mi padre se ha puesto en contacto conmigo a través de una antigua cuenta de correo electrónico que aún conservo. Le he enviado un mensaje de espera, intentando averiguar cuál es la mejor opción. Aún no he hablado del correo electrónico con Angelo, no es que se lo esté ocultando, es que no nos hemos visto lo suficiente como para intercambiar algo más que hola y adiós. Empiezo a tener la impresión de que Angelo me evita.

Antes de irse a lo que sea que tenga que hacer, Angelo dijo que teníamos que hablar; cuatro palabras que nunca significan buenas noticias. Me cabrea que parezca que él tiene todas las cartas en la mano y que yo siga sin saber nada. Yo no funciono así. Por eso me dirijo al despacho

de Angelo.

No tengo ni idea de a qué hora llegará a casa, pero por las horas que ha estado haciendo últimamente, tengo algo de tiempo. No quiero saber a dónde va hasta altas horas de la noche. ¿Está viéndose con otras mujeres? ¿Visita los clubes de striptease que posee su familia? No importa, no es asunto mío, me recuerdo a mí misma mientras giro el anillo de compromiso alrededor de mi dedo.

Me encuentro a mitad del pasillo, con mi objetivo a la vista.

—¿Puedo ayudarla en algo, Signora Russo?

Una voz familiar me detiene en seco y me maldigo por soñar despierta con Angelo y no prestarle suficiente atención. La autocomplacencia te matará, Mer. Es una de las reglas por las que me he regido.

Me vuelvo lentamente, mirando a Ezio y esbozando lo que espero que parezca una sonrisa inocente.

—¡Ezio! Me alegro de verte. —Y las mentiras no paran—Si estás buscando a Angelo, no está en casa. —Traducción: ¿Qué demonios estás haciendo en mi casa?

El rostro del hombre ancho es impasible.

—Lo sé, me pidió que nos encontráramos aquí.

—¿Y no pensaste que tal vez deberías tocar el timbre en vez de simplemente invitarte tú mismo a entrar? Angelo ya no es la única persona que vive en esta casa. —Un buen ataque es siempre la mejor defensa—¿Qué pensaría él de que estés aquí, a solas, con su mujer?

Ezio enarca una ceja, mira detrás de mí y luego se vuelve por donde ha venido.

—¿Su mujer? —Frunce el ceño—No veo ninguna mujer, lo que único que veo es a una García jugando a las casitas. —Su boca se tuerce de pura animosidad.

¡Joder, joder, joder! ¿Por qué no planeamos esto? Por supuesto, habría hombres en la organización de Angelo que me odiarían en virtud de quién es mi padre.

Me pongo en pie y canalizo la versión más altiva de mí misma que puedo reunir.

—Háblame así una vez más, *cazzo*, y verás lo que pasa —le amenazo, inclinándome hacia él como si compartiéramos un secreto—Una palabra mía y mi marido te sacará los testículos del tamaño de una canica por la boca... eso si no me encargo yo mismo de ti —le digo con sorna—. En cuyo caso, la cosa acabaría mucho, mucho peor para ti.

—Belleza, cerebro y sed de sangre—Ezio se lleva la mano al pecho—Si no estuvieras ya pillada, podría ser mi mujer ideal, Signora Russo. Puedo ver por qué usted y Angelo hacen un buen equipo.

Parpadeo mirando a este hombre que puede o no estar loco.

—¿Qué acaba de pasar?

—Era una prueba. Has aprobado, y con nota. —Me da una palmada en el hombro con su enorme manaza y sólo me mantengo en pie por pura fuerza de voluntad.

—Una prueba —repito lentamente.

Su rostro se vuelve serio.

—Angelo es el mejor hombre que conozco. Quería asegurarme de que había tomado la decisión correcta al meterte en esto.

—Nuestro matrimonio fue concertado hace años— —me desvío yo del tema.

—No me refería a su «matrimonio»—Usa unas comillas junto con una mirada escéptica.

—Lo que creas que sabes... —La pregunta sale por mi garganta estrangulada. Es la única explicación que tiene sentido.

—Mérida. —La voz de Angelo detiene lo que Ezio estaba a punto de decir.

Miro más allá de Ezio y veo a mi marido falso caminando hacia nosotros con un aspecto demasiado atractivo para alguien que, al parecer, duerme incluso menos que yo.

Sus ojos se mueven entre Ezio y yo formando una pregunta.

—Ya estás aquí.

—¿Dónde más podría estar? —Le enseño todos los dientes— Ezio y yo estábamos poniéndonos al día sobre cómo él es una parte integral de todo este plan que tenemos en marcha y no se te ocurrió compartir ese pequeño detalle conmigo, tu *socia*.

Ezio abre mucho los ojos y mira entre su jefe y yo, tapándose la boca como si intentara reprimir una carcajada.

—Me pondré al día con usted en otro momento, jefe. Parece que tiene las manos ocupadas ahora mismo.

La mirada que Angelo le dirige es la que le dirigirías a un hermano pequeño molesto a pesar de que Ezio es mayor que él.

Se vuelve hacia mí, sus ojos se suavizan.

—¿Por qué no entras y me dejas explicártelo?

Lo formula como una pregunta, pero cuando abre el despacho y me hace pasar, está claro que voy a obedecer.

Cruzo los brazos por delante de mí, demasiado cabreada para observar la habitación en la que me había empeñado en entrar momentos antes.

Angelo se apoya contra su escritorio, con cara de estar siendo fotografiado para la portada de *Amor, Sexo y Mafiosos*. Vale, es una revista inventada, pero no me digas que no se vendería como rosquillas.

Me mira de arriba abajo y hago un gran esfuerzo por ignorar el calor que siento cuando sus ojos recorren mis pantalones cortos de pijama y la camiseta que no me he cambiado desde esta mañana, ya que no me está permitido salir de casa.

—Estás enfadada.

Resisto el impulso de aplaudir.

—Y dicen que eres corto de miras.

La mandíbula de Angelo se mueve como si se esforzara por evitar sonreír, lo que me irrita aún más. Esta situación no tiene absolutamente nada divertido.

—¿Qué demonios era eso de ahí fuera? —Señalo hacia la puerta.

Angelo se pellizca el puente de su nariz aguileña, casi parece arrepentido.

—Se suponía que no debía decírtelo.

¿En serio?

—No es buena forma de empezar, Angelo. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

—Quería decir que quería ser yo quien te lo dijera. Quería que lo escucharas de mi boca.

—¿Y por qué no me lo dijsite? ¿Qué te lo impedía? —Es tan jodidamente frustrante que quiero tirarle algo.

Le tiembla la mandíbula, pero esta vez es más por fastidio que por diversión.

—Seguridad. La seguridad es lo que me lo estaba impidiendo. Yo metí a Ezio en este lío y ahora soy responsable de la seguridad de toda su familia, que son inocentes. Una cosa es confiarte mi vida, pero otra es confiarte las vidas de personas que realmente importan.

Sus palabras me dan ganas de sacudirlo y abrazarlo al mismo tiempo. Ezio me había dicho que Angelo era el mejor hombre que había conocido, y cada vez era más fácil ver por qué.

—Tu vida importa, Angelo. —Veo cómo se encoge de hombros ante mi afirmación y odio pensar en cómo se ve a sí mismo—¿Qué pasará con Ezio y su familia cuando desaparezcamos?

—Walsh se los llevará a una parte bonita y segura del país con nuevas identidades y la ocasión de tener una oportunidad real, una vida real. —Sus ojos parecen lejanos, como si estuviera imaginando cómo podría ser eso.

—Y Stefano, ¿qué pasa con él? —El hombre se ha convertido en un elemento básico en mi vida en los últimos días, la única persona aparte de Angelo que veo todos los días. Y ayuda que le guste reír y que no tenga reparos en enseñarme los trucos de magia que tanto le gustan.

—Stefano no está involucrado. El FBI no tiene interés en él, ni siquiera se encuentra en su radar. —Angelo frunce el ceño—Está contratado por mí, personalmente, cobra un sueldo, paga sus impuestos y no tiene ninguna relación con el funcionamiento interno de la *famiglia* Russo. Es sólo un guardaespaldas, nada más.

Asiento, leyendo entre líneas. Angelo había legitimado a Stefano como forma de salvaguardarle. Cada vez que intento encontrar una razón para que Angelo no me guste, él me da una para admirarlo. Es exasperante.

—Ezio no sabe nada de nuestro plan de desaparecer —me advierte, poniéndose serie de repente—Es más seguro para él que mantengamos las cosas así. Walsh no puede interrogarle sobre algo de lo que no sabe nada.

Ladeo la cabeza hacia él.

—No puedes proteger a todo el mundo de todo, ¿sabes?

—Cuido de mi gente, eso es todo. No lo conviertas en algo que no es, Mer—Dios, me encanta cuando me llama así, la intimidad casual que supone—Como he dicho, no soy el héroe de esta historia.

Ya no estoy tan segura de eso.

—¿Eso es lo que me estabas ocultando? —Puedo lidiar con eso, puedo perdonárselo; el ser un buen amigo para alguien—¿Eso es todo?

Angelo me mira directamente a los ojos y me quedo paralizada.

—Eso es todo.

El aire entre nosotros está tan cargado de energía que me pregunto si él también la siente. Si siente esta tensión efervescente cada vez que estamos en la misma habitación.

Angelo rompe el contacto visual conmigo y siento como si me hubieran devuelto al mundo real.

—Una cosa más, tengo algo para ti. —Abre uno de los cajones de su escritorio y saca algo—O, supongo que más bien tengo algo para devolverte.

Se endereza y me la tiende, con el mango por delante.

—¿Por qué me das esto ahora? —Miro la navaja en su mano, *mi* navaja.

—Porque te la has ganado. —lo dice como si fuera así de simple—. Y quiero demostrarte que esto de la confianza entre nosotros no es una calle de sentido único.

Lentamente, porque no estoy segura de que no vaya a retirarla en el último momento -llámalo mi condicionamiento paternal-, alargo la mano para coger la navaja.

Nuestros dedos se rozan y no me pasa desapercibida la forma en que su mirada se oscurece porque se refleja en lo fuerte que late mi corazón. El mero hecho de tocarle me hace sentir todo tipo de calor y deseo.

—A riesgo de que intentes apuñalarme con esa cosa, creo que vas a querer cambiarte antes de esta noche—Sonríe y es una de las que me gusta considerar su sonrisa de Mérida, de las que sólo me regala a mí—No es que no estés ya preciosa. —Me dedica un guiño arrogante, que me resulta frustrantemente entrañable. Pero, ¿qué me pasa?

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Angelo

Se sonroja y pone los ojos en blanco ante mi cumplido. Me resulta imposible entender cómo puede pensar que no es la mujer más hermosa de cualquier habitación.

—¿Qué pasa esta noche? —pregunta, frunciendo el ceño y volviendo a poner el presente en primer plano.

—Vamos a salir a cenar. Necesitamos que nos vean en público para vender esto en serio.

Especialmente con el ridículo nuevo plazo de Walsh, añado en silencio. Soy un pedazo de mierda por mentirle, otra vez. Pero sigo trabajando en ello; no tiene sentido preocuparla por algo que voy a arreglar.

—Qué irónico que mi falso marido sea mi primera cita real —murmura, probablemente pensando que no la estoy escuchando—¿Vamos a algún sitio elegante, supongo? —pregunta más alto.

Sus palabras me hacen detenerme en seco. Debo de haber entendido mal.

—¿Qué has dicho?

Me giro y la encuentro jugueteando con el vibrante anillo de esmeralda que lleva en la mano. Me he dado cuenta de que lo toquetea cuando está nerviosa.

—Nada —contesta a mi pregunta—Sólo he preguntado si necesito arreglarme—Sus ojos parecen suplicarme que lo deje correr.

Un hombre amable probablemente lo habría dejado correr, viendo lo incómoda que la estaba poniendo esta interacción, pero nunca me han acusado de ser amable.

—Esa parte no. ¿Qué quieres decir con tu 'primera cita'? Debes haber tenido más citas—Con su aspecto, era imposible que no hubiera tenido hombres husmeando a su alrededor desde que era una adolescente. Cuando nos conocimos, tenía 12 años y ya entonces era fácil ver que se convertiría en una mujer preciosa.

Mira hacia el techo y suspira profundamente, cuadrando los hombros como si se estuviera

preparando para lo que viene.

—No, Angelo, nunca he tenido ninguna cita. —Su tono es combativo.

Siento que se me abre la boca de asombro y, aunque debo de parecer un pez demente, no puedo controlar mi sorpresa.

—¿Pero cómo...? ¿Cómo es posible? ¿Te has mirado en el espejo?

Debe de estar vacilándome. Parece ser su pasatiempo favorito, después de todo.

—En realidad, no es para tanto y no es tan difícil de entender. —Mérida levanta los brazos, con la frustración claramente reflejada en su rostro—. Mi padre no me permitía salir con nadie cuando estaba en el instituto y luego me enteré de que me habían usado como truque en un puto matrimonio concertado, así que me prohibieron salir con nadie en la universidad porque eso habría violado nuestro compromiso. Y cuando estás a la fuga, salir a cenar a la luz de las velas no es lo primero en la lista de cosas por hacer, sobre todo cuando no sabes quién podría estar trabajando para la persona de la que estás huyendo. Así que, vamos, ríete, desahógate y así podemos seguir con esta farsa.

Las palabras le salen apresuradas, como si quisiera soltarlas a toda velocidad. Su pecho se agita mientras respira profundamente, me desafía con la mirada. No sé qué espera que le diga, pero parece dispuesta a defenderse de cualquiera que sea mi reacción y eso me hace sentir como una mierda.

—No me voy a reír, Mérida. —Levanto las manos, esperando que se tome la señal como la rendición que es—No tiene nada de gracioso la forma en que has tenido que vivir —le digo con solemnidad.

Sus impresionantes ojos verdes me miran a la cara, como si intentara evaluar si lo que digo va en serio, y no rehúyo su mirada evaluadora.

Lentamente, asiente y siento como si otro ladrillo se hubiera derrumbado en el muro que nos separa.

Se me ocurre una cosa y siento demasiada curiosidad para no dejarla escapar directamente de mi boca, porque, con ella, mi férreo control se torna resbaladizo.

—Nunca has tenido una cita, eso significa que nunca has...

—¿Follado? No pensé que sentirías reparos a la hora de decirlo, Angelo, sobre todo teniendo en cuenta lo fan que eres de dicho acto.

Sus ojos arden de ira y cualquier progreso que creí que habíamos hecho en los últimos minutos se va por la ventana.

—Responde a la puñetera pregunta, Mérida —gruño, su terquedad aviva la mía.

—No es asunto tuyo. —Hace ademán de apartarse de mí, pero la agarro por el codo con la firmeza suficiente para impedir que pueda sacudirse mi mano.

—Eres mi mujer. ¡Si es asunto de alguien, es mío!

—Tu esposa *falsa*— —gruñe como una gata salvaje.

—¿Qué pasa, Mer? —La atraigo hacia mí para que nuestros cuerpos queden a un palmo de

distancia—Tampoco es que te importe lo que pienso, así que, ¿cuál es el problema? Dímelo.

Se resiste, pero no la suelto. Debería hacerlo, pero me gusta tenerla tan cerca, lo bastante para ver el pulso que le palpita en el cuello, cómo se agita su pecho y cómo sus ojos muestran algo más que ira. También hay fuego en ellos.

Por mucho que intente fingir que no siente lo que hay entre nosotros, su cuerpo la delata: la forma en que se inclina más hacia mí, cómo su atención se desvía hacia mis labios.

Sus ojos recorren mi cara y, por la tensión de su mandíbula, sé que no se echará atrás ante el desafío que le he propuesto.

—Que no haya tenido una cita no significa que no me hayan follado, Angelo. —Su voz es ronca, como si hubiera estado gritando—Aunque tampoco es que pueda recordar nada de ello.

—¿Qué quieres decir con eso? —Si fuera cualquier otra persona, asumiría que significa que se emborracharon y tuvieron un rollo de una noche. Pero Mérida apenas bebe y siempre ha sido una persona recta.

Se mira los pies descalzos durante un largo rato y, cuando alza la cabeza para mirarme, tiene lágrimas en los ojos. La rabia y la frustración que había sentido desaparecen, reemplazadas por la sensación de que podría saber lo que se avecina. Aunque espero equivocarme, joder.

—Significa que no estaba despierta cuando ocurrió —susurra, pero sus palabras son tan poderosas que bien podría haberlas gritado.

—¿Qué cojones…?

Suelto la mano que tengo su brazo y doy un paso atrás, en parte por el susto y en parte para que no se sienta apretujada. El monstruo que vive dentro de mí está arañando para salir.

Se frota la frente y me pregunto si le estará doliendo otra vez la cabeza.

—Estaba en una fiesta en la universidad. No suelo ir a esas cosas, nunca me han gustado las multitudes, pero era en una fraternidad a la que pertenecían los hijos de gente bastante prestigiosa, y mi padre pensó que estaría bien conocerlos mejor.

Si no hubiera deseado ya la muerte de Miguel García, oír la forma en que había utilizado a su hija me habría dado ganas de destriparlo.

—Nunca me ha gustado beber, así que sé que no estaba borracha, pero el tío con el que había estado hablando debió de echarme algo en la cerveza cuando no miraba. Sólo recuerdo que me sentí mareada y que él me dijo que me iba a llevar a un sitio donde tumbarme. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una habitación que no reconocía, con las bragas por los tobillos y un dolor entre los muslos. —Su voz ha adquirido un tono carente de emoción completamente en desacuerdo con la mierda horripilante que está contando—Me fui. Me largué a casa, me duché y luego fui hasta una clínica para que me examinaran.

—¿Y después qué? —Siento la garganta en carne viva, como si hubiera estado gritando, pero estoy bastante seguro de que ha sido todo en mi fuero interno.

—Después nada—Me mira con extrañeza.

—¿No se lo contaste a nadie? —No quiero que suene como una acusación, pero aun así lo

parece.

—¿Como quién, exactamente? —Frunce el ceño como si fuera estúpido—. ¿Mi padre? Sí, seguro que eso acababa bien. ¿Los polis? Buen plan. ¿Lo habría hecho antes o después de darles mi apellido y que se dieran cuenta de que formaba parte de *esa* familia García? ¿Crees que habrían hecho algo por la hija del jefe del cártel? ¿Y qué hay de tu familia? ¿Crees que no habrían cancelado el compromiso si se hubieran enterado de que yo era mercancía mancillada? Mi padre nunca lo habría permitido.

Lo peor de todo es que sé que tiene razón. No tenía más opciones que afrontarlo ella misma y seguir adelante, fingir que nunca había ocurrido. Y odiaba que se hubiese visto en esas.

Debería decir algo, hacer algo para consolarla, para decirle la mierda de suerte que le ha tocado y lo poco que se lo merece. Pero no puedo decir nada sin que ella vea lo de mala hostia que estoy. La veo desinflarse visiblemente mientras me quedo ahí en silencio como un gilipollas insensible. Quiero decirle que en realidad es porque siento demasiado, no lo suficiente, pero ni siquiera puedo soltarle eso.

—Voy a prepararme. —Menea la cabeza y sé que la he decepcionado. Otra vez.

Cuando se marcha, toda la rabia que había estado conteniendo mientras ella estaba delante de mí explota como un maldito volcán. Sólo había experimentado esa rabia una vez, la noche que Seb murió. No pensé que volvería a sentirla. Pero Mérida tiene la costumbre de hacerme sentir fuera de control.

Lo que se me antojan horas después, estoy sentado en el sofá de mi despacho, con un vaso de whisky en la mano, cuando oigo abrirse la puerta. Reconozco su paso ligero antes de que aparezca y oigo su respiración agitada, sin duda, mientras examina los restos de lo que solía ser mi estudio. Viéndolo a través de sus ojos, parece como si un tornado hubiera arrasado con la habitación. Ninguna parte ha quedado intacta, incluso las paredes han recibido algunos golpes.

Con lentitud, camina hacia delante para mirarme y su belleza es un puñetazo en las tripas.

—¿Intentas averiguar qué te aporta alegría? —pregunta con indiferencia.

—Sí. Estoy siguiendo los consejos de esa tal Marie Kondo, es lo que hay —respondo con la misma suavidad, animado por la forma en que sus ojos parpadean sorprendidos—No te sorprendas tanto, Mérida. No es tan rato que use Netflix. —Me encojo de hombros, lo hago cuando no puedo dormir, que es la mayoría de las noches, añado en silencio.

—Lo siento, no te tenía por una fan de los realities. —Sacude la cabeza oscura con esa cortina de pelo grueso balanceándose a su alrededor—Eres toda una contradicción, ¿sabes? —Sus ojos se entrecierran al observarme, como si tratara de entenderme mejor.

Me remuevo en la silla, incómodo. Esta noche no es una de las veces que aprecio su astucia, hay muchas cosas que no quiero que vea. Así que cambio de tema.

—Estás muy elegante. —Diez puntos por la observación, Angelo.

—Vamos a salir a cenar, ¿verdad? —Me mira con el ceño fruncido, probablemente preguntándose cómo me había olvidado de algo de lo que habíamos estado hablando hacía poco.

—No pensé que... después de... —Respiro hondo para recomponerme y vuelvo a empezar— Después de nuestra conversación, no pensé que estarías del humor adecuado para querer salir.

Gira la cabeza mientras observa la silla rota, los papeles por todas partes y el caos general que he provocado.

—Parece que no soy yo por cuyo «humo» tenemos que preocuparnos ahora. ¿Quieres hablar de ello, grandullón? —Ladea la cabeza mientras me mira con expresión inocente.

—Eres como un grano en el culo, ¿lo sabías? —le gruño sin ninguna calidez.

—Me suena a que eso es problema tuyo. —Se encoge de hombros.

El único ruido en la habitación es el del tintineo de las pulseras de oro que lleva en el brazo mientras juega con ellas.

—Llevas las gafas puestas. —¿En serio? ¿Sólo soy capaz de hacer afirmaciones obvias esta noche? No he bebido tanto. Miro la botella medio vacía sobre la mesa. Vale, puede que sí.

Su mano derecha vuela hacia las gruesas monturas, como si hubiera olvidado que las llevaba hasta que las señalé.

—Sí, es difícil ponerse lentillas cuando has estado llorando.

No hace falta que me lo recuerde, el recuerdo de aquellas lágrimas cayendo por su hermoso rostro aún está fresco en mi mente. Tomo otro sorbo de whisky, como si eso fuera a embotar mis sentidos.

—No tenemos que ir. Le pediré a Gianna que cancele la reserva —le aseguro.

—Pensé que querías que la gente nos viera—Suena insegura de sí misma, algo que casi nunca ocurre.

—He cambiado de opinión—Já, menudo eufemismo.

Veo cómo se le arruga la cara a Mérida, aunque baja rápidamente la mirada para ocultar su reacción. ¿Qué demonios he hecho para joder las cosas esta vez? Al parecer, fastidiar las cosas con ella es uno de mis talentos especiales. Nadie creería que la mayoría de las mujeres me encuentran encantador.

—¿Qué? —Me olvido de mi nueva norma de no tocarla a menos que me lo pida e echo su barbilla hacia arriba para que me mire a los ojos. No voy a insistir en cómo su piel parece como la seda o cómo huele a lavanda y luce como el mejor sueño que he tenido.

—¿Qué he dicho? —repito cuando no contesta.

Se mordisquea el labio inferior y definitivamente no pienso en lo mucho que deseo hacerle lo mismo.

Tranquilízate, Angelo. Lo último que necesita ahora es que te comportes como el cazzo cachondo que eres.

Retiro la mano de su cara, aún consciente de no sobrepasarme, sobre todo cuando cada vez me es más difícil ignorar la atracción que siento hacia ella. Necesito echar un polvo, eso es todo, es como la necesidad de rascarse un grano. Y Mérida no es al cien por cien la mujer con la que hacerlo, se merece mucho más que cualquier cosa que yo pueda ofrecerle.

—Ya no quieres salir, porque no quieres que la gente nos vea juntos, no después de lo que te dije. Por eso no quería decir nada. Sabía que me verías diferente y no quería...

Madre mía, joder, ¿de verdad se cree eso?

—Lo único diferente entre cómo te veo ahora y cómo te veía antes, es que me he dado cuenta de que eres incluso más valiente de lo que pensaba. —Más valiente, más fuerte, aún más jodidamente increíble.

—¿No crees que estoy rota? —Su voz suena acuosa. Si llora, me voy a volver loco. Otra vez.

—¡No! —suelto más bien un grito, y sé que no debería levantarle la voz ahora mismo, pero necesita oírlo—Joder, no, no pienso eso y no quiero volver a oírte decir una tontería así sobre ti, ¿me oyes? —Espero a que asienta con los ojos muy abiertos antes de continuar—Que un gilipollas te haya quitado algo que no querías dar no dice *nada* de ti, aparte de que eres una puta superviviente. ¿Me oyes? —Asiente, pero sus ojos me dicen que no está al cien por cien de acuerdo con lo que le estoy diciendo.

Esa mierda va a cambiar ahora mismo.

—Eres la persona más inteligente que conozco, Mer. Pensaba eso incluso antes de conocernos y mi opinión no ha cambiado. Y cuando nos hicimos amigos, me di cuenta de que eso ni siquiera era lo más increíble de ti. —Joder, pero quiero besarla cuando me mira así, como si por unos segundos se hubiera olvidado de la escoria que soy. Pero no me lo merezco, y desde luego que no merezco ponerle un dedo encima cuando ella no me lo ha pedido—Es tu bondad, *tesoro*. Has conseguido crecer en casa de los García sin perder esa bondad y no tengo ni puta idea de cómo lo has conseguido. Y saber que algún hijo de puta se aprovechó de ti de esa manera, me da ganas de quemar toda esta puta ciudad. —Tal vez el mundo entero.

Su sonrisa es pequeña, apenas un leve respingo en sus labios, pero después de la oscuridad que ha habido en sus ojos desde que me contó su historia, parece que ha salido el sol.

—Me gusta esta ciudad. —Se encoge de hombros—Sería una pena quemarla.

Me duele el brazo de las ganas de tocarla.

—Todo esto y sigues haciendo bromas. —Mi voz es mitad gruñido, mitad asombro. Nunca podré entender a esta mujer.

—Es mejor que la alternativa. —Se encoge de hombros—Prefiero dejarlo en el pasado, donde pertenece.

Asiento con la cabeza, comprendiendo muy bien la necesidad de mantener esos malos recuerdos bajo llave y enterrados en lo más profundo. Me viene a la cabeza la imagen del rostro ensangrentado de mi hermano. La sensación de apretar el gatillo, el sonido de una bala golpeando la carne. Parpadeo y alejo esas imágenes. No tienen cabida en esta habitación, ahora no.

—No tenemos que volver a hablar de esto, si eso es lo que quieres. Pero, primero, hay una cosa más que necesito que me digas.

Me mira con recelo, con los ojos verdes muy abiertos.

—Un nombre. Quiero el nombre del hijo de puta que te hizo daño.

Su cabeza tiembla antes de que haya terminado de hablar.

—No, Angelo. Eso *no va a* pasar—Cruza los brazos sobre el pecho—No necesito que me defiendas, no soy una damisela en apuros—Se pasa los dedos por el pelo ondulado—Además, fue hace mucho tiempo.

Y una mierda.

—No me importa si fue en una puta vida pasada, Mérida. Me lo vas a decir. —Lo único que me impide gritar es saber que no es con ella con quien estoy enfadado, ni siquiera un poco.

Su expresión se suaviza al notar cómo se me agita el pecho y cómo aprieto y suelto las manos como si sufriera una descarga eléctrica. Cierra el último resquicio que nos separa, me pone la mano pequeña en el antebrazo desnudo y siento ese contacto como si me quemara por dentro.

—Por mucho que *le* odie —dice Mérida en voz baja—, no seré responsable de su muerte.

Quiero protegerla, como cuando éramos niños. O quizá no *exactamente* así. Esta conciencia candente entre nosotros cambia las cosas, significa que quiero matar sus dragones y besarla hasta perder el sentido al mismo tiempo, como si me creyera una especie de puto caballero de brillante armadura. La verdad es que soy el último hombre en ser su héroe, o el de cualquiera.

—No morirá —le aseguro—Ese sería un final demasiado fácil para ese pedazo de mierda.

—Aun así, no voy a decírtelo—Me lanza una mirada dura, que no debería ser sexy, pero parece que pedirme que no me excite Mérida es como pedirle a la marea que no baje.

Me encojo de hombros, dejándolo estar, por ahora, porque lo averiguaré de todos modos. Habría sido más fácil si me hubiera dado un nombre, pero hay razones por las que tengo investigadores privados en mi nómina personal.

Su cabeza se inclina hacia mí y está lo bastante cerca como para que le ponga una mano en la cadera y la arrastre hacia mí. Teniéndola tan cerca, después del whisky que he bebido, mis defensas se encuentran peligrosamente bajas. Cada vez me cuesta más resistirme a hacerme con lo que tanto deseo, y tenerla aquí, con ese aspecto de puta diosa a la luz parpadeante del fuego, es la prueba definitiva de mi moderación, una prueba que no estoy seguro de superar.

—¿Por qué me miras así? —Su voz es suave y baja.

—Porque quiero tocarte más de lo que recuerdo haber querido nada. —Las palabras salen de mi boca sin tiempo para mitigarlas. No puedo fingir, no esta noche.

A su grito ahogado le sigue una pequeña sonrisa privada.

—Entonces, tócame —murmura y su cuerpo se inclina hacia mí en señal de invitación.

Estoy deseando hacerlo, mis manos rodean su cintura y la atraen hacia mí. El aire entre nosotros parece echar chispas. ¿Siente ella esta tormenta entre nosotros? ¿O estoy solo con esta necesidad que me vuelve medio loco?

—Si vamos a hacer esto, necesito que estés segura.

Trazo un camino por su mejilla con un dedo y ella se inclina hacia mis caricias mientras su respiración se acelera.

Ella asiente lentamente, mordiéndose el labio inferior, un labio que he estado deseando chupar desde el segundo en que la volví a ver.

—Necesito que lo digas con palabras, *principessa*. Dímelas —murmuro las palabras contra su cuello, inhalando el aroma a lavanda que me ha estado volviendo loco desde aquella primera noche en el callejón.

—Bésame. Por favor —El «por favor» es mi perdición y me abalanzo sobre ella como un animal. Sé que debería ir despacio, pero su sabor cortocircuita la parte racional de mi cerebro y lo único que quiero es consumirla, poseer cada parte de ella. Ella responde con avidez, sus uñas me rozan el cuero cabelludo, lo que hace que mi polla se ponga aún más dura. Nos hemos besado antes, pero esto es diferente. Todas las otras veces había sido al servicio de la historia que intentábamos vender. Era para otras personas. Pero este beso es sólo para nosotros.

Mis manos fueron hechas para sus curvas, para explorar cada centímetro de ella y las recorro por todo su cuerpo, el vestido que parece pintado tiene que desaparecer. Noto que se tensa un instante cuando voy a quitarle la prenda y me detengo de inmediato.

—No tenemos que hacer nada que tú no quieras —le aseguro mirándola a los ojos. Pararé siempre que me lo pida, no quiero que tenga ninguna duda al respecto.

—No es eso. —Se muerde el labio inferior, haciéndome gemir—Sólo estoy un poco nerviosa. —Se ruboriza—No tengo mucha experiencia —admite.

Esta dulce y hermosa mujer no tiene ni idea de que es ella la que tiene todo el poder aquí.

—No tienes que hacer nada, *tesoro*. Ya me estás volviendo loco—Sus ojos se abren por la sorpresa y, suavemente, le succiono el labio de entre los dientes—¿Qué tal si te relajas y dejas que me ocupe de ti?

CAPÍTULO VEINTE

Mérida

Deja que me ocupe de ti.

Reconozco las palabras de Angelo, las mismas que me había imaginado que decía en mi sueño con él. Pero, ¿cómo podía saberlo?

—Relájate, *tesoro* —susurra contra mis labios y deseo tanto a este hombre, que le devuelvo el beso en el que he pensado noche tras noche.

Mis manos se mueven sobre su duro pecho, sintiendo cómo los músculos se agolpan bajo mis palmas. Es mucho más grande que yo. Me pregunto si todo en él es grande. Entonces dejo de pensar cuando me sube a su escritorio y se sitúa entre mis piernas para que me vea obligada a abrirlas para él.

Lentamente, mirándome en busca de aprobación, coge mis gafas.

—¿Puedo quitártelas?

Asiento con la cabeza, parpadeando. Aún puedo verle con claridad, solo el resto de la habitación está borroso, pero de todos modos es lo único que me interesa mirar.

—Tienes unos ojos preciosos, Mérida. —Me acaricia el cuello con la nariz—Siempre lo he pensado, a veces verdes, a veces avellana, casi dorados, como ojos de sirena —murmura las palabras mientras me hace sentir hermosa con su boca y sus dedos.

Me levanta el vestido y me lo pasa por encima de la cabeza tan rápido que recuerdo cuántas veces habrá hecho algo parecido con otras mujeres.

—Solo estamos tú y yo, Mer —susurra contra mis labios, robándome besos, y estoy demasiado excitada para preguntarme cómo tiene esa capacidad de leerme el pensamiento.

Se aparta y yo emito un sonido de impaciencia. Me recorre con la mirada, observando el conjunto de ropa interior negra.

—Eres muy guapa. Pero quiero verte *entera*.

Por primera vez desde que tengo consciencia, yo también quiero eso. La forma en que

Angelo me mira me hace sentir más segura de mí misma que nunca.

Alargo la mano hacia atrás y me quito el sujetador, dejándolo caer sobre mis brazos hasta el suelo. Mantengo la atención en su cara al ver cómo sus ojos me devoran como si fuera un muerto de hambre y yo su próxima comida. Mis pezones están tan duros que parecen balas. Estoy tan excitada que al menor roce me hormiguean todas las terminaciones nerviosas.

—Tan guapa —murmura antes de tomarme los pechos y bajar la cabeza para llevarse un pezón a la boca, tirando de él con los dientes. Quiero frotarme los muslos para aliviar un poco el calor que palpita entre ellos, pero Angelo tiene las caderas entre las mías, así que me aprieto contra él y le acaricio sobre el pantalón.

Su boca se mueve entre mis pechos y mi boca, como si no pudiera decidir qué desea más.

—Sabes a whisky —me lamo los labios hinchados por sus besos.

—Sabes a gloria —gruñe contra mi cuello y yo jadeo cuando las vibraciones bajan hasta mi coño. Sus hábiles dedos me siguen, rozándome las bragas, y suelto un sonido tan necesitado que no lo reconozco.

—Estás muy mojado, *tesoro*. —Suena casi dolorido y su estruendo me provoca otra oleada de deseo.

Respiro con dificultad, jadeando, mientras él me agarra el fino encaje de las bragas y me las arranca. Cuando sus ojos se cruzan con los míos, veo la oscuridad en ellos, el peligro, pero no quiero huir, lo único que quiero es acercarme.

Me tira suavemente del pelo, acercándome a su boca, encendiendo mis terminaciones nerviosas y con la otra mano me acaricia entre mis pliegues, haciéndome gritar contra sus labios. Me mete un dedo y luego otro, y yo jadeo. Su pulgar me rodea el clítoris mientras mueve sus dedos dentro de mí.

—Eso es, *principessa*. —Me mira—Déjame hacerte sentir bien.

Quiero decirle que esto es mucho mejor que bien, pero parece que he perdido la capacidad de hablar. Lo único que puedo hacer es gemir y gritar mientras sus dedos entran y salen de mí y toca mi clítoris como un violín, como si supiera exactamente lo que me gusta, exactamente lo que necesito, incluso mejor que yo.

Cuando me corro, es lo más parecido a una experiencia religiosa que he tenido nunca. Nunca entendí la descripción de un orgasmo como fuegos artificiales.

Los que me he autoadministrado han sido satisfactorios, pero nada parecido a esto. Siento como si todo mi cuerpo se hubiera incendiado. Mis entrañas se han convertido en líquido, mi cerebro en papilla.

Lentamente, vuelvo a la tierra y me doy cuenta de que estoy completamente desnuda, excepto por los tacones, extendida sobre el escritorio de Angelo como un bufé, y él todavía está casi completamente vestido.

—Llevas demasiada ropa —balbuceo cuando por fin consigo recuperar el aliento.

Angelo me recompensa con una sonrisa arrogante, que me hace estremecer de nuevo entre

los muslos, aunque eso apenas parece posible tan pronto después de haber llegado al clímax.

Lentamente, se desabrocha la camisa sin dejar de mirarme y se la quita, dándose la vuelta para tirarla al suelo. Y es entonces cuando veo el tatuaje, pero solo puedo captar una parte.

—Espera. —Salto del escritorio, reteniéndolo en el sitio para poder verlo.

Paso los dedos por la escritura que recorre la parte superior de su espalda ancha y musculosa. *La famiglia prima di tutto*. Sé lo que es: el lema de los Russo. Pero la forma en que su cuerpo se detiene mientras lo recorro me dice que es algo de lo que se avergüenza: su relación con la mafia y lo que ésta le ha hecho hacer.

Instintivamente, me inclino hacia delante y beso el centro del tatuaje, pero él se aparta de mí como si le hubiera hecho daño.

—No lo hagas —me advierte, pero no hay ira en su voz, sólo dolor y desearía poder quitárselo.

—Son sólo palabras, Ángelo. Puedes elegir lo que significan —hablo en voz baja, apenas por encima de un susurro, pero la forma en que sus hombros se relajan ante mis palabras me dice que me ha oído, aunque aún no esté preparado para reconocerlo.

Sus músculos se agitan cuando se desabrocha los pantalones y los deja caer al suelo, seguidos de los calzoncillos, dejándolo gloriosamente desnudo. Su culo es algo sobre lo que la gente debería escribir poesía. Todo su cuerpo está tenso, sus músculos parecen esculpidos en mármol, y doy las gracias a su régimen de natación.

—Ven aquí —retumba, y yo obedezco sin pensarlo, poniéndome delante de él y soltando un chillido cuando me sube de nuevo a su escritorio y me abre los muslos. Se me seca la boca al notar su tamaño. Me había preguntado si era grande por todas partes, la verdad es que no estoy segura de que vaya a caber.

—Iremos despacio —promete, levantándome la barbilla para que le mire a la cara y no a su polla gigante.

Abre un envoltorio de papel de aluminio que ha sacado de algún sitio, pero yo lo detengo, queriendo tocarlo, necesitándolo.

—Déjame a mí. —Enrollo la mano alrededor de su longitud, haciéndola deslizarse sobre su dura polla. Cuando le miro a la cara, Angelo ha cerrado los ojos, con expresión de dolor—¿Estoy haciendo algo mal?

Sus ojos se abren de golpe y el deseo que veo en ellos me enciende.

—Lo estás haciendo todo bien —resopla, con la respiración agitada—Pero si no me meto dentro de ti ahora mismo, me pondré en evidencia. Eso es lo mucho que te deseo.

La crudeza de su confesión me sobrecoge.

—Yo también te deseo así —susurro, abriendo las piernas y guiándolo hasta mi entrada resbaladiza, donde estoy más que preparada para él.

Su cabeza abre mis pliegues y envuelve mi mano con la suya, metiéndose dentro de mí mientras me acaricia el clítoris y se me ponen los ojos en blanco. Mis manos se mueven hacia

sus hombros mientras él se desliza dentro de mí, dándole tiempo a mi cuerpo a acomodarse a él mientras me abre. Le rodeo la cintura con las piernas y mis talones tiran de él hacia dentro.

—Joder, Mer. Te sientes tan bien. —Su frente se acerca a la mía mientras intenta ralentizar su respiración, retomando el control. Pero no quiero que sea mesurado, quiero que esté tan fuera de control como me siento yo.

Mi mano va a parar a su pecho, sintiendo su corazón latir tan rápido como el mío.

—Más fuerte, Angelo. Más. —Me retuerzo contra él, necesitando acercarme aún más, queriendo sentirle aún más profundo, haciéndole gemir.

Sus manos en mis caderas me aprietan por reflejo y él acelera el ritmo, me penetra de golpe y yo grito mientras me llena, entrando en mí hasta la empuñadura. Me hace delirar de placer. Su pulgar me estimula mientras me llena con su gruesa polla. Me susurra en italiano palabras que no sé qué significan, pero que me ponen a cien.

—Estoy muy cerca.

—Córrete para mí, *tesoro* —ordena Angelo y levanta mi pierna por encima de su hombro, cambiando el ángulo y golpeando un punto dentro de mí que no sabía que existía.

Grito cuando el clímax se apodera de mí y cierro los ojos mientras todo mi cuerpo se estremece.

Ángelo sigue moviéndose dentro de mí, empujando una vez, dos veces, y yo obligo a mis ojos pesados a abrirse para mirarle mientras se corre, con mi nombre en sus labios, repetido como un mantra, como una plegaria. Me sostiene, con la cabeza hundida en mi cuello, mientras yo le acaricio el pelo, nuestros cuerpos sudorosos y con el único sonido de nuestra respiración mientras ambos nos recuperamos. Excepto que no estoy segura de poder recuperarme de esto.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Mérida

Me despierto en el dormitorio principal, no en el estudio donde debí quedarme dormida después de aquella segunda vez en el suelo.

La almohada junto a mi cabeza está mullida, las sábanas no tienen arrugas, no hay señal de que nadie haya dormido al otro lado de la cama. El silencio de la casa y la falta de un cuerpo caliente a mi lado me hacen preguntarme si me he imaginado toda la noche con Angelo. Pero mis labios hinchados y el dolor entre mis muslos me dicen que todo fue muy real. O al menos que el sexo increíble había sido real. Del resto no estoy tan segura.

Las cosas que dijo Angelo, ¿eran verdad o sólo una forma de llevarme a la cama?

No, eso no es lo que pasó.

Hundo más la cabeza en la almohada. Yo también intentaba seducirle. No me persuadió. Acostarme con Angelo era exactamente lo que quería hacer.

Dimos el paso juntos, no me empujó. Lo hicimos dos veces. Me había adelantado a todos los pensamientos sobre las consecuencias de lo que hicimos y ahora sólo queda lidiar con ellas. Sería más fácil si supiera qué piensa Angelo, dónde tiene la cabeza. Pero tal vez despertarme sola sea mi respuesta. Puede que no sea la que yo quiero, pero he aprendido que las cosas rara vez salen como esperaba.

Giro la cabeza y observo la mesilla de noche vacía salvo por un objeto: mis gafas. Algo cálido se despliega en mi pecho al saber que Angelo tuvo que ser quien las puso ahí. Sabe que no puedo ver nada sin ellas.

Agarrándolas, aprieto la sábana contra mi pecho y miro a mi alrededor en busca de la ropa que llevaba puesta la noche anterior, hasta que recuerdo que sin duda sigue esparcida por el suelo del estudio de Angelo.

El resto de mi ropa está en la suite de invitados, donde he estado durmiendo. Ahora que lo pienso, ¿por qué Angelo no me llevó a mi propia ala de la casa en vez de traerme aquí? Mi lado

romántico sugeriría que es porque quería pasar la noche conmigo, pero el lado frío de la cama a mi lado se opondría rotundamente a tal afirmación.

Mis ojos recorren el dormitorio desconocido y se fijan en la única prenda fuera de lugar: una camisa de vestir blanca tirada sobre el respaldo del sillón junto a la ventana. Me planteo si ponerme la ropa de Angelo durante cinco segundos antes de decidir que es lo menos íntimo que hemos compartido en las últimas doce horas. Además, no pienso salir de aquí vestida con una sábana, por muy impresionante que sea.

Salgo disparada de la cama y me pongo su camiseta en un tiempo récord, no quiero que me pillen con los pantalones literalmente bajados. Al menos, con la diferencia de estatura, la camisa de Angelo me llega a medio muslo y estoy bastante decente.

Sólo pienso detenerme en el cuarto de baño para ocuparme de mis asuntos, pero mi atención se fija en mi reflejo, como si no estuviera ya lo bastante avergonzada.

El maquillaje de mis ojos ha migrado hasta la mitad de mi cara, lo que me hace parecer un payaso triste, y mi pelo podría describirse generosamente como un nido. Me froto una toallita bajo los ojos y las mejillas y me doy cuenta demasiado tarde de que huele a Angelo. Tiene ese aroma especiado del que no me cansaba anoche, todo lo que había querido era enterrar la cabeza en su cuello y olisquearlo como una especie de animal salvaje. Ahora voy a estar rodeada de su aroma distractor hasta que me dirija al otro lado de la casa y me lo quite de encima.

Tengo la piel roja de tanto frotarme. Peinarme el pelo con los dedos no ha servido de mucho más que para arrancarme mechones anudados, así que la mujer que veo en el espejo es lo mejor que voy a conseguir con las herramientas de que dispongo.

Es hora de abandonar la seguridad del dormitorio de Angelo para enfrentarnos a lo que sea esta nueva realidad entre nosotros.

Sigo el olor a café hacia la cocina y veo a Angelo de pie, de espaldas a mí, trajeado y calzado. Podría obviarlo e irme directamente a mis aposentos, pero eso huele a evasión y -en algún momento- vamos a tener que hablar de lo que ha pasado. Si no lo hacemos ahora, me pasaré el resto del día obsesionada con ello en lugar de hacer algo útil como, no sé, recopilar información para acabar con el mayor cártel de la droga del país.

—Ponte tus bragas de niña grande —murmuro para mis adentros.

La verdad es que ojalá llevara bragas para mantener esta conversación.

Entro en la cocina en silencio, observando la imponente figura de Angelo con su traje impecablemente confeccionado. Dejo que mis ojos recorran sus anchos hombros y bajen hasta sus estrechas caderas, recuerdo que anoche le rodeé con mis piernas y se me calienta la cara, aunque él no pueda verme.

—¿Sabe?, es de mala educación mirar a alguien fijamente, *principessa*—Su voz está teñida de la sonrisa de satisfacción que sé que lleva.

—¿Tienes ojos en la nuca o algo así? —refunfuño, esperando que mi rubor se haya calmado para cuando llego a la isla de la cocina y la cafetera clama mi nombre. Solo cuando he tomado el

primer sorbo me doy la vuelta para mirarle.

—¿Has dormido bien? —pregunta con expresión apacible mientras consulta la tableta que tiene delante. No levanta la vista para mirarme a los ojos y siento mi segunda inquietud desde que me he despertado.

—Mmmhmmm —Miro fijamente las profundidades de mi café, tratando de entender cómo las cosas entre nosotros habían pasado de lo que eran anoche a este nivel de incomodidad—¿Tú? —*No hagas la pregunta, Mer. No la hagas*—¿Dormiste en otra habitación?

Maldita sea, Mer. ¡Acordamos que íbamos en plan no es la gran cosa!

Su vacilación es breve, pero está ahí.

—No, tenía cosas que hacer.

—¿Ya has salido? —Frunzo el ceño mirando el reloj del horno. Apenas son las ocho de la mañana.

Angelo se encoge de hombros como respuesta. No es ni un no ni un sí, es una evasiva. Y después de lo de anoche, no puedo fingir que todo entre nosotros sigue igual que antes.

Sus ojos se posan en mí y hay una tensión en el aire que antes no existía. Ah, claro.

—Siento esto. —Señalo su camisa—. Fue lo único que encontré en tu habitación. No creí que te gustara que rebuscara en tus cajones. —Intento hacerme la graciosa, pero Angelo ni siquiera finge una sonrisa.

Vaya, un público difícil. Y yo que pensaba que los hombres debían estar más relajados después del sexo. Angelo parece haber ido en la dirección opuesta, está aún más tenso que antes.

—No pasa nada. —,Hace un gesto de «no te preocupes» con la mano—De todas formas, hay que llevarlo a la tintorería. Déjala en el cesto y Marta se encargará.

Vale... Hemos pasado del sexo alucinante a hablar de la lavandería en un tiempo récord. Pensé que tomaría al menos unos meses de vida matrimonial para que eso sucediera. Me lo guardo para mí, algo me dice que Angelo no está de humor esta mañana para apreciar la ironía.

—Entonces... ¿todas tus mañanas son así de incómodas o es sólo con tu mujer? —bromeo, pero no consigo ocultar del todo el dolor en mi voz.

Por fin deja la maldita tableta y me mira bien. Estamos apoyados en encimeras opuestas de la cocina, a pocos metros de distancia, pero parece que nos separe un océano. Me fijo en las manchas oscuras bajo los ojos de Angelo, señal de su falta de sueño, y en la afilada línea de su mandíbula, sombreada por la barba incipiente. A pesar de su camisa impecable y su traje negro, parece agotado y siento que se me escapa el resentimiento.

—¿Va todo bien? —Intento leer su expresión, pero se ha cerrado en banda, igual que cuando está trabajando con los demás.

No me doy cuenta de lo poco que ha usado esa mirada conmigo hasta ahora y quiero que vuelva el Ángelo fácil y relajado, el que me muestra las turbulencias que hay detrás de sus ojos.

—No es nada de lo que tengas que preocuparte. —Angelo esquiva mi pregunta con pulcritud.

—Eso no es un no. —Mi voz se endurece. Cuando no parece que vaya a decir nada más, dejo

el café y lo atravieso con mi característica expresión de «no me jodas»—Yo arriesgo tanto como tú, Ángelo. Así que, si algo se ha torcido, si hay una amenaza, merezco saberlo. ¡Dijiste que serías honesto conmigo sobre estas cosas! —Lo había hecho, había prometido ser sincero sobre todo lo que tuviera que ver con el plan para acabar con nuestras familias.

En aquel momento, no me había fijado en que no había prometido decir la verdad sobre otras cosas, como sus sentimientos o sobre nosotros. Ahora desearía haber insistido más en la transparencia. Pero puede que haya cosas que no quiero saber, no de verdad.

El músculo de su mejilla hace tic, el que indica que hay algo que no le gusta. Sale a la superficie bastante conmigo.

—Hubo un incidente con uno de mis *capos* —dice lentamente, cada palabra medida—Pero no tiene nada que ver contigo.

Cruzo los brazos sobre el pecho, como si eso fuera a alejar el frío del miedo sigiloso a lo que pueda haber pasado.

—¿El 'incidente' implica que alguien acabe en la morgue?.

—No —la respuesta de Angelo es inmediata, al igual que mi alivio.

Le miro fijamente, esperando a que diga algo más.

—Descubrí que se estaba tomando libertades con una de las chicas que trabaja en La Linterna Roja.

—Uno de los burdeles que tienes —supongo.

—En realidad, La Linterna Roja es un club de striptease. Y es un negocio legítimo, uno de los pocos que poseen *los Russo* —subraya—Las mujeres que trabajan allí son trabajadoras y están mejor pagadas que en cualquier otro club de la ciudad y ganan una cantidad obscena en propinas. También se les prometió protección. —El enfado es evidente en el tono de Angelo—Cuando descubrí que el *capo* que se suponía que las protegía era el que intentaba aprovecharse... hubo que hacer algo.

Intento no conmoverme por el sentido del honor y la responsabilidad de Angelo.

—¿Qué le hiciste?

—Nada que no mereciera —dice en tono sombrío. Los ojos de Angelo recorren la rigidez de mi postura, antes de negar con la cabeza—Cojeara durante un tiempo y ha sido reducido a soldado, relegado a las tareas más básicas. También le he hecho saber que no debe estar a solas con una mujer con la que no tenga parentesco. Los demás soldados se encargarán de hacer cumplir esa norma con más eficacia que yo. —No hay calidez en la media sonrisa que me dedica —No soy tan bestia como crees, *principessa*.

—Nunca te he llamado así. —Y definitivamente no es así como describiría la forma en que ha cuidado de las personas que le han sido confiadas—Esas son tus palabras, no las mías.

Sonríe, pareciéndose más al Angelo normal en lugar del extraño que me he encontrado en la cocina.

—No, pero me has llamado cosas mucho peores.

Me encojo de hombros, porque no se equivoca.

—Digamos que quizás no seas tan malo como pensaba.

¿O sólo estoy poniéndome sentimental? ¿Puedo olvidárseme tan rápido lo que le hizo a Diego? ¿Y qué dice eso de mí?

Angelo me lanza una larga mirada y me pregunto si es capaz de ver la confusión que me invade por dentro. Parece tener la extraña habilidad de leerme cuando menos lo deseo. Me obligo a no moverme bajo el peso de su mirada y me ajusto la camisa, que me llega a la altura de los muslos. Después de todo, me ha visto con menos ropa.

—Me tomaré eso como un gran elogio viniendo de ti —dice finalmente y suelto un suspiro que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Se endereza los gemelos, mirándolos en vez de a mí.

—Lo siento, no quería que las cosas se pusieran incómodas entre nosotros.

—¿El gran Angelo acaba de disculparse? —Me llevé la mano al corazón, con la voz cargada de falsa incredulidad.

—No te acostumbres, *principessa*. —Sacude su oscura cabeza hacia mí, con una sonrisa amenazando con formarse en los labios que me besaron tan a fondo hace tan solo unas horas. Se rasca la mandíbula puntiaguda—Suelo ser mejor en esto.

«Esto», en plan, la mañana después de echar un polvo.

Recordarme que ha tenido a más de una mujer en mi lugar, navegando por la situación post desnudo, es como un balde de agua helada a la cara.

—No pasa nada, los dos somos adultos—Me doy la vuelta para rellenar mi taza de café aunque se me hace un nudo en el estómago—No tenemos que convertirlo en nada más de lo que fue. —Aunque anoche hubiera sido algo más que sexo. Eso es todo lo que puede haber entre nosotros. Si pensé que había algo más, la única persona a la que puedo culpar es a mí misma. Angelo nunca me hizo ninguna promesa más allá de los términos de nuestro acuerdo.

—Me preocupo por ti, Mer. —No es exactamente una declaración de grandes sentimientos, pero no debería haber esperado eso de Angelo. No soy idiota, pero este hombre me hace comportarme como tal. Suspira, parece cansado—No debí aprovecharme anoche. Estabas... sensible.

Ay, diablos, no. Puede que no me sienta muy cómoda con nuestra dinámica postcoital, pero no voy a fingir que no fue tanto decisión mía como suya. Me respeto demasiado como para hacerme eso.

Me doy la vuelta para mirarle, impresionada por la preocupación en sus ojos. Pero no me distraigo porque Angelo sea encantador y se preocupe por mis sentimientos.

—Que yo recuerde, no hiciste nada que yo no quisiera. —Me niego a sonrojarme. Tengo 22 años, por el amor de Dios, debería poder hablar de sexo sin convertirme en una debutante de los años cincuenta—Fui una voluntaria tanpartícpe como tú.

Su ceño se frunce al mirarme y no me inmuto ante el escrutinio de su mirada. Si se ha estado

machacando por la noche consensuada que pasamos juntos, entonces se merece un cien por cien de sinceridad.

—No hiciste nada malo, Angelo. De hecho, me diste algo que no estaba segura de recuperar, así que quiero agradecértelo.

Mi mano encuentra el camino hacia su antebrazo cubierto por la chaqueta. Sus ojos siguen el movimiento, lo que me hace pensármelo mejor y retirarla. Que sepa exactamente cómo es debajo del traje no significa que pueda tocarlo cuando quiera. Eso es cosa de novias o esposas de *verdad*, y está claro que yo no soy ninguna de las dos.

—¿El qué? —pregunta, con los ojos aún clavados en el punto del brazo que le había apretado —Eso que no pensaste que llegarías a recuperar, ¿qué era?.

Hay algo en confiarle esto a Angelo que me parece más privado incluso que lo que compartimos anoche, pero por alguna razón quiero decírselo.

—No creía que el sexo fuera a ser algo que pudiera disfrutar nunca —admito y hay algo liberador en decir las palabras en voz alta— Después... después de aquella noche en la universidad —prosigo rápidamente al ver que la mandíbula de Angelo se tensa—, ni siquiera *quería* estar con nadie de esa manera. Pensé que pasaba algo malo conmigo.

—*No* te pasa nada —me interrumpe Angelo con voz tensa, y le sonrío a modo de gracias. Aunque solo lo diga para hacerme sentir mejor, no deja de ser amable.

—Pero después de que tú y yo... —Agito vagamente la mano en el aire. En serio, ¿por qué es tan difícil decirlo? Nos acostamos, follamos, hicimos el amor. No, esto último definitivamente no se aplica.

—Después de estar juntos —sugiere Ángelo al ver mi esfuerzo, lo que sólo hace que me sienta más nerviosa e inmadura. Angelo ya tiene experiencia -de sobra- y yo soy incapaz de pronunciar las palabras en voz alta.

—Claro, después de *eso*, me di cuenta de que es algo que puedo disfrutar, algo que *quiero* hacer con la persona adecuada. Siento que he recuperado una parte de mí que creía perdida, y eso se debe a ti. Así que, gracias —concluyo con desgana.

—No tienes que agradecérmelo. —No sé qué espero que haga, tal vez sonreír, pero lo que obtengo es lo contrario, parece más bien que aprieta la mandíbula.

Muy bien.

Sigo sus movimientos mientras coge la tableta de la encimera y consulta la hora en su reloj.

—Tengo una reunión en breve. Estaré fuera casi todo el día. Y, recuerda, esta noche cenamos en casa de mis padres—Parece tan entusiasmado con esa idea como yo con la de la cena familiar a la que nos ha invitado su madre—¿A no ser que no te apetezca? —Es lo más dubitativo que he oído nunca a Angelo y lo miro con el ceño fruncido, intentando leer entre líneas. Hay tantas cosas que no dice.

—Me siento bien. Y, además, es algo inevitable. Si intentáramos dar alguna excusa de última hora para cancelarlo sólo levantaríamos sospechas y esa no es una opción—Por mucho que la

idea de exhibir nuestro falso matrimonio en público me revuelva el estómago—Le dije a tu madre que podría ayudarla con los preparativos cuando terminara en casa de mi padre.

El ceño fruncido de Angelo crea una hendidura sobre su nariz y junto las manos para impedirme alisarla. No me corresponde a mí hacer eso, es algo que haría una novia o una esposa «de verdad», no una impostora.

—No sabía que hoy ibas a ver a tu padre. —Su tono suena apagado, pero eso no va a colar.

—No creí que tuviera que consultar mi agenda contigo —le respondo, tajante. Me cruzo de brazos, sin importarme que la camisa se me suba.

Los ojos de Angelo bajan hasta mis muslos y vuelven a subir tan rápido que me pregunto si me lo he imaginado, pero la tensión de su mandíbula me dice que no, y me doy una pequeña palmadita en la espalda. Puede que sea inmaduro, pero me reconforta saber que nuestra atracción sigue siendo mutua después de lo de anoche.

—No espero que me presentes una hoja con tus horarios, Mérida. Pero no es descabellado querer saber dónde pasa el tiempo mi *mujer*.

—Tu mujer falsa —le corrijo sólo porque me siento mezquina.

Me lanza una mirada fulminante.

—Qué mona. Te llevarás a Stefano contigo.

Stefano, al que le gusta coquetear y mostrarme trucos de cartas.

Doy un paso adelante y contemplo el atractivo rostro de Angelo, negándome a pensar en lo que pasó la última vez que estuvimos tan cerca.

—Sé que esto es una dinámica nueva para ti, Ángelo, por eso estoy mostrándome tan tranquila. —Mantengo la voz uniforme, ignorando la ceja levantada que me dirige—Yo. No. Trabajo. Para. Ti. —Puntualizo las palabras con un dedo clavado en su duro pecho—Eso significa que no puedes decirme lo que tengo que hacer. Trabajamos juntos, así que tomamos decisiones juntos.

Angelo mira mi dedo y luego vuelve a mirarme a la cara, antes de agarrarme la muñeca y bajarme la mano hasta el costado. Me estremezco ante su contacto, aunque ha sido demasiado rápido.

—Tienes razón. Es... un ajuste, lo tener una socia.

Parpadeo ante su admisión. Vale, no es lo que esperaba.

—Pero la razón por la que quiero que te lleves a Stefano contigo no es porque yo te lo diga, es porque sé que él te protegerá de cualquier daño cuando yo no pueda estar contigo. No quiero discutir contigo por esto, Mérida. Todo lo que quiero es que estés a salvo. —Mi corazón se derrite un poco ante eso. Bueno, puede que mucho. Maldito hombre voluble.

—A mi padre no le gustará que traiga a un ejecutor de los Russo a su casa. Se lo tomará como un insulto. —Algo que seguro que Angelo ya sabe.

—Tendrá que superarlo. —Me lanza una mirada firme, una que me dice que no tiene sentido discutir con él en esto. Además, me sentiré mucho más cómoda en el complejo García, sabiendo

que Stefano me cubre las espaldas—¿Por qué quiere verte tu padre?

Ambos sabemos que no es porque eche de menos mi cara bonita.

—Quiere que eche un vistazo a su software de seguridad, a ver si puedo hacer algo para que sea aún más difícil de piratear—No era una invitación a revisar las cuentas del cártel, pero era un paso en la dirección correcta. Si puedo ganarme su confianza con esta pequeña tarea, estoy segura de que me dará más acceso al resto.

Angelo parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor. Al final se conforma con un:

—Tendrás cuidado.

Parece más una orden que daría a uno de sus *capos* que una preocupación por el bienestar de su mujer. Pero no tengo la energía emocional para discutir con él.

—Por supuesto —respondo—Tú también.

Duda un momento antes de asentir con la cabeza antes de alejarse, de la forma en que imagino que el señor Darcy se despediría de Elizabeth Bennett; demasiado formal para alguien que me vio tal y cómo vine al mundo hace menos de ocho horas.

Estoy debatiéndome si la segunda taza de café que me he servido me hará sentir más o menos fuera de mí cuando la voz de Angelo invade mi toma de decisiones.

—Mérida. —Lo miro para descubrir que acaba de girar la cabeza, aún de espaldas a mí—. Te mereces conseguir cuanto quieras.

Luego se aleja a grandes zancadas y se va, mientras yo me quedo sin saber qué hacer con todos los sentimientos que han despertado en mí esas palabras. Justo cuando creo que estoy entendiendo mejor a Angelo y lo que pienso de él, vuelve a confundirme.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Angelo

—Ya podemos olvidarnos de tener una cena tranquila en familia —refunfuño mientras conduzco a Mérida fuera del comedor de mis padres a una zona más tranquila de la casa. A la mierda mi vida.

—Somos tú y yo contra todos ellos, ¿eh? —Ladea ligeramente la cabeza para incluir a los sicarios de los Russo que nos miran con una sonrisa apenas disimulada. Está claro que creen que me voy a llevar a mi nueva esposa a un rincón oscuro para hacer lo que quiera con ella. Ojalá las cosas fueran así de sencillas—Tengo que confesártelo, no me apasionan esas probabilidades.

—No sabía que te iba el juego—La miro, atónito de nuevo por lo guapa que está.

—Y no me va, pero reconozco una mano mala cuando la veo.

—Todo depende de cómo se juegue. No hace falta tener las mejores cartas para ganar, sólo hay que saber jugar. —Me encojo de hombros.

—¿Y qué? ¿Tu estrategia es ir de farol para salir de esta mierda?

Emite un sonido despectivo desde el fondo de su garganta. Las mujeres de mi familia nunca se atreverían a ser tan francas. Es un testimonio de las diferentes casas en las que crecimos, pero también del espíritu de la mujer que tengo delante.

En algunos aspectos, no es en absoluto la chica que recuerdo, y en otros me resulta muy familiar. Habíamos pasado todo el día separados y yo esperaba con ansias verla, echaba de menos su presencia a mi lado. Empezaba a depender de ella y no me veía capaz de enfadarme por ello.

—Si podemos prescindir de la metáfora del juego. —Enarco una ceja, lo que no la apacigua en absoluto. En lugar de eso, pone los ojos en blanco.

La aprieto más contra mí y veo cómo sus ojos se abren de la sorpresa cuando no le suelto la cintura. Acerco la boca a su oreja y me pregunto si estoy imaginándome cómo se estremece entre mis brazos.

—Cuidado, bella. —Mantengo la voz baja, pero no hay duda de su firmeza—Se supone que tienes que hacer el papel de esposa obediente y enamorada, recuerda.

—Y se supone que *tú* eres mi cariñoso marido, no el tío que pide a gritos un rodillazo en los *cojones* —gruñe, su aliento caliente en mi cuello mientras finge acariciarme ahí.

Mi mente se remonta a cuando hizo exactamente a lo mismoanoche, con la diferencia de que entonces estábamos desnudos.

Para el mundo exterior, parecemos la imagen de una pareja que no puede quitarse las manos de encima. Pero no es real, a pesar de lo que la puta barra de hierro en mis pantalones intenta decir. Aparto un poco las caderas de ella. No es momento para eso, por mucho que la desee.

—Lo único que digo es que no vayas clamando a los cuatro vientos lo mucho que me desprecias, ¿vale? Así viviremos más. —No puedo contenerme, aspiro el aroma de su pelo antes de soltarme de ella, una vez que estoy seguro de que mi erección ha dejado de hincharme los pantalones.

—No te desprecio —murmura en voz baja mientras me mira por encima del hombro. Sus mejillas están sonrojadas, lo que hace aún más difícil no mirarla—Puedes ser bastante agradable cuando no eres un completo imbécil.

Lanzo una carcajada y veo cómo se le mueve la comisura de los labios, como si intentara contener una sonrisa.

—Mi ego corre peligro de sufrir daños permanentes con tus cumplidos pasivo agresivos. —Sacudo la cabeza en señal de burla.

—Ya van cuatro —murmura.

—¿Cuatro qué? —Frunzo el ceño, sin seguirla, notando cómo sus ojos se desvían hacia algo más allá de mí, de repente no queriendo encontrarse con mis ojos.

—He dicho eso en voz alta, ¿eh?. —Se ríe con autodesprecio.

La miro expectante y ella intenta encogerse de hombros despreocupadamente, con el hombro desnudo suplicando que lo muerda.

—Ya son cuatro veces que te he hecho reír, de verdad, no esas risas falsas tuyas en beneficio de otras personas.

Me sorprende que se diera cuenta de la diferencia, pero claro que lo notaría, estamos hablando de Mérida, la única mujer a la que he permitido verme de verdad, incluso cuando éramos niños.

—¿A qué número quieres llegar? —bromeo.

Sus ojos brillan bajo las lámparas de araña.

—Lo más lejos que pueda antes de que nos separemos.

Inconscientemente, la atraigo más hacia mí. Ahí está, el recordatorio que necesitaba de que esto es temporal, lo nuestro es temporal. Y sólo nos quedan dos semanas y media.

—Mierda, ni siquiera deberíamos estar hablando de esto aquí. —Se muerde el labio.

—No pasa nada—Me abro la chaqueta lo justo para que vea lo que llevo en el bolsillo.

—Un bloqueador, y además sofisticado. Estoy impresionada. —Ella asiente en señal de aprobación.

—Mi objetivo es complacer —le guiño un ojo y sonrío cuando niega con la cabeza—¿Y cómo te han ido hoy las cosas con papaíto querido?. —le pregunto mientras saludo con la cabeza a uno de mis *capos*, que pasa junto a nosotros sin duda en busca del bar. Yo, por mi parte, necesitaré mucho alcohol para pasar esta noche.

—Todavía me está tanteando. —Sus ojos se apartan de mí, con pesar—Pero si puedo ponerle las manos encima a su tableta, estoy segura de que nos daría toda la información que necesitamos para Walsh.

—¿No puedes piratearla"¿

Exhala un suspiro frustrado.

—Por mucho que aprecie que creas en mis habilidades, ni siquiera yo puedo hackear un sistema aislado.

Le guiño un ojo—¿Y eso es?

—Lo siento, lenguaje friki. —Se muerde el labio—Significa que no está conectado a internet. No puedes hackear algo sin acceso. La lleva consigo todo el tiempo, la cuida como si fuera su primogénito. —Suelta una carcajada amarga— Tacha eso, creo que trata mejor a la tableta que a su *primogénit*a.

Le levanto la barbilla para que sus ojos se encuentren con los míos.

—Es un gilipollas. Y nunca te mereció.

—¿Y tú sí? —pregunta, mirándome por debajo de sus oscuras pestañas, tan bonitas que duele.

—Ni siquiera un poco, *principessa.* —Le planto un beso en la mandíbula y la siento estremecerse contra mí.

Un golpecito en mi hombro rompe el momento y me giro para encontrar a mi padre, mi madre parece ansiosa a su lado.

—Angelo, una palabra.

Sabía que esto iba a pasar. Había estado evitando tratar con él directamente desde que volvimos. Claramente, se hartó de esperar.

Miro a Mérida y ella asiente imperceptiblemente, diciéndome que estará bien sola. Odio dejarla en una habitación llena de tiburones, pero sé que puede arreglárselas sola. Es la persona más fuerte que conozco.

—Quédate con mi madre —le advierto en voz baja, antes de soltarle la mano—. Por supuesto, *padre*. —Le hago un gesto para que vaya delante y los hombres a nuestro mando se separan para abrirnos caminos... o quizá sólo a él. Con un gesto de la mano de mi padre, todo el personal de la cocina se dispersa a toda velocidad como si alguien acabara de gritar «fuego»—¿Qué puedo hacer por ti?

—No me vengas con esas, Angelo. —Su traje le tira del estómago y de su creciente tripa—

Sabes exactamente el qué.

Golpea la encimera con el puño para darle dramatismo. Mantengo una expresión tranquila. No me interesa nada su teatralidad, mi objetivo es volver con Merida lo antes posible. Sé que Stefano y Ezio velarán por ella, pero nadie la protegerá como yo.

—¿Podemos ir al grano, *padre*? Tengo una mujer con la que regresar.

Me pregunto si puedo hacer que le salga vapor de verdad por las orejas.

—Los envíos, *cretino*. —Ahh, nada como tu propio padre llamándote cretino—¿Quieres explicarme por qué los envíos han sido confiscados por los federales? ¿Qué coño está pasando?

—Es el coste de hacer negocios. —Me encojo de hombros despreocupadamente—Sabes que perdemos un paquete de vez en cuando, es inevitable con la cantidad que pasamos a través del Estado.

—¡De vez en cuando no es dos veces en un mes!.

Siempre iba a ser un riesgo el filtrar información a Walsh sobre nuestros abandonos, pero era necesario; una muestra de buena fe a los federales.

—Todo está bajo control, *padre*. Tienes que calmarte, ya sabe lo que dijo el médico sobre tu tensión —le recuerdo, ignorando su ceño fruncido. Odia que le recuerden que no es todopoderoso e inmortal—Por eso tienes que dejarme a mí los temas del día a día y despreocuparte. Yo me encargo.

—No te encargas de una mierda —gruñe, sonando como un niño irascible en vez de como un mafioso.

—Hemos aumentado nuestros beneficios un 50% desde que me puse al frente de nuestros envíos. Incluso con las incautaciones de la poli, seguimos ganando más dinero que antes. Así que, ¿cuál es el problema? —Apoyo la cadera en la encimera, clavándole mi mejor mirada de no admito tonterías.

—No podemos permitirnos que parezca que no sabemos qué coño estamos haciendo, sobre todo con el cártel de García aumentando sus entregas.

Resisto las ganas de hacer como Mérida y poner los ojos en blanco.

—Llevas años diciendo eso, *padre*. El viejo cabrón está haciendo lo que siempre ha hecho. Hay sitio para los dos, como siempre ha habido.

Sus labios se tuercen.

—Sólo porque te estés follando el conejo de una García, no olvides dónde están tus lealtades.

—Ni se te ocurra —le advierto. El monstruo que llevo dentro se levanta y dejo que mi padre vea lo cerca que está de la superficie—No hables así de mi mujer. —Todo fingimiento de despreocupación ha abandonado mi cuerpo y me siento lo bastante tenso como para estallar—Y no lo he olvidado. *La famiglia prima di tutto'*. Está grabado en mi piel, forma parte de lo que soy.

Lo que pasa es que mi definición de familia ha cambiado. Hace poco alguien me dijo que podía elegir lo que significaba.

Pasa un segundo, luego otro y él esboza la mueca más parecida a una sonrisa de la que es

capaz. Sigue pareciendo más bien un ceño fruncido.

—. Me alegra ver que sigues pensando con el cerebro y no con el pito—Lanza una carcajada como si hubiera dicho algo gracioso.

Hijo de puta manipulador. Si no me voy ahora no confío en no hacer algo que lo joda todo.

—He respondido a tus preguntas, *padre.* Hemos terminado aquí.

—Tú no eres el que decide cuando hemos terminado, Angelo. Sigo siendo el cabeza de familia. —La cara de mi padre se torna de un color granate que podría encontrar alarmante dada su condición cardíaca, si me importara una mierda.

Doy un paso adelante, poniéndome delante de él.

—¿Pero por cuánto tiempo, *padre*? No te estás haciendo más joven, eso seguro. Llevas hablando de dar un paso atrás desde antes de la muerte de Seb.

—No pronunciarás ese nombre en esta casa. —Está tan enfadado que le sale saliva de la boca como a un perro rabioso.

—Por el amor de Dios, era tu *hijo*. También estuvo vivo, no sólo murió. —Existió.

—Tu hermano era *débil* y *estúpido*, por eso murió. —Por primera vez en mi memoria veo un destello de arrepentimiento en la cara de mi padre, pero desaparece en un instante—Cayó en una puta emboscada. Debería haberlo visto venir.

—¿Por qué? ¿Porque tú sí lo viste venir? —Lanzo una pregunta que llevaba queriendo hacer desde que había empezado a profundizar en los sucesos de aquella noche, desde que Walsh me dio las piezas del puzle que me faltaban.

—¿Qué intentas decir? —Pura furia hierve en sus ojos—Si me estás acusando de algo, dilo claro.

Siempre me había detenido, dejando pistas de que sospechaba que había algo más detrás de la historia oficial. Si doy ese paso ahora, será como quitarle la anilla a una granada y colocarla en medio de los planes que Mérida y yo hemos hecho. La pondría en peligro, a ella y a Ezio y a su familia, y no puedo tener eso sobre mi conciencia, no encima de todo lo demás. Así que, digo otra cosa en su lugar.

—Aquella noche que Seb murió, ¿derramaste siquiera una puta lágrima por tu propio hijo? —gruño.

—¡Angelo!. —La voz de mi madre me hace girar para verla a ella y a Mérida de pie en la entrada de la cocina. Mérida tiene los ojos muy abiertos y rodea a mi madre con el brazo como si la sostuviera.

Mi padre y yo nos enzarzamos en una competición de miradas, dos hombres compitiendo por ser el puto perro más grande y temible.

Es el primero en apartar la mirada, pero no antes de pronunciar su frase habitual, la que llevo oyendo desde antes de llegar a la pubertad.

—En esta casa mostrarás respeto a tu padre.

—Supongo que eso significa que es hora de irse. —Miro a Mérida, captando la cautela en sus

ojos. *No la cagues*—Nos vamos —le digo, cruzando hacia ella para cogerla del brazo.

—Angelo, no puedes irte, aún es pronto. —Sacude la cabeza mi madre, incorporándose un poco más—¿Qué se supone que debo decirle a toda esta gente que tu padre ha invitado?.

Y ese es el quid de la cuestión. Nada de esto es sobre mí, es sobre *él*. Siempre ha sido sobre él.

—¿Por qué no le dejas eso a él?. —Señalo hacia el hombre con el que desearía no compartir genes—Déjale limpiar su propio puto desastre por una vez.

No veo venir la bofetada. Debería haberlo hecho, pero no. Tal vez sea porque es la primera vez que mi madre me pega. Mi padre era el que solía repartir todos los castigos, no ella.

—Deberías ser más agradecido, Angelo. Después de todo lo que tu padre ha hecho por ti. —Realmente suena decepcionada, como si se lo creyera de verdad.

—No tienes por qué quedarte aquí. Podemos irnos, ahora mismo —le digo, deseando que esta vez me escuche.

Parpadea y ante mis ojos la veo evadirse. Sonríe dulce y cálidamente.

—¿Por qué iba a ir a ninguna parte? Esta es mi casa. Y la tuya también. —Incluso su voz ha cambiado, suena más joven, no tan cansada ni tan resignada—Y Sebastian volverá pronto, vamos a cenar canelones, sus favoritos.

El único sonido en respuesta es el jadeo de Mérida. Sus palabras dejan un vacío. Mi mirada se dirige a mi padre y debería saber que no puedo esperar ningún tipo de empatía por su parte, pero lo único que veo es frustración.

—Por el amor de Dios, compórtate. Tenemos compañía —resopla como si el colapso mental de mi madre le avergonzara personalmente. Cabrón.

—¿Vendremos otra noche a cenar, si Signora Russo? —Mérida le habla en voz baja, con amabilidad, mientras mi padre y yo nos quedamos quietos, viendo cómo su mujer pierde los papeles—Seguro que Sebastián estará cansado después de su largo viaje.

Mi madre frunce el ceño, confundida, un momento antes de asentir y sonreír.

—Por supuesto, su viaje. Tienes razón, querrá descansar. —Asiente para sí misma, perdida en cualquier realidad que le resulte mucho más atractiva que la actual.

Agarro la mano de mi madre, deseando poder quitarle al menos parte del dolor. Ella me sonríe y me acaricia la mejilla como si fuera un niño.

—Eres un buen chico, Angelo.

Joder, no aguanto más.

—Vámonos. —Agarro a Mérida del brazo y tiro de ella a través de la multitud de gente.

—Cuida de mi madre, se encuentra mal. —Dirijo mi orden al primer capo que veo y él hace esa reverencia que me cabrea, antes de salir corriendo a hacer lo que le han dicho.

—Angelo, más despacio. —Mérida habla entre dientes mientras intenta sonreír a todos los que nos cruzamos, disculpándose por tener que irnos antes de tiempo.

Atraemos miradas curiosas, así que hago lo primero que se me ocurre: atraigo a Mérida

contra mí y la beso como hacía días que quería hacerlo.

Su cuerpo se funde con el mío, sus manos se enredan en mi pelo y suspira contra mi boca. Algo en mi interior se calma en cuanto sus labios se posan sobre los míos.

Cuando por fin nos separamos a tomar aire, Mérida parece un poco aturdida, con los ojos imposiblemente verdes. La expresión de la mayoría de la gente se ha convertido en una sonrisa cómplice. Me atrevo a guiñarle un ojo a Ezio y hablo lo bastante alto como para que me oigan los cotillas.

—No puedo quitarle las manos de encima. —Sonrío, apretando la cintura de Mérida. Interpreto el papel a la perfección y me considero afortunado de que no me haya arrancado la mano de un mordisco.

Ezio enseña los dientes, como si estuviera en el dentista, y mientras pasamos por su lado se vuelve hacia uno de sus soldados y se encoge de hombros.

—En fin, recién casados.

Y sin más, el evento continúa sin nosotros mientras arrastro a Mérida a través de la puerta principal.

—¡Madre de Dios, ahora todo el mundo piensa que nos vamos a casa a follar como conejos! —grazna en voz baja.

—Bueno, eres mi *mujer* —gruño, aunque nada de esto es culpa suya—¿Tienes una idea mejor de cómo salir de esta sin que la gente haga preguntas? Porque si es así, ¡soy todo oídos, joder!

No responde, pero puedo sentir la hostilidad que irradia.

Stefano ya se encuentra fuera cuando bajamos las escaleras y no pierdo tiempo en meter a Mérida en la parte trasera del Maserati.

—¿Todo bien, jefe? . —Los ojos de Stefano se encuentran con los míos en el retrovisor.

—Sácanos de aquí de una puta vez. —Pulso el botón de la partición que nos separa y no me relajo ni un ápice hasta que ésta se desliza silenciosamente.

Me aflojo la corbata, sintiendo que me asfixia, joder.

—Siempre he odiado estos putos trajes —murmuro para mis adentros.

Mérida se sienta lo más lejos posible de mí, con los brazos cruzados, mirando por la ventanilla, a cualquier sitio menos a mí.

—¿Vas a estar de morros todo el camino a casa?

No se gira para mirarme, pero su voz es más tranquila de lo que habría esperado.

—Estás disgustado por lo de tu madre, lo entiendo, pero buscar pelea conmigo no va a hacer que te sientas mejor.

Tiene razón, me estoy comportando como un puto niñato, pero hay demasiadas emociones con las que no sé qué hacer arremolinándose en mi interior, así que guardo silencio.

—Angelo, yo... lo siento mucho. —¿Por qué es ella la que se disculpa? Definitivamente debería ser yo—Pensé que estabas exagerando lo mal que estaban las cosas; parecía del todo

presente y entonces, de repente...

—Lo sé. —Me sale como un ladrido, haciéndola estremecerse. Gran trabajo, Angelo. ¿Alguien más a que quieras alejar de ti ya que estás en ello?—. Y no es tu culpa, no hace falta que te disculpes. —No es todo lo que hay que decir, ni mucho menos, pero al menos es un comienzo.

Nos quedamos en silencio el resto del trayecto, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y mi mano ya está en el pomo de la puerta antes de que Stefano haya parado el coche del todo.

—Angelo... —Lo que sea que Mérida vaya a decir, probablemente sea algo amable y comprensivo y no puedo lidiar con esa mierda ahora mismo.

—Voy a nadar. Entra. —La interrumpo, sin siquiera querer mirarla porque puedo sentir al monstruo bajo mi piel retorciéndose, desesperado por salir. No me fío cuando estoy así. Necesito alejarme lo más posible.

Ni siquiera me molesto en coger mi equipo, tengo los nervios demasiado a flor de piel. La discusión con mi padre, el disparo al corazón que supuso la enfermedad de mi madre y luego recordarme cada diez segundos que debía mantener las distancias con Mérida.

Antes de llegar a la piscina, ya me he bajado la cremallera de los pantalones y la ropa interior. Me quito la chaqueta, luego la camiseta y me zambullo al agua fresca, perdiéndome en las brazadas mientras nado.

Si puedo seguir moviéndome hasta quedar exhausto, quizá entonces pueda dormirme al fin. El tiempo se ralentiza como siempre que nado. El silencio bajo el agua es lo más parecido a la paz para alguien como yo. Intento vaciar mi mente, concentrarme en la brazada, pero la cara de Mérida sigue apareciendo en mis pensamientos. Su sonrisa, su olor, la forma en que se muerde el labio... No puedo dejar de pensar en ella. Nadar más rápido no ayuda. No estoy seguro de que nada pueda hacerlo. Pensé que con una vez sería suficiente, que me la sacaría de la cabeza, pero no podía estar más equivocado. Una probada no es suficiente. Quiero más. Quiero todo lo que no merezco.

Reconozco dos piernas torneadas que se deslizan en el agua a mi derecha y se me ocurre que tal vez la haya invocado. Podría seguir adelante e ignorarla, sentada al borde de la piscina. Eso es lo que debería hacer, esa sería la decisión inteligente. Pero parece que soy bastante estúpido con esta mujer.

Cambio de rumbo y me retiro el pelo de la cara cuando llego a su lado. Se ha puesto los pantalones cortos y la camiseta de tirantes con la que le gusta dormir. La turgencia de sus pezones me dice que no lleva sujetador y mi polla se agita a pesar del agua fría. ¿Por qué tiene que parecerse a todos mis sueños?

—Creí haberte dicho que entraras.

Me sonríe como si fuera idiota.

—Y yo creía *haberte* dicho que no puedes decirme lo que tengo que hacer. —No hay veneno

en su voz, es pura burla, y cierro la mano para impedir que se acerque a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mérida? . —¿Sabe lo loco que me vuelve?

Se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—Vivo aquí.

Una sonrisa quiere tirar de mi boca.

—Y parece que necesitas un amigo —añade, dibujando círculos en el agua con los pies.

—Amigos. ¿Eso es lo que somos? —Ese beso no me pareció muy amistoso.

Sonríe con dulzura y no duda en pasar la mano por mi pelo mojado. Casi gimo ante su contacto.

Sus piernas se abren, una invitación, y la miro preguntándome si estoy soñando toda esta situación.

—Ven aquí, Angelo. Déjame mostrarte lo buena amiga que puedo ser.

Se muerde el labio, esa mezcla de seducción y timidez es como una inyección de adrenalina.

Mi polla se pone en movimiento. Antes de darme cuenta, ya estoy flotando entre sus piernas, mis manos se mueven hacia sus caderas y la acercan al borde de la piscina.

Dio, se siente tan bien. Le subo una mano por la pierna desde el pie, pasando por la rodilla, hasta el interior de los muslos, y ella rechina contra mis dedos que se deslizan por la entrepierna de sus shorts cortísimos.

Respira entrecortadamente, sus mejillas se sonrojan y puedo oler lo excitada que está. Joder, qué ganas tengo de esta mujer.

—Esto es una mala idea —suelto y Mérida se queda quieta contra mí.

Soy un idiota, un maldito idiota.

—Estás de broma, ¿verdad?. —Parece tan sorprendida como yo por las palabras que han salido de mi boca.

Ojalá fuera así. ¿Por qué coño mi conciencia ha decidido encontrar su voz después de toda una vida muda?

—No lo estoy. —Quitarle las manos de encima requiere una fuerza de voluntad suprema. Estaría orgulloso de mí mismo si no tuviera tantas ganas de darme un puñetazo en la cara.

—¿Por qué? —El dolor en sus ojos verdes es casi suficiente para hacerme cambiar de opinión. Pero sé que eso sólo causaría más daño a la larga.

—Porque no quiero que te confundas sobre lo que es esto —le digo suavemente, deseando que mi furiosa erección desaparezca. Béisbol, HGTV, footing. Ninguno de los trucos que he utilizado en el pasado funciona cuando se trata de Mérida. Llevo unas semanas con una puta erección semi permanente.

—No estoy segura de qué hay para confundirse. Nos sentimos atraídos el uno por el otro. Así que el aspecto físico no es problema, ¿cuál es?

Se cruza de brazos, escudriñándome del mismo modo que la he visto estudiar la placa base del portátil en el que trabaja mientras estoy fuera.

—No quiero hacerte daño —le explico lo más suavemente que puedo.

—¿Y cómo harías eso exactamente? —Se revuelve el pelo, ahora parece más divertida que cabreada.

—El sexo complica las cosas y lo que tenemos ya es bastante complicado. —Es un volantazo, una forma cobarde de decirle una verdad, pero no toda.

Ella me pilla al vuelo.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? Soy mayorcita, Angelo. Si no me deseas, sólo tienes que decirlo, no tienes que darle vueltas.

¿De verdad puede pensar que no la deseo mientras estoy aquí nadando con las bolas azules?

Cambio de posición y sus ojos se dirigen al agua y a mi evidente erección.

—Como dijiste, el aspecto físico no es el problema. —Menudo eufemismo—La gente como yo no sabe querer, Mérida. Si crees lo contrario sólo te engañas a ti misma.

Sus ojos de gato parpadean antes de reírse en mi cara. De todas las reacciones que podría haber provocado mi afirmación, no habría apostado por esa.

—Vaya, ¿cómo te mantienes erguido con ese ego que llevas a cuestas? Me sorprende que no te caigas de bruces cada vez que das un paso. —Sus mejillas se sonrojan, su pecho se agita de rabia y está preciosa—Si crees que lo que quiero de ti es tu amor y no tu polla, el tonto aquí ere tú, Angelo.

Me está diciendo exactamente lo que debería querer oír, así que ¿por qué estoy dudando?

—Todo es una puta mierda —dice en voz baja—¿Por qué no podemos simplemente hacernos sentir bien el uno al otro?

Cuando no me muevo al instante, todavía conmocionado por su admisión, veo que sus muros empiezan a levantarse de nuevo.

—No importa, volveré dentro y me masturbaré.

No reconozco el sonido que sale de mí mientras extiendo la palma de la mano por su muslo tonificado y curvilíneo, impidiéndole moverse. El monstruo rueda dentro de mí.

—Joder. No.

La mirada que me lanza quema cualquier atisbo de control y mi boca se estrella contra la suya. Emite un sonido de necesidad que hace que toda la sangre corra a mi polla. Todo lo que hace esta mujer me vuelve loco. Mis manos están por todas partes, recorriendo su cuerpo, su cintura, sus caderas, queriendo memorizar cada parte de ella.

—¿En qué piensas cuando te tocas, Mérida? —susurro contra sus labios.

Sus ojos están muy abiertos y parecen casi morados en la escasa luz de la piscina.

—En ti, Angelo. Pienso en ti —murmura por lo bajo, como si fuera un secreto, y yo me siento como si midiera tres metros.

—Muéstramelo. Enséñame cómo te tocas —le insisto, y casi pierdo la cabeza cuando sus dedos bajan por el vientre y se meten bajo el short. Empieza a acariciarse, pero necesito verla.

Frustrado, le bajo los pantalones, pasando por encima de su culo mordaz y por las piernas

hasta dejarla desnuda ante mí, con su coño reluciente como un regalo para la vista. Sus dedos están mojados por su propio deseo. Mi polla está dura como una piedra y apenas la he tocado.

Suavemente, tomo su mano entre las mías y lamo sus dedos, saboreándola mientras veo cómo se calientan sus mejillas y se dilatan sus pupilas. Luego los reemplazo por mis propios dedos, acariciando su clítoris empapado, viendo cómo se desata mientras estimulo su centro.

Gime mi nombre y es el mejor sonido que he oído en mi vida. Echa la cabeza hacia atrás, con los párpados pesados y un aspecto saciado y tan jodidamente hermoso que no debería ser legal. Cuando baja la mirada hacia mí, sus ojos brillan de deseo, su respiración sigue siendo fuerte y rápida a causa del orgasmo. Pero no es suficiente, quiero volverla del revés, volverla loca. Quiero arruinarla.

—Necesito otra probada.

Y está en la posición perfecta para ello, en la repisa frente a mí, abierta, dispuesta y caliente.

Me sumerjo en el agua y le lamo el clítoris, sonriendo cuando jadea al contacto. Le agarro los muslos con las manos, abriéndole aún más las piernas, y sus manos se colocan a ambos lados de mi cabeza mientras se restriega contra mi boca. Está tan excitada que puedo sentir la energía que irradia. Quiero darle el alivio que necesita. Le succiono el clítoris, la colmo de placer hasta que sus dedos se aferran a mi pelo y sus caderas se agitan mientras se corre contra mi boca y yo lamo su néctar y beso sus muslos temblorosos.

Mi polla se encuentra dolorosamente dura. Me la follaría aquí mismo, pero no llevo un maldito condón encima porque no me esperaba esto. Mérida es la única cosa para la que nunca podría haberme preparado.

Salgo de la piscina, chorreando agua junto a ella y la cojo en brazos, le quito la camiseta de tirantes con una mano y la llevo hacia la casa, besándola mientras ella ronronea contra mis labios.

—Puedo caminar, ¿sabes? —Me sonríe con un aspecto delicioso.

No respondo porque no está preparada para oír la respuesta: que no quiero soltarla.

Me besa el pecho, me lame y me muerde, me vuelve del revés mientras lucho por no hacerla mía en la maldita escalera. Suelta una risita cuando la tumbo suavemente en la cama, mi cama. Su pelo oscuro se extiende sobre la almohada como un halo. La gema rosa de su piercing en el vientre brilla con la poca luz que hay. Es una sobrecarga para los sentidos, no sé dónde mirar. Es la primera mujer que traigo aquí. La única mujer que he querido en mi casa, en mi cama, en mi vida. Ella es todo lo que nunca supe que necesitaba, es una conclusión que es estimulante y aterradora a partes iguales.

Es como un regalo que me muero por desenvolver. Hay tantas cosas que quiero hacerle que ni siquiera sé por dónde empezar.

—Sujétate a la cabecera —le digo. Casi espero que se oponga, que se queje de que no soy su jefe. Pero hace exactamente lo que le pido, se pone a cuatro patas y echa el culo hacia atrás mientras se agarra al cabecero de hierro forjado. La confianza que me tiene en mí me deja

boquiabierto.

Saco el preservativo y me cubro en un tiempo récord, desesperado por ella, subiéndome de rodillas detrás de ella, hipnotizado por la visión de su coño rosado y la curva de su culo.

—Joder, qué perfecta —le digo, agarrándome a su cadera mientras acaricio sus pliegues con la cabeza de mi polla.

—Angelo. Angelo, por favor. —Se empuja contra mí y me deslizo un poco más adentro, sus cálidas paredes me aprietan mientras muevo las caderas, lentamente, hasta que estoy completamente empalado dentro de ella. Joder, se siente increíble, su coño se pone codicioso cuando empiezo a moverme.

—Aguanta. —Mi voz es poco más que un gruñido y veo cómo se le ponen blancos los nudillos y se agarra con fuerza al cabecero de la cama mientras acelero el ritmo y empuja contra mí.

—Más, necesito *más*. —Su ronquera me dice que está cerca.

Quiero arrancarle hasta la última gota de placer. Quiero que le resulte imposible olvidar lo que se siente al ser llenada por mí.

Le rozo el clítoris con la mano mientras la aporreo por detrás. La siento palpitar a mi alrededor. Siento lo cerca que está.

Mi boca está pegada a su oreja, hablándole en italiano, diciéndole todas las cosas que quiero hacerle, todas las formas en que quiero hacerla mía. Pellizco su clítoris hasta que se retuerce contra mí, gritando mientras su orgasmo la desgarra, ordeñando mi polla y llevándome peligrosamente cerca del límite. Pero aún no he terminado con ella. No sé si alguna vez lo haré. Le doy la vuelta sin sacarla y me mira con los párpados entreabiertos, la piel caliente y brillante.

Aun así, necesito estar más cerca de ella, quiero zambullirme en ella y no salir nunca a tomar aire. Y estoy tan cerca que siento que estoy a punto de desbordarme. Muevo las caderas y mis movimientos se vuelven más frenéticos cuando sus piernas me rodean, tirando de mí hasta el fondo, conduciéndome más rápido hacia la meta.

—Córrete sobre mi polla, *tesoro*.

Grita mi nombre y me dejo llevar, embistiéndola una vez más y vaciándome dentro de ella, corriéndome tan fuerte que se me nubla la vista. Esta intensidad no se parece a nada que haya experimentado antes y sólo puedo pensar en Mérida, Mérida, Mérida. Mi sirena. Entierro la cabeza en su cuello, rodeándome de su aroma y escuchando cómo nuestros corazones retumban el uno contra el otro.

—Eso ha sido... —susurra.

—¿Qué? —Levanto la cabeza para depositar un suave beso en su frente.

—Adecuado. —Sonríe, como la tentadora que es.

La volteo sobre su espalda, haciéndola chillar, y me sonríe con un aspecto tan perfecto que duele.

—Si no me equivoco te has corrido cuatro veces durante este polvo 'adecuado'.

—¿Cuatro veces? Mmmm, casi no me acuerdo —bromea, mordiéndose el labio curvado en una sonrisa.

—Con mis dedos. —Le acaricio el cuello con ellos—. Luego con mi boca. —Aprisiono su sonrosado pezón entre mis dientes—. Y con mi polla. Dos veces. —Me muevo dentro de ella, endureciéndome otra vez mientras gime. Esta mujer es como todos los afrodisíacos del planeta en un delicioso paquete.

El calor le calienta las mejillas mientras se sonroja, incluso cuando se aprieta contra mí, como si no pudiera evitarlo. Sé lo que se siente. No puedo quitarle las manos de encima. Ni siquiera quiero intentarlo.

—Sabes que tienes que suavizar las cosas con tu padre.

Bueno, eso ha salido de la nada.

—Joder, Mer, ¿no podías esperar a que no estuviera dentro de ti antes de mencionar a mi padre? —Puedo sentir cómo se me arrugan las pelotas.

¿Y qué hace ella? Se ríe como si fuera la cosa más divertida del mundo y es el mejor sonido del mundo. Calma al monstruo que llevo dentro. Quiero que suene así, despreocupada y feliz todo el maldito tiempo. Haré lo que sea para conseguirlo.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Sólo te digo lo que ya sabes. No importa cuánto lo odies, necesitas mantenerlo apaciguado hasta que consigas la información que necesitas para Walsh.

—Joder, mujer, llevas dos de dos. Mencionando a mi padre *y* al puto FBI. Es como si *intentaras* evitar que te eche un polvo otra vez.

Se ríe y es música para mis oídos.

—Vamos, Angelo. Creía que eras un hombre moderno, capaz de hacer varias cosas a la vez.

Una vez me lanza el reto, no lo puedo ignorar. Así que, me dispuse a demostrarle lo bueno que soy haciendo varias cosas a la vez con la lengua, la boca, los dedos y la polla.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Mérida

Algo ha cambiado esa noche, se ha producido un cambio tácito. Paso las noches en la cama de Angelo. Él y su padre vuelven a su rutina habitual, mientras la salud mental de su madre va y viene.

Nunca hablamos de la discusión de aquella noche en la cocina. Durante el día, Angelo y yo vamos cada uno por nuestro lado: él a donde quiera que vaya a reunirse con sus soldados y *capos*, manteniendo la apariencia del obediente subjefe, yo a casa de mi padre para intentar acceder a su tableta.

—¿Qué tienes para mí? —Me había preguntado aquella mañana, con todo el aspecto del Caimán Negro en su traje verde oscuro de tres piezas.

Le había dado un par de puntos de entrega que los Russo usaban para el tráfico de armas. Fueron bastante fáciles de encontrar una vez que hackeé el teléfono de Angelo y descifré el código que él y Ezio usaban. Por las imágenes de CCTV que encontré, ya habían sido asaltados por los García en los últimos meses. Pero mi padre no sabría que yo sabía eso, después de todo, he estado fuera de escena durante los últimos 18 meses.

Parecía satisfecho de que le hubiera dado la información tan fácilmente, o al menos tan satisfecho como Miguel García es capaz de parecer.

Pronto tendré que darle algo más que lo que ya sabe, pero espero que Angelo y yo nos hayamos ido mucho antes de que llegue ese momento.

Con los números de cuenta que le estoy facilitando al FBI a través de Angelo, los federales podrán confiscar una buena parte del dinero del cártel, incluyendo mucho que aún no ha sido blanqueado.

Es el tipo de pruebas que llevan años intentando conseguir, por lo visto. Y cada vez que transmito lo que encuentro a las personas que finalmente acabarán con mi padre, no siento ni la más mínima punzada de culpabilidad. En todo caso, lo que siento es satisfacción. Es como si me

quitara un peso de encima, como si cada buena acción que hago ahora pudiera compensar de alguna manera todos los años en los que supe exactamente lo que era mi padre y no hice nada.

—¿Qué tal el día, cariño? —preguntomientras Angelo entra en el salón, donde estoy trabajando en el portátil, tratando de hacerlo más eficiente.

¿Me estoy imaginando cómo se le iluminan los ojos cuando me ve? ¿Me he convencido de que sonríe más?

—Mejor ahora que estoy en casa —retumba, besándome el cuello y convirtiendo mis piernas en líquido.

Si cierro los ojos, puedo fingir que esto es real. Fingir que somos una pareja de verdad y que este es nuestro hogar de verdad. Pero sé que es sólo temporal. Y eso hace que cada momento sea más urgente.

Me doy la vuelta en sus brazos y empiezo a quitarle la chaqueta y a desabrocharle la camisa mientras él me mira con esa sonrisa chulesca en la cara.

—¿Me has echado de menos? —pregunta mientras le quito la camiseta por los hombros, dejando al descubierto un pecho musculoso y bronceado que aún no puedo creer que pueda tocar.

—Echaba de menos partes de ti. —Le sonrío y él echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Me encanta verle reír.

—Supongo que, al menos, debería estar agradecido por eso. —Su dedo recorre mi mejilla y hay una ternura en su mirada que sé que no me he inventado.

—Hablando de esa parte de ti, hoy la he echado especialmente de menos... —Cojo su cinturón, lo desabrocho y le bajo los pantalones y los calzoncillos, dejando libre su gruesa polla. Ya está muy dura. Me arrodillo frente a él, disfrutando de la vista mientras me mira sorprendido.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz suena ronca.

—Tú ya me has saboreado. Ahora me toca a mí —le digo, agarrando la base de su pene y observando fascinada cómo se agarra al respaldo del sofá como si no confiara en poder mantenerse en pie. Saber que tengo el mismo efecto en él que él tiene en mí es embriagador.

—No tienes que hacer esto, *tesoro*. —Me agarra del hombro como si fuera a levantarme, pero niego con la cabeza.

—Lo sé, *quiero* hacerlo. —Y es verdad. Quiero. Quiero darle tanto placer como él me ha dado a mí.

Le lamo la punta, saboreando el líquido preseminal que se ha acumulado ahí, y Angelo suelta un gemido, animándome, así que le lamo de arriba abajo, aprendiéndome su forma. Me ocupo de la base de su pene con la mano mientras me lo meto más en la boca, tanto como puedo, sin atragantarme.

Oigo su respiración acelerada y, cuando levanto la vista hacia él, sus ojos están clavados en mí, derritiéndome. No tengo experiencia, pero lo que me falta de delicadeza lo compenso con entusiasmo.

Lo chupo hambrienta, ahuecando las mejillas mientras él me rodea el pelo con el puño,

tirando suavemente como sabe que me vuelve loca. Estoy tan mojada que creo que podría llegar al clímax solo con chupársela. Sus caderas empiezan a moverse, se arquea hacia mí y gime.

—Mer, voy a correrme —me advierte, dándome tiempo a apartar la boca de él. Le miro fijamente a los ojos y dejo que mi lengua roce su cabeza mientras estimula su base con la mano, antes de aflojar la mandíbula y llevármelo hasta el fondo.

—¡Joder, Mer!

Su erección se contrae y gimo a su alrededor mientras me trago hasta la última gota, apretando los muslos para aliviar la necesidad que tengo de él, ahí mismo.

Me levanta de un tirón y me aparta el pelo de la cara. Sus ojos están llenos de promesas y de algo *más*, algo que hace que mi corazón se tropiece.

—Me toca a mí —gruñe, antes de levantarme y llevarme a la encimera de la cocina, donde procede a devolvérmelo todo, con intereses...

Es mucho más tarde, cuando estamos tumbados en su cama, abrazados, con mi cabeza apoyada en su pecho, cuando planteo algo que me ronda por la cabeza desde que volvimos a hablar en aquella granja destartalada de Montana.

—Angelo, ¿puedo preguntarte algo?

—Creo que acaba de hacerlo, *principessa*.

Pongo los ojos en blanco, aunque él no puede verme.

—¿Qué te hizo decidir que tenías que salir de esto después de todo este tiempo? ¿Por qué ahora?

Es una pregunta atrevida y no espero que me responda. Esto es más que una charla de alcoba.

Después de todo, me ha dejado muy claro que no somos más que socios con derecho a roce. No me debe nada de sus pensamientos más profundos, así que cuando me rodea la cintura con el brazo me sorprendo tanto que tardo un momento en darme cuenta de lo que me está diciendo.

—Convertirme en lo que soy no nunca fue una elección —dice lentamente—Era inevitable. Cuando los profesores del colegio nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, nunca entendí a los niños que soñaban con ser astronautas, futbolistas o actores. Y aún entendía menos a los que no tenían ni idea. Mi vida estaba planeada desde antes de nacer. No había duda de lo que sería, de las cosas que se esperaría que hiciera.

No hay queja en su voz, es una mera constatación de los hechos.

No debería presionarlo, aun así, eso nunca me ha detenido antes. Y no puedo detenerme. Quiero conocer a este hombre, por mucho que reconozca lo peligroso que es pelar sus capas, porque cuanto más descubro, más quiero. No sé si estaré satisfecha hasta que lo sepa todo sobre Angelo Russo.

—Pero las cosas cambiaron. Se suponía que nunca ibas a ser subjefe. —No hasta que su hermano murió.

Se queda callado tanto tiempo que me pregunto si me he excedido, si le he presionado demasiado, y me maldigo en silencio.

—No, debería haber sido Seb. —Su voz está cargada de arrepentimiento y me aferro a él con más fuerza—Era el hijo mayor, el que estaba preparado para ser el heredero de los Russo. Sólo tenía veintitrés años cuando murió, un puto desperdicio de vida. Y luego solo quedé yo. —Se ríe secamente—Pasé de ser la mayor decepción de mi padre a la única opción que le quedaba. Aun así, parece que pensó que yo era el menor de dos males.

Hay tanto dolor y angustia detrás de lo que está diciendo que desearía poder quitárselo todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué dos males? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Él fue quien organizó la muerte de Seb. —Su voz se apaga como si toda la emoción se hubiera drenado de él.

—¿Qué? — No puedo contener mi asombro mientras me levanto para mirarle.

Angelo se restriega una mano por la cara.

—Lo había sospechado esa noche. Diablos, creo que supe la verdad en ese momento, pero encontrar la prueba de ello, eso fue más difícil.

—¿Esa noche? ¿Te refieres a la noche en que Seb y Diego murieron?

Siento la pena familiar al pronunciar el nombre de mi primo. Pero no me alejo del hombre que está a mi lado como habría hecho semanas atrás. No quiero estar en ningún sitio salvo a su lado.

Angelo me lanza una mirada de advertencia.

—¿Estás segura de que quieres oír esto?

Asiento con la cabeza, aunque no estoy preparada en absoluto. Necesito oírlo, porque está claro que hay muchas cosas de esa noche que no sé.

—Cuéntamelo.

Angelo exhala un suspiro y sus músculos se tensan, como si se estuviera preparando para una pelea, excepto que los únicos enemigos con los que está luchando son sus propios recuerdos.

—Fue el día en que cumplí 18 años y -como cualquier otro chico de la familia- supe que tendría que completar una misión para convertirme oficialmente en un hombre de la mafia hecho y derecho. —Sacude la cabeza como si la idea no tuviera ningún sentido—Mi padre nos habló de un encargo de García en nuestro territorio y nos encargó a Seb y a mí que lo interceptáramos. Debería haber sido sencillo, no debería haber acabado como acabó, con dos muertos y la guerra entre nuestras dos familias alcanzando nuevos niveles de derramamiento de sangre.

Permanezco quieta como una estatua, apenas respiro mientras lo escucho. No quiero arriesgarme a que se detenga. Pero las palabras siguen brotando de él. Ya no sé si me está hablando a mí o si lleva tanto tiempo guardándose esta historia que necesita soltarla antes de que se le atragante.

—Cuando llegamos al lugar, estaba demasiado tranquilo. Deberíamos haber sabido entonces que algo no iba bien. Pero yo quería acabar con todo cuanto antes y largarme de allí. Odiaba todos esos putos rituales que se esperaban de nosotros.

»Cuando apareció Diego y quedó claro que estaba solo, todo cambió. En lugar de enfrentarse

a él como esperaba, Seb se acercó como si nada. Ni siquiera había sacado su arma. No entendía qué coño estaba pasando. —Casi vibra, como si canalizara su agitación de esa noche.

»Seguí a lazaga, observando cómo Seb y Diego se daban un apretón de manos y luego se daban palmadas en la espalda como si no estuvieran en bandos opuestos de una guerra. No tenía ningún sentido hasta que vi la expresión en la cara de mi hermano. Miraba a Diego como si fuera el puto sol. Estaba más feliz que nunca. Y entonces me di cuenta. Nunca entendí por qué Seb nunca parecía muy interesado en las mujeres y mi madre solía desesperarse porque nunca encontraría una esposa. En ese momento, lo entendí.

—Era gay. —Apenas puedo contener mi incredulidad, porque sé exactamente lo duro que debió de ser para él crecer en el ambiente machista y homófobo de la mafia. En cierto modo, era similar al cártel.

Angelo asiente.

—Y él y Diego eran amigos, o más que amigos. No lo sé. Nunca llegué a hacer la pregunta. Ojalá me hubiera dado cuenta antes, ojalá hubiera hecho la maldita pregunta. Debió haberse sentido tan asustado, joder. Y lo único que me importaba era yo mismo, vivir *mi* vida mientras aún podía, antes de que me metieran en la *famiglia*.

Puse mi mano contra su corazón atronador, tratando de calmarlo, de decirle que no era culpa suya.

—Yo estaba demasiado lejos, no entendía lo que decían. Sólo capté fragmentos. El nombre de mi padre, el de tu padre. Oí a mi hermano decir 'no lo hagas, te está mintiendo' y luego todo pasó tan rápido, fue como ver algo a cámara rápida. Diego sacó su pistola y le voló por los aires los sesos mi hermano, le hizo un agujero en la cabeza a quemarropa. Seb cayó al suelo con fuerza. Había sangre por todas partes. Tenía los putos sesos de mi hermano salpicados por todas partes.

Las lágrimas corren ahora libremente por mi cara, su angustia las exprime.

—Fue como si algo se apoderara de mí en ese momento. Actué por instinto y en un instante disparé a Diego en el hombro. Pero no apunté bien, me temblaba la mano. Y le dio de lleno. Un tiro mortal. —Aprieta los ojos como si intentara borrar la imagen de su cerebro—¿Y quieres saber lo peor? Diego se disculpó. Se disculpó mientras apretaba el gatillo.

—¿Por qué?

—Hice algunas averiguaciones por mi cuenta y luego Walsh me entregó las pruebas que los federales habían estado reuniendo. Una vez que lo vi en blanco y negro, no pude ignorarlo más. Mi padre se enteró de las preferencias de Seb y no pudo lidiar con la vergüenza de ello, probablemente pensó que esa era la razón por la que Seb estaba tratando de legitimar más el negocio familiar. Así que, reclutó a Diego para matarlo. Le prometió a tu primo que le conseguiría un puesto más alto en el cártel, que tenía influencia dentro de la organización de tu padre. Era mentira, por supuesto. Apostó a que ni Seb ni Diego saldrían del almacén esa noche.

Aturdida es una descripción demasiado suave para lo que siento. Diego había sido un traidor.

Siempre había sabido que era ambicioso, pero oír los extremos a los que estaba dispuesto a llegar para conseguir lo que quería era asombroso.

—Cuando fui en tu busca esa noche, no estaba planeado. Simplemente me encontré fuera de tu casa. Quería que supieras lo que le había pasado a Diego, confesartelo. Sabía que le querías.

No era el único al que quería.

—¿Por qué no me dijiste lo que pasó realmente?

—Tú sabías más que nadie. Eras la única que sabía que yo había apretado el gatillo. Era más sencillo, más limpio, para ambas partes pensar que Seb y Diego se habían matado. Y en cuanto a los hechos reales de la noche... —Siento que se encoge de hombros contra mí—No querías saber nada de mí. Que yo recuerde, me dijiste que fingiera que no te conocía si volvía a verte.

Me encojo ante la teatralidad de mi yo de 12 años.

—No debería haber...

—No. —Angelo me detiene con un apretón en la cintura—Tenías todo el derecho a decirme que me pirara de tu vida.

Me incorporo lo suficiente para mirarle a los ojos.

—Pero si hubiera sabido entonces cómo habían sido las cosas... —Me detengo, enfadada conmigo misma, enfadada con él por todo el tiempo que he desperdiciado odiándole.

Suspira como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—El resultado era el mismo, *principessa.* Tu primo estaba muerto y yo fui quien apretó el gatillo. Tú le querías. No quería quitarte eso.

Aunque eso me hiciera odiarle. Aprieto los ojos, sintiendo las lágrimas a punto de desbordarse.

—Ya no soy una niña, Angelo. No tienes que seguir protegiéndome.

—Créeme, me he dado cuenta de que ya no eres una niña. —Desliza una mano por la curva de mi pecho, lanzándome una mirada arrogante—. Y siempre te protegeré, Mer.

Siempre. Es una promesa que no puede hacerme y que me gusta demasiado.

—Claro, hasta que la muerte nos separe, ¿no? —Le doy un poco de ligereza a mi voz, pero el hombre que me sujeta no responde más que con una respiración pausada y una expresión seria.

El aire entre nosotros está cargado de todas las cosas que ninguno de los dos nos atrevemos a decir.

—¿Me hablarás de él? ¿De Sebastian? —pregunto, observando como su expresión se relaja al instante.

—Seb... era más que mi hermano. Era la única persona que entendía lo que era vivir bajo las expectativas de nuestro padre. Intentó mantenerme alejado de las peores partes de todo aquello. —Se le quiebra la voz y el se me parte corazón por él, por lo que ha perdido, por el hermano que ha tenido que llorar solo todo este tiempo—Intentó protegerme hasta el final.

Y ahora ha recogido el manto de su hermano, protegiendo a las personas que le importan; su madre, Ezio y sus hijos, Stefano y yo.

—Ojalá hubiera podido conocerle —le digo con seriedad, trazando sus labios con el dedo índice.

—Le habrías gustado —Angelo coge mi mano, besando mis dedos con ternura—Habría aprobado todo el por culo que me das. —Su sonrisa es algo precioso y el corazón se me queda atascado en la garganta cuando nuestros ojos se encuentran.

No hay palabras que puedan arreglar nada de esto, para arreglar el trauma de nuestros pasados. Pero a menudo las acciones hablan más alto.

No sé quién se mueve primero o si simplemente nos vemos atraídos el uno hacia el otro, presas de la fuerza gravitatoria que nos junta.

Nos besamos, y yo le digo con mi boca y mi cuerpo que estoy aquí para él, que no está solo. Mientras acuna mi cabeza entre sus manos y se mueve dentro de mí, susurrándome en italiano, me siento querida, adorada. Esto es lo quienes somos en la oscuridad.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Angelo

—*¿Angelo?*

Ezio capta mi atención. Mis pensamientos han estado divagando, pensando en Mérida. Es lo único que parezco hacer ahora: pensar en su sonrisa, en su piel suave, en el sonido que hace cuando nos besamos, en cómo me mira como si yo fuera más que la suma de todas las mierdas que he hecho, en cómo he podido dormir, dormir de verdad desde que ella pasa las noches en mi cama.

—¿Está todo preparado para mañana? —Vuelvo a centrarme en lo que estamos hablando.

—El cargamento llegará a tiempo —confirma Ezio.

—¿A quién tenemos al pendiente?

—Max y Gio. —Ezio nombra a dos de nuestros soldados más hambrientos. Dos hombres que han sido vocales acerca de dar un paso al frente y estar dispuestos a hacer lo que sea necesario con el fin de lograr que eso suceda.

La cosa es que no te conviertes en *capo* hasta que uno muere o envejece. Sé a ciencia cierta que Max y Gio planean asegurarse de que haya un aumento repentino en la tasa de mortalidad.

—Bien, no son tan estúpidos como para iniciar un tiroteo cuando tus agentes se pongan en movimiento.

No tengo reparos en avisar a Walsh sobre el envío cuando mientras eso implique que esos dos gilipollas sean arrestados. Sólo irían unos días por delante del resto de la familia, así que no estarían solos mucho tiempo.

—¿Cómo vamos con García? —La voz de Walsh llega a través del altavoz del teléfono desechable.

—Igual que cuando me hiciste la misma puta pregunta ayer —gruño al trozo de plástico que hay sobre mi escritorio—Mérida te ha dado ya más información de la que sabes qué hacer con ella.

—Pero nada de eso enlaza directamente con Miguel García —dice Walsh, algo que ya sé— Las cuentas tienen nombres falsos. Se ha cuidado de estar siempre a dos pasos de distancia de todo lo ilegal: ordenando golpes, dando instrucciones a su equipo superior, comunicaciones con sus cultivadores de heroína. Necesito algo que lo vincule directamente, de lo contrario sus abogados van a decir que todo lo que tenemos es circunstancial, algunos de sus chicos se irán al trullo un puñado de años y él volverá a hacer lo que hace.

Comparto la frustración de Walsh, de verdad, pero eso no significa que me guste que me hablen como si fuera idiota.

—Gracias por la explicación. —Mi voz es más seca que el Sahara—. La próxima vez que necesite una lección de cómo funciona esta mierda, me aseguraré de llamarte.

Ezio tuerce los labios tratando de ocultar su sonrisa.

—¿Y la tableta de la que me hablaste? —insiste Walsh.

Me pellizco el puente de la nariz, preguntándome por qué no me habré guardado ese detalle.

—¿Qué pasa con eso?

—Si no puede hackearse, ¿puede nuestra chica hacerse con ella en su despacho? —Como si fuera tan jodidamente fácil.

Me levanto de mi asiento y camino de un lado a otro porque tengo demasiada energía acumulada que quemar.

—En primer lugar, no es 'nuestra' chica.

Mía. El monstruo que vive dentro de mí dice la palabra.

—En segundo lugar, ¿estás loco? Es demasiado peligroso.

Se produce una pausa al otro lado de la línea.

—¿Más peligroso que lo que pasará en una semana si no podemos llegar a los García y los Russo antes de que la DEA lo jodan todo?.

Un ruido fuera del despacho llama mi atención y le hago señas a Ezio para que lo compruebe. Vuelve en menos de un minuto, negando con la cabeza. Madre mía, debo de estar muy nervioso si empiezo a oír cosas. Hago un gesto con la cabeza para que espere fuera. No necesito que oiga el resto de la conversación.

—Vamos, Angelo, estamos hablando de vuestras vidas —me camela Walsh. Imagino que sería útil tenerlo en una sala de interrogatorios, es bueno haciendo que parezca que le importa una mierda lo que les pase a sus informantes.

—Error, estamos hablando de *mi vida* —le respondo—Pase lo que pase, salga como salga esto, no perjudicará a Mérida ni a Ezio. Eso es lo que acordamos —le recuerdo.

Se oye un fuerte suspiro al otro lado de la llamada.

—Walsh, no me jodas con esto —le advierto—Ezio y su familia se quedan con el programa de protección de testigos sin importar si eres tú o la DEA quien entra al juego. Y Mérida desaparece. —Aunque ese pensamiento hace que el monstruo que llevo dentro quiera derribarlo todo—No quieres ver lo que le pasa a la gente que me traiciona.

—No me amenaces, Russo —bravuconea Walsh, pero oigo sus nervios.

—Recuerda quién aquí lleva las riendas. Una palabra mía y tu inmunidad desaparece y te vas a la cárcel tanto tiempo como el resto de tu puta familia.

Aprieto y aflojo los puños. Menos mal que estamos teniendo esta conversación por teléfono, porque si estuviera aquí, estaría recogiendo sus dientes encapuchados del suelo.

—No quería tener que hacer esto, Walsh, pero parece que necesitas que te recuerden con *quién* estás hablando. —Hay una razón por la que la gente me tiene miedo. El monstruo interior extiende sus manos a través de la jaula—Sé dónde vives, Walsh. Sé a qué escuela van Jacob y Jenna, dónde le gusta a tu encantadora esposa tomar su café. Sé lo mucho que le gusta a tu hija la bicicleta roja que le regalaste por su cumpleaños y cómo tu hijo sigue durmiendo con el pulgar en la boca, a pesar de que has intentado que deje de hacerlo.

—Eres un cabrón, Russo. —Su terror es palpable.

—Hago lo necesario para cuidar de los míos. Si se te ocurre renegar de cualquier parte de nuestro trato o dejar a su suerte a Ezio y a su familia, destruiré tu vida, Walsh. Y matarme no es la solución, por si eso es lo que estabas pensando. He dejado instrucciones detalladas a gente que es aún más depravada que yo. Cumple tu parte del trato y podrás conservar a tu hermosa familia; de lo contrario, todo lo que tendrás serán pedazos de ellos, y tendrás que vivir sabiendo que todo el dolor que pasaron, todo el miedo, fue todo culpa tuya.

Termino la llamada y vuelvo a meter el móvil en la caja fuerte antes de aplastarlo con mis propias manos. Respiro hondo, obligando al monstruo a retroceder. Amenazar a inocentes es una gilipollez e incluso pronunciar esas palabras me hace sentir que necesito darme una ducha.

Walsh no necesita saber que nunca le he puesto la mano encima a una mujer o a un niño con ira y que no pienso empezar a hacerlo ahora. Mi reputación es suficiente para hacerle creer que cumpliré, y eso es todo lo que necesito.

—¡Ez, ven aquí! —grito por encima de mi hombro.

—Cómo odio a ese imbécil —Ezio suelta un suspiro al entrar.

—No eres el único —le aseguro—Pero ahora mismo es el menor de nuestros problemas. —Me restriego las manos por la cara, estoy cansado de cojones.

—¿Qué vas a hacer con la tableta? —Con Mérida. No tiene que decir su nombre.

—Ya se me ocurrirá algo. —Vete a saber qué.

—Es más fuerte de lo que crees, jefe. —Su respeto por ella es la prueba de que es un hombre inteligente.

—El problema no es ella —admito, echándome hacia atrás en la silla—No creo que *yo* sea lo suficientemente fuerte como para exponerla a ese tipo de peligro.

Ezio me mira fijamente, como esperando a que diga algo más. Pero ya he terminado de abrirme en canal.

—¿La dirección que te pedí?

—Te la he mandado por mensaje. —Ezio hace una pausa—No vas a hacer nada que necesite

un equipo de limpieza, ¿verdad?

Levanto una ceja.

—Es tu decisión, jefe, sólo quiero saber. —Se ajusta la chaqueta—. Este es mi traje favorito y no me gustaría mancharlo con la sangre de un hijo de puta.

Resoplo una carcajada. Ezio no conoce toda la historia del hombre cuyos datos ha encontrado para mí, pero es lo bastante listo como para rellenar algunos de los huecos.

—Vete a casa a ver a tus hijos, Ez. No es necesario limpiar. Sólo voy a tener una charla con él. —Y tal vez darle una paliza, sólo un poco.

Ezio me lanza una mirada dudosa.

—Evita las cámaras, limpiar esas cosas es una puta pesadilla.

—Sí, *mamá* —digo riéndome mientras me hace un gesto lascivo antes de dejarme solo. Y, entonces, salgo a hacerle una visita a un puto violador de mierda.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Mérida

No me quedo cerca después de oír a Walsh decir que sólo nos queda una semana. Jadeo en voz alta, olvidándome donde estoy por un segundo, pero no lo suficiente como para delatar que estaba escuchando a escondidas.

Tengo suerte de ser lo bastante pequeña para poder esconderme detrás del zócalo de la estatua que hay al fondo de la sala. Es una de las pocas veces que agradezco mi tamaño. Aun así, contengo la respiración cuando Ezio hace un barrido fuera del despacho de Angelo. Sólo me atrevo a inspirar cuando la puerta vuelve a cerrarse tras él.

Cuento hasta cien después de ver desaparecer el coche de Angelo por el largo camino de entrada y luego me pongo manos a la obra para desbloquear el despacho, utilizando los trucos que me enseñó Diego.

Reparé en la caja fuerte la primera vez que estuve aquí, Angelo no se molestó en esconderla, probablemente porque es la única persona con acceso a la habitación. Como se me ha dicho en términos inequívocos, además de Natalia, el ama de llaves, no se permite entrar a nadie en su despacho.

Ni siquiera me molesto en adivinar la combinación de la caja fuerte. Pero no me hace falta, unas pocas líneas de código de mi portátil me dan la combinación de 6 dígitos en cuestión de minutos.

Mis ojos se mueven hacia la puerta para asegurarme de que no me van a interrumpir, pero, como siempre, estoy sola en casa.

La caja fuerte se abre silenciosamente y me pongo de puntillas para mirar en su interior, decepcionada al encontrar sólo un objeto. El móvil es el típico desechable, nada especial, nada que sugiera por qué sería lo único guardado en el lugar más seguro de la casa más segura que he visto nunca. Angelo no estaba bromeando cuando dijo que su sistema de seguridad era de lo mejor, incluso a mí me cuesta ver donde se pueden hacer mejoras.

Sólo dudo un momento antes de encender el teléfono. Lo que haya en él es juego limpio. Acordamos no tener secretos y, a medida que leo la única cadena de mensajes, queda claro que no ha cumplido su parte del trato. Quería equivocarme, haber malinterpretado lo que oí. Pero no es así, y la noticia me revuelve el estómago. Estoy tan absorta en el teléfono que no me doy cuenta de que ya no estoy sola hasta que es demasiado tarde.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

Levanto la cabeza y veo que Angelo me mira a mí y al móvil que tengo en la mano como si estuviera intentando averiguar hacia dónde quiere dirigir los rayos láser rojos y furiosos que salen de sus ojos.

Es intimidante, seguro, pero me niego a dejar que se salga con la suya intentando pintarme como la mala de la película.

—¿Qué coño crees *tú* que estás haciendo? —Señalo el móvil—¿Cuándo ibas a contarme esto?

Sus hombros se hunden como si se estuviera desinflando delante de mí. Sí, sabe que la ha cagado. La pregunta es, ¿qué va a hacer al respecto?

—Esta noche. —Se pellizca el puente de la nariz como suele hacer cuando le frustro, salvo que esta vez estoy bastante segura de que no es conmigo con quien está cabreado—Iba a decírtelo esta noche.

—Sólo porque te has quedado sin tiempo. Si estoy leyendo bien, tenemos menos de una semana para terminar esto. Parece una información importante, ¿no crees? —Soy consciente de que estoy chillando, pero aún intento procesar lo que he leído y lo que significa. El hecho clave es innegable—Me has estado mintiendo todo este tiempo, cuando pensaba... —Cuando pensaba que esto era algo más que un falso matrimonio.

—¿Cuándo pensaste qué? —presiona.

—¡Cuando creí que éramos un equipo y que no eran solo putas patrañas!

—¡Te dije lo que pensé que era mejor en ese momento! Puedes abandonar esa pose de superioridad. ¡Tampoco es que tú hayas sido completamente sincera conmigo!

—¿Qué se supone que significa eso? —¿Cómo puede tener el descaro de volver esto contra mí?

Angelo da un paso hacia mí, hasta que es todo lo que puedo ver. La última vez que estuvimos tan cerca estábamos enredados en las sábanas, en el cuerpo del otro. Esto no podría estar más alejado de esa realidad.

—¿Crees que no sé que tu padre te ha dicho que le pases información sobre nosotros? ¿Crees que soy estúpido?

La ira en sus ojos parece a punto de desbordarse; el monstruo que mantiene enjaulado en su interior lucha por liberarse.

—¿Y cómo lo sabes? —Los únicos que participábamos en esas conversaciones éramos mi padre y yo. No había nadie más en la habitación.

Los ojos de Angelo se mueven hacia mi mano y vuelven a mi cara tan rápido que podría habérmelo perdido, pero no.

—No. —Sacudo la cabeza. No puede ser verdad—Dime que no has hecho lo que pienso. —Golpeo los anillos de boda y compromiso que me he acostumbrado tanto a llevar que ya no me los quito. Habían empezado a parecerme míos.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

La mandíbula de Angelo está dura como el granito.

—¿Has pinchado mis anillos? —Apenas puedo pronunciar las palabras. Quiero que me diga que estoy loca, que es imposible que haga algo así, que traicione mi intimidad de esa manera. Pero no lo hace.

—Cuando te los di, fue para protegerte. —Se pasa una mano por el pelo.

—¡*Y*una mierda! ¡Fue porque no confiabas en mí!

—¡No confiaba en *nadie*! —replica, y la crudeza de su voz es casi suficiente para hacerme reflexionar.

—¿Y ahora? ¿Confías en mí ahora? —Quiero que diga las palabras, lo necesito. Pero permanece en silencio, con los labios apretados como si estuviera forzando la boca a cerrarla. Quiero reírme, pero esta situación no tiene nada de gracioso—Supongo que esa es mi respuesta. —Intento tragarme la amargura, pero no me pasa de la garganta—¡Si me has estado espiando entonces sabrías que no le he dicho a mi padre ni una sola puñetera cosa que no supiera ya!.

Angelo no dice nada, pero su puño se estrella contra la pared. Ni siquiera parece darse cuenta de que le sangran los nudillos.

—Eso es útil —resisto el impulso de correr hacia él y comprobar que el idiota no se ha hecho ningún daño permanente—Tenemos que *arreglar* esto, no armar más líos—Hago un gesto hacia la huella que ha dejado en la pared.

—¿Qué demonios crees que he estado haciendo? —estalla.

—¡No lo sé porque no me cuentas nada!

Se echa hacia atrás como si le hubiera abofeteado.

—¡Te he contado más de lo que he compartido con *nadie,* joder! Pero no es suficiente para ti, ¿verdad, Mérida? —Levanta las manos como si fuera él el agraviado y por primera vez me fijo en los moratones de sus nudillos, los dos—No, ¿y sabes por qué nunca será suficiente? Porque tienes demasiado miedo de abrirte, de volver a sentirte completa. Es más fácil seguir rota.

Toda mi conciencia se centra en esa palabra. *Rota*. No puedo creer que haya llegado hasta ahí. Sus palabras son latigazos, pero el dolor que sangro se transforma en rabia.

—¿Quieres saber qué puedes hacer por mí, Angelo? —Doy un paso hacia él, mi rabia es algo que se respira—Puedes morirte. No quiero tener nada que ver contigo. —Me quito los anillos del dedo y los tiro al suelo.

Ni siquiera me molesto en ver dónde aterrizan antes de salir corriendo de casa hacia la playa. No tengo ni idea de adónde voy, lo único que sé es que necesito alejarme de él. La arena debe de

amortiguar sus pasos, porque una mano me coge por el codo y me hace girar antes de que haya puesto suficiente distancia entre el hombre que me está mirando y yo.

—Suéltame —grito, alejándome de él, pero no afloja su agarre.

—¿Dónde coño crees que vas? — En el crepúsculo, sus ojos parecen de obsidiana—Sabes que no puedes estar aquí fuera sola.

—Puedo hacer lo que quiera, Angelo. ¿Sabes por qué? —Me inclino hacia él, deseando estrangularle—Porque abandono. He terminado.

—¿Has terminado? ¿Así de fácil? —Tiene el descaro de parecer sorprendido.

—Sí, así de fácil. —Me río, porque como si fuera tan fácil—Pasé más de veintiún años de mi vida, dejando que mi padre me tratara como una mierda. Y juré que no iba a ser esa persona nunca más y no lo haré por nadie, ni siquiera por ti, Angelo. —Ni siquiera por el hombre del que estaba segura de que me estaba enamorando, aunque sabía que acabaría mal, así.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, pero no sé si son de rabia, de dolor o de desamor. ¿Puede un corazón romperse si nunca ha estado entero?

—Joder, Mérida. Joder —ruge al atardecer y sé que la rabia que irradia su cuerpo no va dirigida a mí, es toda para él—Nunca debí convencerte de este estúpido plan de mierda. —Se tira del pelo con tanta fuerza que me sorprende que no se lo arranque—Creía que lo había previsto todo, que podía controlar todas las variables porque así de puto arrogante soy. Y después llegaste tú. Eras lo único que no esperaba, Mer.

Se sienta pesadamente en la arena, con la cabeza entre las manos. Debería marcharme. Ahora. Doy un paso y luego otro. Pero mis pies no me alejan de él, sino que me acercan, hasta que me siento a su lado, sin llegar a tocarle. La gravedad.

Suelta un fuerte suspiro.

—Dejé de escuchar.

—¿Qué? —Siento la garganta en carne viva, como si hubiera estado gritando.

—Al audio . —Señala con la cabeza hacia mi mano, donde antes estaban los anillos—Dejé de escucharlo casi tan pronto como empecé.

—¿Por qué? ¿Por qué paraste? —dilo, sólo dilo. Pero no lo hace y la decepción me da ganas de llorar.

—Siento lo que te dije. No estás rota, tienes que saber que no pienso eso.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué lo dijiste? Te he contado cosas que nadie más en el mundo sabe. Tal vez fue error mío, pero nunca pensé que usarías mis secretos en mi contra de esa manera. Y sobre todo por una razón tan absurda; para ganar una estúpida pelea.

—Es cuánto he conocido. Todo era ganar o perder, no había término medio. De pequeños, mi padre nos enfrentaba a Seb y a mí, a veces era sólo una guerra de palabras, a veces nos decía que usáramos los puños. Cuando las cosas van mal, siento que hay algo, un monstruo dentro de mí, que sólo quiere atacar, infligir el máximo daño. Tú estabas a tiro y lo siento mucho.

—Eso es muy jodido—Y horroroso y un millón de cosas más—Tuviste una infancia jodida,

lo entiendo, créeme que lo entiendo, pero llega un momento en que tenemos que asumir la responsabilidad de nuestras propias acciones. No puedes culpar a papá Russo de la forma de mierda en que tratas a la gente.

Se ríe sombríamente.

—No todos somos tan fuertes como tú, Mérida.

—¿De qué estás hablando?

—Siempre has sabido exactamente quién eres. Tú, tu esencia, no ha cambiado desde que tenías 12 años. Esa bondad, el sentido de lo que está bien y lo que está mal y en qué estás dispuesta a comprometerte y en qué no; todo eso es igual ahora que entonces. Has sido lo bastante fuerte como para mantener esa esencia, a pesar de toda la mierda que te rodea. Ese tipo de fuerza de voluntad es más de lo que a la mayoría de nosotros podemos aspirar. Y, que conste, sé que no estás rota, estás muy lejos de ello. Y te aseguro que no necesitas que yo te arregle, es más bien al revés. Creo que me has estado recomponiendo desde que te conocí. —Sus ojos oscuros brillan con sentimiento y lo único que quiero es caer dentro de él, de nosotros.

—No creo que nadie me haya visto nunca como tú —admito y recibo esa suave sonrisa suya que hace que me tiemblen las rodillas—Y yo también te veo. —Le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos—No eres un monstruo, eres el tío que mantiene a raya a los monstruos. Eres fuerte, Angelo. Has sobrevivido a mucho, más de lo que la mayoría de la gente podría soportar. Te han manipulado desde que eras un niño. Nunca te dieron una opción. Toda la mierda mala que has hecho, eso no es lo que eres, es lo que te hicieron.

Ojalá pudiera verse a sí mismo como yo le veo, que pudiera ver que es un buen hombre que simplemente nació en una situación imposible.

—¿Y ahora qué? —Mira hacia el agua—Entiendo si estás planeando irte. Maldita sea, te ayudaré a hacer la maleta y haré que Stefano te lleve a donde quieras ir.

Parpadeo, intentando discernar su expresión en el crepúsculo.

—Ha sido una pelea, Angelo. Eso no significa que me vaya a ninguna parte.

—¿No te rendirás conmigo? —Sacude la cabeza—Me refiero al plan... ¿no te rindes con el *plan*?.

Me doy cuenta de su desliz y eso hace que se me contraiga el corazón en el pecho.

—Di mi palabra, Angelo. Estoy en esto hasta el final—Para siempre, añado en silencio.

Me mira con la clase de asombro que me hace sentir que soy importante, que valgo la pena.

—¿Cómo has conseguido estar tan jodidamente entera, Mer, cuando yo soy un completo puto desastre?

—¿Qué puedo decir? Soy un unicornio, o quizá una sirena. —Le bato las pestañas—. Y no eres un desastre, Angelo. Sólo tienes cosas que superar. Estar lejos de todo esto —agito vagamente en el aire, abarcando la locura de la vida Russo / García—, durante casi 18 meses, me dio algo de perspectiva, algo de distancia y algo de tiempo para procesar realmente algo de lo que significó crecer de la forma en que lo hice, de la forma en *que* lo hicimos. Tú no has tenido

esa oportunidad. Has tenido 27 años de esta mierda, sin tregua. Has tenido que jugar el juego 24/7, 365 días al año. Debes estar agotado.

—Lo estoy. —Su cabeza cuelga un poco como si sintiera el peso de ese agotamiento. Ojalá pudiera quitárselo—. Pero te equivocas en una cosa...

—¿Sólo una?

Sonríe ligeramente ante eso.

—Dijiste que no había tenido ningún indulto, pero eso no es cierto. Tú estabas ahí. Cuando éramos niños, esos pocos meses en los que podía llamarte amiga fueron algunos de los mejores recuerdos de toda mi vida. Y este tiempo contigo, aquí, sé lo jodido que suena, pero a pesar de la amenaza de, ya sabes, muerte inminente, no lo cambiaría por nada. Siempre has sido mi paz en medio de todo. Eres lo único que siempre tuvo sentido.

No digo nada, porque no sé qué demonios contestar a algo así. Pero algo en sus palabras me golpea y es como una flecha que atraviesa todas las mentiras que me había estado contando sobre nosotros dos. Esa clarividencia es bastante para que me hunda en la cama.

Dios mío. Estoy enamorada de Angelo. Estoy enamorada de alguien que está muy aterrorizado de amar a alguien, de lo que eso significaría. Porque si amas a alguien y lo pierdes, otra vez, ¿entonces qué?

Cuando era pequeña, pensaba que enamorarse era como en las películas. Sería perfecto y romántico, dulce y puro. Con Angelo no fue así. Ambos tenemos demasiadas imperfecciones para contarlas.

—Estos son tuyos.

Miro hacia abajo, a la palma de su mano abierta, y veo las dos alianzas. Sonrío al ver que se ha parado a recogerlas antes de salir corriendo a seguirme. No dudo en cogerlos y, al ponérmelos en el dedo, con una abrumadora sensación de acierto.

Nos sentamos en silencio, mirando cómo sube y baja la marea, hombro con hombro.

—¿Angelo? —Este hombre de traje caro parece a la vez incongruente y perfectamente a gusto sentado en la playa con los antebrazos sobre las rodillas.

—¿Mmm?

—¿Quieres decirme por qué tus nudillos tienen pinta de que hubieras estado fingiendo ser Rocky y golpeando a un cerdo congelado?.

La comisura derecha de su boca tira hacia arriba.

—Rocky estaba pegando a una vaca, no a un cerdo —me corrige en voz baja, como si ese fuera el punto clave.

Le doy un ligero codazo.

—Nos decimos la verdad, ¿recuerdas?

Suspira resignado, con los ojos en el dorso de las manos mientras las flexiona.

“—. Fui a visitar a Jamie Bridge.

Menos mal que ya estoy sentada, de lo contrario podría haberme caído de un plumazo.

Apenas le conocía, pero su nombre se me había quedado grabado en la cabeza desde aquella noche.

—¿Cómo descubriste que era él? En realidad, no importa. ¿Es... está…?

—No está muerto —dice Angelo, apresuradamente—Sólo tiene la nariz rota y algunos moratones y rasguños. Pero tuvimos una buena charla. —Le lanzo una mirada, imaginando cómo fue—. Y nunca hará lo que te hizo a ti a nadie más, te lo puedo prometer.

Este hombre, ni siquiera puedo...

—¿Hiciste eso por mí?

—¿Ves a alguien más por aquí? —bromea, mirando alrededor de la playa desierta hasta que le doy un ligero puñetazo en el brazo—Si te soy sincero, también lo hice por mí. No podía dejar que alguien se aprovechara de ti así y se saliera con la suya. No podía permitirlo.

—Gracias —digo en voz baja.

—Nunca tienes que agradecerme que luche por ti. —Angelo me pasa el brazo por los hombros y me doy cuenta de que nunca me he sentido tan segura, ni tan vista como cuando estoy con él.

Volvemos a quedarnos en silencio, escuchando las olas, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—Sabes que tenemos que conseguir esa tableta —digo finalmente—De lo contrario, todo lo que hemos pasado habrá sido en vano. No puedo ver cómo mi padre sale impune cuando sé que hay algo que podría hacer para impedirlo.

—Lo sé —admite en voz baja—Eso es lo que temo. —Me aprieta la mano y hay tanto en esa acción.

—La fiesta de la boda es dentro de dos días. —Pienso en voz alta—¿Podemos convencer a Walsh de que prepare a sus agentes para entonces? —Mi mente se acelera con las posibilidades.

—No soy precisamente su persona favorita, pero si eso significa que conseguirá lo que quiere estoy seguro de que podré convencerle. Pero, ¿por qué queremos darnos aún *menos* tiempo? Ya estamos caminando por una maldita cuerda floja y ahora quieres quitarnos la red. —Me mira especulativamente—¿Qué estás pensando, Mer?

—¿Recuerdas cómo subimos al nivel 17 en GTA después de bombardear durante días?.

Los ojos de Angelo parpadean arriba y a la derecha como si estuviera accediendo a ese recuerdo en su cerebro.

—Un cambiazo —dice en voz baja, y veo que está llegando a la misma conclusión que yo. Es lo que nos convirtió en un buen equipo de jugadores cuando éramos niños, lo que nos *sigue convirtiendo en* un buen equipo ahora como... como lo que quiera que seamos.

Me muerdo el labio inferior, mirando el tatuaje de la Play Station que tengo en el brazo.

—A veces las viejas estrategias siguen siendo las mejores. Y la fiesta nos brinda la oportunidad perfecta. No vamos a tener otra igual.

—Será peligroso —advierte.

—Algunos riesgos merecen la pena. —Le miro a los ojos, esperando que sepa leer entre líneas.

—No dejaré que te pase nada, Mer —promete, antes de acunarme la cara y besarme con fuerza y yo finjo que es su forma de decir las cosas que aún no está dispuesto a admitir.

—Lo sé —le digo, con sus labios contra los míos, porque, aunque no me quiera, sé que se interpondrá entre el daño y yo, porque así es él.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Angelo

Odio las putas fiestas. Lo único que hace que esta sea un poco más soportable es que puedo abrazar legítimamente a mi mujer sin tener que poner excusas. Al menos cuando fingimos, no es complicado. No hay necesidad de cuestionar una caricia o una mirada. Cuando fingimos, sabemos lo que somos el uno para el otro. Es el resto del tiempo el que resulta tan jodidamente confuso.

—¿Te he dicho ya lo impresionante que estás esta noche? —Mi mano patina hacia abajo, tocando la sedosa piel de su espalda baja mientras bailamos.

—Una o dos veces. —Sus labios se fruncen como si intentara fingir que no le gusta el cumplido.

—Bueno, vale la pena repetirlo.

Qué guapa es, joder. Cuando bajó las escaleras con el vestido verde esmeralda sin espalda, casi me atraganto con la lengua. Su piel brillaba y bajo las luces parecía un hada que cobraba vida. Había necesitado una fuerza de voluntad suprema para no llevarla a nuestro dormitorio y demostrarle lo hermosa que es.

Sus mejillas se vuelven rosadas bajo su piel aceitunada. Es la dulzura personificada.

—Gracias. Pero todo ha sido obra de tu madre. Consiguió una modista y todos los arreglos. Lo único que hice fue presentarme —divaga, nerviosa. Después de todo lo que hemos compartido, parece imposible que siga mostrándose tímida conmigo.

—Siempre quiso tener una hija, pero se quedó con dos niños revoltosos. —Mi humor decae como siempre que pienso en Seb, en cómo él debería estar aquí en vez de yo.

La expresión de Mérida se suaviza y me pregunto qué ve en mi cara que le hace pensar en mí como algo más que una de las cosas que te atemorizan por la noche.

—¿Y tú? ¿Quieres tener hijos algún día?

—Sabía que no quería traer hijos a esta vida, así que nunca lo vi como una opción para mí —

admito, dándole vueltas.

—¿Y ahora?

Ahora empiezo a desear algo que creía que nunca podría tener.

—Vayamos poco a poco, *tesoro* —digo en su lugar. Este camino es peligroso, sobre todo con todo lo que depende de lo que ocurra esta noche, así que cambio de táctica—¿Estás segura de que tu padre aceptará nuestra invitación? —No le he visto y los *capos* que hay por la fiesta me habrían avisado inmediatamente si el Caimán Negro hubiera hecho acto de presencia, y *tiene* que hacerlo para que todo esto no se vaya al garete.

—Estará aquí. Es demasiado arrogante, no querrá parecer que tiene miedo de asomarse a la casa de tu padre. Aunque cuando era niña me dijo que sólo pisaría la casa de los Russo cuando... —vacila.

—¿Cuándo qué? —Esto debería ser bueno. Le doy una suave sacudida, a la vez frustrado y halagado de que intente protegerme—Puedo asegurarte que no será lo peor que he oído, ni de lejos.

Se muerde el labio un momento antes de suspirar.

—Dijo que pondría un pie en casa de los Russo cuando esté pisando los cadáveres ensangrentados de tus padres.

—Me parece bien. —Me encojo de hombros, sin sorprenderme lo más mínimo. Estoy seguro de que la respuesta de mi propio padre habría sido parecida si las circunstancias fueran al revés.

Bailamos en silencio hasta que termina la canción, pero quiero seguir aferrándome a ella. Quiero quedármela para siempre. Debería decírselo. Estuve a punto de decírselo aquella noche en la playa, cuando estaba dispuesto a dejarla marchar si eso significaba mantenerla a salvo.

—Está aquí. —La voz grave de Mérida detiene ese pensamiento en seco y sigo su línea de visión hacia el séquito que acaba de entrar. Entre el nova más de California, senadores, jueces, actores, empresarios y poderosos de toda condición, se encuentra Miguel García al frente de un pequeño ejército de sus hombres—Es la hora del espectáculo —dice en voz baja.

—Parece que está tan entusiasmado con la política de fuera dispositivos de la fiesta como pensábamos. —Miro como parece que está a punto de abalanzarse sobre el mostrador y estrangular a Stefano. Ya casi es hora de que intervenga Mérida, pero la agarro por el codo cuando hace ademán de irse.

—No tienes que hacer esto. Encontraré otra manera.

Me sonríe con tristeza.

—No hay otra manera. Hemos pensado en todas las demás opciones. Esto es lo que hay. Casi nunca sale de casa. Esta podría ser la única oportunidad que tengamos. —Me besa, demasiado rápido.

—¿Tienes el disco duro? —Asiento con la cabeza hacia su bolso.

—Tengo todo lo que necesito. —Me mira y todo lo que quiero es ser ese «todo»—Sólo necesito que te asegures de que esté entretenido el tiempo suficiente para que pueda volver a

cambiar la tableta. Confía en mí. Yo me encargo.

—Confío, Mérida. Confío en ti —le digo esas tres palabras porque no es el momento de decirle las otras, las que están desesperadas por salir.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Mérida

—*Padre*. —Le sonrío, esperando que no vea el miedo tras la falsedad—Me alegro mucho de que hayas venido.

Tiene la boca torcida como un pretzel y los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¿Qué coño es esto? —Señala a Stefano, que va elegante y casi irreconocible con su uniforme de guardarropa. Las gafas falsas también son un buen complemento, fueron idea mía.

—Con el calibre de la gente que ha asistido, así como nuestras dos familias, los Russo pensaron que sería prudente mantener todo este evento fuera de conexión.

No había costado mucho persuadirles para que pusieran en práctica la norma de no usar aparatos electrónicos, teniendo en cuenta la paranoia del padre de Angelo en general. Angelo incluso había conseguido que su padre pensara que había sido idea suya.

—Esto se queda conmigo. —Mi padre levanta el pequeño maletín que lleva consigo—No está conectado a internet, así que no debería ser un problema—.

Intercambio una mirada con Stefano.

—Por supuesto, *padre*, déjeme ver qué puedo hacer.

Stefano y yo mantenemos una animada conversación sobre nada en particular y luego regreso con mi padre.

—Sólo necesita verificar que tu dispositivo no está conectado, entonces podrá hacer la excepción por ti, *padre*. —Uso mi voz más persuasiva.

Mi padre se inclina hacia mí, siseando como una víbora.

—Esto es una falta de respeto. No debería regirme por las mismas reglas que toda esta... gente. —Dice la palabra con desprecio.

—Sólo será un momento, lo prometo. No queremos montar una escena delante de todos. —Invoco el destino peor que la muerte para mi padre. Toda una escena.

—No lo pierdas de vista —me advierte, la amenaza en sus ojos es clara.

Hasta ahora, todo bien.

Contengo mi suspiro de alivio e inclino la cabeza en señal de reconocimiento. Me entrega el maletín y me sorprende que no oiga los latidos de mi corazón. Le entrego el maletín a Stefano, que saca la tableta y me obligo a no abrir los ojos por la codicia. Mi padre se queda a mi lado, claramente sin confiar en mí para supervisar el proceso, y espero que el juego de manos de Stefano sea tan bueno como dice Angelo. Stefano saca un detector de metales en forma de varita y lo pasa por encima de la tableta antes de asentir con la cabeza en señal de aprobación, volver a guardarla en el estuche y entregársela a mi padre.

—Gracias, señor. —Asiente en señal de deferencia e indica al siguiente que se acerque.

Ha sucedido tan rápido que ni siquiera estoy segura de que Stefano haya hecho el cambio. ¿Algo ha salido mal? ¿Estaba mi padre prestando demasiada atención? Pero cuando capto su mirada, me dedica la más mínima curva de sus labios y sé que está hecho.

—Maldita regla ridícula —refunfuña mi padre a mi lado mientras lo conduzco hacia Angelo, que ha estado esperando a un lado.

—Señor García. —Angelo responde a la mirada acerada del Caimán Negro con una propia—Es un honor. —Su tono indica que es cualquier cosa menos eso.

—Lo mismo digo, seguro.

—Mi padre me pidió que hablara con usted cuando llegó —dice Angelo con expresión indiferente.

—Bueno, ahora *somos* familia. —Mi padre lo dice como si la idea fuera tan atractiva como el ébola.

—Os dejaré solos. —Sonrío como la insípida esposa que se supone que soy—Tengo que ir al tocador, de todos modos. Te encontraré después, *padre*, y podremos hablar. —Traducción: te daré la información que has estado buscando para usarla contra los Russo.

Los ojos de mi padre, tan parecidos a los míos, salvo que no hay ni una chispa de vida o felicidad en ellos, se encienden y asiente con la cabeza, indicando a Angelo que lo guíe.

Me arriesgo a echar un vistazo a mi falso marido antes de que se dé la vuelta y su creencia en mí en su expresión es tan poderosa que casi me deja anonadada.

Me dirijo a uno de los numerosos tocadores antes de dar marcha atrás y volver al guardarropa de Stefano. Sin mediar palabra, me entrega el chal con una sorpresa en su interior.

—Eres bueno —le murmuro.

—Como te dije, si alguna vez te aburres de tu marido, ya sabes dónde encontrarme. —Me guiña un ojo.

Contengo la risa, negando con la cabeza. No creo que pueda aburrirme nunca de Angelo.

Siento la presencia de Ezio justo detrás de mí mientras agacho la cabeza, no quiero que nadie me moleste cuando estamos tan cerca de conseguirlo. Me escabullo por la puerta trasera, me quito los zapatos y corro hacia la casa de invitados, al fondo del jardín.

Angelo y yo habíamos acordado que era el lugar más seguro para la siguiente fase del plan.

No se me escapaba que me estaba poniendo lo más lejos posible de nuestras familias, incluso ahora, seguía intentando protegerme. Él había sido quien insistió en que Ezio fuera mi carabina, montando guardia fuera de la casa de huéspedes para que no me molestaran.

Doy un portazo y me siento en el suelo con el vestido a mi alrededor mientras hago lo que hay que hacer. Introduzco el pendrive y mis dedos se mueven más rápido que nunca.

Observo la cuenta atrás de la descarga y se me ocurre una idea. Esto no formaba parte del plan, pero parece un castigo adecuado para un hombre que siempre ha trabajado en la sombra. Pulso algunas teclas de la tableta y veo cómo pongo en marcha el principio del fin del cártel de García.

Termino la descarga y cojo el pendrive, asegurándome de que no haya moros en la costa antes de salir del servicio de señoras, con la tableta guardada a buen recaudo bajo el chal.

Todavía tengo que cambiar la tableta falsa que Stefano le había dado por la verdadera antes de que se dé cuenta de que falta. Una vez hecho esto, estaremos libres y podremos llamar a la caballería. Me apresuro por los jardines, cuando oigo lo que suena como un disparo seguido de otro. ¿Qué cojones?

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Angelo

—¡Todos al suelo!

Los invitados se dispersaron en cuanto el primer agente del FBI irrumpió en la casa. Han llegado demasiado pronto. Walsh la ha cagado y ahora ha puesto nuestras vidas en peligro. Me muevo para agarrar al padre de Mérida, pero el escurridizo cabrón ya se ha esfumado.

¡Puta mierda!

Es demasiado pronto.

Las balas empiezan a volar cuando los soldados Russo y el séquito del cártel de García se ponen a disparar y entonces se desata el infierno. Mi padre, como el cobarde que es, sale corriendo todo lo que su corpulencia le permite, dejando sola a su mujer.

—¿Angelo? ¿Qué pasa? —Mi madre parece completamente confusa mientras la cojo por el codo y la empujo hacia la parte trasera de la casa. Tengo que llevarla a un lugar seguro donde no pueda recibir una bala por accidente y luego tengo que encontrar a Mérida y rezar para que su padre no se me haya adelantado.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Mérida

—*Mija*, te he estado buscando.

Mierda. Mierda. Doble mierda.

—*Padre*, ¿qué está haciendo aquí fuera? —Empiezo a acercarme a las escaleras que llevan a la casa principal.

—Pensé en tomar un poco de aire fresco. —Me mira con una expresión afilada como el cuchillo que llevo en el bolso.

—¿Me has seguido?

¿Cómo se escapó de Angelo?

¿Y dónde está Ezio? Se suponía que me cubriría las espaldas.

—No te preocupes, tu marido está bien. —Es desconcertante la forma en que sabe lo que estoy pensando, o, tal vez, cuando se trata de Angelo, soy así de transparente—Por ahora. Pero es hora de que nos vayamos.

¿Qué demonios ha pasado? Necesito ir con Angelo.

—Vayamos adentro, ¿sí? —Mi voz sólo tiembla un poco. Apenas he dado un paso cuando su mano en forma de garra se cierra sobre mi muñeca.

—Un momento, *mija*. ¿No había algo que querías contarme, sobre los Russo? ¿Algo tan importante que tenía que venir a esta ridícula *fiesta* para oírlo? —Su voz destila suspicacia—¿O quizás había otra razón por la que me querías aquí?

No. No. No. ¿Cómo podría saberlo?

Se escucha más conmoción desde el interior.

—¿Creías que podías entregarme al FBI así como así?

Maldito Walsh. Se había adelantado y había llegado antes, es la única explicación posible. ¿Qué significaba eso para Angelo?

Me hago la tonta.

—¿El FBI?

—No me vengas con esa mierda. En cuanto vi que ese idiota corpulento te seguía, supe que no decías la verdad —replica.

Ezio. Mis ojos se dirigen a las escaleras, donde distingo una figura desplomada en el suelo. *Por favor, que esté vivo. Por favor, que esté vivo.*

—¿Qué has hecho?

—No hagas pucheros. Sobrevivirá. —Mi padre se encoge de hombros—Probablemente.

Sus ojos se entrecierran y se dirigen a la mano que cierro en un puño. Me retuerce la muñeca con tanta fuerza que tengo que soltarla. El pendrive rebota en la hierba. Sea lo que sea lo que esperaba, no es eso, porque no me pierdo la cara de asombro que pone.

—Mérida, ¿qué has estado haciendo?

Me agarra del chal, obligando a la tableta a caer al suelo y su rostro palidece bajo el bronceado.

—Maldita zorra.

Intento lanzarme a por el pen, pero, a pesar de su edad, mi padre es rápido y me tira hacia atrás, agarrándome por detrás.

El frío acero me muerde el cuello y mi pesadilla recurrente me vuelve a la memoria. Es tan parecida que cuesta distinguir qué es real y qué es un sueño. Su brazo me aplasta el esófago y me aprieta contra él para que no pueda alejarme lo suficiente como para darle una patada. Sabe que lucharía como una gata para escapar. Después de todo, fue él quien me enseñó.

—Tenemos mucho de qué hablar, mija. Pero, primero, es hora de ir a casa.

No, no. No puedo volver. Si lo hago, nunca podré volver a irme. En el mejor de los casos, seré prisionera en mi propia casa, o en la del hombre al que me prometí para el resto de mi vida. No sé qué opción es peor. En el peor de los casos, el resto de mi vida será un tiempo muy limitado.

—Es demasiado tarde. —Le sonrío con el labio partido.

—No lo creo. —Parece muy pagado de sí mismo, pero no tiene ni idea.

—Todo está en la red —le digo, observando cómo aterrizan mis palabras—Todo. Cada negocio sucio que has hecho, cada secreto. Está en la red.

Me aprieta el pecho y me cuesta respirar hondo.

—Debería haberte matado en cuanto tu madre me dijo que íbamos a tener una niña. Debería haber sabido que te convertirías en una perra traidora.

Puede que sus palabras me dolieran hace años, cuando aún pensaba que era posible que tuviéramos algún tipo de relación, pero ahora no significan nada para mí. *Él* no significa nada para mí. Ese conocimiento me centra la mente.

Esa pesadilla recurrente que tuve, había pensado que era un castigo, una persecución, pero ahora veo que no lo era, me estaba preparando precisamente para este momento. Sé lo que tengo que hacer.

Lucho contra el fuerte agarre de mi padre, lanzando el codo hacia atrás como él me enseñó, apuntando al centro de su pecho, al plexo solar, para dejarle sin aliento. Se anticipa al movimiento, pero no lo bastante como para evitar recibir parte del golpe. Lo que no espera es que yo me convierta en un peso muerto, que me suelte de sus brazos mientras él lucha por respirar, y que mi pequeño tamaño juegue a mi favor como pocas veces sucede en una pelea. Oigo su gruñido de «puta» detrás de mí. Y, esta vez, en lugar de huir de él, empuño el cuchillo que he estado llevando durante los últimos 17 meses, todo por su culpa, y se lo clavo en el vientre, sintiendo la sangre salpicar mi mano.

Cae de rodillas, con una expresión de asombro en la cara que podría ser cómica si toda esta situación no fuera tan horrible.

—No vas a matarme, *mija*. No tienes *cojones*. —Escupe las palabras mientras se desploma contra una de las estatuas decorativas del jardín de los Russo.

—No, no voy a matarte. —Le miro fijamente; a ese hombrecillo que tenía que hacer daño a todos los que le rodeaban, incluso a su propio hija, para no sentirse tan pequeño—. Pero no tiene nada que ver con los *cojones*. No soy como tú. *Nunca* seré como tú.

El mero hecho de pronunciar estas palabras es como quitarme un peso de encima.

Me alejo un paso del hombre que ya no significa nada para mí, y luego otro, y entonces corro tan rápido como puedo. Pero esta vez no corro hacia lo desconocido, corro hacia algo, corro hacia Angelo.

CAPÍTULO
TREINTA

Angelo

—Es sólo por un rato, *mamma.* Sólo necesitamos que te mantengas fuera de la vista.

El servicio de catering se ha ido hace tiempo, dejando la cocina con un aspecto tan apocalíptico como el resto de la casa. Pero al menos está fuera del camino. Debería haber sabido que no sería todo tan simple.

—¡Arturo! —Mi madre corre hacia su marido como si fuera una especie de salvador y no la razón de todas las mierdas que le han pasado. Nunca entenderé ese tipo de lealtad ciega— ¿Dónde está Sebastian? ¿No está contigo?

—¡Sofía, *stai zitto*! ¡Sebastian no está aquí, está muerto! —grita mi padre, haciendo que ella se aleje de él, pero no lo suficiente.

Levanta la pistola, apuntándome, y me maldigo por no haber desenfundado ya mi propia arma. No quería asustar a mi madre aún más de lo que ya estaba, pero había sido una puta decisión estúpida.

—¡Arturo! —Mi madre intenta empujarle el brazo hacia abajo, pero él se la quita de encima y ella cae al suelo con un grito.

Doy un paso adelante, pero la pistola en mi cara me hace detenerme.

Mérida. Mérida. Necesito llegar a ella. Necesito asegurarme de que está bien.

—Pensé que ya estarías a medio camino de Sicilia —le digo con desprecio. Maldito cobarde.

—No voy a ninguna parte. Una llamada mía al gobernador y todos los cabrones de ahí fuera perderán su trabajo. —Hace un gesto hacia la parte delantera de la casa, agitando la pistola como si fuera una puta pistola de agua.

Walsh aprovecha la ocasión para irrumpir con su Glock, vestido como si hubiera visto demasiados episodios de SWAT.

—¿Qué coño haces aquí? — gruño—Esto no fue lo que acordamos.

—Órdenes de arriba, Russo. —Mantiene la mirada fija en mi padre, pero su voz dice que está

tan contento como yo con este lío—Los de arriba no querían correr el riesgo de perdernos nuestros tangos.

—Mentira —siseo—No confiaban en nosotros para hacerlo.

—Tú. —Mi padre exhala la palabra como una acusación—Tú has hecho esto. Traicionaste a tu propia familia. ¿Cómo pudiste?

—Suelta el arma, Russo —ordena Walsh.

—Ni de coña, cerdo —se burla mi padre.

—Arturo, ¿qué está pasando? No lo entiendo. —Mi madre está demasiado cerca de él, la ha puesto entre él y Walsh usándola como un puto escudo humano.

—Suelta el arma, Russo —repite Walsh. Pero mi padre sabe exactamente lo que está haciendo. Es imposible disparar sin darle a ella también.

—Estás tú para hablar de traicionar a la familia —me burlo, atrayendo de nuevo su atención hacia mí—Por lo que sé, tú fuiste el primero que jodió a esta familia.

—Angelo, ¿qué estás diciendo? ¿Por qué grita todo el mundo? —La mano de mi madre se cierne junto a su cabeza, como si fuera consciente de que le falla el cerebro—¿De qué está hablando, Arturo?

—Díselo —reto a mi padre—Dile la verdad sobre lo que le pasó a Sebastian. Al menos le debes eso.

—¿Sebastian? —Ella repite su nombre como un mantra.

—Dile que fuiste tú quien organizó el asesinato de Sebastian. Lo preparaste porque pensabas que era débil, cuando era mucho más fuerte que tú. Pero un hijo muerto es mejor que uno gay, ¿verdad? —Sigo hablando, dándole tiempo a Walsh a bordearlo para conseguir un mejor tiro. Quiere atrapar a mi padre con vida, pero a estas alturas me importa una mierda, puede matar a este cabrón como guste por lo que a mí respecta, siempre que no se lleve a mi madre con él.

—¿Arturo? —Odio el dolor en la cara de mi madre y saber que he sido yo quien lo ha causado lo empeora aún más, pero estoy harto de las mentiras—Dime que no es verdad —suplica a su marido.

Suena un estruendo cuando una visión vestida de verde entra por la puerta trasera, corriendo como si fuera el mismísimo diablo del que intenta escapar.

—¡Mérida!

Doy un paso hacia ella, olvidándome por un segundo del enfrentamiento que está teniendo lugar en medio de la cocina de mis padres. Eso es hasta que una bala rasga el aire y, por un momento, pienso que Walsh ha pulsado el gatillo, hasta que lo veo caer al suelo como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Mi padre siempre ha sido bueno con las armas, después de todo, fue él quien nos enseñó a Sebastian y a mí. Ha utilizado la interrupción de Mérida como distracción, haciendo exactamente lo que yo habría hecho en su lugar.

No puedo dejar de mirarla, catalogando cada parte, asegurándome de que está bien. Tiene el

labio partido, como si la hubieran golpeado, y el monstruo que llevo dentro araña su jaula. Quiero destruir al hombre que le ha hecho daño. Hay sangre en el cuchillo que sostiene y estoy dispuesto a apostar dinero a que es del Caimán Negro y siento una oleada de orgullo.

—Angelo.

Mérida da un paso hacia mí, pero la detengo con un movimiento de cabeza. No quiero que atraiga la atención de mi padre. Pero ya es demasiado tarde. Sus ojos brillantes nos miran a Mérida y a mí, intentando decidir el objetivo, y debe de ver la verdad en mi cara, porque gira la pistola hacia ella, apuntándole directamente a la cabeza. Si aprieta el gatillo, a esa distancia, no va a fallar. Es un tiro mortal.

Si pudiera sacar mi maldita arma.

—Es culpa suya. —Mi padre escupe las palabras—Ella es la que te puso en contra de tu familia.

—Esto no tiene nada que ver con ella. —Doy otro paso adelante, esperando atraer su furia, cualquier cosa para alejarlo de Mérida. Pero tiene las miras fijas en ella y el miedo en sus ojos hace aullar al monstruo que llevo dentro.

—Mírame a mí, *principessa*. —Me mira y me dedica una sonrisa acuosa.

Ojalá le hubiera dicho todas las cosas que me he estado guardando. Ojalá no sintiera que se nos acaba el tiempo.

—Sí, puedes mirarlo mientras te ve morir. —Apenas oigo la voz de mi padre. Mi atención se centra completamente en ella—Te cubro las espaldas —le digo—Siempre te las cubriré.

En ese momento, todo se cristaliza ante mí. Al ver el dedo de mi padre en el gatillo, el cañón apuntando a Mérida, dejo que el monstruo corra libre.

Mi pistola está en mi mano más rápido de lo que nunca me he movido y, sin pausa, aprieto. No oigo el disparo. Ni siquiera veo a Arturo Russo caer al suelo ni veo la sangre que se esparce por su cuerpo desde el agujero que tiene en el centro de la frente. Sólo veo a Mérida. Nos abalanzamos el uno hacia el otro y la estrecho contra mi pecho, cerca de mi corazón, donde debe estar.

—Joder, pensé... —Pensé que iba a perderla.

—Lo sé, lo sé. —Se pone de puntillas y sus hermosos ojos se llenan de lágrimas.

—No llores, *principessa*. Ya pasó. —Y ella está a salvo. Eso es todo lo que importa.

Observo cómo se apaga la esperanza en su expresión. Sus ojos se abren de par en par cuando mira por encima de mi hombro y me giro, dispuesto a enfrentarme a lo que sea que venga a por nosotros. Para lo que no estoy preparado es para ver a mi madre con la pistola de mi padre en la mano. La mira como si fuera un objeto extraño, como si no tuviera ni idea de cómo ha llegado a sus manos.

—*Madre,* ¿qué estás haciendo? Baja el arma. —La persuado como a un animal salvaje.

—Voy a ir con Sebastian. —Sonríe y veo a la mujer que solía conocer, luego se lleva la pistola a la boca.

—¡No! —Estoy a un paso, pero sigue siendo demasiado lejos.

Aprieta el gatillo y tengo que cerrar los ojos. No puedo permitir que sea así como la recuerde, la misma imagen que tengo en la cabeza de mi hermano. Mérida grita y lo siento por todas partes.

—Por Dios—Walsh se pone lentamente en pie, agarrándose el hombro sangrante y pareciendo que se va a desmayar.

Me alejo del cuerpo que solía ser mi madre, aun intentando calcular lo que acaba de ocurrir. Lo único que me ancla es la mujer que tengo entre mis brazos, la mujer a la que no quiero soltar nunca.

CAPÍTULO

TREINTA Y UNO

Mérida

—Angelo, lo siento. Lo siento mucho. —Me aferro a él, sintiendo la tristeza y la conmoción que filtran de él—No vi el arma. No me di cuenta...

Sacude la cabeza.

—No es culpa tuya, *tesoro*. —Volviéndose hacia mí, me acaricia la cara, su pulgar rozan mi labio sangrante—Estás herida.

Con todo lo que acaba de pasar, con lo que acaba de ver, está preocupado por mí.

Le agarro de la muñeca, antes de depositar un suave beso sobre sus dedos.

—Estoy bien —le aseguro, pero mis palabras suenan temblorosas, entrecortadas y aterrorizadas—Lo siento mucho. Yo... yo...

Me atrae hacia él, agarrándome fuerte.

—¿Tu padre...? —Angelo pregunta.

—Está vivo. No pude hacerlo. No podría matarlo. —No importa cuánto quisiera hacerlo.

—Estoy orgulloso de ti, *tesoro*. Si fuera yo, no puedo decir que hubiera tenido tanto autocontrol. —Angelo me acaricia la mejilla, como si necesitara seguir tocándome para confirmar que estoy aquí, con él, de una pieza—Quiero matarlo por ponerte una mano encima.

Me pongo de puntillas con los pies descalzos y le beso ligeramente.

—Lo sé. —Y te quiero por querer matar a todos los dragones por mí. Insiste en que no es el héroe de esta historia, pero sigue demostrando que se equivoca.

Angelo nos aleja de la carnicería que tenemos a nuestras espaldas, los restos de nuestras familias, tal y como eran.

—Tendremos que interrogaros a los dos. —El tipo que supongo que es Walsh nos interrumpe, balanceándose como si estuviera a punto de caerse.

—*Dios*, Ezio. —¿Cómo pude olvidarlo?—. Está afuera. Mi padre también... —Con esa puñalada en el vientre, no se moverá rápido a ninguna parte.

—Los médicos están aquí. —Walsh toca su auricular como si pensara que es parte del servicio secreto—Lo dejaron inconsciente, pero creen que va a estar bien.

—*Gracias a Dios* —suspiro aliviada y Angelo me sujeta con más fuerza.

—Puedes informarnos mañana, Walsh —pronuncia—En cuanto a esta noche, me llevo a mi mujer a casa.

Su mujer. Le miro, sonriendo. Lo dice como si fuera verdad. Debería sentirme aliviada de que todo esto haya terminado, pero, en cambio, es un recordatorio del poco tiempo que nos queda juntos. Este siempre fue el trato, una vez terminado el trabajo, tomaríamos caminos separados. Excepto que es lo último que quiero hacer.

—Una noche, Russo. —Walsh dirige a Angelo una mirada de advertencia, que él ignora obedientemente y salimos juntos a la noche.

Una noche. Es todo lo que nos queda y ni de lejos es suficiente.

CAPÍTULO

TREINTA Y DOS

Angelo

Una vez que Stefano es liberado de las esposas que algún agente gilipollas le puso cuando llegaron, Merida le abraza durante un tiempo desmesuradamente largo. Cuando por fin lo libera de su abrazo, seguimos nuestro camino, aunque no en la dirección que Merida esperaba.

—Dijiste que nos íbamos a casa. —Ella mira desde la ciudad que desaparece rápidamente hacia mí.

—Y así es—La acerco más a mí. No puedo dejar de tocarla. No quiero dejar de hacerlo.

—Pero nos alejamos de Malibú —señala—A Walsh no le hará gracia. —Arquea las cejas y sólo ella podría hacerme reír después de todo lo que ha pasado hoy.

La suelto lo justo para que vuelva la cara hacia mí. Todos los miedos que tenía a decirle lo que siento desaparecieron en el momento en que pensé que iba a perderla. Todo lo demás se desvaneció con el fondo, excepto todas las cosas que nunca le dije.

—Creo que he entendido lo que decía tu *abuela* de que el 'hogar' es un sentimiento —le digo, observando cómo ladea la cabeza de la forma en que lo hace—Yo siento eso contigo.

La sonrisa que me regala es suave y dulce y está llena de tantas promesas que me atrevo a albergar esperanzas.

—Ves lo mejor de mí, incluso cuando no lo merezco. Y me haces querer *ser* mejor. No creo estar enamorado de ti, Mérida. Sé que lo estoy.

Tomo sus manos entre las mías y los anillos de nuestros dedos tintinean entre sí. Mérida se muerde el labio inferior y el tiempo corre.

Finalmente, cuando estoy a punto de perder la cabeza, me mira desde detrás de sus oscuras pestañas.

—Eso es muy atrevido por tu parte. Sólo llevamos tres semanas de casados de mentira.

Suelto una carcajada dolorida. Esta mujer va a ser mi muerte. Pero qué manera de irse.

—Si te parece atrevido, espera a oír mi próxima proposición —me burlo—¿Algo más que

quieras decir?

Pone los ojos en blanco como si yo fuera un tonto de remate. Nunca me cansaré de esa mirada.

—Yo también te quiero —dice como si fuera lo más obvio del mundo—Creo que estoy enamorada de ti desde que tenía doce años.

Esas palabras son todo lo que nunca supe que necesitaba oír. Enmarco su rostro, besándola suavemente, teniendo cuidado con su labio, pero tengo que saciarme de su sabor.

Cuando me obligo a tomar aire, sus mejillas están sonrojadas y tiene esa mirada soñadora que me mata.

—No puedo perderte, Mer. No te perderé.

La ferocidad de su voz coincide con la mía.

—No voy a ninguna parte, Angelo. Este es el único lugar donde quiero estar. —Me llena la cara de besos y el monstruo que llevo dentro se calma, en paz mientras esté con ella—¿Y qué era esa proposición que mencionaste? —pregunta al final.

Es una que a Walsh no le va a hacer mucha gracia, aunque me importa una mierda.

—Mérida María García. —La miro seriamente a sus ojos de sirena sin fondo—. ¿Fingirías tu muerte conmigo?

Su sonrisa se ensancha.

—No querría fingir mi muerte con nadie más.

EPÍLOGO

Mérida

La mayoría de la gente no recordaría el día en que vio cómo condenaban a su padre a cadena perpetua sin libertad condicional como uno de los mejores de su vida. Pero la mayoría de la gente no soy yo.

Lo vi salir de la sala arrastrando los pies, el cámara seguía sus movimientos y enfocaba su rostro demacrado. Esperé sentir algún tipo de empatía por él, pero no hubo nada, todo lo que sentí fue alivio. Todo había terminado. Por fin, todo había terminado.

Nuestro accidente de coche ya ni siquiera se menciona en las noticias. Walsh era probablemente el único que no estaba convencido de nuestras muertes, pero fue lo suficientemente inteligente como para dejarlo pasar y llevarse la victoria.

Al parecer, le habían ascendido tras el éxito de su operación encubierta. Los investigadores hicieron su trabajo, pero el Maserati había quedado tan destrozado tras estrellarse contra la barrera de seguridad y caer por el acantilado a 150 pies de profundidad en el océano, que no había mucho que recuperar.

Cuando sacaron el coche del agua, nuestros cuerpos se habían visto arrastrados por la corriente. Se pensó que habían salido catapultados en el accidente y estaban flotando en algún lugar del Pacífico como alimento para los peces. Aun así, había suficiente ADN nuestro esparcido por la parte delantera y el lado del pasajero para que concluyeran que ambos habíamos estado presentes y habíamos muerto en el accidente.

Angelo y yo hemos necesitado varias jeringuillas de sangre para preparar la escena y es la única vez que le he visto algo parecido al miedo. Después de todo lo que ha soportado, todo lo que ha superado, son las agujas las que le hacen palidecer, algo que no dejo de recordarle y que él agradece enormemente.

Ezio y sus hijos se instalaron a salvo en protección de testigos y se aclimataron a sus nuevas situaciones, lejos de todo lo relacionado con la mafia. Angelo recibe actualizaciones periódicas y

no le pregunto cómo, no necesito saberlo.

Stefano sigue en contacto, y seguro que lo veremos más pronto que tarde, cuando se aburra de ser guardaespaldas de la última aspirante a estrella que tiene a su cargo.

Tomo un sorbo de mi café matutino, mirando hacia la playa de arena blanca, apreciando la vista y la sensación de seguridad que creo que nunca daré por sentada. No he rellenado un diario contando mis días de libertad desde que dejamos Los Ángeles. Ya no necesito hacerlo, porque sé que no están contados.

Siento la presencia de Angelo detrás de mí antes de verlo.

—¿Por qué sonríes? —Me besa suavemente el cuello mientras me acerca a su pecho.

Por ti. Siempre por ti. Me recuesto contra él, mis dedos suben y bajan por sus brazos.

—Sólo pensaba en cómo casi te desmayaste cuando Stefano sacó esa jeringa.

Resopla.

—¡No era la aguja el problema, era confiar en que Stefano no la jodiera y le diera a una arteria!

—Ajá. —Levanto la ceja y enseguida veo su intención—¡No, no, no! —chillo, intentando zafarme de él, pero ya ha empezado su asalto, haciéndome cosquillas sin piedad y haciéndome soltar una risita tan fuerte que me cuesta respirar.

—Vale, vale —concedo cuando me ha inmovilizado contra el suelo de madera bajo él—Me rindo, tú ganas.

La sonrisa de Angelo es la arrogancia personificada. No ha sonreído lo suficiente desde que murió su madre y, cada vez que lo hace, parece que otra parte de él se cura.

—¿Por qué sonríes? —Le toco la mejilla barbuda. Desde nuestras prematuras muertes, ha dejado de afeitarse. Es una de las pequeñas formas en que está reclamando su vida. Pensé que lo odiaría, pero resulta que Angelo puede hacer que cualquier cosa parezca sexy.

—Estoy sonriéndole a mi mujer. —Sus ojos oscuros brillan y me besa con tanto amor que me derrite—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Le devuelvo la sonrisa.

Conservamos nuestras alianzas falsas, a las que ambos les habíamos cogido cariño, sólo que cambiamos nuestra licencia de matrimonio falsa por una real casi nada más aterrizar en Cuba.

—Todavía no puedo creer que esto sea real, que podamos tener esto. —Miro al hombre que amo más de lo que creía posible.

Su expresión se suaviza como sólo lo hace conmigo.

—Como te dije antes, *principessa*. Te mereces tener todo lo que quieras.

—¿Y qué quieres tú, *marido*? —Nunca me cansaré de llamarle así.

—Quiero besarte. Siempre quiero besarte, *tesoro*. —Me dijo que por eso me llamaba *tesoro*, porque soy preciosa para él. Y todos los días me recuerda lo mucho que significo para él. Para ser un hombre que decía que no sabía amar, lo está haciendo muy bien.

—Entonces, ¿a qué esperas? —Le sonrío, abriendo las piernas para que caiga entre ellas,

acercándonos aún más, pero todavía no lo suficiente.

—A ti, *principessa*. Era a ti a quien estaba esperando todo este tiempo.

Mi corazón se dispara cuando Angelo me besa profundamente, saboreándome, deleitándonos, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, porque ahora lo tenemos.

FIN

Una vez hayas recibido tu dosis de Merida y Angelo, nos encantaría que nos acompañases en otra aventura con River y Harlow en nuestra próxima publicación: "Un último secreto, cariño". Podrás leer un adelanto en la siguiente página.



Harlow

HACE CASI 7 AÑOS…

FUERA lo que fuera lo que esperaba, seguro que no era esto. Sabía que iba a doler. Había visto películas, había escuchado historias en la cola del café, incluso había conseguido ver durante 3 minutos un tutorial de partos francamente aterrador que había encontrado en una página web cualquiera.

Nota: nunca busques en Google las preguntas que deberías hacer a un profesional médico. Por otra parte, Google es gratis, ir al médico seguro que no. Y si me concentro demasiado en cómo demonios voy a pagar esta factura del hospital con el seguro médico, que precisamente no tengo, voy a empezar a hiperventilar más de lo que ya lo estoy haciendo.

La enfermera, que solo parece un par de años mayor que yo, sonríe animada mientras me seca la frente sudorosa. Me pregunto si estaría tan animada si estuviera en mi lugar.

Es la misma enfermera que me informó de que el parto estaba demasiado avanzado para que la epidural surtiera efecto. Así que mi petición de «fármacos, cualquier tipo de fármacos» fue denegada.

Sé que lo que siento no es culpa suya, pero eso no hace que me den menos ganas de darle un puñetazo en sus perfectos dientes. No ayuda que ella parezca que pertenece a Anatomía de Grey, mientras que estoy segura de que me veo como...

—Puedo ver la cabeza. Está coronando —la voz del médico viene de algún lugar entre mis piernas, donde ha estado apostado durante la última media hora.

Históricamente, he sido bastante quisquillosa con quién puede pasar tanto tiempo con esa parte de mi anatomía, pero estaba tan agotada por el dolor y los empujones que no pude encontrar ni la más mínima pizca de vergüenza. Podrían haber invitado a todo el equipo de fútbol del instituto a ver el espectáculo y lo único que me habría importado era la única persona que no había aparecido.

Se suponía que estaría aquí. Dijo que vendría. Incluso después de todo lo que había pasado, todavía pensaba que vendría. Pensé que realmente le importaría una mierda.

Aunque quizá eso diga más de mí que de él. Ya debería saber que uno no depende de nadie más que de sí mismo. Es casi el mantra de la familia Rodríguez, si fuéramos el tipo de familia que tiene mantras y no el tipo de familia que se burla de la idea de tenerlos. Sin embargo, a pesar de toda mi preparación, aunque poco entusiasta, nada podría haberme preparado para el dolor de sentir que me están destrozando y no tener a nadie a quien coger de la mano mientras ocurre.

Aprieto los dientes mientras otra contracción me aprieta el estómago, dificultándome pensar o respirar.

—Solo un par de empujones más. Ya casi está. —El médico cuyo nombre ya he olvidado me recuerda al entrenador de atletismo que tuve hace dos mudanzas. También era demasiado entusiasta con todo.

—Parece que papá se va a perder el gran momento. ¿Quiere que se lo grabe en vídeo? —La enfermera que está junto a mi cabeza es la que hace la pregunta. Se lleva las manos al bolsillo

de la bata, probablemente buscando ya su teléfono.

El «no» que le ladro suena más como si saliera de un animal que de una chica de 17 años que podría confundirse fácilmente con una de 15 si no fuera por el melón gigante que tiene en el abdomen. De hecho, la enfermera Smiley salta hacia atrás como si pensara que voy a morderla. Para ser justos, no está totalmente fuera de lugar. Me siento bastante salvaje en este momento, con el peor dolor de mi vida y sola, además.

—Enfermera, venga a ayudarme —la voz del médico la saca de la mirada horrorizada que me dirige, probablemente preguntándose cuándo el "Mogwai" se convirtió en "Gremlin".

Tardo un momento en darme cuenta de que no me piden que empuje cuando la siguiente contracción se abate sobre mí. De hecho, toda la sala, que era un hervidero de actividad, se paraliza.

La enfermera Smiley ya no sonríe y, sea lo que sea lo que el médico le está diciendo en voz baja, me mira a la cara, luego a las piernas abiertas y luego a mí, y sale corriendo de la habitación.

No soy profesional médico, pero hasta yo sé que eso no es buena señal.

—¿Qué está pasando? —jadeo, con todo el cuerpo temblando por un cóctel de adrenalina y fatiga.

—No hay nada de qué alarmarse, Harlow. —Parpadeo ante el uso de mi nombre, antes de recordar que las enfermeras me lo habían preguntado cuando me recogieron al caer en Urgencias. Holden me había dejado allí, pero los hospitales le daban pánico, así que apenas había parado el coche el tiempo suficiente para que yo saliera antes de alejarse de nuevo a toda velocidad.

—¿Pasa algo? —Pregunto, deseando que mi voz sea más fuerte de lo que siento. Siento que el médico duda. — Por favor. Dígamelo.

Veo que sus hombros caen un poco, sus ojos se desvían hacia la puerta como si esperara que alguien más apareciera por arte de magia y respondiera a mi pregunta.

—¿Seguro que no hay nadie aquí? ¿Alguien a quien podamos llamar? —Su voz es amable, más suave de lo que ha sido hasta ahora, lo que hace saltar la alarma en mi interior.

—No hay nadie —replico, porque la única persona a la que habría querido tener aquí ha dejado muy claro que no quiere saber nada de mí. — ¿El bebé... está bien? —Nunca me habían hecho una ecografía porque, lo habéis adivinado, no tenía seguro médico, pero estaba convencida de que iba a tener una niña.

—El cordón está enrollado alrededor del cuello del bebé —dice en voz baja, con calma, mientras yo siento que estoy a punto de sufrir un paro cardíaco. — No es raro, pero el ritmo cardíaco del bebé está bajando, así que tenemos que sacar al pequeño de ahí cuanto antes.

No, no, no. Tiene que estar bien. Tiene que estarlo. Puede que no estuviera preparada para ella, pero ahora lo estoy. Es para todo lo demás para lo que no estoy preparada.

La enfermera Smiley reaparece con otra enfermera y se ponen a preparar unos utensilios de

aspecto afilado a un lado de la habitación, hablando en voz baja.

—Cuando digo que necesito que empujes tan fuerte como puedas, me das todo. Puede que tengamos que hacerte una cesárea de emergencia, pero...

Lo que voy a decir es interrumpido por mi grito cuando la peor contracción se abate sobre mí como una ola. Mi espalda se despega de la cama y respiro como si acabara de correr una maratón.

Mis ojos se clavan en los de los médicos.

—Hagan lo que tengan que hacer, pero asegúrense de que está bien. —Se me escapan lágrimas por el rabillo del ojo y no tienen nada que ver con los dolores del parto.

Reprimo las ganas de llorar, de esperar a que alguien me ayude. Ya debería saberlo, nadie va a venir a salvarme, la única persona en la que puedo confiar es en mí misma.

Me llevo la mano al vientre y cierro los ojos, susurrando a la criatura que llevo en mi vientre y que nunca será mía, como he hecho en los últimos meses.

—Vamos, Little Bean —le murmuro.

—Nosotros nos encargamos. —El médico me llama por mi nombre y empujo como un demonio.

¿QUIERES SABER cómo avanza la historia de amor entre River y Harlow? Aquí encontrarás la historia de amor al completo en Amazon.

Manten el contacto

ASC

AMELIA SAVANNAH CASSIE

¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!

Facebook: únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ
Newsletter: Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ